HIJAS DE LA NOBLEZA

Atreverse a esperar



JENNIE GOUTET

ATREVERSE A ESPERAR

Jennie Goutet

CONTENIDO

Página del título
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Epílogo

CAPÍTULO UNO

—Christine, ¿de dónde *demonios* han salido esos chuchos?

Apenas Christine Grey cruzó la puerta principal de la Mansión Farlow, la voz hosca de su hermano Gus resonó desde la cocina entre ladridos excitados. Había esperado aquella reacción cuando descubrió a dos cachorros hambrientos y cubiertos de suciedad husmeando entre unas coles podridas en los campos arrendados cercanos a la propiedad y decidió que, desde luego, no podían ser abandonados a su suerte. Guinea, su pug de pelaje dorado, saltó del pequeño sofá y se acercó balanceándose para recibirla.

—Eres un buen niño, ¿verdad? —le dijo, preparándose para enfrentarse a su hermano.

No tuvo mucho respiro antes de que Gus apareciera por el corredor y entrara en el salón.

—Creía haberte dicho que no quería más animales en esta casa —gruñó—. Ya me has encajado tres gatos.

Como si hubiera estado esperando la señal, Ichabod, su gato atigrado, cruzó la habitación como una flecha y desapareció bajo las cortinas.

Con sus rizos oscuros, facciones armoniosas y complexión robusta, Gus había sido bendecido con una apariencia atractiva y con frecuencia era objeto de miradas admirativas por parte de las jóvenes locales. Sin embargo, aquellos coqueteos nunca llegaban a nada, pues su carácter estaba lejos de ser conciliador. Haría falta una mujer de gran temple para soportarlo. Su matrimonio libraría a Christine de la peor parte de sus molestos defectos, pero tampoco podía desearle semejante destino a una dama a la que apreciara lo suficiente como para llamar hermana.

—Sí me lo dijiste, pero no te hice caso —respondió ella con el pragmatismo que la vida le había enseñado a adoptar con las personas obstinadas—. Tal vez no ames a los perros como amas a

tus caballos, pero tampoco abandonarías a un potro huérfano a su destino, del mismo modo que yo no podía abandonar a esos cachorros al suyo.

—Si tienen un día, tienen ya seis meses. Pueden sobrevivir solos.

Gus le dirigió una mirada sombría muy parecida a las que solía lanzar su padre; a diferencia de él, sin embargo, carecía de la autoridad necesaria para imponer su voluntad.

Christine cogió a Guinea en brazos, reconfortándose con el calor de los pliegues de su cuello.

—Te aseguro que apenas sobrevivían cuando los encontré, y mientras yo tenga algo que decir al respecto, no volverán a hacerlo. Además, no son chuchos. Son perros de caza para zorros y se convertirán en magníficos sabuesos. Déjame ocuparme de ellos y el próximo otoño me lo agradecerás, cuando tengan edad suficiente para salir de cacería.

Pasó junto a él sin concederle más atención de la que consideraba saludable para su ego. Había aprendido que cuanto más discutía con Gus, más terco se volvía. Era mejor eliminar la oportunidad de discutir.

—No hemos terminado de hablar de esto —le gritó él desde el salón.

—Por supuesto que no —respondió ella por encima del hombro mientras entraba en la despensa contigua a la cocina, donde los cachorros tenían su refugio provisional.

Dejó a Guinea en el suelo y lo dejó olfatear junto a la pared mientras se acercaba al cercado improvisado que impedía a los cachorros explorar su nuevo territorio. Allí se arrodilló y golpeó suavemente el suelo con la mano para invitar a Guinea a conocer a su nuevo hermano y hermana.

El pug no quiso saber nada del asunto.

—Deseas recordarles que tú estabas aquí primero. Y tienes toda la razón, Guinsey —añadió, entonando el apodo del perro con voz cantarina.

Volvió entonces su atención hacia los sabuesos, que acababan de despertar de una merecida siesta tras una abundante comida de

carne de res y cebada y ahora saltaban contra la compuerta provisional que ella había construido. No serviría por mucho tiempo; aquellos cachorros pronto serían lo bastante grandes para saltarla. Christine se inclinó para acariciar a cada uno por turno.

—¿Veis cuánto más felices estáis ahora que tenéis el estómago lleno? Ya tenéis mucho mejor aspecto.

Los examinó detenidamente, complacida por sus ojos brillantes y la energía bulliciosa que antes les faltaba, aunque observó que la nariz húmeda de la hembra anunciaba un resfriado. Eran una deliciosa combinación de marrón caramelo, negro y blanco. ¿Cómo podía Gus pensar que eran chuchos? Aunque, pensándolo bien, sí necesitaban un buen baño.

—Señorita, no quise hacerlo sin su permiso, pero pensé que podría bañar a los cachorros.

El lacayo se colocó a su lado.

—Ya he llenado la tina de madera del jardín y he añadido un poco de agua hirviendo para quitarles el frío.

Jimmy parecía amar a los animales casi tanto como ella, lo que hacía fácil confiarle su cuidado.

—Magnífico. Solo asegúrate de secarlos bien. El aire está fresco y la hembra parece haberse resfriado.

Se puso de pie y le sonrió agradecida antes de inclinarse una vez más para acariciar las orejas de los cachorros y dedicarles unas palabras de ánimo.

Luego, con el fiel repiqueteo de las uñas de Guinea siguiéndola de cerca, los dejó al cuidado de Jimmy.

Aún no había tenido tiempo de pensar en nombres para sus nuevos perros, pero sería divertido reflexionar sobre ello mientras horneaba algo para acompañar el té.

***

Varios días después, cuando los cachorros, ya bautizados como Artemis y Hunter, se encontraban en excelente estado y habían dejado de conformarse con recorrer la casa, Christine decidió que era hora de poner a prueba su resistencia con un paseo más largo.

Visitaría a Philip y Honoria Townsend, que vivían a menos de tres millas de distancia, lo que no debería resultar demasiado extenuante para dos sabuesos tan enérgicos. Allí descansarían un buen rato antes de regresar. Además, necesitaba compañía distinta de la de su hermano.

La expedición implicaba el riesgo de que uno de los cachorros se extraviara. Hunter tenía cierta tendencia a hacerlo. Sin embargo, confiaba en Artemis para mantener a su hermano bajo control. Artemis nunca olvidaba quién los alimentaba.

Christine salió de casa llevando un tarro de miel que sabía que Honoria disfrutaría y siguió el camino público que bordeaba los campos irrigados de Philip. Tras recorrer cierta distancia -y después de echar una mirada a sus perros, que parecían empeñados en agotarse corriendo por todas partes menos por el camino- decidió abandonar la carretera y tomar el sendero privado que Philip había abierto después de casarse con Honoria.

Aquel sendero atravesaba el bosque, seguía la linde de la propiedad vecina -Gracefield Park, actualmente deshabitada- y ofrecía un acceso más directo al balneario termal que habían desarrollado en sus tierras.

Era principios de octubre, y el aire se había vuelto fresco. Las hojas amarillentas de los tilos plateados y las hojas doradas de los robles crujían bajo sus botas. Los perros estaban llenos de energía, desviándose continuamente del estrecho sendero para investigar misteriosos aromas.

Christine alzó el rostro hacia la débil luz otoñal que atravesaba el dosel de ramas y caía sobre el camino. El bosque olía de maravilla. Un silencio casi etéreo la rodeaba, roto únicamente por los resoplidos de los perros, el viento que agitaba las hojas y el crujido de sus pasos. Cómo amaba su hogar en Lincolnshire. Estaba perfectamente satisfecha.

A sus veintidós años, Christine no había tenido ocasión de casarse y ya se había resignado a no hacerlo. Después de todo, era improbable que encontrara a alguien adecuado en Horncastle y, en lo más profundo de su corazón, deseaba casarse con un hombre de Lincolnshire que jamás quisiera abandonarlo. Más improbable aún

era que desarrollara de repente una inclinación por algún soltero local lo bastante atractivo como para desear unir su vida a la de él.

Por difícil que resultara convivir con su hermano, era más sencillo soportar lo conocido que aventurarse a los riesgos de lo desconocido.

Los momentos en que deseaba tener hijos y un marido propio eran cada vez menos frecuentes. Sus animales colmaban buena parte de su necesidad de afecto. Y los prometidos placeres de algún futuro incierto palidecían frente a la satisfacción que sentía en aquel preciso instante.

Un tronco caído llamó su atención a la derecha del sendero. Algo se movió brevemente en su interior. Movida por la curiosidad, se acercó y descubrió unos grandes ojos y las orejitas más adorables de un lirón avellano que retrocedía más profundamente dentro del tronco. Cuando era niña, solía buscar y alimentar a las criaturas del bosque. Aunque los lirones no eran fáciles de encontrar, había pasado tantas horas al aire libre que su paciencia solía verse recompensada con alguno de aquellos hallazgos.

En los tres años transcurridos desde su regreso a Lincolnshire, tras la muerte de su madre, no había visto ni uno solo.

—Oh, estás buscando un buen lugar donde pasar el invierno, ¿verdad?

La sonrisa se reflejaba en su voz mientras aquella inesperada ventana hacia la nostalgia se abría ante ella. ¿Habría avellanos cerca para aumentar las provisiones invernales del pequeño animal? No podía asegurarlo.

El sonido distante de unos cascos golpeando el sendero la hizo incorporarse, y el lirón desapareció de inmediato. ¿Quién podría estar cabalgando por el bosque a semejante velocidad? Philip jamás lo haría a menos que ocurriera algo grave. Christine se acercó al borde del camino con intención de señalar su presencia y se preguntó cómo hacerlo sin asustarlo.

El caballo que apareció era un semental negro que no reconoció. Tampoco le resultó familiar el jinete, oculto bajo una amplia capa, aunque parecía un caballero. Retrocedió entre los árboles y se ocultó tras un tronco, dispuesta a permanecer fuera de

la vista hasta que pasara de largo. No tenía derecho a estar en un sendero privado, y tendría que informar a Philip y Honoria cuando llegara.

¿Dónde están Artemis y Hunter?

El pensamiento se apoderó de ella y la llenó de terror. No había visto ni oído a los cachorros desde que abandonó el sendero principal. Sin duda se asustarían con el ruido y el movimiento. Y cuando se asustaban, no actuaban de forma predecible. Vaciló y salió de detrás del árbol, tratando de decidir qué debía hacer.

El jinete se acercaba envuelto en una nube de polvo cuando el sonido de unos ladridos llegó desde el lado opuesto del camino. Los ladridos se hicieron más fuertes mientras los cachorros corrían hacia ella. Y de pronto le fue imposible quedarse quieta.

—¡No! —gritó Christine, saltando al sendero justo cuando el jinete llegaba a su altura.

Él soltó una maldición cuando ambos perros irrumpieron en el camino en medio de un caos de ladridos y confusión. Al principio, Christine se quedó paralizada; la sangre pareció helársele en las venas mientras contemplaba la terrible escena de los dos cachorros corriendo entre las patas del semental, que de inmediato se encabritó.

No pudo soportarlo más y corrió hacia adelante para atrapar al perro más cercano justo cuando el caballo volvió a bajar las patas y se encabritó otra vez. El jinete sujetó al animal con mano de hierro y no salió despedido, pero el caballo descendió una tercera vez y rompió al galope mientras Christine empujaba a los perros hacia un lugar seguro.

El corazón le martilleaba mientras los examinaba, y casi se desplomó de alivio al comprobar que ninguno estaba herido. Un poco más adelante, el jinete redujo la velocidad y logró detener al semental en menos tiempo del que incluso Gus habría necesitado.

Artemis y Hunter saltaron sobre su falda, todavía ladrando; luego comenzaron a dar vueltas a su alrededor, nerviosos y excitados después de haber estado a punto de morir aplastados. Christine seguía temblando y oyó, más que vio, al jinete regresar hacia donde ella estaba inclinada sobre sus perros.

Había sido un irresponsable al cabalgar a semejante velocidad, pero al menos tenía la decencia de volver para disculparse y asegurarse de que ella estuviera bien.

—¡Señorita! —la voz del hombre resonó como una orden autoritaria—. ¿Qué demonios la impulsó a lanzarse delante de un caballo de esa manera?

Saltó del semental y lo condujo hacia adelante, provocando que los perros comenzaran a ladrar de nuevo. Su amplia capa de montar se agitó alrededor de sus piernas mientras avanzaba con paso decidido, la fusta firmemente apretada en una mano enguantada.

El miedo y la agitación que habían atravesado a Christine se transformaron en furia al enfrentarlo.

—¿Está usted loco? ¿Qué hombre en su sano juicio atraviesa un sendero desconocido en medio del bosque a semejante velocidad? ¡Y un camino privado, además!

Él acortó la distancia que los separaba mientras los perros ladraban frenéticamente a su alrededor y, con dificultad, evitaba que el caballo volviera a encabritarse. Hunter se lanzó hacia adelante y el jinete apartó al perro con la punta de la bota. El gesto fue más defensivo que cruel, pero bastó para que la ira de Christine se intensificara hasta nublarle la vista.

—No toque a mi perro —espetó ella, jadeando—. ¿Cómo se atreve a añadir ese comportamiento a la lista de sus imprudencias?

El desconocido tenía pómulos marcados y una abundante cabellera castaña ligeramente ondulada, el tipo de cabello por el que ella admitía en privado sentir cierta debilidad. Bueno, el tipo que podría admirar si el hombre en cuestión se comportara como un caballero.

Era mucho más alto que ella, pero eso no le impidió levantar la barbilla y enfrentarlo con las manos en la cintura, desafiándolo con la mirada. Él la observó desde arriba, nada más amable que antes, mientras seguía controlando a su caballo, que resoplaba y tiraba de las riendas con inquietud.

—¿Yo imprudente? ¿Y cómo llama usted a permitir que sus perros se lancen de cabeza delante de un caballo que se aproxima? ¿Y luego agravar la insensatez saltando usted misma al camino

cuando el animal estaba a punto de desbocarse? ¿Tiene deseos de morir?

La vaga idea de que él tenía razón y de que sus perros necesitaban más adiestramiento logró abrirse paso entre su enojo. Pero ¿qué podía hacer? Apenas eran cachorros y solo llevaban unos días en su hogar. En ese mismo instante estaban armando un escándalo, corriendo entre las patas del caballo y rodeando al desconocido llenos de emoción.

Que él pudiera tener siquiera un poco de razón solo consiguió enfurecerla más.

—¿Y qué esperaba, señor? Esto no es una pista de carreras ni una carretera pública. Ni siquiera debería estar aquí.

Sus ojos la traicionaron al deslizarse hacia el elegante abrigo que llevaba bajo la capa, advirtiendo la fuerza que revelaban las ajustadas mangas mientras mantenía inmóvil al caballo.

El caballero tenía los labios pálidos de tanto apretarlos, pero cuando giró la cabeza por encima del hombro, su voz se suavizó.

—Tranquilo, Gypsy.

Silenció al semental, que comenzó a calmarse a pesar del caos de ladridos que continuaba alrededor. Después de unos segundos, le dirigió una mirada.

—Controle a sus perros.

Christine sabía que le resultaba difícil mantener quieto al caballo con tantas distracciones, pero no le agradó el tono que empleó. Debería comprender que ella no tenía ninguna intención de apresurarse a obedecerlo.

—Primero dígame quién le dio permiso para estar aquí.

Con las riendas ahora más flojas en la mano, se agachó y llamó a los perros con un gesto.

Traidores como eran, los sabuesos comenzaron a saltar sobre él en lugar de sobre el caballo. Sus ladridos se transformaron en jadeos y chillidos de placer mientras el hombre los acariciaba.

Mientras él les robaba descaradamente la lealtad, levantó la vista.

—Sé perfectamente que este camino es privado, puesto que se encuentra en mi propia propiedad.

—¡Artemis! ¡Hunter! ¡Venid aquí! —ordenó Christine.

Los perros la ignoraron por completo.

La indignidad de aquello impidió que sus palabras la alcanzaran de inmediato. Cuando por fin lo hicieron, lo miró con sorpresa.

—Eso es imposible. Philip Townsend mandó despejar este sendero. Está en *su* propiedad.

—Se equivoca, señorita.

Alzó una ceja poblada.

—El camino debía quedar del lado de su lindero, pero calculó mal. Despejó el sendero en mis terrenos, algo que comprendió cuando fui a visitarlo con las pruebas correspondientes.

El desconocido rompió el contacto visual y se puso de pie mientras acariciaba el hocico del caballo, que ahora esperaba tranquilamente. Los cachorros perdieron interés y se alejaron a husmear entre las hojas.

—Por lo tanto, es usted quien está invadiendo *mi* propiedad —añadió, lanzando una mirada a Artemis y Hunter con algo parecido a una sonrisa burlona—. Y sus perros también.

—¡Artemis! ¡Hunter! —llamó de nuevo, ignorando su expresión satisfecha. *Qué hombre tan insufrible.*

Aquel extraño caballero la desconcertaba. No le tenía miedo, ni temía por su seguridad, a pesar de encontrarse sola con él en el bosque. Y con aquellos rizos color caramelo y aquellos ojos verdes de líneas angulosas, era mucho más atractivo de lo que tenía derecho a ser. Pero el hecho de que estuviera mayormente en lo cierto respecto a su discusión no hacía nada por suavizar su mal humor.

Sus perros continuaban ignorándola y habían vuelto a explorar el bosque, cruzando de un lado a otro del sendero.

—Buen día, señor.

Hizo una reverencia y reanudó su camino hacia la casa de los Townsend, acompañando la acción con un silbido agudo para llamar a los perros.

Resultó extrañamente satisfactorio. Detrás de ella, al principio no oyó nada. Poco después llegaron los sonidos del hombre

montando nuevamente y girando al caballo antes de continuar por el sendero, esta vez al trote.

Christine no había conseguido calmar su agitación cuando llegó a Boden House, pero la mantuvo oculta, un esfuerzo al que estaba más que acostumbrada. Por eso, cuando un sirviente la condujo hasta Honoria, pudo saludar a su amiga con serenidad, entregarle el tarro de miel y admirar los nuevos sofás y sillones que habían llegado desde su última visita.

—He traído conmigo a mis nuevos cachorros —anunció—. Los dejé con su jardinero, que aseguró que no le causarían ninguna molestia.

Los ojos afectuosos de Honoria siguieron a su hijo mientras este caminaba tambaleándose hacia Christine.

—¿Cachorros? ¿En plural?

Christine levantó a Matthew en brazos y le besó la barriga para hacerlo reír.

—Sí, son dos. No podía abandonarlos. Estaban rebuscando entre los campos de los arrendatarios, intentando sobrevivir a base de coles podridas. Son adorables.

Volvió su atención al niño.

—Aunque no tanto como tú.

—¿Acabas de comparar a mi hijo con un perro? —preguntó Honoria, sin el menor rastro de resentimiento.

—Es una comparación halagadora, ¿no te parece? —preguntó Christine al pequeño antes de darle un beso en la mejilla—. Claro que sí. Los perros son criaturas encantadoras. Igual que los bebés.

—Me alegra oírte decir eso, porque tengo noticias.

La amplia sonrisa de Honoria ya insinuaba lo que iba a decir.

—Estoy esperando otro hijo.

Christine no dudó ni un instante en abrazarla y felicitarla efusivamente. Luego devolvió Matthew a los brazos de su madre cuando el niño extendió los brazos hacia ella.

—¡Es una noticia maravillosa! Tu bebé tendrá menos de un año de diferencia con el de Arabella y Theo. ¿Para cuándo lo esperan?

—Creo que para marzo. O principios de abril. En cualquier caso, lo bastante pronto como para que el vestido que mandé hacer para

el Baile de la Lana probablemente me quede demasiado ajustado cuando llegue la fecha. Y no estoy segura de que pueda ensancharlo, porque corté la tela demasiado justa.

Christine ocultó el pequeño pinchazo de celos que sintió. La envidia era un sentimiento que se negaba a permitir en sus amistades. Solo que, en momentos como aquel, resultaba un poco más difícil reconciliarse con la idea de permanecer soltera; cuando pensaba que siempre sería la tía de los hijos de sus queridos amigos y nunca madre de los suyos. Ese anhelo siempre aparecía en los momentos más inoportunos, justo cuando había decidido que estaba satisfecha con su situación actual. Para apartar esos pensamientos indeseables, se ofreció a examinar el vestido y ver qué podía hacerse.

Mientras estudiaba las costuras de la tela púrpura oscuro y calculaba cómo añadir algunos paneles, Honoria le relató los cambios más recientes en la habitación de los niños y cómo las noticias sobre su baño mineral habían llegado hasta Leicestershire. El balneario termal había surgido de forma natural en la mina abandonada de la propiedad, y su descubrimiento había contribuido enormemente a restaurar la fortuna de Philip. Ahora estaban llevando a cabo nuevas reformas para modernizarlo, y Honoria comentó que Philip estaba considerando ampliarlo todavía más.

Christine escuchó en silencio y, cuando la conversación había avanzado lo suficiente por aquellos temas reconfortantes como para confiar en sí misma, sacó a relucir el asunto que ocupaba sus pensamientos.

—¿Tenéis un nuevo vecino? Había oído que alguien compró la antigua propiedad del barón, pero eso fue hace un año y desde entonces nadie se había instalado allí.

—Oh, sí —Honoria sonrió y la miró con el ceño ligeramente fruncido—. Pero ¿cómo lo sabes? No me digas que Gus fue a presentarle sus respetos.

—No —Christine soltó un resoplido muy poco propio de una dama—. Creo que me encontré con ese caballero en el bosque, en vuestro camino privado… que, según él, en realidad es suyo. Por cierto, ¿es verdad eso?

Honoria sostuvo la mirada de Christine durante unos instantes antes de responder. La conocía mejor que nadie. Incluso mejor que Gus, aunque eso no significaba demasiado, pues su hermano no era precisamente observador.

—Te molestó. ¿Qué ocurrió?

Christine se encogió de hombros.

—Nada, en realidad. Todo terminó bien. Simplemente decidió lanzar a su caballo por el camino a una velocidad capaz de poner en peligro tanto a personas como a animales.

—¿O a Christine y a sus cachorros? —sugirió Honoria—. ¿Eso es todo?

—Era un caballero de lo más desagradable.

Christine apretó los labios al recordar cómo sus perros habían saltado sobre él -el enemigo- como si fuera su mejor amigo.

—Aunque debo admitir que manejaba las riendas con bastante habilidad.

—¿Desagradable? Eso me sorprende. Sir Alexander Thorne vino a visitarnos para presentarse y hablar sobre el error en los límites de las propiedades, y no podría haber sido más amable y conciliador. Me pareció un auténtico caballero.

Honoria sonrió con picardía.

—Incluso pensé que podría ser un buen partido para mi querida amiga Christine.

La imagen de aquella cabellera ondulada, aquellos ojos verdes y aquella boca tensada por la irritación cruzó la mente de Christine, provocándole una respuesta inusualmente amarga.

—Oh, sí. Exactamente lo que necesito para alcanzar la felicidad. Atarme a un hombre incapaz de hablar con un mínimo de cortesía, cuando ya tengo a Gus desempeñando perfectamente ese papel.

Honoria levantó las manos en señal de rendición y soltó una carcajada.

—Muy bien. Abandonaré la idea… *por ahora.* Ven a probar las tortas de Shrewsbury que ha preparado mi cocinera. Tienes aspecto de necesitar una buena taza de té caliente.

CAPÍTULO DOS

Sir Alexander Thorne emprendió su segunda visita a Horncastle, esta vez montando a Gypsy a un paso apropiado y sosegado. En la semana transcurrida desde que por fin se había instalado en Gracefield Park, después de haber comprado la propiedad un año entero atrás, no había recibido ni una sola visita. Solo podía suponer que la noticia de su llegada aún no se había difundido entre la sociedad local. Había llegado el momento de tomar el asunto en sus propias manos.

Mientras cabalgaba por el bosque, acudió a su memoria el desagradable encuentro con la mujer del día anterior. Su propósito *entonces* había sido ejercitar a su semental, que lo necesitaba con urgencia; sin embargo, no había cabalgado como lo haría un hombre sensato. Cuando el sendero sombrío apareció ante él entre los árboles, había salido disparado por él como si lo persiguieran los demonios. Era como si las inquietudes y los deseos que le robaban el sueño hubiesen adquirido forma física y lo hubieran perseguido a través del condado.

Durante unos breves momentos, aquella carrera desenfrenada había vuelto a armonizar sus ambiciones con la realidad, aunque semejante armonía nunca duraba mucho. Estar tan cerca de alcanzar sus metas a la temprana edad de treinta y dos años era una sensación embriagadora, y no existía garantía alguna de que la fortuna continuara favoreciéndolo en un mundo perteneciente a la nobleza y a la pequeña aristocracia terrateniente. Su propia familia procedía del comercio, pero ahora, con la compra de su finca, él era un caballero propietario. Todo marchaba bien, ¿no era así? No había ninguna necesidad de galopar por los bosques de Lincolnshire como si los sabuesos del infierno le pisaran los talones.

El resultado de aquel desliz fue que estuvo a punto de atropellar a una mujer lo bastante temeraria como para lanzarse a

su paso. La imagen de aquella joven de cabello oscuro apareciendo de pronto en un destello de azul le provocó un escalofrío. Estaba la sorpresa y el miedo por el daño que casi había causado. Y luego estaba la forma en que ella le había gritado, recriminándole lo irresponsable que era por cabalgar de aquella manera por su *propio* camino. Intentó apartar el episodio de su mente, pero no era tarea sencilla cuando tenía tan pocos conocidos en su nuevo hogar capaces de distraer sus pensamientos.

Alex redujo la marcha de su caballo para cruzar el pequeño puente sobre el río Waring que conducía al pueblo, todavía cautivo de aquellas reflexiones inútiles acerca de la desconocida. Incluso ahora, el recuerdo de aquel casi accidente le hacía apretar los dientes con irritación. ¿Estaba molesto con ella por haberle gritado como una regañona? ¿O consigo mismo por haber sido descuidado? No sabría decirlo. Si era justo, debía admitir que ella no se había parecido en nada a una regañona durante aquel fugaz encuentro. Con sus delicados rasgos, su figura esbelta y su abundante cabello oscuro, era cualquier cosa menos poco atractiva. Además, tanto su acento como su vestimenta parecían refinados, aunque las circunstancias del encuentro volvían borrosos aquellos detalles. En otras circunstancias, bien podría haber sido una mujer a quien habría procurado que le presentaran en Almack's.

Entró en la tranquila calle que conducía a las caballerizas y se quitó el sombrero en señal de saludo a una atractiva pareja que avanzaba en dirección contraria en un carruaje. Ellos le devolvieron el saludo con una inclinación de cabeza.

Aquel intercambio cordial fue justo lo que necesitaba para orientar sus pensamientos hacia asuntos más apropiados: su futura posición en Horncastle.

Alex sabía que había sido especialmente favorecido con riqueza y conexiones, a pesar de sus modestos orígenes. Su padre había construido la mayor fundición de mineral de hierro de Derbyshire, junto con una forja anexa para transformarlo en acero, y el negocio familiar prosperaba bajo la dirección de su hermano mayor, Leonard.

Como si la fortuna de su familia no fuera suficiente, Alex también había llamado la atención de un barón de Lincolnshire, sir

William Winton, y de su esposa. Su único nieto había sido amigo de Alex durante los pocos años que precedieron a que una enfermedad acabara con su vida. Dominados por la nostalgia, el barón y su esposa continuaron visitando cada año a los padres afligidos en Derbyshire e invitaban a Alex a su casa para conversar con él e imaginar en qué se habría convertido su nieto si hubiera vivido.

Su padre alentó que aquella relación continuara mediante cartas tan pronto como Alex aprendió a escribir. Como resultado, sir William y lady Winton utilizaron sus influencias para conseguirle una plaza en Eton, donde la primera parte de su educación consistió en refinar su manera de hablar e imitar los modales de los jóvenes caballeros.

No fue sino hasta sus años en Oxford cuando Alex comenzó a sentirse más seguro de su propio valor, al descubrir en sí mismo un talento para la ingeniería y enorgullecerse de una habilidad que había cultivado enteramente por sus propios medios.

En los años posteriores a la universidad, puso ese talento al servicio de la fundición familiar desarrollando un eficaz prototipo de bomba de vapor que podía reproducirse y comercializarse.

El señor Thorne padre siempre había estado orgulloso de sus dos hijos, pero antes de morir declaró que Alex sería quien introduciría el apellido Thorne en la esfera de la pequeña aristocracia terrateniente en el plazo de una sola generación. Su hermano no dejaba de recordarle aquella responsabilidad… ni tampoco que Alex tendría que presentar a sus sobrinas en la sociedad londinense cuando alcanzaran la edad apropiada. Aunque Leonard había contraído matrimonio con una dama respetable, su esposa Martha no podía presumir de conexiones dentro de la elegante sociedad de Londres, por lo que aquella tarea recaería en la futura esposa de Alex. La presión de todas aquellas expectativas y ambiciones bastaría para hacer que cualquier hombre sensato galopara por el campo en un intento de recuperar la paz mental.

Alex desmontó frente a las caballerizas y condujo a su semental al interior, haciendo una señal a uno de los mozos para que se hiciera cargo del caballo.

—Frótalo bien y dale agua y alimento.

Le lanzó una moneda al mozo, y este condujo a Gypsy a uno de los establos. Alex salió del frío interior de las caballerizas hacia el sol de octubre y observó a su alrededor los sencillos edificios de ladrillo con techos de paja o de pizarra, muy parecidos a los de su hogar en Derbyshire. Tomó la calle principal, bordeada de tiendas, todavía alerta y revitalizado por el ejercicio de la cabalgata, y plenamente consciente de su deseo de causar una buena impresión entre quienes algún día serían sus electores, si todo salía según lo planeado.

Corrientes de personas entraban en las tiendas o se apresuraban hacia otros destinos, deteniéndose algunas veces para saludar a rostros conocidos. Su mirada buscó de manera instintiva a quienes parecían pertenecer a la clase de los caballeros terratenientes, y le complació comprobar que había varios entre comerciantes y artesanos.

Algún día, él sería una de esas personas a quienes los demás buscarían, especialmente cuando supieran que ocupaba un escaño en el Parlamento y era propietario de una de las mayores fincas de la región. Al menos, esperaba que así fuera. Asintió con la cabeza a un caballero que pasaba junto a él, y el saludo fue correspondido.

La puerta de la botica estaba abierta, y Alex entró. El hombre detrás del mostrador apenas parecía tener algunos años más o menos que él, pero poseía una forma deliberada de comportarse que le daba una apariencia más madura.

—Bienvenido, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito polvo dentífrico.

No era nada urgente, pero Alex tenía que comenzar por algún lugar, y familiarizarse con los propietarios de los negocios le parecía un buen punto de partida. Tras rebuscar entre los estantes situados a su espalda, el hombre le entregó un pequeño frasco.

—Aquí tiene, señor. Serán dos chelines y cinco peniques, si es tan amable.

Una joven de nariz fina y labios pálidos apareció llevando varios frascos etiquetados, que colocó en un estante detrás del boticario. Lo observó con curiosidad y luego dio un ligero codazo a su esposo

para llamar su atención. El boticario formuló la pregunta que ella no se había atrevido a hacer.

—¿Lo hemos visto antes en Horncastle?

—He adquirido una propiedad aquí, aunque solo recientemente me he instalado de forma permanente. Tal vez hayan oído hablar de Gracefield Park.

Alex detestaba presumir, pero no sabía de qué otra forma informar a la gente de quién era.

—Debe de ser sir Alexander Thorne —dijo la mujer, encontrando por fin su voz—. El ama de llaves del vicario nos habló de su llegada.

—El mismo —respondió Alex con una inclinación de cabeza.

Había tenido la previsión de presentarse al vicario poco después de llegar, aunque aquello todavía no había generado visitas a su finca. Continuó, sabiendo que también debía mencionar su aspiración parlamentaria. Haría falta tiempo para que la noticia se difundiera.

—Actualmente soy miembro del Parlamento, pero espero transferir mi representación a South Lindsey. Me presentaré aquí a las elecciones el próximo año y estoy seguro de que volveremos a encontrarnos en el futuro.

—Lo esperamos con gusto.

El boticario lanzó una mirada a la mujer que estaba a su lado antes de añadir:

—Soy Martin Pasley, y ella es mi esposa, Helen Pasley. Permítame desearle mucho éxito en su empresa.

—Es usted muy amable.

Alex hizo otra leve reverencia acompañada de una sonrisa y guardó el frasco de polvo dental en el bolsillo. Al salir de la botica, se dirigió hacia la lechería de la señora Reid. Además de los productos lácteos que abastecían al pueblo -y que, según le había asegurado su cocinera, eran los únicos que utilizaba-, la señora Reid preparaba unos pasteles de crema que Alex había probado durante su visita anterior y que le habían encantado. También había sido especialmente cordial con él, por lo que regresar allí era una decisión fácil.

Mientras cruzaba la calle en dirección a la lechería, notó que más de un grupo de jóvenes le dirigía miradas de admiración. Aquello lo ignoró deliberadamente. Sus aspiraciones debían apuntar más alto. Su objetivo era encontrar esposa: una mujer de buena familia, criada desde la cuna en los círculos sociales adecuados y perfectamente cómoda en ellos. Con una esposa así a su lado, su éxito político estaría prácticamente asegurado. Podría cumplir la promesa que había hecho de elevar el apellido Thorne y abrir las puertas de la alta sociedad a sus sobrinas. Entonces tendría todo cuanto un hombre podía desear. Había llegado el momento.

Se detuvo un instante frente a la lechería y, mientras hacía girar el anillo de sello que llevaba en el meñique de la mano izquierda, recorrió con la mirada ambos extremos de la calle principal. Su vida parecía destinada a seguir la trayectoria de una estrella en ascenso. Roger Garrick, sobrino de un duque, había sido su mejor amigo en Oxford. Gracias a Roger había conocido al Príncipe Regente, una circunstancia que, con el tiempo, había desembocado en su nombramiento como caballero. Ni siquiera sus críticos más severos podían objetar tal distinción. Los Thorne habían suministrado el acero utilizado para fabricar los fusiles Baker empleados durante la Guerra Peninsular en defensa de Inglaterra.

Además, Alex había contribuido personalmente con sus conocimientos de ingeniería y con el acero de la familia a la construcción del Palacio de Brighton. No era extraño que el Príncipe Regente le hubiese tomado aprecio. Realmente debía dejar de preocuparse por su posición. Nada frustraría sus planes después de todo lo que había trabajado para alcanzarlos. La búsqueda de la esposa ideal comenzaría cuando el Parlamento reanudara sus sesiones en primavera.

—Buenos días, señora Reid —saludó al entrar.

—Sir Alexander.

La mujer hizo una reverencia y, sin perder tiempo, cogió de un estante la bandeja de pasteles de crema.

—Si no me equivoco, ha venido por más de estos. Ya me dijo que volvería.

—Ha acertado —respondió él—. Me llevaré cuatro, por favor.

Mientras envolvía los pasteles, la señora Reid mantuvo una animada conversación, especulando acerca del efecto que podría tener la llegada de Alex a la región. Afortunadamente, no parecía esperar respuestas detalladas.

Alex permaneció unos minutos más. Sabía que aquellas conversaciones sencillas tenían una importancia mucho mayor de lo que parecían. Si quería cambiar su limitada influencia parlamentaria en el llamado "burgo de bolsillo" de Grimsby -un escaño que Sir William prácticamente le había regalado- por la representación de South Lindsey, donde existía un electorado real y las elecciones debían ganarse legítimamente, necesitaba comenzar cuanto antes a forjar relaciones locales. Después de todo, una vez que había probado la satisfacción de participar en el rumbo del país, su mayor ambición era consolidar una posición política más respetable y sólida.

Tras intercambiar unas cuantas cortesías más, se despidió de la señora Reid y decidió visitar la tienda de telas para comprobar qué géneros había disponibles en caso de necesitar que le confeccionaran alguna prenda con urgencia.

Salió de la lechería y entrecerró los ojos observando los comercios al otro lado de la calle, tratando de recordar cuál de ellos pertenecía al mercero. Mientras lo hacía, oyó una voz femenina llamándolo por su nombre. Se volvió y encontró a la señora Honoria Townsend sonriéndole. Aquello le produjo un placer inesperado. Ser reconocido. Que alguien supiera quién era en su nueva ciudad. Le devolvió la sonrisa y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Veo que ya ha descubierto los deliciosos pasteles de la señora Reid —comentó ella, observando con diversión el paquete que llevaba en la mano.

—Podría decirse que sí. Esta es la segunda vez que vengo a comprarlos —su mirada descendió hacia la cesta que Honoria llevaba consigo, la cual parecía bastante pesada—. ¿Me permite llevarle la cesta?

—Es muy amable de su parte —ella aceptó sin vacilar—. Ya he terminado mis encargos y precisamente regresaba a las caballerizas.

—Ahora que ya tengo mis pasteles y mi polvo dental, tampoco me queda nada más por hacer.

Abandonó sin dificultad la idea de visitar al mercero. Aquello podía esperar. Comenzaron a caminar juntos. Honoria observó brevemente a los transeúntes antes de volver su atención hacia él.

—¿Es aficionado a los dulces?

La pregunta le pareció extraña hasta que recordó el paquete que llevaba en la mano.

—Lo confieso. Aunque durante mi infancia no los comía con frecuencia. Mi padre desaprobaba cualquier exceso relacionado con el gusto por lo dulce.

Ella asintió con una sonrisa apenas insinuada.

—Tengo una amiga que prepara pasteles extraordinarios. Quizá algún día tenga ocasión de probar alguno de los suyos.

Alex le lanzó una mirada discreta. ¿Sería aquello el preludio de un intento de presentarle alguna candidata? No deseaba herir aquella amistad naciente explicándole que estaba perdiendo el tiempo.

—Quizá algún día —respondió evasivamente.

Para su alivio, la señora Townsend no insistió.

—La casa Gracefield ha permanecido vacía durante tantos años… ¿Tiene mucho trabajo por delante en cuestión de reparaciones y reformas?

—Muchísimo —admitió Alex—. Y cada día me doy más cuenta de lo enorme que es el proyecto. Debo reconocer que sé muy poco sobre decoración y asuntos semejantes.

—*Hum*… —Honoria frunció ligeramente el ceño—. ¿Le molestaría que el señor Townsend y yo fuéramos a visitarlo para recorrer la casa y darle algunas sugerencias? Desde que nos casamos hemos estado renovando nuestra propia residencia, y quizá nuestra experiencia pueda servirle de ayuda. Como mínimo, conocemos a varios artesanos y trabajadores locales capaces de encargarse de cualquier tarea que necesite.

Ya habían llegado a las caballerizas. La expresión de alivio en el rostro de Alex fue inmediata.

—Lejos de molestarme, se lo agradecería enormemente.

—Entonces hablaré con mi esposo.

Honoria extendió la mano para recuperar la cesta, y él se la entregó.

—Esta semana estará ocupado, pero estoy segura de que podremos ir la próxima, si le parece bien.

—Me parece perfectamente bien.

Alex se despidió con una reverencia. Apenas podía creer su suerte. Aquel encuentro casual y aquella oferta tan generosa parecían una confirmación de que había tomado la decisión correcta al establecerse en Horncastle. Solo necesitaba más visitas, más invitaciones y una mayor integración en la sociedad local. Con eso, estaría en el camino correcto para ganarse el aprecio de quienes algún día serían sus electores.

CAPÍTULO TRES

A la mañana siguiente, después del desayuno, Alex dedicó varias horas más a inspeccionar los límites de sus propiedades, una actividad de la que parecía incapaz de cansarse. Cuando terminó, regresó a la gran mansión, desmontó de Gypsy y entregó las riendas a su mozo.

—Ha sido otro paseo largo hoy.

Quinn rodeó al caballo, le dio unas palmadas en el cuello y respondió:

—Todavía es joven. Estará bien.

Alex asintió y se dirigió hacia la entrada principal de su hogar. La casa Gracefield, como la llamaban sencillamente, se parecía más a un castillo que a una residencia. Era más grandiosa que cualquier cosa que hubiera conocido jamás. Construida en ladrillo, sus tres pisos se extendían a lo largo de nueve ventanales de fachada, y los extremos sobresalían hacia adelante de una manera que siempre le sugería una idea absurda. Por ridícula que pareciera, no lograba quitársela de la cabeza. Le recordaban a una persona con los brazos abiertos, esperando un abrazo.

En un principio, su decisión de establecerse en Lincolnshire había obedecido al deseo de aceptar la propuesta de sir William para entrar en el Parlamento representando a Grimsby, una circunscripción lo bastante pequeña como para que la influencia del barón decidiera fácilmente el resultado de las elecciones. Sin embargo, no tardó en enamorarse de aquella región de Inglaterra. Le fascinaba su diversidad. Los humedales cercanos a la costa, las suaves colinas de los Wolds y todo el hermoso paisaje que se extendía entre ambos.

Incluso encontró una forma de utilizar su bomba de vapor en la zona costera próxima a Boston. La empleó para drenar algunos de los pantanos que aún quedaban allí y convertirlos en tierras aptas

para el cultivo. El proyecto requería relativamente poca supervisión y le dejaba abundante tiempo libre. Fue entonces cuando comenzó a aspirar a algo más. Quería ganar un escaño por mérito propio y no por el favor de otro hombre. Por esa razón encargó a su abogado que buscara propiedades en venta dentro de la región de South Lindsey. Tras estudiar varias opciones, Smithson le habló de Gracefield Park, cerca de Horncastle. Alex quedó cautivado desde el primer momento. Cada vez que alzaba la vista hacia aquella magnífica mansión que ahora le pertenecía, experimentaba una mezcla de asombro y orgullo ante lo mucho que habían cambiado sus circunstancias.

La entrada principal de la casa había sido repintada recientemente y, al cruzarla, Alex sintió un anticipo de lo que podría llegar a ser la casa Gracefield cuando todas las obras estuvieran terminadas. Las paredes lucían impecables y los suelos brillaban con un aspecto renovado. El problema, algo que ya había admitido para sí mismo, era que no tenía la menor idea de cómo decorar cada estancia. ¿Qué colores debía elegir? ¿Qué telas o materiales combinarían mejor? ¿Cómo se suponía que debía seleccionar muebles o cuadros? Aquello estaba muy lejos de sus talentos naturales, por lo que esperaba con verdadero interés la visita que los Townsend le habían prometido. Smithson había contratado obreros de Lincoln para realizar los trabajos, pero aquellos hombres no podían hacer nada sin instrucciones, y él era precisamente la última persona capacitada para proporcionarlas.

Si la casa no hubiera estado en un estado tan lamentable, podría haber dejado toda la redecoración en manos de la esposa que pensaba encontrar en primavera. Tal como estaban las cosas, resultaba imposible traer a una mujer sensata a vivir allí sin antes poner *cierto* orden en el lugar.

Un lacayo apareció para recogerle el sombrero y la fusta de montar.

—Que preparen un baño y dile a la señora Mulhouse que disponga algo para el té.

—Sí, señor.

El hombre se apresuró a obedecer.

A Alex le resultaba agradable comprobar la rapidez con la que se cumplían sus órdenes. Era la primera vez que contrataba criados acostumbrados al servicio de un caballero, y se comportaban exactamente como debían. En Derbyshire, los sirvientes de la familia estaban más habituados a atender a un comerciante y habían desarrollado una familiaridad que, aunque rara vez ofensiva, resultaba imposible corregir. Organizar una casa, había descubierto, era algo muy distinto cuando se intentaba establecer un hogar acorde con los estándares de la sociedad elegante de Londres. Allí los criados podían mostrarse extraordinariamente altivos, y a él no le agradaba en absoluto convertirse en motivo de burla bajo su propio techo.

Poco después, Alex estaba bañado, vestido y sentado en su despacho, dispuesto a revisar su correspondencia. La bandeja con el té y los refrigerios permanecía intacta junto a su codo. Lo primero que debía hacer era responder una carta de otro miembro del Parlamento que le proponía formar parte de un comité relacionado con las Leyes de Motín. No aceptaría. Su verdadero interés estaba en promover las Leyes del Maíz. Inglaterra no debía permitir la importación masiva de grano extranjero, debilitando así los ingresos de los agricultores ingleses. Además, ahora que sus bombas de vapor estaban drenando los terrenos pantanosos de los Fens, muchos propietarios podrían convertir aquellas tierras en campos de cultivo y aumentar su riqueza, lo que naturalmente los haría partidarios de dichas leyes. Ahí debía concentrar sus esfuerzos si deseaba ser elegido: en convertirse en alguien valioso para los grandes terratenientes locales.

Por supuesto, tendría que rechazar la invitación con tacto. Su posición en la Cámara de los Comunes distaba mucho de ser sólida, pues representaba apenas un burgo de bolsillo. Sacó una hoja y comenzó a redactar las cortesías de rigor, pero no tardó en darse cuenta de que aquello solo serviría como borrador, aunque implicara desperdiciar papel. La respuesta debía ser impecable.

Entonces sonó un golpe en la puerta principal. Alex levantó la vista, sorprendido por la novedad. Por fin alguien había ido a visitarlo. La única visita que había recibido hasta entonces había sido

la de los Townsend, motivada exclusivamente por la confusión respecto a los límites de las propiedades. Al parecer, su vecino había estado trabajando con un mapa antiguo; al menos Alex no creía que Townsend hubiera intentado apropiarse deliberadamente de una parte de Gracefield Park. No le parecía esa clase de hombre. Y después de la amable oferta que la señora Townsend le había hecho el día anterior en el pueblo, estaba aún más convencido de ello. Un golpe suave sonó ahora en la puerta del despacho.

—Adelante.

Su mayordomo entró con dos tarjetas de visita.

Pertenecían al señor Theodore Dawson, de la finca Penwood, y al señor Augustus Grey, de la mansión Farlow.

—Hazlos pasar al salón —ordenó Alex, lanzando una mirada al té que apenas había probado—. Y procura que les lleven algunos refrigerios por si desean tomar algo.

—Sí, señor.

El mayordomo se retiró.

Alex no perdió tiempo en dirigirse al salón. Le agradó descubrir que ambos visitantes parecían tener aproximadamente su misma edad. Si había albergado el temor secreto de que comprar una propiedad cerca de Horncastle significara condenarse a una vida social compuesta únicamente por vecinos mayores y excesivamente tranquilos, aquella visita, sumada a la de los Townsend, bastó para disipar esa preocupación.

Uno de los caballeros incluso tenía cierto parecido con él, aunque semejante cosa era imposible. Conocía a toda su familia, hasta los parientes más lejanos. Tampoco era cuestión del color del cabello, pues ambos hombres eran más morenos. Había simplemente cierta similitud en las facciones y en la complexión. Sin embargo, cuando aquel hombre sonrió, Alex percibió la diferencia. Su sonrisa era más cálida y espontánea de lo que la suya probablemente llegaría a ser jamás.

El otro poseía una elegancia despreocupada y una actitud tan relajada que parecía imposible imaginar algo capaz de alterarlo. En una impresión instantánea, Alex concluyó que ninguno de los dos

había tenido que enfrentarse a las dificultades que él había vivido intentando encajar en Eton.

—Señor Dawson —saludó con una inclinación de cabeza—. Señor Grey. Es un placer conoceros.

—Soy Theo Dawson —respondió el hombre que se le parecía vagamente, devolviendo la reverencia—. El placer es mío. Me enteré de su llegada por Philip Townsend, que es primo mío. He traído a nuestro vecino Gus para ver cómo se está instalando. Así podrá devolvernos la visita cuando lo desee.

—Muy amable de su parte.

Alex sonrió y les indicó que tomaran asiento.

—Por favor. He pedido que nos traigan algo de comer y beber.

Los hombres se sentaron y una nube de polvo escapó de los cojines del sofá. Alex hizo una mueca.

—Mi llegada ha sido reciente. Estoy intentando poner en orden la casa y la propiedad, pero es una tarea monumental.

—Tengo entendido que llevaba mucho tiempo deshabitada —comentó Dawson—. Gus dice que todo el mundo esperaba o bien la aparición de un heredero perdido o que alguien terminara comprándola.

Alex dedujo por el comentario que Dawson también era relativamente nuevo en Horncastle. Otra razón para simpatizar con él. Además de aquel curioso aire de parentesco, compartían la experiencia de ser recién llegados.

Explicó entonces que había sido uno de los primeros interesados en visitar Gracefield después de que saliera al mercado, algo que no había podido ocurrir hasta que los abogados demostraron que no existía ningún heredero vivo. Relató cuanto sabía sobre aquellas investigaciones y respondió a las preguntas de sus visitantes acerca de la propiedad.

Los sirvientes no tardaron en regresar con una bandeja de té acompañada de pasteles y fruta, mucho más apropiados para una visita social que la carne y el pan que él había pensado pedir inicialmente. Una vez que sus invitados aseguraron preferir té antes que clarete, Alex aguardó a que todo estuviera dispuesto y a que la

doncella sirviera las tazas -en ausencia de una familiar femenina, alguien tenía que hacerlo- antes de retomar la conversación.

—Mi intención es avanzar cuanto pueda con la propiedad antes de que comiencen las sesiones parlamentarias en primavera. Entonces tendré que marcharme a Londres.

Tomó un sorbo de té e indicó a los otros que se sirvieran lo que quisieran.

—¿Forma parte del Parlamento? —preguntó Dawson—. Supongo que de la Cámara de los Comunes.

Parecía ser el más sociable de los dos y llevaba el peso principal de la conversación.

—Así es. Además, pienso presentarme aquí a las elecciones con la esperanza de cambiar de distrito. Tengo algunas posibilidades de ganar, ya que el actual representante dejará el cargo.

Alex se sacudió unas migas de pastel de los dedos.

—Por eso tendré que residir en Londres durante la primavera. ¿Tenéis vosotros casa allí?

Ambos vestían como auténticos caballeros rurales. Quizá no aspiraban a nada más que permanecer en Lincolnshire.

—Yo no —respondió el señor Grey mientras concentraba toda su atención en el pastel que estaba comiendo—. Pasé suficientes años viviendo en habitaciones alquiladas en Bath, sin tiempo para disfrutar de los deportes. Ahora no tengo ninguna ambición fuera de Lincolnshire y espero no verme obligado a abandonarla jamás.

—Yo soy originario de Nottinghamshire —dijo Dawson, confirmando la sospecha de Alex de que también era relativamente nuevo en la zona—. Pero debo admitir que comparto ese sentimiento. Prefiero quedarme en mi finca con mi esposa y mi hijo. Mi último viaje a Londres estuvo lleno de más emociones de las que necesitaba, y no tengo ningún deseo inmediato de repetir la experiencia.

La sonrisa enigmática con la que acompañó aquellas palabras no invitaba precisamente a pedir más explicaciones.

Alex volvió la mirada hacia Grey.

—¿Y usted, señor? ¿Está casado?

Grey cogió otro pastel sin esperar invitación alguna.

—No. Vivo con mi hermana. Ella dirige la casa a la perfección. Supongo que tarde o temprano encontraré esposa, pero no es una de mis preocupaciones más urgentes.

Alex no respondió de inmediato mientras bebía un poco de té.

Le resultaba fácil imaginar a aquella hermana mayor solterona ocupándose de todo. No le habría desagradado tener una pariente semejante que administrara su hogar y lo ayudara con la decoración. Sin embargo, ni siquiera la comodidad de una hermana soltera habría bastado para apartarlo de su propósito de casarse. Siempre había deseado tener una esposa. Y no solo porque una mujer bien nacida pudiera elevar su posición social. Deseaba conversaciones junto al fuego. Compañía. Incluso afecto. Sus recuerdos de su propia madre eran vagos, pero por lo que había observado del barón Winton y su esposa, estaba convencido de que una unión así era posible. Podía imaginarlos fácilmente sentados junto a la chimenea al final del día, compartiendo las pequeñas noticias de la jornada.

—¿De dónde es usted, sir Alexander? —preguntó Dawson, sacándolo de sus pensamientos.

—De Derbyshire, cerca de Butterley.

Se apresuró a cerrar la boca antes de dejar escapar alguna referencia a sus orígenes comerciales. No era algo que le avergonzara, pero había aprendido a decidir cuidadosamente cuándo revelarlo. La experiencia le había enseñado que aquella información rara vez contribuía a elevarlo en la estima de quienes lo escuchaban.

—Entonces no es de Lincolnshire, en ningún caso —comentó Dawson con otra sonrisa amistosa—. Espero que, hasta ahora, la región le haya causado una buena impresión.

Alex asintió y respondió que sí.

—¿Asistió a Oxford o a Cambridge? —preguntó el señor Grey, lo que al menos demostraba que lo consideraban lo bastante caballero como para dar por sentado que había recibido educación en alguna de esas instituciones.

—Eton. Después Oxford. ¿Y vosotros?

—Nos conocimos en Harrow —respondió el señor Grey con una sonrisa amplia—. Fui yo quien presentó a Theo con su propio primo. Él y Philip crecieron distanciados.

—Entonces todos estáis unidos por vínculos que vienen desde la infancia.

Era exactamente igual que en Eton. Sus compañeros habían crecido rodeados de relaciones de esa clase, lazos forjados durante años y años. No necesitaban aprender cómo hablar ni cómo comportarse para encajar; aquello les resultaba natural. De algún modo, Alex nunca había logrado integrarse realmente en esos círculos durante sus primeros años de estudio. La única razón por la que había sido admitido en Eton se debía a sir William, y no fue sino hasta Oxford cuando encontró por fin un lugar donde sentirse cómodo.

—Casi —replicó el señor Dawson con una sonrisa—. Mi madre se casó por debajo de su posición social; mi padre era comerciante de telas. Debido a ello, mi tío, el padre de Philip, nunca reconoció el parentesco. Estuvimos a punto de perder toda nuestra infancia sin llegar a conocernos.

La confesión sorprendió a Alex y despertó de inmediato una sensación de afinidad hacia su invitado. Así que el señor Dawson tampoco era caballero de nacimiento… al menos por la rama paterna. Y aun así parecía haber encontrado perfectamente su lugar en aquel mundo. Tal vez no tardarían en llamarse por sus nombres de pila.

No tuvo oportunidad de hablar más acerca de su propio pasado porque el señor Dawson preguntó:

—¿Ha pensado ya cómo planea restaurar el jardín amurallado?

La pregunta le agradó. Desde hacía tiempo deseaba convertir aquel espacio en un huerto frutal donde pudiera injertar nuevas variedades de árboles. Comenzó a hablar con entusiasmo del proyecto y encontró en el señor Dawson un oyente atento, mientras que el señor Grey parecía seguir la conversación de manera mucho más distraída. Tan absorto quedó en el tema que no advirtió el paso del tiempo hasta que Grey lo devolvió al presente.

—Debemos retirarnos —anunció el señor Grey, poniéndose de pie.

Alex y el señor Dawson hicieron lo mismo.

—Ya tiene mi tarjeta. Espero que venga a visitarnos. Estoy seguro de que a mi hermana le agradará recibir una visita. Solo procure que sus gatos no le llenen la ropa de pelo. Nunca conseguirá quitárselo por completo.

Alex soltó una carcajada. Con ese comentario, el señor Grey había terminado de completar la imagen mental que él mismo se había formado de aquella hermana solterona.

El señor Dawson sonrió débilmente antes de añadir:

—No le haga caso a Gus. Su hermana es una mujer encantadora y, además, una excelente repostera. Estoy convencido de que cualquier pastelito que prepare la señorita Grey se deshará en su boca. Y también espero que considere visitarnos a nosotros. Mi esposa y yo estaremos encantados de recibirlo.

Alex les agradeció la visita y los acompañó hasta la puerta, prometiendo pasar a verlos aquella misma semana si no les causaba inconveniente.

—Venga el jueves —dijo el señor Grey mientras salía.

—Para nosotros cualquier día será bienvenido —añadió el señor Dawson levantando una mano en gesto amistoso.

Alex prometió que lo haría.

Aunque, si era sincero, visitaría primero al señor Dawson. Era mucho más fácil tratar con él. Además, no tenía una hermana solterona que se quedara mirándolo con ojos soñadores por encima de los gatos acomodados en su regazo.

CAPÍTULO CUATRO

Christine abrió la puerta del sótano, que cayó al suelo con un golpe seco, dejando al descubierto unos escalones de piedra que descendían hacia la oscuridad. Había llegado el momento de ocuparse del almacén subterráneo para raíces que se encontraba junto al cobertizo, frente a la puerta trasera de la casa. Nadie lo había limpiado desde que ella y Gus regresaron de Bath. El jardinero ya había comenzado a desenterrar las últimas zanahorias y patatas ante la inminencia de las heladas, y Christine no pensaba almacenarlas allí hasta que el lugar estuviera completamente limpio. Una buena ama de casa debía supervisar personalmente ese tipo de tareas, aunque ello significara terminar cubierta de tierra.

Armándose de valor, descendió al sótano y comenzó a sacar las hortalizas de raíz que aún quedaban de la cosecha del otoño anterior. La clasificación quería hacerla ella misma; después los criados podrían encargarse de la limpieza.

No le agradaban las arañas que se ocultaban en aquel rincón húmedo y sombrío, pero las responsabilidades no podían posponerse simplemente porque una detestara a ciertas criaturas astutas de ocho patas.

Artemis y Hunter corrían de un lado a otro por el jardín amurallado, persiguiéndose sin descanso. Incluso Guinea había terminado por resignarse a su presencia y ahora los seguía a todas partes, aunque era incapaz de igualar el ritmo de sus hermanos. Eso no le impedía lanzarse tras ellos cada vez que arrancaban a correr y luego derrapar torpemente para cambiar de dirección, moviendo sus pequeñas patas tan rápido como podía cuando los cachorros tomaban otro rumbo.

De pie junto al sótano, sosteniendo otra cesta llena de raíces, Christine se detuvo un momento para contemplarlos. Sonrió y soltó una risita mientras observaba sus juegos. Los sabuesos lucían ahora

un pelaje brillante y saludable. Incluso Gus se había acostumbrado a su presencia y había comenzado a entrenarlos, poniendo a prueba su capacidad para obedecer órdenes. Ya formaban parte permanente de la familia, exactamente como ella había sabido que ocurriría.

Petunia, la más cariñosa de sus gatas, se deslizó entre sus piernas, obligándola a mirar hacia abajo. Y fue entonces cuando tuvo una visión poco agradable de sí misma. La suciedad del sótano había pasado del delantal al vestido. Menos mal que había escogido su ropa más vieja para aquel trabajo. Aun así, tendría que cambiarse antes de que llegara Sarah Pasley, la hermana del boticario. No podía decirse que Sarah y ella fueran amigas íntimas, pero durante los últimos meses habían desarrollado algo parecido a una amistad. Además, Christine le había prometido regalarle algunas plantas de hisopo y equinácea, junto con té y pasteles para acompañar la visita. Sin embargo, todavía era demasiado temprano para recibir invitados y aún quedaba trabajo por hacer.

Separó las verduras en buen estado de las estropeadas, arrojando estas últimas a un montón destinado al compost. Ahora debía llevar las que podían conservarse a la cocina y permitir que las doncellas y el lacayo continuaran preparando el sótano para la cosecha de finales de otoño.

—Jimmy, ya he terminado mi parte. Ve a buscar a Mary y a Beatrice. A estas alturas deberían haber acabado de limpiar las ventanas del lado sur de la casa.

Christine entró en la vivienda sosteniendo las verduras recogidas en el delantal. Había elegido aquel día para su desordenado proyecto porque la señora Bunting estaba fuera visitando a su madre enferma. De lo contrario, la cocinera habría estado preocupándose por el desorden y, además, solo habría estorbado.

Un golpe en la puerta principal anunció la llegada de alguien que, al menos, no podía ser un comerciante o proveedor, pues ellos sabían perfectamente que debían utilizar la entrada lateral. Podía tratarse de Sarah, si había llegado antes de lo previsto, aunque era más probable que fuera Arabella u Honoria. Sus amigas más

cercanas solían visitarla temprano para poder conversar sin interrupciones. Dejó las verduras sobre la mesa de la cocina y, tras limpiarse las manos sucias en el delantal -apenas un poco menos sucio que ellas-, fue a abrir la puerta.

El caballero que esperaba afuera apartó la vista del patio y se volvió hacia ella. En cuanto Christine vio su rostro, se quedó paralizada. Era el desconocido. El jinete que había encontrado en los bosques de los Townsend. Durante un instante ambos permanecieron inmóviles, mirándose. Ella, sorprendida de encontrarlo frente a su puerta en lugar de ver a una de sus amigas. Y él… Bueno, dado el destello de reconocimiento que cruzó su mirada, supuso que estaba observando su aspecto. Apartó un mechón de cabello que había caído sobre su mejilla y lo acomodó detrás de la oreja. Después intentó entrelazar las manos frente a sí para ocultar la incomodidad que sentía. Pero parecía incapaz de encontrar siquiera las palabras necesarias para saludarlo.

—Disculpe, señorita… —comenzó él.

Entonces apretó los labios formando una línea recta. Christine no supo discernir si aquello era desaprobación o si estaba conteniendo una sonrisa. Ninguna de las dos posibilidades le agradó.

Sir Alexander, había dicho Honoria. La capa de montar descansaba sobre sus hombros y, si durante aquel fugaz encuentro en el camino ella había pensado que era un hombre bien parecido y de buena presencia, verlo ahora con mayor claridad no hizo más que confirmar esa impresión. Muy a su pesar, la irritación que había conservado desde aquel incidente se suavizó un poco frente a su atractivo.

—¿Sería tan amable de informar a su señor que sir Alexander Thorne ha venido a devolverle la visita? —hizo una breve pausa, con cierto aire de autoridad, antes de añadir—. Me dijo que podía pasar el jueves.

Aquello consiguió que Christine abriera la boca para responder, aunque sintió cómo el rubor le subía por las mejillas, provocado tanto por la vergüenza como por el repentino regreso de toda su indignación. Respondió con voz seca y cortante:

—Está hablando con la dueña de la mansión Farlow. Avisaré a mi hermano de que se encuentra aquí.

Él bajó la mirada hacia su ropa y luego volvió a fijarla en su rostro.

—Mis disculpas.

Aquella disculpa, por escasa que fuera, solo consiguió que Christine apretara aún más los labios. Estuvo tentada de dejarlo esperando en el exterior. Pero eso habría sido una grosería.

—Por favor. Pase.

Lo abandonó en el vestíbulo y salió en busca de Gus. ¿Dónde se había metido? Pensaba retorcerle el cuello. Finalmente lo encontró en el despacho. Gus levantó la vista al verla y, al reparar en su aspecto poco habitual, se limitó a arquear una ceja.

—Tienes visita —dijo ella, escupiendo prácticamente cada palabra—. Un tal sir Alexander Thorne. Dice que le *dijiste* que podía venir hoy jueves. No quisiera acusar al caballero de faltar a la verdad, pero ¿de verdad lo invitaste? ¿Y además olvidaste *avisarme*?

Gus soltó una carcajada. Sin embargo, al encontrarse con la mirada asesina de su hermana, se apresuró a suavizar la expresión.

—Lo siento muchísimo. Sí, lo invité y olvidé comentártelo. En mi defensa, normalmente siempre estás impecable y lista para recibir visitas, incluso cuando llegan sin previo aviso. Pero esto… —hizo un gesto señalando su aspecto—. ¿Estabas trabajando en el jardín, por casualidad?

—Estaba limpiando el sótano —Christine comenzó a golpear el suelo con el pie y añadió en un siseo contenido—. ¿Y qué hace aquí a estas horas? Ni siquiera es mediodía todavía.

—¿Ah, sí, señorita? Si tuvieras un aspecto más presentable, la hora no importaría en absoluto. ¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de hacer el trabajo de los criados? No es una conducta apropiada para una dama —consultó su reloj de bolsillo—. Y lamento informarte que son casi las dos.

Christine dejó escapar un gemido. Las horas habían pasado volando y Sarah no tardaría en llegar.

—Ve a entretenerlo tú. Yo me arreglaré y después prepararé una bandeja de té. Y la próxima vez —añadió, volviéndose hacia él

con gesto acusador—, me *avisarás* cuando invites a alguien para un día específico. *Sobre todo* si coincide con el día libre de la cocinera.

—Lo haré —respondió él dócilmente —cuando ella se dio la vuelta para marcharse, añadió—. Tal vez deberías lavarte la cara. Tienes una mancha de tierra atravesándote la mejilla.

Con aquel comentario tan poco útil persiguiéndola fuera de la habitación y recordándole el espantoso aspecto que debía tener, subió las escaleras para asearse, cepillarse el cabello, sujetarlo de nuevo con horquillas y cambiarse de vestido. Lo hizo tan rápido como pudo. No porque tuviera prisa por volver a ver a sir Alexander, desde luego. ¡Ni hablar! Si jamás volvía a encontrárselo, estaría encantada. Gus podía ocuparse perfectamente de su propio invitado. Pero Christine se sentía orgullosa de la reputación que tenía por las bandejas de té que preparaba. Deseaba conservarla intacta y esperaba que los refrigerios y pasteles hicieran desaparecer la mala impresión que el visitante se había llevado de ella. *No* es que le importara lo que pensara. En absoluto. Con un poco de suerte, él no tendría deseos de prolongar la visita y se marcharía antes de que Sarah llegara. Así evitarían tener que sentarse todos juntos alrededor de una acogedora mesa de té y pasteles.

Aquella esperanza resultó demasiado optimista. Tan pronto como llegó al pie de la escalera, escuchó las voces de Gus y sir Alexander procedentes del salón. Y, casi al mismo tiempo, resonó otro golpe en la puerta principal. Como el salón se encontraba junto a la entrada, Christine se vio obligada a pasar frente a los dos hombres para abrir. Vestida ahora con su mejor traje de día, confeccionado en lino color bronce con adornos amarillos, echó los hombros hacia atrás, levantó la barbilla y avanzó con un elegante asentimiento digno de una reina. Ambos caballeros se pusieron de pie de inmediato cuando ella cruzó la estancia para abrir la puerta y hacer pasar a Sarah. Gus lanzó a Christine una mirada de visible fastidio al descubrir la identidad de la nueva visitante. Él y Sarah chocaban constantemente cada vez que coincidían. Christine lo ignoró. Le venía bien sentir un poco de incomodidad de vez en cuando.

Sarah se quitó la capa, el sombrero y los guantes con una eficiencia muy parecida a la de la propia Christine. Después se volvió para hacer una reverencia a los caballeros. Era una joven menuda, de cabello castaño claro y brillante, aunque con frecuencia llevaba algunos mechones fuera de lugar debido a su afición por la caza y la equitación.

—Sir Alexander —dijo Gus—. Permítame hacer las presentaciones. Ella es la señorita Sarah Pasley, hermana del boticario del pueblo.

—Es un placer conocerla, señorita Pasley. De hecho, conocí a su hermano y a su esposa durante mi última visita al pueblo.

Con algo parecido a una sonrisa burlona, Gus dirigió una mirada hacia Christine y añadió:

—No creo que hayáis sido presentados formalmente antes, así que permítame presentarle a mi hermana, la señorita Christine Grey.

Christine apartó de su hermano una mirada capaz de atravesarlo y la dirigió hacia sir Alexander antes de hacer una reverencia.

—Es un placer, señor.

Incluso ella misma pudo percibir, por el tono seco de su voz, lo poco placentero que le resultaba. Primero había atravesado el campo a toda velocidad, poniendo en peligro a cualquiera que se cruzara en su camino. Después había supuesto que ella era una criada simplemente porque le gustaba participar personalmente en el cuidado de su hogar. Aquel hombre claramente no entendía lo que significaba valorar las propias posesiones.

Sarah eligió una silla dentro del círculo dispuesto en el salón mientras Christine iba a buscar el té. La oyó preguntar a sir Alexander si era nuevo en el condado, pero no se quedó para escuchar la respuesta. Colocó sobre una bandeja los pasteles de semillas que había horneado a primera hora de la mañana y dispuso su vajilla azul de Spode decorada con delicados motivos. En una fuente colocó la mermelada. En un jarrón a juego acomodó unas dalias recién cortadas que formaban un pequeño y elegante ramo. Todas aquellas piezas pertenecían a su mejor juego de té. Nadie podría decir que no era toda una dama cuando presentaba una

bandeja así. La doncella entró en la cocina. Ahora estaba tan cubierta de tierra como Christine lo había estado poco antes.

—¿Quiere que lleve yo la bandeja al salón, señorita?

Christine negó con la cabeza.

—Lo haré yo. ¿Habéis terminado con el sótano?

—Sí, señorita. Ya está limpio y listo para guardar las zanahorias.

—Muy bien. Puedes asearte y empezar a preparar la cena, ya que la cocinera no está.

Christine le dedicó una sonrisa agradecida y después cogió la bandeja para llevarla al salón. Los hombres volvieron a ponerse de pie. Sir Alexander la observó un instante antes de volverse hacia Gus con expresión desconcertada.

—¿No tenéis sirvientes?

Gus estalló en una carcajada en lugar de ofenderse, e incluso Sarah tuvo que cubrirse la boca para ocultar una risita. La aparente sinceridad de aquella pregunta terminó de formar la opinión que Christine tenía de él. ¿Acaso solo visitaba hogares cuyos propietarios permanecían sentados sin hacer nada mientras los criados se ocupaban de todo? Quizá eso fuera habitual en Londres. En Lincolnshire, desde luego, no. Tal vez aquella falta suya -como él parecía considerarla- bastara para garantizar que jamás regresara. Como Gus no respondió, ella se vio obligada a hacerlo.

—Nuestros criados están ocupados preparando el sótano para el invierno. Algunos preferimos asegurarnos personalmente de que nuestras casas funcionen de manera eficiente y de que no existan rincones ocultos llenos de polvo o deterioro. A veces eso implica ensuciarse un poco las manos.

Christine bajó la vista justo cuando colocaba la bandeja sobre la mesa y vio sus propias manos. Las escondió rápidamente. Por falta de tiempo, no había limpiado sus uñas con toda la atención que habría debido, y todavía quedaban restos de tierra bajo ellas. Mientras el té reposaba para alcanzar la intensidad adecuada, tomó asiento y atrajo a Sarah hacia la conversación.

—He dejado apartadas en la cocina las hierbas que te prometí.

—Es muy amable de tu parte.

Los ojos de Sarah se desviaron hacia Gus, que se había inclinado hacia delante para llenar generosamente su plato de pasteles.

—Mi hermano estará muy agradecido. No podrá restaurar el bancal de hierbas que se inundó hasta la próxima primavera.

—¿Le gusta la caza? —preguntó Gus a sir Alexander como si las mujeres no estuvieran conversando.

Equilibraba el plato sobre las rodillas. Christine repartió platos a Sarah y a sir Alexander antes de comenzar a servir el té. Durante unos instantes reinó el silencio mientras ofrecía los pasteles a los invitados.

—No he tenido muchas oportunidades de cazar durante los últimos años, pero sí, me gusta bastante.

Sir Alexander probó el pastel con mermelada que ella le había servido. Christine captó la expresión de agradable sorpresa que cruzó su rostro. Aquello le produjo una satisfacción secreta. Tal vez la considerara poco más que una criada, pero tendría que reconocer que era una repostera excelente. Saboreó otro bocado antes de añadir:

—¿Hay buenas cacerías en esta parte del condado?

Fue Sarah quien respondió.

—Oh, sí. La cacería de Burton, cerca de Lincoln, es la mejor de todo el norte de Inglaterra. En una buena jornada pueden recorrerse más de veinticinco millas. Y Burton es famosa precisamente por eso. *Yo* creo que podría rivalizar incluso con Quorn.

Sus ojos se iluminaron como siempre que hablaba de la caza.

—La señorita Pasley tiene razón —dijo Gus—. Pero, como ella ya sabe perfectamente, sigo pensando que las mujeres no tienen lugar en una cacería. Solo estorban.

—Sí, claro. Completamente cierto —Sarah removió el azúcar en su taza con absoluta calma—. Especialmente cuando el caballo de la dama es más rápido y consigue saltar la cerca mucho antes de que los demás caballeros siquiera aparezcan a la vista.

Levantó la taza hasta los labios mientras dirigía a Christine una mirada centelleante.

—Eso ocurrió una sola vez, y además tú tenías un acceso más directo —refunfuñó Gus—. Eso no te convierte en mejor amazona.

Aster, el gato de patas blancas de Christine, saltó sobre su regazo. Ella comenzó a acariciarlo distraídamente. El suave ronroneo del animal resultaba extrañamente reconfortante. Al levantar la vista para seguir la conversación, descubrió que sir Alexander la estaba observando. Su expresión parecía una mezcla de sorpresa y diversión, algo que la desconcertó. ¿Qué podía tener de gracioso acariciar a un gato? A menos que simplemente le pareciera extraño que le gustaran los animales. Debía de ser eso. Aquel hombre insoportable.

Aunque… Muy a su pesar, tenía que admitir que se había manejado admirablemente tanto con su caballo como con sus perros. Por tanto, algún cariño hacia los animales debía sentir. Bajó nuevamente la mirada hacia Aster.

Mientras Sarah y Gus continuaban intercambiando comentarios de un lado a otro, Christine volvió a mirar al visitante, curiosa por saber qué opinión le merecía la discusión. Los labios de sir Alexander se inclinaron hacia abajo mientras observaba el rostro animado de Sarah. Probablemente estaba de acuerdo con Gus. Las mujeres, al parecer, no eran capaces de destacar en nada que no consistiera en hacer más cómoda la vida de un hombre. Aquello reforzó la impresión que ya tenía de él. Sir Alexander era un hombre orgulloso, alguien excesivamente consciente de su propia importancia. Sarah pareció recordar el plato que tenía delante. Tomó un bocado del pastel de semillas y después se sacudió las migas de los dedos.

—Puede que pienses que una mujer te estorbará durante una cacería, Gus. Puede que incluso lo pienses de mí, a pesar de que te he demostrado lo contrario. Pero no puedes negar que aquella vez que competimos entre nosotros fui capaz de abatir y cobrar más aves que tú.

—Todavía no sé qué me llevó a aceptar aquella apuesta. Las mujeres no deberían dedicarse a disparar aves. Ya te lo he dicho antes y no pienso cambiar de opinión al respecto.

El rostro de Gus volvió a adoptar aquella expresión obstinada de mula, y Christine se encontró oscilando entre la vergüenza que le

provocaba ver las debilidades de su hermano expuestas tan abiertamente y el placer que le producía comprobar la facilidad con que Sarah sabía provocarlo de maneras que nadie más conseguía. En más de una ocasión se había preguntado qué pensaba realmente Sarah de él. Nunca se había atrevido a preguntárselo.

Los ojos de sir Alexander iban de uno a otro con una expresión imposible de descifrar. No estaba en la naturaleza de Christine imponerse en una conversación, ni siquiera cuando conocía bien a quienes participaban en ella. Pero, en aquel caso, su resistencia a aportar siquiera un pequeño comentario aumentaba por el hecho de que no deseaba que sir Alexander disfrutara de su conversación sin tener que esforzarse para conseguirla. Solo podía suponer que él compartía la misma actitud, porque ninguno de los dos habló demasiado durante el breve tiempo que permanecieron reunidos alrededor del té. Más bien escucharon cómo Sarah y Gus continuaban su intercambio de opiniones, salpicado aquí y allá de pequeñas pullas. La escena habría resultado entretenida si la hubiera visto representada sobre un escenario. Lo era mucho menos siendo una actriz involuntaria dentro de aquella comedia. Finalmente, sir Alexander se puso de pie.

—Me temo que debo retirarme. Ha sido un placer conoceros a ambas.

Hizo una reverencia primero a Sarah y luego a Christine, aunque no dirigió la mirada hacia ella mientras lo hacía.

Sarah también se levantó de inmediato.

—¡Oh! Casi lo había olvidado. Le prometí a Martin que regresaría pronto con las hierbas porque las necesita esta misma tarde, y me he dejado llevar hablando. Christine, ¿te importa mucho? Tendremos que seguir conversando en otra ocasión.

—Ni lo menciones.

Christine dejó la bandeja del té donde estaba y fue a la cocina para recoger el paquete de hierbas. Regresó con él y se lo entregó a Sarah, que ya se había puesto el sombrero y la capa. Sir Alexander permanecía junto a la puerta con cierta incomodidad, y Christine comprendió la razón. No había ningún lacayo disponible para abrirla. Jimmy debía seguir ayudando al jardinero o quizá aseándose

después del trabajo. Gus, por supuesto, continuaba sermoneando a Sarah sobre la supuesta ineptitud de las mujeres y ni siquiera se había dado cuenta. Christine entregó el ramo de hierbas a Sarah y fue ella misma a abrir la puerta. El visitante hizo una reverencia.

—Buenas tardes, señorita Grey.

Lanzó una mirada hacia Gus y Sarah, que seguían ignorándolo mientras discutían, y acto seguido se dispuso a marcharse sin añadir nada más.

Christine no necesitó preguntarse qué opinión tenía de aquella casa algo desordenada. Lo llevaba escrito en toda la cara. Sarah aprovechó que la puerta estaba abierta para escapar de Gus. Se acercó a Christine y le tocó suavemente el brazo.

—Gracias. Y otra vez te pido disculpas por marcharme tan deprisa cuando habíamos planeado pasar más tiempo juntas. La próxima vez prometo quedarme más rato.

Detrás de ellas, Gus emitió un gruñido poco amistoso. Sarah guiñó un ojo a Christine antes de salir al exterior, donde sir Alexander esperaba a que el mozo le acercara el caballo.

—Bien. Se marchan juntos —comentó Gus cuando la puerta se cerró, aunque las siluetas de ambos todavía podían verse a través de los paneles laterales de cristal—. Quizá decidan casarse y Sarah esté demasiado ocupada para seguir rondando nuestra puerta.

Después cruzó la habitación, cogió el último pastel que quedaba y chasqueó los dedos para llamar a Hunter y Artemis, que lo siguieron fuera.

Oculta tras la ventana, Christine observó a los dos visitantes conversar brevemente antes de separarse. Sarah se dirigió hacia el carruaje que esperaba junto a su lacayo. Sir Alexander montó a caballo y tomó el camino que conducía a su propiedad. No parecían dos personas que acabaran de descubrir un interés repentino el uno por el otro. Aunque, pensándolo bien, sir Alexander tampoco parecía un hombre capaz de sentir algo semejante por ninguna mujer. Su rostro enigmático difícilmente podría haber resultado más distante.

En cuanto a Sarah… Christine reflexionó unos instantes. No podía asegurar por completo que Sarah no sintiera alguna inexplicable atracción por Gus. Y, de manera aún más

desconcertante, que aquella atracción fuese correspondida. ¿Era posible que Sarah disfrutara tanto de la compañía de Gus como para sentir algo más profundo por él y no solo el simple placer de provocarlo? ¿Podría Gus corresponderle realmente, a pesar de su actitud gruñona cada vez que ella estaba cerca? Se comportaba exactamente al contrario de como solía hacerlo cuando coqueteaba. Aunque, por otra parte, sus coqueteos nunca llegaban a ninguna parte. Christine esperaba que Sarah no terminara con el corazón herido.

Apartándose de la ventana, regresó al salón. El cansancio de la jornada comenzó a caer sobre ella. Tomó asiento y se sirvió otra taza de té. Era el fondo de la tetera, con pequeñas hojas rotas girando en espirales en el fondo de la taza. Quizá debería preguntarle directamente a Gus qué sentía por Sarah.

CAPÍTULO CINCO

El golpe amistoso en la puerta de la despensa de la planta baja de la casa de los Grey fue seguido casi de inmediato por la entrada de Honoria, que atravesó el umbral sin esperar respuesta. Christine estaba inclinada sobre una pequeña mesa de trabajo. Sobre ella descansaba uno de los cuadros de la familia, de escaso valor económico pero cargado de significado sentimental, y estaba aplicando pintura dorada al marco. Los adornos del marco no estaban tallados en madera, sino moldeados en yeso. Ella ya había vuelto a pegar una de las volutas decorativas que se había desprendido debido al calor de la chimenea. Cuando terminara, pensaba trasladar el cuadro a otra parte de la habitación para evitar que el percance volviera a repetirse.

—Apenas notaste esta semana que faltaba la pieza, y ya la estás reparando —observó Honoria —se inclinó sobre el cuadro para examinarlo con atención—. El marco luce mucho mejor ahora que lo has iluminado.

Christine se sintió complacida por el elogio de su amiga y dejó el pincel sobre la mesa.

—Ya he terminado. Cuando se seque decidiré si necesita una segunda capa. ¿Quieres tomar un poco de té?

Honoria negó con la cabeza y acarició el pequeño abultamiento de su vientre.

—Parece que le he perdido el gusto, lo cual es una lástima porque recuerdo perfectamente cuánto *disfrutaba* de él.

—Entonces salgamos al jardín, si no estás demasiado cansada. Llevo demasiado tiempo quieta.

Christine condujo a Honoria hacia la parte trasera de la casa y salieron al jardín. Era agradable estar al aire libre, aunque hacía suficiente frío como para no quedarse mucho tiempo sin caminar a buen paso.

—He venido con un propósito concreto —dijo Honoria mientras enlazaba su brazo con el de Christine—. Philip y yo iremos el miércoles a Gracefield Park para ayudar a sir Alexander Thorne con ideas para la renovación de la casa. Pensé que quizá te gustaría acompañarnos, ya que precisamente este tipo de cosas se te dan muy bien.

De manera inexplicable, la respiración de Christine se detuvo al escuchar el nombre de sir Alexander. Y más aún ante la idea de buscar deliberadamente su compañía. Había pensado en él más de una vez desde su visita a la mansión Farlow. Cada recuerdo despertaba de nuevo la indignación que le producía haber sido confundida con una criada. Siempre que evocaba aquel episodio, imaginaba un desenlace diferente en el que ella salía victoriosa. Él, profundamente confundido, le rogaba perdón por haber cometido semejante error y le aseguraba que era imposible no reconocer en ella a una dama. O la contemplaba como si estuviera hechizado, como si de pronto una venda hubiera caído de sus ojos y le permitiera descubrir a una mujer que no solo era hermosa, sino también capaz y trabajadora. Le suplicaba saber su nombre.

La dirección que tomaban sus pensamientos era tan absurda que ni siquiera merecía indulgencia. Y aquella fantasía en particular siempre terminaba provocándole un rubor traicionero acompañado de una severa reprimenda dirigida a su imaginación, tan fantasiosa como patética.

Honoria pareció aceptar con naturalidad aquel silencio repentino.

—Ya sé que dirás que no tienes ningún motivo para ir, pero seguro que deseas ver la casa Gracefield con tus propios ojos después de haber crecido escuchando historias sobre ella. Yo ni siquiera he visto el *exterior*. ¿Tú sí? —miró a Christine esperando una respuesta. Ella negó con la cabeza—. No puedes negar que sientes curiosidad. Dime que vendrás.

Por supuesto, Christine debía rechazar la invitación. Después de que sir Alexander la hubiera menospreciado en su propia casa, no pensaba darle ocasión de hacerlo también en la suya. Pero Honoria tenía razón en al menos una cosa. El deseo de ver el interior de

aquella mansión en pleno proceso de restauración era casi imposible de resistir.

No había nada que disfrutara más que resolver el rompecabezas de calcular cuánto tiempo llevaría devolver una casa a su antiguo esplendor y determinar exactamente qué era necesario hacer para lograrlo. Sin duda, algún día sería la esposa de sir Alexander quien se encargaría de todo aquello. Pero, mientras tanto, ella podía fingir que el proyecto era suyo. En lugar de imaginar que estaba renovando la casa de un desconocido para entregársela después a su futura esposa, podría decorar cada habitación en su mente y soñar cómo sería vivir allí una vez terminada la obra.

Una ramita que se quebró bajo sus pies hizo que Christine despertara de aquella agradable ensoñación. Debía de haber permanecido en silencio más tiempo del que incluso Honoria estaba dispuesta a tolerar, porque su amiga la obligó a detenerse, le tiró juguetonamente del brazo y la sacudió un poco.

—Oh, vamos, tienes que venir. Philip no tiene ningún gusto para estas cosas. No será ni la mitad de divertido si tú no nos acompañas.

Christine permitió que una leve sonrisa aflorara en sus labios. Aunque la idea carecía de toda lógica, seguía deseando ir. Quizá no resultara tan horrible como ella imaginaba, con sir Alexander mirándola por encima del hombro por el simple hecho de ser mujer. Quizá pudiera impresionarlo con sus ideas y darle la vuelta por completo a la opinión que tenía de ella. Después de todo, aquel era el único ámbito en el que realmente sobresalía. Tal vez consiguiera que lamentara el juicio precipitado que había hecho sobre su persona. Sabía que debía negarse. Pero…

—Iré.

—¡Excelente! —Honoria soltó su brazo y juntó las manos enguantadas con entusiasmo. Su risa casi suplió la falta de sonido que producía el gesto—. Ahora sí que nos divertiremos.

***

El día señalado para la visita a Gracefield Park, Honoria llegó sola a recoger a Christine.

—Ha aparecido una grieta en uno de los costados de la bañera termal y el agua está empapando el terreno alrededor. La fuga lo tiene preocupado —explicó Honoria—. Philip no se quedaría tranquilo si no se quedara allí para supervisar la situación.

—Lamento oírlo. Espero que sea algo fácil de reparar.

Christine se detuvo un instante mientras se dirigían hacia el carruaje que las esperaba.

—¿No deberías estar allí con él en lugar de visitar a los vecinos?

Honoria negó con firmeza.

—Creo que en este caso solo estorbaría. Ha mandado llamar a su ingeniero para que examine el problema y vea qué puede hacerse. Además, no quería aplazar esta visita.

Christine tampoco. Y no podía engañarse al respecto. Aquellas fantasías embarazosas -que jamás admitiría ante nadie- no habían hecho más que fortalecerse. En todas ellas aparecía mostrando ante sir Alexander su faceta más competente y admirable, aunque estuviera muy lejos de la realidad.

Durante el breve tiempo que llevaban conociéndose, solo había conseguido gritarle -aunque en gran medida hubiera sido culpa de él- y provocar que dudara de si realmente era una dama. Había reflexionado bastante sobre el segundo incidente y, por mucho que quisiera convencerse de que no tenía nada de qué avergonzarse por participar personalmente en la limpieza a fondo de la casa, una duda secreta se había apoderado de ella. Quizá había llevado demasiado lejos su entusiasmo. No conocía a ninguna dama, amiga o no, que asumiera voluntariamente una tarea más propia de una fregona de cocina que de la señora de una casa.

—Entonces, vámonos.

Apartó aquellos pensamientos de su mente y siguió a Honoria hasta el carruaje, donde el cochero de los Townsend mantenía abierta la portezuela para ellas. El vehículo se puso en marcha. Durante el corto trayecto hasta Gracefield Park, ambas se entretuvieron especulando sobre cómo sería la casa. Habían oído decir que era inmensa, pero les costaba imaginar que pudiera ser tan grande estando tan escondida en medio del campo.

Cuando abandonaron el camino principal y tomaron la carretera privada, Christine se inclinó hacia la ventanilla. Observó cómo atravesaban los portones de hierro encajados en el muro de piedra. El camino estaba flanqueado por árboles. Avanzaron durante unos cinco minutos más antes de salir a un claro donde la superficie se transformaba en grava. Fue entonces cuando tuvieron la primera visión de la mansión.

—Pero… ¡es magnífica! —exclamó Christine.

Se volvió hacia Honoria. Esta retiró la cabeza de la ventanilla y le sonrió.

—Más magnífica de lo que imaginaba. Y todavía sigue soltero. ¿Ahora entiendes por qué pensé en ti cuando sir Alexander vino a visitarnos?

Alzó una ceja con una intención imposible de pasar por alto. Christine frunció los labios en señal de desaprobación.

—Espero que no hayas tenido ninguna idea semejante al invitarme hoy. Me temo que terminarás decepcionada.

—No, no —negó con aparente inocencia, aunque no resultó demasiado convincente—. De verdad necesita tus consejos en cuestiones de decoración. Me dio a entender que considera la renovación de la casa una tarea abrumadora.

Christine solo quedó parcialmente tranquila. Esperaba sinceramente que su generosa pero equivocada amiga no hubiera hablado de sus supuestas cualidades como candidata al matrimonio o, peor aún, que hubiera insinuado que Christine esperaba recibir una proposición. Aquello sería mortificante.

El carruaje se detuvo frente a la entrada principal. Descendieron y avanzaron hacia los pocos escalones de piedra situados bajo el pórtico. Honoria llamó a la puerta. El mayordomo les abrió y las condujo al vestíbulo. Tanto aquel espacio como el corredor que comunicaba con el resto de la casa habían sido pintados recientemente, aunque todavía carecían de cualquier tipo de decoración.

El mayordomo las llevó hasta el salón principal. La estancia era amplia y señorial, pero las alfombras y los tapizados estaban

gastados por el uso. Las pesadas cortinas oscuras y los tapices manchados parecían envolver toda la habitación en sombras.

Christine giró lentamente sobre sí misma para examinar las proporciones del salón, la disposición de las ventanas y el potencial que escondía aquel espacio. Las molduras y zócalos seguían en su lugar, aunque resultaba difícil distinguirlos de los tapices murales porque tenían un color muy parecido. En algún momento debieron de haber sido de un verde oliva oscuro, aunque los años y la suciedad hacían difícil asegurarlo.

—Lo que no daría una pintura verde clara en las paredes, combinada con paneles y zócalos color crema para esta habitación… —suspiró, imaginándola ya terminada.

—¿Eso es lo que cree que necesita este salón?

Sir Alexander había entrado detrás de ellas. Christine se volvió y realizó una reverencia. No esperaba que apareciera tan pronto. Y, desde luego, no había oído su llegada. De haberlo sabido, se habría guardado su comentario para sí misma, porque le incomodaba que alguien escuchara palabras destinadas únicamente a una amiga.

—Creo que sería una posibilidad muy adecuada para la decoración —respondió con cautela—, especialmente si piensa encargar telas en tonos dorados y crema para los sofás y las butacas.

—¿No sería más sencillo reemplazar todo esto por mobiliario nuevo? —replicó sir Alexander como si aquella fuera la solución más evidente del mundo.

Christine lo miró con sorpresa.

—¿Este mobiliario? No. Es lo bastante moderno. Algunas piezas son Sheraton. Otras son Chippendale. Solo necesitan pulirse y volver a tapizarse.

Sir Alexander reflexionó un instante sobre aquello antes de volverse bruscamente hacia Honoria.

—Estoy olvidando mis modales. Bienvenida, señora Townsend. Y bienvenida también, señorita Grey.

Honoria sonrió e hizo una reverencia.

—Le ruego disculpe la ausencia de mi esposo. Tenía toda la intención de acompañarnos, tal como prometió, pero surgió un

problema en los baños termales que requería su atención inmediata.

—Espero que no sea nada grave.

—Estoy segura de que no hay motivo para preocuparse —señaló los muebles de los que Christine y él acababan de hablar—. Coincido en que las estructuras de los sofás y las butacas son elegantes y solo necesitan nuevos tapizados y quizá un poco de pulido. Pero me alegra que también pueda escuchárselo decir a Christine. Tiene un verdadero talento para la decoración, y puede confiar plenamente en su criterio cuando le haga alguna sugerencia.

Christine sintió cómo el calor subía a sus mejillas ante los elogios de su amiga. Esperaba que sir Alexander no pensara que había acudido allí con la esperanza de convertirse algún día en la señora de Gracefield y que Honoria estuviera tratando de recomendarla discretamente. Él respondió con una inclinación seria de cabeza.

—Escucharé con gratitud cualquier propuesta que ambas deseéis hacer. ¿Os parece que pasemos al salón contiguo al comedor?

Sin esperar respuesta, comenzó a cruzar el gran salón y ellas lo siguieron. La sala contigua era mucho más pequeña que el salón principal, aunque se encontraba en un estado de deterioro similar.

Christine levantó la vista hacia el techo. La pintura se estaba desprendiendo en varios lugares y acumulaba polvo, especialmente sobre la chimenea, donde el hollín había dejado un círculo más oscuro alrededor. Se acercó a uno de los sofás colocados junto al hogar y pasó los dedos por la tela desgastada. Probablemente aquella estancia se utilizaba para recibir a grupos pequeños antes de servir la cena y, si la reunión era más numerosa, resultaría muy fácil atravesarla para acceder al comedor.

—¿Quién está realizando las obras de renovación? —preguntó Christine—. He observado que el vestíbulo ya ha sido restaurado.

Se cuidó de no mencionar lo vacío que se veía, por temor a la reacción de su anfitrión.

—Mi abogado contrató un grupo de trabajadores de Lincoln. Están bajo las órdenes de un hombre llamado Gerry Banks, aunque en realidad fue contratado principalmente para reparar algunas

partes del tejado que estaban podridas. El vestíbulo fue renovado por iniciativa de mi abogado antes de que me instalara aquí y supongo que Banks se encargó del trabajo, aunque no llegué a preguntarlo —observó la habitación como si la estuviera viendo por primera vez—. No he conseguido decidir por dónde continuar.

—¿Les han dado instrucciones para reformar alguna otra parte del interior? —preguntó Honoria con curiosidad—. ¿O están esperando sus órdenes?

—En parte es eso. Y en parte porque no consiguen encontrar los materiales aquí. Banks me dice que tienen que pedirlos a Lincoln.

Honoria y Christine intercambiaron una mirada. Una fugaz sonrisa apareció en el rostro de Christine antes de responder.

—Es posible que estén favoreciendo a los comerciantes de Lincoln. Si hubiera contratado a un equipo de Horncastle, habrían hecho exactamente lo mismo, pero en ese caso habría jugado a su favor, porque habría conseguido los materiales con mucha más rapidez.

—Ya veo.

Sir Alexander pareció no tener nada más que añadir al respecto. Simplemente hizo un gesto para que continuaran y los condujo hacia el comedor. Christine lo siguió preguntándose si había hablado más de la cuenta. No creía haberlo hecho. Aquello era puro sentido común para cualquiera que hubiera crecido en una localidad pequeña. Pero quizá a él no le había agradado que le señalaran un error.

En el comedor, Christine prefirió guardar silencio por prudencia y dejó que Honoria llevara el peso de la conversación, elogiando la vajilla, el aparador y la larga mesa de madera con sus elegantes sillas a juego. Aquella habitación sería sencilla de restaurar; quizá bastaría con lijar y barnizar los pisos, añadir algunas obras de arte y aplicar una nueva capa de pintura.

Habían llegado a uno de los extremos de la casa, y fue precisamente en la sala de desayunos donde Christine volvió a encontrar su voz. Sobre el aparador había tres pilas de hermosos grabados de caballos, colocados en filas. Los tres que quedaban visibles al frente resultaban fascinantes por la sensación de

movimiento y el nivel de detalle que mostraban, y ella se detuvo frente a ellos para admirarlos.

—Son magníficos.

Cogió el primer grabado y lo apartó ligeramente para observar el segundo. Fue examinándolos uno por uno antes de pasar a la segunda pila y después a la tercera.

—No deberían estar escondidos aquí. Una colección como esta merece exhibirse en un lugar mucho más destacado.

Miró hacia sir Alexander, consciente de que había vuelto a hablar sin pensarlo. Por primera vez, él le devolvió la mirada con una expresión abierta y complacida.

—Es una colección mía. Todos son obra de Mathias Merian, y compro uno cada vez que tengo oportunidad de encontrarlo. Pensaba sustituir estos marcos por otros más elegantes antes de decidir dónde colgarlos.

Había una ligera vacilación en su voz, una especie de pregunta implícita que dio a Christine el valor para responder con mayor calidez.

—Ha reunido una colección realmente admirable. ¿No son grabados al punteado?

Él negó con la cabeza.

—Son anteriores a esa técnica.

Christine examinó algunos más para ganar tiempo antes de arriesgarse a expresar su verdadera opinión.

—No estoy segura de que necesiten marcos mejores que estos. Lo único indispensable es que todos sean uniformes. Y, puesto que estos grabados representan el movimiento de los caballos, creo que deberían colocarse en un lugar donde también haya movimiento de personas. Un pasillo, por ejemplo. O mejor aún, la escalera principal. De ese modo, cualquiera que pase junto a ellos o suba por la escalera podrá admirar su "muro de la felicidad", como solía llamar mi madre a su colección de retratos favoritos.

—¿Muro de la felicidad? —repitió él antes de que Christine pudiera arrepentirse de haber hablado con tanta espontaneidad—. Me gusta esa expresión. Y también la idea de crear una sensación

de movimiento con ellos, como usted sugiere. Le estoy muy agradecido.

Christine se quedó inmóvil ante aquel elogio y estuvo a punto de sonreírle, hasta que advirtió que Honoria la observaba. Debería tener cuidado. No podía dar a su amiga ningún motivo para alimentar sus intentos de emparejarla. Honoria no debía verla como un caso digno de caridad.

Christine se aclaró la garganta y señaló los cuadros de mayor tamaño que descansaban apoyados en el suelo al otro lado de la habitación.

—Veamos estos cuadros. Me ha parecido que algunos podrían encajar muy bien en el comedor.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia las pilas de pinturas con marcos dorados apoyadas contra una pared. Delante de una de las pilas centrales había un cuadro más reciente, enmarcado con una elaborada moldura dorada que no armonizaba en absoluto con la pintura. Lo observó durante un minuto antes de comenzar a revisar las demás obras. Aquellas eran mucho mejores. Representaban las clásicas escenas de caza, retratos de personas desconocidas de épocas pasadas o paisajes de praderas bajo cielos azules y grises.

En cambio, el cuadro más moderno era un pobre intento de imitar el arte antiguo.

La figura principal era una joven bastante hermosa, pero aparecía colocada frente a un templo griego mientras querubines alados flotaban a su alrededor como nubes que transportaban instrumentos de cuerda. Era una composición de un gusto extraordinariamente dudoso.

—Las escenas de caza menos desagradables quedarían bien en el comedor, igual que la mayoría de estos retratos. No entiendo por qué fueron retirados de las paredes —miró a sir Alexander—. Los paisajes campestres podrían decorar perfectamente esta estancia, el salón principal o la sala de mañana —luego señaló la aberración grecorromana, mordiéndose los labios para evitar que se le escapara una sonrisa burlona—. Este, en cambio, quizá encuentre mejor acomodo en la despensa… o en algún rincón donde permanezca

bien oculto. Aunque para que quepa allí probablemente tendrá que quitarle el marco.

Cometió el error de alzar la vista para comprobar si compartía la broma. Lo que encontró la dejó desconcertada. En lugar de diversión, el rostro de sir Alexander parecía oscurecerse como un cielo de tormenta. ¿Acaso le gustaba realmente aquella pintura? ¿La habría elegido él mismo en lugar de haberla heredado con la casa, como había sucedido con los grabados? Pero aquellos grabados tenían tan *buen* gusto…

—Encontraré un lugar para este cuadro —dijo él con frialdad—, aunque quizá sea una habitación privada que yo frecuente más que la despensa. Es un retrato de mi difunta madre.

Christine lanzó una mirada a Honoria. La expresión horrorizada de su amiga reflejaba exactamente la suya. Volvió los ojos hacia sir Alexander y consiguió decir, con la garganta contraída:

—Lamento mucho mi comentario.

—Sí… bueno.

Sir Alexander permaneció inmóvil durante un instante, como si no supiera qué hacer a continuación. El silencio que siguió fue insoportable.

—Debo agradeceros sinceramente el tiempo que me habéis dedicado. Os ruego que me disculpéis, pero espero la visita de mi abogado y no quisiera seguir ocupando más de vuestro tiempo.

—Por supuesto —dijo Honoria —se acercó de inmediato a Christine y la cogió del brazo, guiándola hacia la salida—. Ha sido un placer visitar Gracefield por primera vez, y nos sentimos honradas de haber tenido esta oportunidad.

Christine apenas era capaz de mover los pies mientras avanzaba junto a su amiga. Sir Alexander se había colocado al frente y las conducía hacia la puerta principal con una rapidez que dejaba muy claro cuánto deseaba verlas al otro lado de ella. Christine hizo una reverencia y se despidió sin mirarlo. Y cuando ya estaban en el carruaje de regreso a la mansión Farlow, apenas se atrevía siquiera a encontrarse con los ojos de Honoria.

—Bueno, creo que le has dado bastante en qué pensar —comentó Honoria. Y enseguida, como si comprendiera cómo podían

interpretarse sus palabras, añadió apresuradamente—. Quiero decir que le has dado muy buenas ideas. Podría comenzar perfectamente las reformas siguiendo varias de tus sugerencias.

Christine le dirigió una mirada seca que dejaba claro que no se engañaba respecto a la magnitud de su metedura de pata. Después volvió la vista hacia la ventanilla.

En toda su vida no recordaba haber deseado con tanta intensidad que la tierra se abriera y se la tragara. Solo esperaba que el color de su rostro hubiera vuelto a la normalidad antes de llegar a casa.

CAPÍTULO SEIS

Entre el montón de cartas que habían dejado para Alex sobre la mesa del desayuno había una de su hermano. Se sirvió una taza de café y rompió el sello. Más valía terminar con aquello cuanto antes y disfrutar luego del desayuno. Leonard tenía una habilidad muy particular para sacarlo de quicio. No lo hacía con mala intención. Sin embargo, a la rivalidad fraternal de la que parecía incapaz de desprenderse se sumaba una actitud de superioridad propia del hermano mayor que no había hecho más que crecer con los años, especialmente desde que se había casado con una mujer de posición social superior a la suya. Alex podía prescindir perfectamente tanto de una cosa como de la otra.

El comienzo de la carta contenía la habitual retahíla de comentarios. Gracias a las conexiones de su esposa, Leonard había conseguido tantos pedidos que su única preocupación consistía ahora en encontrar la manera de cumplirlos todos. Después seguía la acostumbrada jactancia acerca de la refinada naturaleza de su mujer -lo que Martha había visto en Leonard seguía siendo un misterio para Alex- y cómo cada día veía florecer la belleza y el encanto de Martha en sus hijas, Anna y Clara, que algún día causarían sensación en toda la ciudad.

Luego llegaba la parte que Alex temía. El recordatorio. Le debía una deuda a su hermano por todo lo que había hecho para aumentar las ganancias correspondientes a su participación en el molino, de modo que no debía pensar en retirarse a algún rincón olvidado de Lincolnshire para ocuparse únicamente de sus propios asuntos. Tampoco debía olvidar la promesa que había hecho de buscar una esposa perteneciente a la alta sociedad londinense, una mujer capaz de promover activamente a sus sobrinas cuando llegara el momento de su presentación en sociedad dentro de cuatro años.

Alex dejó caer la carta sobre la mesa con impaciencia. Siempre había tenido intención de cumplir aquella promesa. Había dado su palabra. Si tan solo Leonard comprendiera que sus constantes insistencias no hacían más que disminuir el entusiasmo que pudiera sentir por cumplirla.

Levantó la vista hacia el retrato de su madre, aquel mismo cuadro que la señorita Grey había despreciado con aquella altivez tan característica de ella. Lo había colocado junto a los grabados para poder verlo con frecuencia y ahora lo observó con una mirada más serena. Siempre había amado aquel retrato de la hermosa mujer de la que apenas conservaba recuerdos: su madre. Quizá no hubiera sido una dama de alta alcurnia, pero, a pesar del artificioso fondo de la pintura, parecía tan hija de un caballero como la propia señorita Grey.

Alex ya conocía la verdad: aquel retrato estaba realizado con un gusto bastante cuestionable, aunque su padre siempre se había sentido desproporcionadamente orgulloso de él. Sin embargo, lo que realmente importaba no era su mérito artístico, sino el valor sentimental que encerraba. Leonard se había quedado con el único otro retrato que existía de su madre porque siempre había colgado en la oficina del molino y no era hombre al que le agradaran los cambios.

Alex se levantó y se acercó al cuadro, cogiéndolo entre las manos. Esta vez lo observó con ojos críticos, como quien juzga una obra de arte y no un recuerdo familiar, y tuvo que llegar a una conclusión que le desagradó admitir: la señorita Grey había tenido razón. Si quería tener una casa de la que pudiera sentirse orgulloso, no podía exhibir aquel retrato en una estancia donde cualquiera pudiera verlo. ¿Y si su futura esposa lo veía y se horrorizaba al descubrir de dónde provenía realmente? Se inclinó y deslizó el cuadro al fondo de una de las pilas de pinturas, ocultándolo tras las demás. Después recogió su correspondencia y se dirigió al estudio.

A comienzos de aquella semana, uno de los caballeros de la zona, el señor Mercer, había ido a visitarlo y le había entregado una invitación de la señora Mercer para cenar en su casa aquella misma noche. A decir verdad, Alex comenzaba a cansarse de cenar solo.

Estaría instalado en Gracefield durante bastante tiempo si pretendía dejar algunas de las habitaciones en condiciones antes de marcharse a Londres para la temporada parlamentaria. Ya había escrito a su amigo Roger Garrick rogándole que fuera a visitarlo durante quince días para aliviar su aburrimiento, aunque todavía no había recibido respuesta. Roger era el tipo de amigo en quien se podía confiar para casi todo, excepto para responder cartas con regularidad. Al menos esa noche no cenaría sin compañía.

***

La oscuridad había llegado temprano y el aire frío agitaba las hojas secas alrededor del borde de su capa. El criado de los Mercer abrió la puerta principal, revelando un interior cálido y acogedor, iluminado suavemente por la luz de las velas. Desde el umbral lo recibió el aroma de algún tipo de estofado, y por primera vez en semanas una sensación de bienestar lo envolvió.

Estaba construyendo relaciones con la sociedad local como propietario de tierras y era invitado en la casa de alguien que, al parecer, tenía una cocinera excepcional. Estaba estableciendo contactos que algún día podrían ayudarlo a conseguir el escaño parlamentario que ambicionaba. Su futuro parecía prometedor.

—Sir Alexander, es un placer darle la bienvenida. Mi esposa, la señora Mercer.

El señor Mercer avanzó para estrecharle la mano, mientras una mujer mayor aparecía detrás de él y hacía una reverencia. Tenía un aire bondadoso y una abundante cabellera de rizos grises; exactamente la clase de mujer en la que su madre podría haberse convertido de haber vivido.

—Gracias por la invitación —dijo Alex inclinándose—. Me ha librado de tener que cenar nuevamente en mi propia compañía.

Sonrió al decirlo, sorprendiéndose de aquella muestra de cordialidad que no era precisamente natural en él. Debía de ser efecto de la cálida bienvenida, no solo de los Mercer, sino de la propia casa.

La pareja lo condujo al salón, donde cuatro rostros se volvieron hacia él. Los Grey y los Townsend ya habían llegado. Alex se detuvo un instante en el umbral, sorprendido por aquella presencia

inesperada. Había supuesto que sería el único invitado de los Mercer. Sin embargo, no le desagradó descubrir lo contrario. La conversación fluiría con más facilidad en un grupo numeroso y él podría limitarse a observar en lugar de verse obligado a participar constantemente. Además, le alegraba volver a ver a los Townsend.

Había algo en los Grey, sin embargo, que lo hacía vacilar. A primera vista, el señor Grey no parecía alguien con quien pudiera llegar a entablar amistad. Había en él una reserva natural, una especie de taciturnidad que no sugería precisamente a una persona dispuesta a hacer sentir cómodo a otro. Como Alex tampoco poseía ese talento, aquella posible amistad parecía condenada al fracaso desde el principio.

Y en cuanto a la señorita Grey… Ella lo desconcertaba. No conseguía descifrar su carácter como le habría gustado. Gran parte de su éxito en la política y en la sociedad se debía precisamente a su capacidad para leer a las personas. Pero con la señorita Grey seguía completamente a oscuras.

Primero la había encontrado vagando sola por el bosque con un grupo de cachorros imposibles de controlar. Después la había visto abrir la puerta de su casa con el aspecto de una ayudante de cocina, y apenas parecía avergonzada de presentarse de una manera tan poco convencional. Luego, durante el té, apenas había pronunciado dos palabras. Aunque, en justicia, debía reconocer algo a su favor: jamás había probado pasteles como los suyos. Eran ligeros, delicados y llenos de sabor. Podría comerlos todos los días durante el resto de su vida sin cansarse. Pero luego había visitado Gracefield y, aunque había admirado la casa -algo que, a pesar suyo, le había resultado gratificante-, también le había mostrado una buena dosis de su altivez con aquel comentario mordaz sobre el retrato de su madre. Le había dolido tanto como lo había irritado, aun cuando, desde un punto de vista artístico, ella no estuviera completamente equivocada.

Aquella noche, la primera impresión que tuvo de ella fue la de una imagen muy agradable… aunque preferiría golpearse la espinilla contra una mesa antes que admitirlo. Sus rizos castaños oscuros estaban recogidos con pequeñas cuentas que parecían perlas

diminutas, creando un bonito contraste con su cabello y resaltando el blanco de sus dientes. Llevaba un vestido color carmesí de una elegancia impecable pese a su sencillez, ajustado de manera que realzaba cada curva de su figura…

—Recordará a mi esposa, Honoria.

Alex apartó la mirada de la señorita Grey cuando el señor Townsend se acercó para saludarlo.

—Es un placer —respondió inclinándose.

¿Honoria? ¿Pretendía Townsend que utilizara el nombre de pila de su esposa después de apenas tres encuentros? Ni hablar.

—¿Cómo está usted? —saludó el señor Grey, acercándose para estrecharle la mano.

Su hermana se había puesto de pie, pero permanecía donde estaba, como si esperara evitar tener que dirigirle la palabra. Cuando Alex la miró, ella volvió el rostro hacia otro lado.

Alex estrechó la mano del señor Grey y entonces el señor Mercer abrió un brazo en dirección al grupo.

—Creo que ya conoce a la señorita Grey —añadió.

Alex hizo una inclinación formal en su dirección. Ella respondió con una breve reverencia, sin esbozar una sonrisa.

En ese momento sonó otro golpe en la puerta principal y los Mercer fueron a recibir al recién llegado. Se escucharon voces en el recibidor y Alex se sorprendió cuando el señor Grey apareció a su lado y le tocó ligeramente el codo.

—Justo lo que necesitábamos para completar esta feliz reunión. Sarah Pasley —el tono cargado de sarcasmo hizo que Alex se volviera hacia él—. No pertenece a nuestra clase social —explicó Grey—. Bueno, supongo que su tío les dejó una pequeña fortuna y técnicamente su hermano tiene educación, pero su padre era herrero.

Era evidente que esperaba alguna reacción. Alex se limitó a asentir. Por supuesto, alguien como Grey, que jamás había tenido que luchar por hacerse un lugar en la sociedad, no podía sentirse impresionado por la señorita Pasley.

Y de pronto comprendió algo. No era extraño que la señorita Grey hubiera mostrado aquel toque de esnobismo en Gracefield. Era

la clase de personas entre las que había crecido. Tendría que mantenerse alerta por si intentaban *menospreciarlo*. La señorita Pasley fue conducida al salón.

—Cuando supimos que Martin y su esposa habían ido a Grantham, invitamos a Sarah Pasley a acompañarnos —explicó la señora Mercer sonriéndole como si aquello hubiera sido idea suya—. Así mantenemos el número equilibrado. Lamento que los Dawson no hayan podido asistir, pero Arabella no se ha sentido bien. Sir Alexander, permítame presentarle…

—Ya se conocen —interrumpió secamente el señor Grey mientras se acercaba—. Puede ahorrarse la presentación, señora Mercer.

—Ah…

La señora Mercer pareció decepcionada por perder el efecto sorpresa.

—Bueno, entonces esta noche tendrán oportunidad de conocerse mejor.

—Si quiere pasar toda la velada hablando de caza —refunfuñó Grey.

—Gus, sabes perfectamente que no hay nada que te guste más que hablar de caza toda la noche, así que no entiendo de qué te quejas.

La señorita Pasley apoyó una mano en la cadera con una sonrisa divertida. Era una joven atractiva, aunque para el gusto de Alex tenía un aire demasiado masculino.

Su mirada se deslizó hacia la señorita Grey. Después de saludar a Sarah Pasley, escuchaba atentamente a Honoria Townsend, que relataba algo con gran entusiasmo. La señorita Grey permanecía muy erguida, con la atención fija en su amiga y una postura casi regia. Alex deseó no encontrarla tan atractiva. Cuando no estaba corriendo por los campos o cubierta de tierra, podía ser la viva imagen de la elegancia.

—Por favor, acompañadnos al comedor —anunció el señor Mercer dirigiéndose a todos los presentes—. No queremos que la comida se enfríe y que nuestra cocinera nos abandone por una mejor oferta.

Unas risas ligeras siguieron al comentario mientras todos se dirigían al comedor contiguo.

—Sir Alexander, usted se sentará a la derecha de la señora Mercer como nuestro invitado de honor y la incorporación más reciente a Horncastle. Christine, la hemos colocado junto a sir Alexander.

El señor Mercer organizó los asientos de manera que hombres y mujeres alternaran sus lugares y nadie quedara sentado junto a su cónyuge o hermano.

La cena comenzó entre conversaciones animadas mientras los platos eran servidos y luego pasados de mano en mano de manera informal. Aquella forma de cenar recordó a Alex las comidas de su infancia, aunque entonces las conversaciones no eran tan refinadas ni la comida tan abundante o exquisita.

Al mismo tiempo, el ambiente no se parecía en nada al que conocía en Londres. Allí, las personas con las que se relacionaba eran, o bien caballeros de posición superior empeñados en recordárselo constantemente, o hombres y mujeres tan ambiciosos como él, todos luchando por abrirse camino y pisándose unos a otros para destacar.

Por mucho que deseara elevar el nombre Thorne a círculos más distinguidos, no tenía intención de convertirse en una persona presuntuosa. Tampoco soportaba a quienes vivían obsesionados con hacerse notar. Quería que fueran su carácter y sus logros los que lo llevaran al lugar que aspiraba ocupar en la sociedad, sin importar cuánto insistiera Leonard. Y sentado en aquella mesa, rodeado de aquellas personas, Alex tuvo por un instante una visión de cómo podría ser esa vida.

El bacalao prácticamente se deshacía en su boca y, una vez que hubo calmado un poco el hambre, Alex volvió la mirada hacia su derecha, donde se encontraba la señorita Grey. Sabía que debía iniciar una conversación, aunque no sentía ningún entusiasmo por hacerlo. Aquel vistazo le permitió contemplar el elegante perfil de la joven y la delicada curva de su cuello. Sostenía el tenedor con dedos esbeltos, pero no recordaba haberla visto sonreír en toda la velada,

ni siquiera mientras hablaba con las personas que conocía bien. Tal vez simplemente era una mujer fría. No le sorprendería en absoluto.

La señorita Grey giró la cabeza y se encontró con su mirada. Alex se ruborizó al darse cuenta de que había estado observándola. Ella se enderezó aún más en su asiento y volvió el rostro hacia otro lado. Aquel desaire hizo que él apretara los labios. No debería considerarlo tan por debajo de ella.

—Cuénteme algo sobre usted, sir Alexander.

La pregunta provino de la señora Mercer, su anfitriona, que seguía observándolo con sincero interés. No podía responder a tanta amabilidad con su habitual reserva. No habría sido correcto.

—Provengo de Butterley, en Derbyshire, donde mi padre tenía un molino de mineral de hierro. Ahora es mi hermano quien lo dirige, junto con la forja donde el hierro se transforma en acero —la expresión interesada de la señora Mercer no se desvaneció tras aquella revelación, así que Alex se sintió animado a continuar—. Tuve como benefactores al barón Winton y a su esposa, que residen en Grimsby y me enviaron primero a Eton y después a Oxford. Fue allí donde descubrí mi interés por la ingeniería.

—¿De veras? —la señora Mercer probó un bocado de su cena. Alex supuso que la conversación derivaría de forma natural hacia algún tema en el que ella pudiera participar, pero la mujer volvió a sorprenderlo—. ¿Ha tenido ocasión de aplicar aquello que estudió?

El interés genuino que mostraba por un asunto que él habría considerado aburrido para la mayoría de las damas hizo que la estimara aún más.

—De hecho, sí. Diseñé una bomba de vapor que actualmente se utiliza para drenar los terrenos pantanosos de la costa de Lincolnshire, cerca de Boston. Esa es una de las razones por las que adquirí Gracefield, además de mi esperanza de ser elegido para representar a South Lindsey en el Parlamento. Está lo bastante cerca de mi proyecto para permitirme supervisarlo con facilidad y, al mismo tiempo, me ofrece una propiedad donde vivir que se ajusta a mis necesidades.

La señora Mercer se sirvió algunos espárragos y le pasó la fuente.

—¿Le ha hablado de esa bomba al señor Mercer? Estoy segura de que el tema le resultaría fascinante.

—Todavía no —respondió Alex, complacido al saberlo—. Por desgracia, la visita que hizo a Gracefield Park se vio interrumpida por la llegada de mi abogado, así que no tuve ocasión de recibirlo como me habría gustado. De lo contrario, estoy seguro de que el tema habría surgido.

—Entonces tendrá que contárselo mientras beben el oporto. Así que piensa establecerse de manera permanente en Lincolnshire. Son excelentes noticias.

Le dio unas suaves palmadas en la mano con un gesto tan maternal que solo una persona de corazón de piedra podría haberse ofendido.

—Sí. Bueno… al menos pasaré aquí parte del año. Debo estar en Londres cuando el Parlamento se encuentra en sesión.

—Por supuesto —respondió la señora Mercer—. Tengo entendido que ya ocupa un escaño en la Cámara de los Comunes.

—Así es, señora —bebió un poco de vino y trató de pensar en alguna manera de contribuir a la conversación—. ¿Y cómo se conocieron usted y el señor Mercer?

—El señor Mercer y yo nos conocemos desde toda la vida, ya que ambas familias son originarias de los alrededores de Horncastle. Fue una unión sencilla, acordada por nuestros padres, aunque deseada también por nosotros dos —le sonrió con amabilidad—. ¿Tiene planes de casarse, sir Alexander?

¿Por qué había sacado el tema del matrimonio? Era inevitable que aquello condujera precisamente a la pregunta que ella acababa de formular, y era una cuestión que no deseaba responder. Sin embargo, tampoco podía mostrarse descortés con su anfitriona.

—Supongo que algún día tendré que casarme. Quizá me ocupe de ello cuando esté en Londres.

¿Ocuparse de ello? Por todos los cielos.

La señora Mercer frunció ligeramente el ceño ante aquella extraña forma de expresarse, pero enseguida volvió a sonreír.

—Tal vez sea así, pero aquí mismo, en Lincolnshire, tenemos varias jóvenes encantadoras.

Si la señora Mercer creía estar siendo discreta, estaba haciendo un trabajo bastante pobre. Ni siquiera había bajado la voz. De hecho, lanzó una mirada cargada de significado hacia la señorita Grey, sentada a su derecha, y hacia la señorita Pasley, al otro lado de la mesa.

El comentario pasó inadvertido para la señorita Pasley, que seguía discutiendo animadamente con el señor Grey. Sin embargo, la leve coloración que apareció en las mejillas de la señorita Grey indicaba claramente que ella sí lo había oído.

—Sin duda las hay, señora —respondió Alex en voz más baja—. Pero espero que me disculpe si no cortejo a ninguna de esas estimables damas. Necesitaré una esposa que conozca bien la sociedad londinense y que pueda actuar como anfitriona cuando me encuentre allí por asuntos parlamentarios.

Dejó que su mirada recorriera la mesa y aquello no hizo más que reforzar la idea que acababa de expresar. Aunque casi todos los presentes pertenecían a la pequeña nobleza rural, era evidente que sus gustos eran sencillos. Tal vez la esposa adecuada podría elevar el nivel de la sociedad de Horncastle y ayudarlo aún más en sus aspiraciones políticas.

La señora Mercer pareció decepcionada, aunque se limitó a decir:

—Lo comprendo perfectamente.

Después volvió su atención hacia Philip, sentado a su izquierda.

Alex sabía que, si quería comportarse como un caballero, ahora debía dirigir la conversación a la señorita Grey.

Le lanzó una mirada rápida, llevó un trozo de carne a la boca y comenzó a masticar. Ella jugueteaba con un pedazo de pan junto a su plato antes de dirigirle una mirada de reojo.

—¿Ha recibido una invitación para el Baile de la Lana en Lincoln? —preguntó. Su tono era tan indiferente como sus modales —. Se celebrará dentro de dos semanas.

La pregunta lo sorprendió. Parecía una invitación encubierta a compartir conversación y, si hubiera creído que la joven sentía el más mínimo interés por él, habría pensado en privado que estaba coqueteando.

—Recibí una invitación, aunque no supe muy bien qué pensar de ella —era una buena oportunidad para mostrarse más cordial, aunque no estaba seguro de que ella lo mereciera—. ¿Qué es exactamente el Baile de la Lana?

—Es un baile anual organizado en beneficio de los comerciantes de lana.

Bebió un sorbo de vino y dejó la copa sobre la mesa. Todo en ella se realizaba con una elegancia que Alex seguía sin poder reconciliar con las dos primeras ocasiones en que la había visto. Ni siquiera con la fría crítica que había hecho del retrato de su madre.

—Cada año la Dama Patrona elige un color que todos los asistentes deben vestir, y la ropa debe estar confeccionada exclusivamente con lana de Lincolnshire. Este año el color elegido es el púrpura.

Nunca había oído hablar de algo semejante, pero sonaba interesante.

—¿Qué clase de personas asisten?

En realidad, no importaba demasiado si predominaban los terratenientes o los comerciantes. Ambos grupos formaban parte de los electores a los que esperaba representar. Aun así, le gustaría saber qué relevancia tenía el evento.

Si era posible, la voz de la señorita Grey se volvió todavía más fría.

—Asisten propietarios de tierras y comerciantes con suficiente posición económica como para permitirse un vestido o un abrigo nuevo cada año. Normalmente se ven las mismas caras —sus ojos se dirigieron hacia el señor Grey y la señorita Pasley, que seguían enfrascados en una animada conversación—. Es un lugar donde se forman y fortalecen muchas relaciones.

¿Qué había provocado aquella rigidez en su respuesta? Alex solo pudo reafirmarse en su impresión inicial: la señorita Grey era una mujer fría. Sin embargo, a pesar de la falta de entusiasmo con que había respondido, ya tenía la información que necesitaba. Parecía prudente asistir al baile. Se preguntó si tendría tiempo suficiente para encargar un abrigo adecuado, quizá al comerciante de telas del pueblo o tal vez a otro de mayor reputación.

Quiso pedirle consejo a la señorita Grey, pero temió que encontrara una nueva forma de rechazarlo. En lugar de ello, terminó formulando una pregunta que ni siquiera había planeado hacer.

—Entonces, ¿me recomienda aceptar la invitación?

Ella lo miró de lado y se encogió de hombros.

—Esa es una pregunta que debe responder usted mismo, sir Alexander.

Había encontrado, efectivamente, otra manera de rechazarlo.

No podía decirse que sus palabras fueran descorteses, pero tuvieron el efecto de poner fin a la conversación y hacerlo sentir bastante tonto por haber preguntado.

Según su experiencia, la mayoría de las mujeres solían ser más conciliadoras que la señorita Grey, incluso aquellas relacionadas con la nobleza. Compadecía al hombre que terminara casándose con ella.

Como la señorita Grey guardó silencio nuevamente, Alex acabó prestando atención a la señorita Pasley, sentada frente a él, quien parecía tener muchísimo que decir acerca de la caza. Y, en realidad, acerca de cualquier tema. Como hombre de pocas palabras -salvo cuando pronunciaba discursos preparados en el Parlamento-, normalmente apreciaba a una mujer capaz de sostener una conversación por sí misma. Claro que eso era cuando se trataba de una conversación y no de una extensa exposición sobre la manera correcta de dirigir una partida de caza. Mientras la escuchaba, no sintió nada parecido a la admiración.

El señor Grey, por otro lado, parecía dedicarle toda su atención durante la cena e ignoraba casi por completo a la señora Townsend, sentada a su izquierda. Y eso a pesar de haber afirmado que la señorita Pasley era inferior a él en posición social.

A pesar de aquellas pequeñas irritaciones, la velada resultó muy agradable en conjunto. Hubo suficientes platos y relevos para constituir una comida más que respetable, pero no tantos como para obligarlo a mantener una conversación prolongada con la señorita Grey. Poco después, las damas abandonaron el comedor y los caballeros permanecieron bebiendo oporto.

Alex descubrió que ahora estaba sentado junto al señor Grey.

—¿No se lo advertí? —preguntó este, recostándose en su silla —. Sobre la señorita Pasley.

—Sin duda sabe mucho sobre caza —respondió Alex diplomáticamente, agradecido de que el hombre no hubiera preguntado por su propia conversación con la señorita Grey.

—Antes de abandonar la sala, la señora Mercer comentó que debíamos preguntarle por su proyecto de ingeniería —intervino el señor Townsend—. Yo, por mi parte, estaría encantado de saber más.

Alex les contó lo mismo que había explicado a la señora Mercer y luego pudo extenderse cuando comenzaron a hacerle preguntas. Les habló de los recipientes y componentes que habían empezado a fabricar para otros molinos cuyos propietarios estaban reproduciendo sus bombas de vapor. A medida que la conversación avanzaba, sintió por primera vez desde que se había establecido en Horncastle algo muy parecido a la amistad. Aquellos hombres mostraban más interés por su proyecto que las personas con quienes lo había compartido en Londres. Allí nadie le preguntaba por el funcionamiento del mecanismo; solo les interesaba saber cuánto dinero podía generar. Aquí, en cambio, los hombres querían comprender cómo funcionaba realmente. Les intrigaban los aspectos técnicos, incluso al señor Grey.

Después de un buen rato siendo el centro de atención, Alex decidió orientar la conversación hacia un tema que despertaba su propia curiosidad.

—Señor Townsend, me gustaría saber más acerca de su balneario de aguas minerales.

—Oh, por favor, deseo que me llame Philip. Y a él, Gus —dijo con una sonrisa dirigida al señor Grey—. Ninguno de nosotros es muy dado a las formalidades. Bueno, eso es… todos seguimos llamando a nuestro anfitrión señor Mercer.

—Pertenezco a una generación diferente —comentó el hombre mayor con una risita.

—Muy bien —respondió Alex, conmovido por la invitación de Philip, aunque no estaba seguro de estar preparado para llamar Gus al señor Grey.

Lo habían acogido en su círculo de inmediato. Aquello era algo por lo que había tenido que luchar en Oxford hasta que Roger intervino y le brindó su amistad. E incluso entonces había notado que, cuando Roger no estaba presente, sus compañeros resultaban bastante menos acogedores. Aquí, en cambio, parecía no existir ninguna barrera que impidiera una amistad sincera y sin reservas.

Ante la pregunta de Alex, Philip comenzó a relatar cómo la mina abandonada de su padre se había convertido en una importante fuente de ingresos para la finca Boden cuando, tras pasar años evitando aquel lugar, descubrió que estaba llena de aguas ricas en bromo y yodo, beneficiosas para la salud. No tardó en atribuir el mérito del descubrimiento a su esposa y continuó explicando que habían dedicado mucho más tiempo del previsto -todo un año- a transformarla en un lugar capaz de recibir visitantes dispuestos a pagar por sus beneficios terapéuticos. El balneario finalmente había abierto sus puertas, aunque todavía intentaban solucionar una grieta reciente, y ahora estudiaban la forma de ampliarlo y modernizarlo con seguridad.

Mientras lo escuchaba, la mente de Alex trabajaba sin descanso. Se preguntaba si una excavadora de vapor podría utilizarse para aquella tarea, a pesar de lo reducido del espacio. Tendría que pedir permiso para verlo con sus propios ojos.

A partir de ahí, la conversación derivó hacia el Baile de la Lana y, alentado por los demás caballeros, terminó por decidir que asistiría. Finalmente, el señor Mercer propuso reunirse con las damas, y Alex siguió a los demás hasta el salón, donde la señora Mercer estaba preparando el servicio de té sobre una mesa auxiliar mientras la señorita Grey se encargaba de repartirlo entre las invitadas.

Alex había disfrutado mucho de la conversación con los caballeros y, además, había conseguido lo que deseaba: una invitación de Philip para visitar el balneario pasado mañana.

La señorita Grey permanecía a la derecha de la señora Mercer y comenzó a llevar las tazas a cada uno de los caballeros.

—¿Cómo toma el té, sir Alexander? —le preguntó cuando él ya se había sentado junto a Philip.

Su voz apenas podía calificarse de cordial y Alex no comprendía qué había hecho para merecer tanta frialdad. ¿No debería ser él quien se mostrara reservado después de la forma en que ella lo había ofendido?

—Con un terrón de azúcar, gracias —respondió.

Acto seguido volvió a concentrarse en Philip. No pensaba concederle más atención a una mujer que tan poca le otorgaba a él. Además, junto a la irritación que le producía su altivez, existía una atracción incómoda e inexplicable que sentía hacia ella y que, desde luego, no era bienvenida.

La señorita Grey cogió la taza de manos de la señora Mercer, añadió el azúcar y colocó una cucharilla sobre el platillo. Después se volvió para cruzar la habitación en dirección a él.

Sin embargo, el perro de los Mercer se había acomodado justo en su camino y eligió precisamente ese momento para retroceder apresuradamente. Como resultado, ella pisó la cola del animal. El perro soltó un ladrido de dolor, saltó y chocó contra ella al echarse hacia atrás. El impacto la impulsó hacia delante y la taza salió despedida directamente sobre Alex. El líquido caliente le golpeó el rostro y atravesó el chaleco y los pantalones, arrancándole una sensación punzante mientras se levantaba de un salto. Philip también recibió parte del té, pero Alex se llevó la peor parte.

Tras lanzarle una mirada horrorizada, la señorita Grey murmuró una disculpa y enseguida dirigió toda su atención al perro, que se había refugiado en un rincón. Se acercó a él y se arrodilló a su lado.

—Lo siento muchísimo, Rufus —arrulló mientras lo acariciaba.

La señora Mercer acudió apresuradamente con varias servilletas, y Honoria Townsend también se acercó a Alex, observándolo atentamente. Alzó una mano hacia su rostro y él, por puro instinto, apartó la suya. *¿Qué estaba haciendo?*

Ella retrocedió al instante, visiblemente avergonzada.

—Perdóneme. Debí explicarme. Tengo conocimientos de curación. Quería comprobar si se había quemado.

—No, no —respondió él, intentando recuperar la compostura—. Estoy perfectamente bien.

Lanzó una mirada rápida hacia la señorita Grey. Ella seguía acariciando al perro, concentrada exclusivamente en el animal. ¿Qué clase de mujer ni siquiera se disculpaba de verdad después de arrojarle una taza de té caliente encima a un hombre?

Bueno, técnicamente sí se había disculpado, pero no con una sinceridad que pudiera impresionarlo. Incluso la casi inaudible disculpa que le ofreció por el comentario sobre el retrato de su madre había sido más apropiada que aquella.

—Permítame servirle otra taza de té —dijo la señora Mercer.

Solo entonces la señorita Grey se puso de pie y fue a sentarse junto a la señora Townsend.

Alex se secó el rostro con la servilleta. El chaleco había evitado que la mayor parte del té alcanzara su piel, pero los pantalones estaban húmedos y resultaban incómodos. Sabía que no había sido culpa de ella. Pero, sinceramente… ¿Cómo era posible que una mujer no viera a un perro entero en medio de su camino?

CAPÍTULO SIETE

Christine estaba sentada en la cama, apoyada contra el cabecero, con las rodillas recogidas y las mantas envueltas a su alrededor. La vela ardía ya muy baja sobre la mesita de noche y su luz vacilante proyectaba sombras danzantes sobre la pared. Ichabod dormía a su lado. Era el único animal al que permitía pasar la noche en su habitación porque era el menos propenso a mordisquearle juguetonamente los dedos de los pies en mitad de la noche. Los suaves ronquidos del gato vibraban junto a ella.

Una vez más, la imagen de la taza de té cruzó por su mente mientras salía despedida hacia delante… mientras sir Alexander se ponía en pie con los ojos abiertos por la sorpresa. Cada vez que recordaba aquel momento, la vergüenza le dificultaba respirar. Y aquella desgracia había llegado apenas después del desafortunado comentario que había hecho sobre el retrato de su madre.

Sabía que él estaría presente en la cena y había esperado fervientemente que no lo sentaran a su lado. Cuando descubrió que sí sería así, tuvo que reunir todas sus fuerzas para sobreponerse a la vergüenza e intentar conversar con él. Y ahora esto.

Después del incidente, fue incapaz de sostener la mirada de nadie y pasó el resto de la velada escogiendo cuidadosamente los asientos que le permitieran permanecer de espaldas a sir Alexander. Todos se lo habían tomado con humor, pero eso no disminuía en nada su mortificación.

Christine siempre cuidaba sus palabras y movimientos para no atraer una atención innecesaria sobre sí misma. Jamás hablaba más de lo indispensable, salvo cuando se encontraba completamente cómoda en compañía de otras personas. Y nunca se ofrecía voluntariamente a destacar, precisamente para evitar situaciones tan incómodas como aquella.

Haberse ofrecido a ayudar a la señora Mercer con el té para terminar convirtiéndose en el centro del espectáculo… Bueno, la próxima vez permanecería sentada en su lugar.

Se cubrió el rostro con ambas manos. La cena en sí misma también había sido un desastre, aunque de una naturaleza más moderada. No solo había fracasado en su intento de redimirse después de su último encuentro hablando con naturalidad y calidez, sino que había fracasado incluso en el arte básico de la conversación cortés.

No era que no estuviera acostumbrada a cenar con caballeros elegibles -aunque ciertamente era menos frecuente cuando no se trataba de hombres con los que había crecido-. Simplemente, ninguno de ellos le había resultado atractivo. Por eso normalmente conversaba y comía con total naturalidad. No ocurría lo mismo con sir Alexander. El atractivo que él ejercía sobre ella se sumaba al peso de querer mostrarse ante sus ojos bajo la mejor luz posible, y aquello la dejaba completamente sin palabras. Su incomodidad había sido tan evidente como si hubiese soltado de pronto que él le gustaba. Ni una sola vez la había visto tal como ella deseaba presentarse ante el mundo. Cada encuentro con él parecía mostrar únicamente la peor versión de sí misma.

No debería importarle tanto como le importaba. Sus intentos de iniciar conversación durante la cena solo habían confirmado lo que él mismo había dicho a la señora Mercer. Quería saber qué clase de personas asistirían al baile, lo que demostraba que era un hombre preocupado por la categoría social de quienes lo rodeaban; el tipo de hombre que únicamente tomaría por esposa a una dama de la alta sociedad londinense.

¡Perfecto! Christine estaba convencida de que encontraría a alguien igual de superficial y que ambos serían inmensamente felices juntos. Podrían vivir en aquella enorme casa vacía que él poseía, completamente solos, durante las breves ocasiones en que se dignaran pasar una temporada en Lincolnshire.

Con un resoplido de impaciencia, tiró de la manta que se había enredado alrededor de sus piernas y se deslizó bajo las cobijas. Luego se inclinó para apagar la vela. Necesitaba dormir si quería

hacer algo útil al día siguiente. Todavía quedaban los últimos retoques que debía añadir al vestido de Honoria para el Baile de la Lana, un vestido que habían logrado ampliar mediante discretos paneles añadidos a los costados. Después buscaría algún proyecto en el que realmente destacara para recuperar el equilibrio perdido. Muy pronto todo aquello no sería más que un incidente olvidado.

Se envolvió mejor en las mantas y se volvió de costado. En ese mismo instante, Ichabod se movió y colocó la parte trasera de su cuerpo justo delante de la cara de Christine.

—Tú no también —murmuró ella, empujando al gato dormido hacia el extremo opuesto de la cama.

Tener que lidiar con un macho irritante por noche ya era más que suficiente.

***

Los planes de Alex de visitar el balneario termal de Philip tuvieron que posponerse temporalmente cuando recibió una carta de su hermano anunciando que Leonard llegaría al día siguiente y se quedaría una noche. Arrojó la carta sobre la mesa con impaciencia y fue a tocar la campanilla para llamar al mayordomo.

—Habrá que preparar una habitación, porque mi hermano llegará mañana. Envía a la señora Mulhouse a verme tan pronto como tenga un menú que proponer, y has que también venga la doncella. Espero que todavía queden algunas sábanas de repuesto que no tengan agujeros.

—Sí, señor.

El mayordomo se retiró para cumplir las órdenes, con el rostro tan inexpresivo como de costumbre, y Alex tomó conciencia de repente de que nunca se había tomado el tiempo de averiguar nada acerca de aquel hombre más allá de su nombre: Davies. Quizá debería hacerlo, pero temía que los sirvientes se tomaran demasiadas confianzas si él rompía la barrera entre amo y criado haciendo preguntas personales.

El resto del día se consumió dando instrucciones para limpiar la única habitación decente en la que podía alojar a su hermano. Algunas de las habitaciones más grandes orientadas al oeste habrían sido una mejor elección si las tejas faltantes del tejado no hubieran

provocado humedad, moho y yeso abombado en las paredes. Sin embargo, la señora Mulhouse presentó un menú que Alex creyó que complacería a Leonard, y la doncella encontró sábanas limpias y planchadas que ni siquiera habían necesitado remiendos.

Al día siguiente, Alex oyó el sonido de un carruaje llegando y salió personalmente a recibir a Leonard. Su hermano se parecía mucho a él, salvo por el exceso de peso alrededor de la cintura y las patillas que cubrían un mentón que comenzaba a descolgarse. Bajó del carruaje y extendió la mano para estrechar la de Alex antes de alzar la vista hacia la fachada de la casa Gracefield.

—Tiene una estructura magnífica. Más grande de lo que esperaba. ¿Una casa Tudor? —preguntó con incertidumbre.

—De finales de la época isabelina —respondió Alex mientras lo guiaba al interior.

Davies estaba coordinando a los criados para que introdujeran el baúl de Leonard y llevaran el carruaje a las caballerizas.

—No mencionaste en tu carta qué te convenció de desviarte tanto de tu camino para venir hasta aquí. No voy a halagarme pensando que fue por afecto fraternal.

—No, eso no —respondió Leonard sin el menor rastro de ironía —. Conseguimos un importante cliente en Lincoln y quería conocerlo personalmente. Una vez que iba a llegar tan lejos, tenía sentido aprovechar para visitar tu propiedad.

—Supongo que tienes razón, aunque añade varias horas a tu viaje si solo vas a quedarte una noche.

Alex había aceptado una invitación de los Dawson para jugar a las cartas al día siguiente y, en secreto, se alegraba de que la visita fuera tan breve. No tendría que llevar consigo a su hermano, quien nunca había considerado necesario moderar su fanfarronería, ni siquiera en compañía refinada.

—Al final —continuó Leonard—, he decidido quedarme una segunda noche porque Martha me escribió para informarme de que aceptó una invitación a una fiesta a la que no tengo ningún deseo de asistir —subió los escalones junto a Alex—. Así que tendrás el placer de disfrutar de mi compañía durante más tiempo.

—Maravilloso —respondió Alex con una ironía cuidadosamente disimulada. Tendría que escribir a la señora Dawson para comprobar que un invitado adicional no representara demasiada molestia.

Habían entrado ya en el vestíbulo, que relucía de blancura gracias a la reciente capa de pintura. Alex se alegraba de que Smithson hubiera insistido en renovarlo antes de la mudanza, pues había señalado acertadamente que era la primera impresión que los visitantes tendrían de la casa y, por tanto, un proyecto importante, aunque pequeño, antes de que los obreros comenzaran las reparaciones del tejado.

Leonard examinó los altos techos y la majestuosa escalera que algún día albergaría los grabados. Alex seguía pensando que la idea de la señorita Grey había sido excelente y tenía intención de llevarla a cabo. Leonard entrecerró los ojos mientras observaba el techo con actitud crítica.

—No pintaron hasta arriba.

—No tuvieron tiempo.

Alex lo condujo lejos del vestíbulo inconcluso hacia el salón principal. Resultó ser un error, porque apenas cruzaron la puerta, Leonard soltó una exclamación horrorizada.

—Esta habitación es un desastre absoluto. Duele verla. ¿Estás seguro de que no habría sido mejor derribar todo esto y empezar desde cero?

—Debes estar bromeando. ¿Demoler una casa magnífica como esta solo porque necesita pintura?

Alex frunció el ceño, y al ver que su hermano seguía sin parecer convencido, añadió:

—Imagina esta habitación con… con paredes verde claro y molduras color crema. Después imagínala con cojines dorados en los sofás y las sillas.

Leonard le lanzó una mirada.

—¿Y por qué no comprar simplemente muebles nuevos? Sería más rápido. Además, hoy en día las sillas y los sofás ya vienen listos en los colores más modernos.

—Porque es mobiliario Sheraton. *Esos* son Sheraton —se corrigió mientras hacía un amplio gesto hacia los muebles, sin estar

seguro de cuáles señalar exactamente—. Y también hay piezas Chippendale. Son demasiado valiosas para desecharlas.

—Bueno —Leonard cruzó los brazos y contempló toda la deprimente estancia—. Aunque comprendí la conveniencia de conservar el molino tal como lo tenía padre, jamás habría imaginado darle a Martha algo que no fuera una casa completamente nueva cuando nos casamos, para que pudiera decorarla a su gusto. Estaba encantada de tener habitaciones limpias y vacías sobre las que trabajar, y me lo dijo más de una vez —como Alex no respondió, Leonard añadió—. Supongo que tendrás que firmar el contrato matrimonial sin que tu futura esposa visite la casa. Una vez firmado, no le quedará más remedio que conformarse con lo que encuentre.

Alex inhaló lentamente por la nariz y continuó guiando a su hermano por la propiedad. Su ánimo se volvía cada vez más sombrío a medida que avanzaban y la calidad de las habitaciones iba empeorando.

Cuando compró Gracefield, sabía perfectamente la magnitud del proyecto que estaba adquiriendo, pues todo necesitaba ser renovado. En muchos casos, habría que desmontar las habitaciones hasta sus elementos estructurales para eliminar el yeso húmedo y las tablas podridas del suelo. Sin embargo, siempre había considerado la propiedad como una inversión: una herencia que algún día transmitiría a sus hijos, además de un paso decisivo hacia el mundo de la pequeña aristocracia terrateniente. Era la finca más grande de la zona que podía permitirse.

La tarde la pasaron recorriendo los terrenos a caballo, algo que despertó mucha más admiración en Leonard que la casa misma. Después de la cena, que su hermano pudo elogiar con total sinceridad, pasaron las horas jugando a las cartas. Alex no se molestó en mencionar la invitación de los Dawson hasta el día siguiente, cuando ya había recibido una respuesta favorable de Arabella Dawson.

Aquella noche fueron recibidos cordialmente por sus anfitriones, y luego Theo Dawson los condujo al salón, donde los Grey y los Townsend ya se encontraban reunidos.

Aquello no sorprendió a Alex, pues empezaba a darse cuenta de que aquel grupo de amigos pasaba muchísimo tiempo junto. También les presentaron a la señorita Reinhart, una mujer de edad difícil de determinar que, según le informaron, se había establecido recientemente en Thimbleby.

La señorita Grey llevaba otro vestido elegante que evidenciaba tanto su fortuna como su conocimiento de las últimas tendencias. Alex deseó poder ignorar su presencia en lugar de lanzar furtivas miradas en su dirección, pero parecía incapaz de resistirse siempre que ella estaba en la misma habitación. A pesar de todas las razones que tenía para sentir antipatía hacia ella, la combinación de su personalidad enigmática, su belleza y el hecho de que no pareciera interesada en él creaba una atracción difícil de resistir.

En una de aquellas miradas furtivas observó que se mantenía rígidamente erguida y que el escote del vestido de aquella noche dejaba ver una delicada línea de clavículas bajo su elegante cuello. Después de los saludos iniciales, ella ni siquiera se dignó a prestarle atención. Se consoló pensando que sus miradas habían sido lo bastante discretas como para que nadie pudiera haberlas notado.

Tras un ligero refrigerio compuesto exclusivamente por pequeños bocados y dulces, la señora Dawson condujo a los invitados hacia dos mesas preparadas para jugar al whist.

—Señorita Reinhart, permítame emparejarla primero, ya que es nuestra invitada de honor.

La solterona pareció turbada al notar todas las miradas repentinamente dirigidas hacia ella y negó con la cabeza.

—Por favor, permítame observar. No soy una jugadora habilidosa y no quisiera ser una carga para mi compañero. Pero me gustaría muchísimo ver cómo se desarrolla la partida.

Todos intentaron convencerla de lo contrario, siendo Alex el más insistente, convencido de que la repentina incorporación de Leonard había sido la causa de que el número de participantes dejara de ser par. Pero la señorita Reinhart permaneció inflexible.

—Muy bien, si insiste.

La señora Dawson apoyó una mano sobre el brazo de Philip y le dedicó una sonrisa burlona.

—Como tenemos dos caballeros de más entre nosotros, he decidido sacrificarte a usted y a Gus para que juguéis juntos.

—Seguro que perderé —se lamentó Philip—. ¿Por qué no sacrifica a su marido?

—¿Qué estás diciendo? Soy excelente jugando al whist —replicó Gus.

Se dejó caer en una silla, y Philip ocupó la de enfrente con una exagerada muestra de resignación.

—Señor Thorne, ¿querría ser mi compañero? —preguntó la señora Dawson a Leonard, sonriéndole de una manera difícil de rechazar.

—Con el mayor de los placeres —respondió él galantemente.

Luego se volvió hacia los demás, revelando una figura esbelta que parecía demasiado delicada para haber llevado alguna vez a un niño en el vientre.

—Eso completa una mesa. Para la otra, Honoria, te he emparejado con Theo — añadió con aparente despreocupación—. Y eso deja a usted, sir Alexander, como compañero de Christine.

Alex debería haberlo visto venir, ya que eran los únicos dos invitados que no estaban emparentados ni casados. La idea de jugar en pareja con la señorita Grey lo desconcertó, y lanzó una rápida mirada hacia ella desde el otro lado de la mesa. Ella no se la devolvió.

Le correspondió repartir las cartas y, tras hacerlo con mano experta, la carta de triunfo resultó ser de corazones. Aunque el comienzo de la partida fue formal, no tardaron en dejarse arrastrar por el entusiasmo y el espíritu competitivo de los jugadores, especialmente por personas como la señora Townsend y Theo Dawson. Ambos celebraban a gritos cada baza ganada y discutían acaloradamente sobre quién había cometido el error cuando perdían una. La mesa vecina tampoco era precisamente silenciosa, y Alex pudo darse cuenta de que Leonard se estaba divirtiendo, algo que le produjo satisfacción.

Lo que más disfrutó de la velada, sin embargo, fue ver cómo la señorita Grey cobraba vida en medio del entusiasmo del juego. Poco a poco, el diálogo entre ambos se volvió más natural, hasta que la

partida estuvo bastante avanzada y él pudo vislumbrar algo más allá de su habitual fachada cuando ella lo reprendió por no haber comprendido su estrategia con suficiente rapidez.

—Pero, señor —exclamó ella con fingida indignación, los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas por la emoción—. En esa última baza le indiqué con toda claridad, *mediante una mirada*, que debía jugar una de sus cartas de honor para que los puntos fueran para nosotros, pues yo tenía el triunfo. Y, sin embargo, usted solo sacó un siete.

—No interpreté correctamente su mirada —protestó él, incapaz de contener la risa—. Pensé que me estaba diciendo que no desperdiciara una buena carta.

—*¡Hum!*

Ella apretó los labios para ocultar la sonrisa, pero aquello solo consiguió que aparecieran sus hoyuelos.

Alex se quedó mirando aquellos hoyuelos y luego alzó los ojos para encontrarse con los de ella. Sostuvo esa mirada durante un instante más de lo prudente si realmente pretendía mantenerla a distancia. Se preguntó si en ese momento ella le estaba hablando con los ojos, porque su corazón ciertamente había comenzado a latir de una manera extraña. O quizá eran sus propios ojos los que estaban diciendo algo que, en un momento más racional, consideraría imprudente.

No podía evitar sentirse atraído por aquella faceta de la señorita Grey: aquella versión sonriente, risueña y de ojos brillantes que sospechaba no mostraba con frecuencia.

Leonard interrumpió aquellas agradables reflexiones al alzar la voz desde el otro lado de la mesa.

—Tienes suerte con tus vecinos, Alex. Cuando traigas aquí una esposa de Londres, encontrará una compañía realmente encantadora.

Ante aquellas palabras, un silencio repentino cayó sobre todos los presentes. Fue una observación de pésimo gusto. Y mortificante. Por un momento pareció que la atmósfera ligera que había reinado hasta entonces no podría recuperarse. Entonces Honoria dejó caer una carta sobre la mesa con un golpe seco y exclamó:

—¡Esta baza es mía!

Y el hechizo se rompió.

Alex no logró recuperarse fácilmente de su incomodidad, pero no tenía sentido reprender a Leonard. Después de todo, su hermano tenía razón. Su intención siempre había sido llevar a casa una esposa perteneciente a la alta sociedad. Poco importaba cuánto lo atrajera o intrigara la señorita Grey; ella no encajaba en sus planes.

Al final de la noche, mientras regresaban a casa, Leonard insistió en aquel sobrio recordatorio.

—La señorita Grey es una mujer atractiva. Ningún hombre podría negarlo. Pero no te ayudará a alcanzar tus ambiciones, Alex. Te conviene andar con cuidado en lo que respecta a ella.

—No tengo ninguna intención respecto a la señorita Grey —respondió él, cuidando que su rostro no revelara pensamiento alguno en sentido contrario.

—¿No? Pues la observaste bastante. Solo digo que tengas cuidado.

Leonard se calentó las manos dentro del abrigo, luego metió una mano en el bolsillo y sacó un cigarro. Lo cortó, lo encendió y comenzó a fumar, mientras las volutas de humo se mezclaban con el vapor de sus alientos en el aire nocturno.

Alex condujo su tilbury en silencio. No había ocultado su interés tan bien como había creído. Tendría que ser más prudente; quizá incluso marcharse a Londres antes de lo previsto si ella resultaba ser una tentación mayor de la que había imaginado.

Aunque, pensándolo mejor, estaba llevando la cautela demasiado lejos. Por supuesto que podía resistir cualquier atractivo que ella, aunque fuera involuntariamente, pudiera ejercer sobre él. Siempre había sido dueño de su propio corazón, y aquello no estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO OCHO

Durante los días posteriores a la partida de cartas, Christine revivió una y otra vez distintas escenas en su mente, examinándolas desde una interpretación y luego desde otra. No podía negar el placer que le producía haber notado que sir Alexander la observaba, pues había puesto especial cuidado en su apariencia. Aunque solo podía percibirlo de manera periférica, ya que evitó volver la cabeza en su dirección, su mirada le había parecido admirativa y no crítica, incluso después de que la última vez que se habían visto le hubiera derramado encima una taza de té hirviendo. Prefirió no pensar en la ocasión anterior a esa.

Sus reflexiones tomaron un cariz más dulce cuando recordó cómo habían reído juntos y lo bien que habían jugado como compañeros. Exceptuando aquella baza en la que él no había seguido su indicación, habían jugado con soltura… y se habían divertido.

Bueno, al menos hasta que el señor Thorne recordó a toda la sala que sir Alexander no se rebajaría a establecerse con una simple señorita de Lincolnshire. Lo mejor sería sacárselo definitivamente de la cabeza, se dijo. Y, en gran medida, lo consiguió. Excepto por el hecho de que, en más de una ocasión, se sorprendió preguntándose si él habría decidido asistir al Baile de la Lana.

La mañana en que debían partir hacia Lincoln prometía lluvia. Cuando Christine salió al exterior, las nubes sobre su cabeza eran oscuras y el aire se sentía pesado y extrañamente cálido para ser octubre.

—Gus, ¿estás seguro de que quieres ir a caballo? Mira ese cielo —dijo mientras llevaba su maleta de viaje al carruaje.

El mozo acababa de asegurar el baúl y se había colocado junto a los caballos.

—Sabes que no soporto ir encerrado en un carruaje cuando la distancia es menor de cincuenta millas —se colocó el sombrero y montó de un salto, con la fusta en una mano—. ¿No viene Guinea? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No le gustan las tormentas y probablemente acabaría mareándose y vomitando sobre mí dentro del carruaje. Estará perfectamente quedándose con Hunter y Artemis mientras Jimmy lo cuida —apoyó una mano en la portezuela y volvió la vista hacia él—. ¿Theo y Arabella nos esperan?

Gus asintió.

—Nos reuniremos con ellos en Thimbleby y continuaremos juntos desde allí.

—Apuesto a que Theo tendrá el suficiente sentido común como para viajar con Arabella —comentó ella con una sonrisa burlona mientras comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia.

Christine subió al carruaje. Sabía que era inútil discutir con Gus, aunque en privado pensaba que iba a pasarlo miserablemente empapándose hasta los huesos. Ni siquiera su capa de montar sería capaz de mantenerlo seco cuando el cielo decidiera abrirse por completo.

Partieron, y Christine se acomodó en su asiento mientras la lluvia comenzaba a caer de manera constante, aunque todavía sin la intensidad que las nubes prometían. La inminencia de la tormenta había oscurecido tanto el día que resultaba imposible sacar su libro para leer. Así que permaneció mirando por la ventana y pensando en cómo arreglaría su cabello sin la ayuda de su doncella.

Beatrice había bajado aquella mañana para atenderla, como de costumbre, pero tenía una mejilla hinchada por un dolor de muelas y era evidente que sufría enormemente. Christine había insistido en que se quedara en casa para que le extrajeran la pieza enferma, asegurándole que pediría prestada a la doncella de Arabella para que la ayudara a vestirse.

La lluvia arreció cuando llegaron a Penwood Estate, donde se detuvieron frente a la casa. Christine descendió del carruaje, sorprendida por la ausencia del coche de los Dawson en el patio. Se

apresuró hacia la entrada mientras Gus permanecía montado, pero antes de que pudiera llegar a la puerta principal, Theo la abrió.

—¡Christine! —exclamó Arabella, saliendo detrás de él. La besó en la mejilla—. Todavía no vamos a partir.

Theo corrió hacia Gus y le estrechó la mano bajo la lluvia.

—No quiero que mi esposa viaje con un cielo así sobre nuestras cabezas —le gritó—. Creo que deberíamos esperar a que pase lo peor. ¿Por qué no esperan aquí con nosotros?

Christine miró a Arabella y luego a su hermano. Era cierto que podían partir más tarde, incluso al día siguiente, y apenas cambiaría nada. Habían decidido viajar un día antes para visitar la ciudad, en lugar de esperar hasta el mismo día del baile, como solían hacer. Además, Honoria y Philip tampoco partirían hasta el día siguiente.

—No, sigamos adelante, ¿te parece, Christine? —dijo Gus—. He quedado esta noche para jugar a las cartas con unos amigos y no me gustaría faltarles.

Al escuchar aquello, Christine lo miró con evidente disgusto. Él no le había dicho que pensaba salir con amigos durante su primera noche allí.

—Aunque él continúe, ¿por qué no te quedas y viajas con nosotros? —insistió Arabella—. Hace tiempo que no pasamos suficiente tiempo juntas y sería agradable ponernos al día.

Christine vaciló. Era cierto que le gustaría pasar tiempo con Arabella, pero entonces pensó en viajar con ella y Theo en su carruaje. Sería una intromisión en la intimidad de ambos. También podía viajar en su propio carruaje junto al de ellos, pero si iba a hacer eso, bien podía continuar el viaje de inmediato. Negó con la cabeza.

—No, ven a buscarme a la posada —sonrió—. Le diré al posadero que te conduzca a mi habitación cuando llegues. Seguiré adelante con Gus.

—Deberíamos llegar a tiempo para la cena. Y esta vez no nos detendremos para hacer un picnic por placer —rio Arabella.

Como si el cielo hubiera decidido responderle, la lluvia arreció aún más.

—Christine, vámonos —dijo Gus.

Saludó con la mano a Theo, quien ayudó a Christine a subir al carruaje y luego apresuró a Arabella a entrar nuevamente en la casa.

Christine sintió lástima por Olsen, el mozo de cuadra, que estaba soportando la tormenta igual que Gus, aunque no por elección propia.

Solo habían recorrido una o dos millas cuando la lluvia se transformó en un auténtico diluvio. Christine cruzó los brazos bajo la capa mientras el carruaje se balanceaba de un lado a otro sobre un tramo especialmente accidentado del camino, esperando, por el bien de Olsen, que la tormenta se agotara pronto. Sin embargo, después de más de una hora de viaje, no mostraba la menor señal de amainar.

Ella entrecerró los ojos para mirar a través de la ventanilla la desdichada figura de su hermano, que comenzaba a mostrar señales de cansancio bajo el aguacero a pesar de su robusta constitución. Él volvió la vista hacia el carruaje, vio su rostro tras el cristal y se acercó hasta él para decir unas palabras al cochero. Luego golpeó suavemente la ventanilla para que ella la abriera.

—Voy a adelantarme para comprobar si el camino sigue transitable entre Short Ferry y Fiskerton. Si no hay problemas, te esperaré en la posada de Fiskerton.

Sin esperar respuesta, apretó los talones contra los flancos de su caballo y salió al galope.

Christine volvió a cerrar la ventanilla, molesta y sintiéndose extrañamente sola. Era muy propio de Gus hacer algo así para encontrar refugio más rápidamente. Y aunque su decisión no la sorprendía, pensó que, por *una vez*, sería agradable que alguien se preocupara un poco por su comodidad en lugar de considerarla perfectamente capaz de arreglárselas sola en medio del camino.

Continuaron avanzando a paso lento debido al barro. Por momentos la lluvia disminuía, pero poco después volvía a intensificarse, y Christine terminó por convencerse de que el resto del día difícilmente mejoraría. Las voces procedentes del exterior le indicaron que habían llegado a Short Ferry. Olsen descendió para preguntarle si necesitaba algo y, cuando ella negó con la cabeza, le

dijo que averiguaría si la lluvia había causado problemas más adelante. Unos minutos después llamó a la ventanilla y ella la bajó. El agua goteaba desde el ala de su sombrero, pero en su voz no había rastro de queja.

—El camino está despejado, señorita. Si no necesita nada, seguiremos hasta Fiskerton.

—Sí, hagámoslo así. Gracias, Olsen —añadió ella.

El carruaje se balanceó ligeramente cuando él volvió a subir al pescante y reanudaron la marcha. Una vez dejaron atrás el pueblo, la lluvia pareció caer con todavía más fuerza, llenando el interior de una humedad fría y desagradable. Christine comenzó a anhelar la posada de Lincoln, donde podrían encender un buen fuego y servirle una taza de té caliente. Deseaba con todas sus fuerzas llegar a la comodidad de aquel lugar.

El camino los condujo junto al río Witham y descendió hasta quedar paralelo a sus aguas. Las ruedas giraban visiblemente más despacio sobre el sendero embarrado. Mientras bajaban por la pendiente, pasando sobre piedras y raíces expuestas, el carruaje se inclinaba suavemente de un lado a otro en un movimiento rítmico, mientras la lluvia continuaba golpeando el techo.

Sin ninguna advertencia, se oyó un fuerte crujido y el carruaje se inclinó bruscamente hacia un costado. Quedó atrapado en aquella posición, peligrosamente ladeado, con Christine aplastada contra el lado que daba al río. Ella dejó caer la cabeza contra los cojines ante aquel nuevo giro desafortunado del destino; *por supuesto que algo tenía que salir mal después de que Gus se hubiera marchado por delante*. Sin embargo, aguardó hasta que Olsen bajó y abrió la puerta. Ya sabía lo que iba a decirle. La inclinación absurda del carruaje contaba la historia por sí sola.

—Debió de soltarse el pasador de la rueda, señorita, porque no lo encuentro. Y ahora la rueda también está agrietada —se inclinó para empujar la rueda nuevamente hacia su sitio y sostener un poco mejor el carruaje mientras la lluvia golpeaba sin tregua sobre su capa negra—. Creo que debería desenganchar los caballos y regresar a Short Ferry para conseguir una rueda nueva y otro pasador… o alquilar un carruaje, señorita.

Los ojos que levantó hacia ella estaban llenos de preocupación. Christine comprendió que no le gustaba dejarla sola, ni tampoco quería sugerirle que regresara caminando al pueblo bajo aquella tormenta. Y, para ser sincera, ella tampoco tenía el menor deseo de hacerlo. Pero, puesto que no había siquiera una silla de montar para ella, sus únicas opciones eran caminar o permanecer dentro del carruaje cubierto. Se mordió la lengua para no pronunciar unas cuantas palabras poco amables dirigidas a Gus, que la había abandonado a aquella suerte y que no descubriría que no habían llegado a Fiskerton hasta que ya fuera demasiado tarde.

—Sí, me parece una buena idea. Estaré perfectamente bien aquí —lo tranquilizó Christine.

Observó cómo el cochero desenganchaba ambos caballos del carruaje. No sería prudente dejar uno de ellos inmóvil durante demasiado tiempo. Luego montó a pelo sobre el caballo guía y condujo al segundo sujetándolo por las riendas. Después emprendió el camino pedregoso hacia terrenos más elevados.

Ahora bien, ¿cómo iba a pasar el tiempo? Le llevaría una o dos horas regresar sobre sus pasos, encontrar a un herrero y volver con todo lo necesario. Christine permaneció sentada en el oscuro carruaje, escuchando el incesante estruendo de la lluvia. Se alegraba de que Beatrice se hubiera quedado en casa, pero no pudo evitar desear haber llevado consigo a Guinea, aunque terminara mareándose. Él la habría mantenido cálida y acompañada hasta el regreso de Olsen.

Permaneció allí, absorta en sus pensamientos, escuchando el constante tamborileo de la lluvia sobre la tierra y sobre el techo del carruaje. No le resultaba difícil disfrutar de su propia compañía, pero sí era más agotador no tener nada que ocupase sus manos. Ningún animal al que acariciar, ningún pastel que hornear, ningún vestido que coser ni pequeñas tareas con las que entretenerse. Estar ociosa era algo en lo que nunca había destacado.

Se quitó el sombrero y se masajeó el cuero cabelludo. Después enrolló alrededor de un dedo los rizos que caían junto a su rostro para ordenarlos. Tan concentrada estaba en aquella tarea que pasó bastante tiempo antes de que percibiera un cambio en el sonido de

la lluvia exterior. El ruido había pasado de ser un eco apagado sobre el techo y un repiqueteo contra la tierra a convertirse en el chapoteo inconfundible de la lluvia golpeando agua.

Christine frunció el ceño y trató de mirar por la ventanilla, pero no tenía una visión lo bastante clara del suelo. Entonces abrió la puerta y se asomó. Sus labios se separaron mientras aspiraba bruscamente.

El agua corría alrededor del carruaje, cubriendo ya la mitad inferior de las ruedas. Alzó la vista hacia el río y vio que la corriente había aumentado considerablemente de velocidad. Las orillas ya no podían distinguirse a ninguno de los lados, y tampoco quedaba visible ni camino ni campo alguno delante o detrás de ella. Se subió al estribo para mirar hacia donde Olsen había partido. Solo podía verse la parte superior del sendero, pero el agua avanzaba inexorablemente hacia ella. No había nadie a la vista y el nivel seguía subiendo incluso en el breve tiempo transcurrido desde que había abierto la puerta.

No necesitó más de un segundo para reaccionar. Se desplazó rápidamente hacia el lado del carruaje más próximo a la ribera. Abrió la puerta, pero el talud cubierto de hierba estaba demasiado lejos para alcanzarlo, incluso saltando.

Sin detenerse a pensarlo, se lanzó al agua helada. Un grito escapó de sus labios al sentir el impacto del frío. El agua llenó de inmediato sus botas y comenzó a subir por su vestido, empujando con tal fuerza que amenazaba con derribarla. Durante un instante pensó en el sombrero y en el equipaje que había dejado dentro del carruaje, pero descartó la idea de recuperarlos. La corriente se volvía cada vez más poderosa, y aquella fuerza le hizo comprender el verdadero peligro en que se encontraba. Aún era posible avanzar hasta la orilla, pero le exigía todo su esfuerzo.

Ante ella se alzaba una empinada pendiente cubierta de hierba. Christine logró aferrarse a una raíz que sobresalía de la tierra justo antes de perder pie en la corriente. Reuniendo todas sus fuerzas, tiró de sí misma con una mano y luego se estiró para coger una piedra que sobresalía entre la hierba. De algún modo encontró apoyo sobre una raíz o una pequeña repisa oculta bajo el agua

turbulenta y consiguió ascender un poco más. Sin aquello, sus pies resbalaban impotentes sobre la ladera mojada, mientras buscaba desesperadamente otro punto donde apoyarse.

Para entonces, la corriente ya corría con mayor velocidad y pronto alcanzaría el nivel de la cabina del carruaje donde ella había estado sentada apenas unos minutos antes. Pero ahora no podía pensar en eso. Toda su atención estaba concentrada en alcanzar un terreno lo más alto posible, donde las aguas desbordadas no pudieran alcanzarla. Christine jamás había mostrado tanta determinación como la que puso en subir aquellos pocos metros. Si caía, sería arrastrada por la corriente hacia una muerte segura.

Por fin, con un último y desesperado esfuerzo, consiguió impulsarse hasta la cima del talud y cayó allí desplomada, jadeando bajo la lluvia helada. Permaneció varios minutos tendida boca abajo para recuperar el aliento antes de incorporarse y contemplar la destrucción que se extendía debajo de ella. La visión del agua engullendo su baúl y entrando a raudales en el carruaje le revolvió el estómago. Si hubiera esperado solo unos minutos más…

Debía dirigirse a Short Ferry e intentar encontrar allí a Olsen. Y era imprescindible que se secara cuanto antes o acabaría muriendo de frío. Christine se puso de pie, negándose a ceder ante los temblores que sacudían su cuerpo, y comenzó a caminar en dirección al pueblo. El viento atravesaba sus ropas empapadas, haciéndola sentir un frío más intenso que cualquiera que hubiera conocido antes. El camino a su derecha se encontraba completamente inundado, y avanzó con pasos vacilantes siguiendo paralelamente la zona donde la carretera se elevaba sobre el terreno. Quedaba fuera de su vista, más allá de un pequeño grupo de árboles y arbustos.

Al llegar al final del talud alcanzó el tramo elevado del camino, solo para sufrir una nueva conmoción. Aquella carretera también estaba inundada. Su mirada recorrió la línea de árboles anegados y la enorme extensión de agua. Lo que antes era un río pequeño y tranquilo se había transformado en un torrente embravecido, y entonces comprendió toda la gravedad de su situación.

El río había cortado cualquier posibilidad de avanzar en ambas direcciones. No podría llegar a Short Ferry por un lado ni a Fiskerton por el otro. La única ruta que le quedaba era atravesar el bosque. Un violento escalofrío recorrió todo su cuerpo. El cielo se había aclarado un poco, pero la lluvia seguía cayendo de forma constante. Para impedir que el miedo la dominara, se habló a sí misma con firmeza.

Encuentra refugio. Y rápido. Tendrás que esperar a que pase la tormenta y encontrar alguna manera de secarte.

La única dirección posible era hacia Long Woods, a su espalda. No habría sido su elección preferida, pues estaba lejos de sentirse segura de encontrar refugio allí y no tenía idea de cuánto tardaría en alcanzar el camino del otro lado. Como mínimo, los árboles la protegerían de la lluvia y del viento, pero encontrar una casa donde calentarse sería otra cuestión muy distinta. Y con el frío otoñal endureciendo sus ropas mojadas hasta casi congelarlas… hallar refugio se estaba convirtiendo en una necesidad urgente.

Christine contempló el bosque con desaliento antes de volver a mirar a su alrededor. No tenía alternativa. El camino inundado formaba una barrera natural detrás de ella, dejando el bosque en el centro como si fuera una isla. Tomó una decisión y avanzó con paso resuelto hacia los árboles.

En cuanto se internó bajo el dosel de hojas, la quietud y el alivio de quedar protegida de lo peor de la lluvia la tranquilizaron un poco. Continuó avanzando con renovada determinación. No había sendero alguno que le hiciera pensar que encontraría una casa en el interior, pero quizá existiera algún refugio. Cualquier cosa serviría. Cualquier lugar donde pudiera entrar en calor y secarse mientras esperaba a que su hermano la encontrara. Puede que Gus fuera egoísta y poco considerado en ocasiones, pero no descansaría hasta averiguar dónde estaba. De eso estaba completamente segura.

Christine comenzó a moquear mientras avanzaba, y se limpió la nariz con la manga. Había llegado a sentirse tan entumecida que la lluvia y el frío parecían afectarla muy poco. Se negó a pensar en lo que ocurriría si no encontraba refugio; se negó a considerar la realidad de que, incluso si lo encontraba, ¿cómo iba a secarse si no

tenía con qué encender un fuego ni ropa seca para cambiarse? A medida que seguía caminando, empezó a dudar de la sensatez de haberse internado en el bosque. Tal vez debería regresar sobre sus pasos y seguir el borde de la arboleda para ver si podía rodearla sin que las aguas crecientes le cortaran el paso. O quizá debería simplemente detenerse y descansar. Estaba tan cansada… Si se sentaba un momento, podría recuperar fuerzas.

Una voz racional en su interior le susurró que aquello no era una buena idea, así que continuó adelante, con los dientes castañeteando sin control. Sin embargo, pronto el deseo de descansar se volvió imposible de ignorar, y estaba a punto de buscar un lugar bajo un árbol donde sentarse cuando el olor a humo llegó hasta ella desde algún punto más adelante. Sus pensamientos eran confusos e incoherentes, pero el instinto tomó el control al percibir aquella señal de supervivencia, y siguió avanzando hasta distinguir una columna de humo que se elevaba entre los árboles.

La promesa de refugio le devolvió el ánimo, y apresuró el paso con movimientos torpes. En cuanto atravesó el último matorral, descubrió una pequeña cabaña, construida principalmente de madera, aunque uno de sus extremos era de piedra. Las contraventanas estaban abiertas y una luz dorada y titilante se veía a través de la ventana, confirmando que en la chimenea ardía un pequeño fuego. Se acercó a la puerta e intentó llamar, pero tenía los dedos tan fríos que apenas pudo producir sonido alguno. Entonces giró la mano y golpeó con el puño la madera, instando a quien estuviera dentro a darse prisa, mientras deseaba con todas sus fuerzas que se tratara de una persona buena y compasiva.

La puerta se abrió y una figura oscura llenó el umbral. Sus ojos asustados se elevaron lentamente hasta encontrarse con los de un caballero al que reconoció con asombro: precisamente el hombre que había intentado sacar de su mente durante los últimos cinco días.

¡Sir Alexander! *¿Cómo…? ¿Cómo es posible que siempre sea él con quien termino encontrándome? ¿Y además en los peores momentos?*

Y, sin embargo, la familiaridad de su presencia despertó en ella el deseo de arrojarse a sus brazos.

—¡Señorita Grey! —exclamó él.

Parecía tan inmóvil y sorprendido como ella. Christine estaba llegando rápidamente al límite de sus fuerzas. Si no entraba en calor pronto, no estaba segura de poder mantenerse en pie por mucho más tiempo.

—El camino se inundó… y Gus está en Fiskerton.

Apenas consiguió pronunciar las palabras entre el evidente castañeteo de sus dientes.

—Por el amor a la bondad, entre enseguida —dijo él, cogiéndola del brazo y llevándola al interior mientras cerraba la puerta tras de sí.

La sostuvo con firmeza mientras la guiaba hasta el fuego.

—Está empapada de pies a cabeza.

Christine asintió. Ya no podía pensar con claridad. Se dirigió hacia la silla colocada frente al hogar con intención de dejarse caer en ella, pero sir Alexander la detuvo.

—Tendrá que quitarse esa ropa. Tengo una manta seca, y tendrá que servirle para cubrirse.

No esperó respuesta. Desató la capa de sus hombros y la dejó sobre la mesa de madera.

—No puedo —murmuró ella —el agua escurría de su cabello por un lado del rostro y se deslizaba por su cuello—. No tengo nada más.

Sin la capa, el aire frío de la cabaña la envolvió de inmediato, y los temblores se volvieron incontrolables.

—Me temo que no tiene otra opción —la voz de sir Alexander sonó irritada, muy parecida a la del día en que estuvo a punto de atropellar a sus perros—. Corre el riesgo de enfermar gravemente… o algo peor si no se quita inmediatamente esa ropa mojada.

Sintió cómo una manta era colocada sobre sus hombros y escuchó que él se alejaba.

Finalmente comprendió el sentido de sus palabras e intentó obedecer. Llevó las manos hacia atrás para desabrochar los botones de su vestido, pero sus dedos congelados se negaban a responder.

Al cabo de un minuto oyó de nuevo sus pasos acercarse y sintió que alguien comenzaba a desabrocharle el vestido. Intentó abrir la boca para protestar, pero temblaba con demasiada violencia. Sir Alexander pareció adivinar sus pensamientos, porque habló con voz firme.

—No tiene nada que temer de mí, madam.

Sus movimientos fueron rápidos y eficientes mientras soltaba los botones, y Christine sintió el calor de sus dedos sobre la piel, provocándole un estremecimiento distinto al que le causaba el frío. Antes de que pudiera detenerse a analizar aquella sensación desconocida o sentirse expuesta, él volvió a envolverle los hombros con la manta.

—Quítese el resto del vestido debajo de la manta y venga a sentarse aquí.

Su tono era autoritario, y ella obedeció. Tenía la mente demasiado confusa para hacer otra cosa que seguir sus instrucciones. Sacó los brazos de las mangas del vestido y, al librarse de la tela empapada, percibió el calor de la manta seca, sorprendentemente suave. Dejó que el vestido resbalara hasta el suelo bajo la protección de la manta, y entonces él la condujo hasta la silla.

Antes de permitirle sentarse, extendió sobre ella otra manta más áspera, que le picaba a través de las medias mojadas, aunque también estaba seca y cálida.

Luego miró sus botas y arqueó una ceja en silenciosa pregunta. Christine comprendió enseguida que pensaba que debía quitárselas. Luchó consigo misma antes de renunciar a aquella última barrera que la protegía de una vulnerabilidad absoluta, pero sabía que también estaban empapadas y que no lograría entrar en calor mientras las llevara puestas. Asintió apenas con la cabeza.

Él se inclinó para quitárselas y después envolvió la manta áspera alrededor de toda la parte inferior de su cuerpo, formando una especie de refugio cálido alrededor de sus pies. Finalmente retrocedió y caminó hacia el lado opuesto de la cabaña antes de volver sobre sus pasos.

—Y ahora, señorita Grey —dijo—, ¿sería tan amable de explicarme qué *demonios* está haciendo aquí, sola y en estas condiciones… y qué está haciendo su hermano en Fiskerton?

CAPÍTULO NUEVE

Alex observó cómo la señorita Grey se acurrucaba dentro de su suave manta frente al fuego y deseó tener otra igual para que no tuviera que soportar la áspera y sucia manta que había encontrado en la cabaña y que ahora envolvía sus piernas. Por el contacto involuntario -o casi involuntario- de su piel mientras le desabrochaba el vestido, había descubierto no solo cuán helada estaba, sino también lo suave que era. Una piel tan delicada no debería verse obligada a soportar una manta tan áspera.

Él mismo se había visto obligado a abandonar su tilbury al borde del bosque cuando la inundación lo obligó a buscar terreno más elevado. El sendero que había seguido parecía terminar en una maraña de arbustos sin ninguna forma evidente de rodearla. Le había resultado más sencillo desenganchar su yegua y atravesar el bosque en busca de otro camino.

En el carruaje solo llevaba su baúl y una manta, de modo que cargó ambas cosas consigo. Para cuando encontró la cabaña, estaba profundamente harto de la lluvia y prefirió refugiarse dentro con la esperanza de esperar a que amainara para poder orientarse mejor. Si al inicio de su viaje hubiera sabido que los caminos eran propensos a inundarse, habría abandonado la idea de partir desde el principio. Pero no conocía Lincolnshire.

—¿Y bien? —insistió cuando la señorita Grey permaneció en silencio, encogida por el frío.

No pretendía que su voz sonara severa. Lo que ocurría era que estaba angustiado al verla en una situación tan peligrosa. Podría haber muerto fácilmente por la inundación o por el frío, y jamás debería haber sido dejada sola. Además, su presencia en aquella cabaña prestada lo exponía a una debilidad que preferiría no experimentar, considerando la atracción que sentía por ella. Christine ajustó la manta sobre sus hombros.

—La rueda de mi carruaje perdió un pasador en el camino entre Short Ferry y Fiskerton, y el río se desbordó mientras yo estaba varada allí. Necesitaba buscar refugio en un lugar más alto —sus labios tenían un ligero tono azulado y mantenía los ojos bajos—. Eso me llevó al bosque y, después de caminar un buen trecho, hasta esta casa.

El cabello mojado de la señorita Grey brillaba bajo la luz del fuego, y algunos de sus rizos destacaban contra la palidez de sus mejillas. Temblaba violentamente por el frío y necesitaría tiempo para recuperar una temperatura cercana a la normal.

Alex se quitó el abrigo y lo colocó sobre sus hombros, encima de la manta que la envolvía, para proporcionarle más calor. Ella asintió en señal de agradecimiento y él se acercó al hogar para añadir más leña al fuego. Sin la protección adicional del abrigo, un escalofrío lo recorrió cuando una corriente de aire atravesó la cabaña, pero aquello no era nada comparado con lo que ella debía de estar soportando.

Su capa ya comenzaba a secarse junto al fuego, y acercó la otra silla para extender sobre ella la capa y el vestido de Christine, con la intención de que se secaran también. Realizó todo aquello en silencio para evitar quedarse observándola.

—¿Y cómo es que está sin compañía? —preguntó finalmente—. ¿Sin doncella ni mozo de cuadras siquiera?

—Mi doncella estaba enferma. Y cuando tuvimos el problema con el carruaje, nuestro mozo fue a buscar una rueda de reemplazo o a ver si podía alquilar otro coche en Short Ferry. Fue entonces cuando el río se desbordó. No podía haber sabido que ocurriría cuando me dejó allí, porque la crecida llegó de repente.

Sus dientes castañeaban mientras hablaba, y Alex pensó en lo peligroso que había sido todo aquello para ella. Los bajos de su vestido y de su capa, empapados y cubiertos de barro, contaban por sí solos la historia.

—¿Y dónde está señor Grey? —preguntó.

Hubo una breve pausa.

—Mi hermano cabalgó por delante para comprobar si el camino hasta Fiskerton estaba despejado. Dijo que pensaba encontrarse

conmigo allí. Debió de haber llegado al pueblo mucho antes de que el río se desbordara.

Cogió el borde de la manta de Alex para secarse el rostro y luego comenzó a frotarse parte del cabello por detrás.

La explicación era bastante razonable, pero aun así Alex estaba irracionalmente molesto con Grey por haberla puesto a ella -y aunque él no hubiera podido preverlo, también a *él*- en aquella situación. No había más sillas en la pequeña cabaña aparte de aquella en la que ella estaba sentada y la que sostenía las prendas puestas a secar, así que Alex se apoyó contra la tosca mesa de madera y cruzó los brazos. ¿Cómo podía su hermano ser tan descuidado con su seguridad? ¿Acaso pensaba que una hermana era algo que podía reemplazarse sin más? Sospechaba que Gus ni siquiera trataría así a un caballo. Necesitaba distraer su mente antes de pronunciar palabras de las que pudiera arrepentirse, así que volvió a recorrer con la mirada la sencilla cabaña, tal como ya había hecho varias veces desde que llegó, tratando de descubrir qué otros recursos podía ocultar. Había una lámpara de aceite sobre un estante, un cubo y algunos utensilios de cocina, pero como todavía no había encontrado nada que cocinar, servían de muy poco.

—Supongo que su hermano vendrá a buscarla —observó.

La mirada de la señorita Grey permanecía fija en el fuego. Seguía temblando, aunque con menos violencia.

—Estoy segura de que lo haría si pudiera llegar hasta aquí. El bosque se encuentra en una zona elevada, y no puedo estar segura de que exista algún camino por el que pueda alcanzarlo desde donde él se encuentra. Me temo que las aguas también deben de estar impidiéndole regresar.

—Ya veo.

¿Qué iba a hacer con ella sola en aquella cabaña? Necesitaba ayudarla a vestirse adecuadamente una vez que recuperara el calor y el vestido estuviera seco, pero eso llevaría horas. Y aun con una explicación perfectamente razonable y con ella completamente vestida, ser encontrados solos podía ponerlo en una situación comprometida. Habría quienes esperaran una propuesta de matrimonio.

Se frotó el mentón y dirigió la vista hacia los estantes, intentando apartar de su mente la incómoda tentación que *aquella* idea despertaba. Sin embargo, lo importante en ese momento era hacer todo lo posible por ayudarla. Podía llenar uno de aquellos cazos con agua de lluvia y hervirla sobre el fuego. No sería té, pero al menos le proporcionaría algo caliente a la señorita Grey, y eso ayudaría a combatir los escalofríos.

Cogió una pequeña olla, salió al exterior y la dejó en el patio para recoger agua de lluvia. Ya había un cubo afuera que había acumulado una cantidad considerable. Movido por un impulso, regresó para recoger más recipientes y colocarlos bajo la lluvia. No había visto ninguna bomba ni pozo en los alrededores, y desconocía cuánto tiempo tendrían que permanecer allí.

—Volveré enseguida —le dijo.

Luego se dirigió al cobertizo rudimentario para comprobar cómo estaba su yegua. Al llegar a la cabaña ya había tenido tiempo de secarla con un paño y dejarle agua para beber. Al menos había avena en aquel sencillo refugio construido junto a la cabaña, lo que indicaba que alguien debía de visitar el lugar con regularidad. Aunque ellos terminaran pasando hambre, el caballo no lo haría.

Se ocupó de todo lo que se le ocurrió para procurar la comodidad del animal, retrasando su regreso tanto como le fue posible. Permanecer en el cobertizo no solucionaría nada, aunque seguía sin saber qué decirle a la señorita Grey.

Una vez más meditó sobre el problema de encontrarse encerrado en la misma cabaña con una mujer vestida únicamente con sus prendas interiores. Si alguien los descubría, aquello no tendría buen aspecto para ninguno de los dos. Su única esperanza era que las aguas bajaran y pudiera llevarla hasta Farlow sin que nadie se enterara, o que su hermano los encontrara antes de que fueran descubiertos. Seguramente estaría buscándola, ¿no?

Alex esperaba sinceramente que el señor Grey no intentara arrastrarlo hasta el altar simplemente porque no había tenido otra opción que abrirle la puerta a la señorita Grey cuando ella buscó refugio. Por mucho que se sintiera atraído por ella, no deseaba contraer matrimonio por circunstancias semejantes.

Ya no podía seguir retrasándolo más, así que regresó al interior llevando consigo el cazo más pequeño, lleno de agua de lluvia. La señorita Grey permanecía en la misma posición, aunque había apartado su abrigo a un lado y lo señaló con un leve movimiento bajo la manta.

—Le agradezco que me prestara su abrigo. Creo que ahora estoy lo bastante caliente para prescindir de él.

Alex no opinaba lo mismo, pero sospechaba que ella se sentía incómoda con aquel gesto porque añadía un grado de intimidad a una situación que ya era bastante comprometida. Además, él mismo había vuelto a mojarse tan solo al ir hasta el cobertizo.

—No hay de qué.

Se puso nuevamente el abrigo antes de acercarse a la chimenea. Cogió el largo gancho de hierro apoyado junto a ella y lo utilizó para bajar la rejilla metálica que colgaba de la pared de ladrillo detrás del fuego. Colocó encima el cazo.

—He revisado los armarios, pero no he encontrado nada para comer. Al menos el agua caliente le ayudará a entrar en calor.

—Quizá haya algún lugar fuera donde se guarden verduras —sugirió ella—. Si no un sótano, tal vez algún depósito subterráneo. Aunque, desde luego, eso puede esperar hasta que deje de llover —miró a su alrededor—. Debe de ser la casa de algún guardabosques, o algo parecido.

Aquella conversación sencilla lo relajó, y se dio cuenta de que era la conversación más normal que habían mantenido desde que se conocieron.

—Tal vez. Aunque el sendero que conduce hasta aquí no parece lo bastante amplio como para transportar troncos. Quizá sea la cabaña de un guardacaza. Hay bastantes indicios de alguien aficionado a la caza. Mi pregunta es quién es el propietario y cuándo es probable que regrese.

—Si pertenece a un guardacaza, tal vez la utilice como parada durante alguna jornada de caza, como la que mencionó la señorita Pasley, aunque parece demasiado humilde para algo así. De cualquier modo, satisface nuestras necesidades inmediatas —levantó la vista del fuego, donde el agua comenzaba a formar pequeñas

burbujas bajo el calor de las llamas—- ¿Y qué lo trajo hasta aquí? ¿También se dirigía a Lincoln?

Alex asintió.

—Iba camino al Baile de la Lana del que me habló. Poco después de salir de Short Ferry descubrí que el camino estaba inundado, así que giré hacia el norte, aunque solo pude avanzar cierta distancia antes de verme obligado a detenerme —cruzó los brazos mientras observaba las llamas danzar alrededor del recipiente —. El camino de tierra que bordea el bosque me permitió llevar el carruaje hasta una zona más elevada, pero después el camino simplemente terminaba. No encontré ningún sendero suficientemente amplio para atravesar el bosque con el coche, así que abandoné el carruaje —sus miradas se cruzaron brevemente—. Atravesé el bosque a caballo buscando una forma de llegar al camino principal del otro lado, pero decidí detenerme cuando vi la cabaña.

—Y logró encender un fuego —comentó ella, dedicándole una breve sonrisa.

Sus labios habían recuperado algo de color rosado, una señal prometedora de que empezaba a calentarse, aunque también un incómodo recordatorio de lo besables que eran.

—Sí. Y no mucho antes de que usted llegara.

—No creo que yo hubiera sido capaz de hacerlo sin pedernal… o con los dedos temblándome de esa manera.

Alex volvió a mirarla. Su aprecio por ella había comenzado a crecer y, por lo tanto, su buena opinión tenía ahora más valor para él. Al principio la había considerado algo extraña y poco cordial, pero empezaba a sospechar que aquello se debía más a la reserva que a la arrogancia. Y le parecía indudablemente atractiva, incluso antes de haber visto aquella faceta sonriente, vivaz y alegre durante la partida de cartas. Estaría en serio peligro de entregarle el corazón si no fuera un hombre que, por necesidad, mantenía una voluntad de hierro una vez que tomaba una decisión.

—Siempre llevo conmigo ciertas herramientas para casos de emergencia, y el pedernal es una de ellas —dijo, obligando a sus pensamientos a volver a asuntos más prácticos.

Se puso a revisar armarios y cajones en busca de tazas y encontró una, además de una pequeña jarra metálica. Luego envolvió un trapo alrededor del mango del cazo para retirarlo del fuego.

—En esta ocasión me alegré muchísimo de haberlo hecho.

Ahora que el agua caliente estaba lista, continuó explorando los armarios y cajones por si había pasado algo por alto. Sus esfuerzos se vieron recompensados cuando encontró una pequeña bolsa con un puñado de granos de café olvidados al fondo de un cajón. Habían perdido casi todo su aroma, pero seguían siendo mejor que nada.

Comenzó a triturarlos con el fondo de una olla de hierro, alternando entre aplastarlos y tratar de molerlos. Preparados de aquella manera, el café seguramente tendría un sabor espantoso, pero aun así sería mejor que agua caliente sola. Vertió los granos molidos en una jarra de barro cocido y les añadió el agua caliente, dejándolos reposar para que infusionaran.

El silencio se instaló entre ellos, y Alex no hizo ningún esfuerzo por romperlo mientras removía el café antes de dejar la cuchara a un lado. La señorita Grey tampoco parecía una persona particularmente habladora. Y aunque agradecía la ausencia de conversaciones vacías, deseaba conocer los pensamientos que ocupaban su mente.

—Imagino que su baúl y sus demás pertenencias estaban en el carruaje —comentó.

—Y probablemente fueron arrastrados por la corriente —respondió ella, con un tono de pesar en la voz—. Ahora mismo daría cualquier cosa por tener aunque fuera una de las cosas que llevaba allí. Para empezar, estaría vestida como corresponde.

Ante aquella confesión, Alex no pudo evitar mirarla, justo a tiempo para ver cómo un rubor ascendía por su cuello. Había esperado que ella no se sintiera demasiado incómoda por no estar vestida apropiadamente, dado que la situación había sido inevitable, pero por supuesto que le afectaba. El conocimiento de su vulnerabilidad había sido precisamente una de las razones por las que él había permanecido fuera tanto tiempo. Le resultaba difícil

impedir que su imaginación se aventurara por territorios prohibidos, pero debía hacerlo.

Había sido extremadamente cuidadoso al desabrocharle el vestido. O, mejor dicho, había mirado únicamente lo necesario para localizar los botones, obligándose con firmeza a no desviar los ojos hacia la piel suave que asomaba por encima de la camisola. Nunca antes había visto tan de cerca la piel de una mujer, y se había apartado en cuanto le fue posible.

Después había cruzado hasta el otro extremo de la habitación para recuperar el aliento. Intentando apartar sus pensamientos de aquella dirección, Alex se acercó a tocar el bajo del vestido. Estaba lejos de estar seco y seguía cubierto de barro y suciedad. Entonces se le ocurrió una idea. Levantó la vista hacia ella y volvió a apartarla rápidamente cuando sus ojos se encontraron.

—¿Le parecería bien que intentara limpiarlo, aunque eso signifique que tarde más tiempo en secarse?

Algunas mujeres habrían protestado por las molestias adicionales, pero la señorita Grey era, al parecer, demasiado sensata para hacerlo.

—Sí, sería muy amable de su parte. No es que me preocupe demasiado mi aspecto, porque a estas alturas ya es un poco tarde para eso, pero creo que el vestido se secará más rápido si no tiene barro. No se moleste con la capa.

Alex asintió y cogió el vestido. Eso significaba volver a salir bajo la lluvia, pero al menos había una zona cubierta en el exterior donde podría trabajar y, además, tendría un poco de distancia de ella. Se quitó el abrigo, cogió el vestido sin decir palabra y salió. Recogió el cubo, que estaba casi lleno, y lo llevó bajo el cobertizo. Luego se subió las mangas y sumergió la parte inferior del vestido en el agua helada.

Sus manos pronto comenzaron a entumecerse, y alternaba entre frotar la tela, enjuagarla y calentarse los dedos contra los costados cuando el dolor se volvía insoportable.

Por fin el vestido le pareció lo suficientemente limpio y comenzó a escurrirlo. El agua del cubo había quedado marrón, así

que la vació y volvió a dejarlo bajo la lluvia para que se llenara de nuevo por si llegaban a necesitar más agua.

Cuando regresó al interior, extendió otra vez el vestido sobre la silla para que terminara de secarse y se acercó al fuego para calentarse las manos. Era un vestido de lino, sencillo y apropiado para viajar. Por el color de la tela del corpiño, debió de haber sido alguna vez de un bonito azul pálido.

—Gracias —dijo ella observándolo.

Él asintió, pero evitó mirarla directamente. La intimidad de aquella situación estaba produciendo efectos extraños en su tranquilidad mental. Volvió a ponerse el abrigo y se acercó al fuego para seguir calentándose las manos. ¿Qué podrían conversar durante todas las horas que faltaban hasta que alguien los encontrara? Volvió a ocuparse en algo, abriendo armarios y revisando una vez más en busca de cualquier cosa que pudieran comer. Todo estaba vacío.

—Había llevado pasteles para el viaje —comentó ella mientras lo observaba—. Es una lástima que ya no tengamos nada de eso. Pero me alegrará probar el café que ha preparado.

Alex hizo una mueca. Se había olvidado del café y estaba completamente convencido de que aquella bebida difícilmente merecía tal nombre.

Se acercó a la jarra donde reposaban los granos triturados con el agua aún caliente, la removió un poco y dejó que los posos volvieran a asentarse antes de servir cantidades iguales en la taza y en la jarra metálica.

—Aquí tiene, señorita Grey —le entregó la taza con una pequeña inclinación de cabeza—. No estoy seguro de que sea bebible, pero al menos la calentará.

Ella tomó un sorbo y se estremeció.

—Le estoy agradecida.

Debía de ser realmente horrible. Un solo trago confirmó lo que él ya sospechaba: los granos eran demasiado viejos para aportar verdadero sabor al café. Y el poco sabor que conservaban quedaba arruinado por haber sido aplastados en lugar de molidos. Sabía poco mejor que barro caliente.

—Bueno, lo intenté, pero no puedo competir con lo que usted me sirvió cuando fui a visitarla —dijo.

Ella le lanzó una mirada de sorpresa al oír la referencia a aquella visita y, por el leve esbozo de sonrisa que apareció en sus labios, él creyó percibir algo más: satisfacción. Era simplemente la verdad; sus pasteles habían sido muy superiores.

Aunque, siendo sinceros, ni siquiera *sus* pasteles habrían podido salvar aquel brebaje embarrado que estaban bebiendo.

—No hay nada para comer ni en los armarios ni en los cajones —dijo finalmente—. Buscaré afuera algún almacén de raíces o verduras como usted sugirió, aunque espero que no tengamos que permanecer aquí mucho tiempo.

La señorita recorrió la pequeña habitación con la mirada.

—Eso espero. ¿Se ha puesto a pensar en las probabilidades de que termináramos atrapados aquí juntos? —de pronto pareció consciente de lo que acababa de decir y añadió apresuradamente—. Quiero decir… apenas nos conocemos y ambos vivimos bastante lejos de este lugar…

Su voz se fue apagando. Pero él comprendió perfectamente lo que quería decir, aunque no respondió. Si ella hubiera sido la esposa que estaba buscando, habría interpretado aquello como una intervención divina. Pero en este caso no podía hacerlo. El destino tenía un sentido del humor particularmente cruel. De pronto ella contuvo el aliento.

—¿Ha dejado de llover?

Alex no había reparado en el silencio hasta que ella lo mencionó, pero fue a abrir la puerta.

—En efecto. Ha parado.

Permaneció allí un instante, sin prestar atención al frío, contemplando los árboles que rodeaban el claro mientras las gotas seguían cayendo de las hojas. Había algo melancólico en aquella escena. Si hubiera estado solo, tal vez habría vuelto a montar a caballo para buscar otra ruta de regreso a casa y habría regresado más tarde por su tilbury. Pero no podía incluir a Miss Grey en semejante empresa. Y tampoco podía dejarla sola allí. Estaba completamente atrapado.

—No tardaré —dijo.

Salió y cerró la puerta tras de sí sin esperar respuesta. Una sensación de ansiedad, tan inexplicable como intensa, lo oprimía como un tornillo de banco, dejándolo cautivo de una emoción que no deseaba sentir. La pequeña cabaña, el fuego crepitante y la hermosa mujer que permanecía dentro pesaban sobre su corazón como una imagen lejana de la felicidad doméstica que había imaginado cuando era niño. Pero era una imagen deformada que no le proporcionaba ningún consuelo, porque ni la casa ni la mujer le pertenecían.

Para fortalecer su determinación, obligó a sus pensamientos a viajar a la próxima temporada en Londres, donde tal vez encontraría una esposa capaz de encajar en esa fantasía. Sin embargo, el intento resultó inútil. En el estado de ánimo sombrío en que se encontraba, le parecía una certeza que una felicidad semejante jamás estaría a su alcance.

CAPÍTULO DIEZ

Christine mantuvo la vista fija en la puerta mucho después de que sir Alexander hubiera salido por ella. Se inclinó para tocar el vestido que reposaba sobre la silla junto a ella y se preguntó cuánto tiempo faltaría para poder volver a ponérselo. El corpiño y las mangas estaban casi secos, pero desde la cintura imperio hacia abajo la falda seguía empapada. Si se lo ponía de nuevo, volvería a quedarse helada, y eso echaría por tierra todo el progreso conseguido.

Por fin comenzaba a entrar en calor. Los escalofríos aparecían solo de vez en cuando mientras permanecía envuelta en mantas frente al fuego encendido. Se tomó un momento para dar gracias en silencio por haberse librado de un destino desastroso y por encontrarse, sorprendentemente, en buenas manos a pesar de cómo había comenzado aquella aventura.

Tan solo recordar aquellos momentos en el carruaje, cuando el camino empezó a inundarse, le devolvía la magnitud de lo sucedido. Había sido poco menos que un milagro lograr arrastrarse por aquella empinada y resbaladiza orilla llevando un vestido empapado y una capa pesada por el agua, aferrándose únicamente a unas raíces para impulsarse. Y después estaba el hecho de que no solo hubiera encontrado refugio, sino una casa ocupada por un caballero al que conocía -aunque no pudiera decir que fuera precisamente uno de sus favoritos- y en la que además ya ardía un fuego. Todo aquello parecía obra de la Providencia.

Lo único que perturbaba su tranquilidad era el hecho de estar sola con él y las posibles consecuencias que aquello podía acarrear. Una circunstancia tan desafortunada podía arruinar su reputación con la misma facilidad que si ella misma hubiera intentado hacerlo deliberadamente.

Luego apareció un pensamiento aún más inquietante: si las circunstancias la obligaran, en realidad no le desagradaría casarse con él. Pero sir Alexander claramente no deseaba casarse con ella. No debía colocarlo en una situación donde se sintiera obligado a proponer matrimonio.

Desafiando aquella noble resolución, Christine se permitió imaginar por un instante cómo sería un matrimonio nacido de la necesidad, antes de obligarse a detenerse. Seguramente la buena gente de Lincolnshire sería capaz de comprender la situación, ¿verdad? Después de todo, no era culpa suya haber tenido que buscar refugio debido a una inundación, ni que él hubiera terminado compartiendo el mismo destino.

Aun así, aunque intentaba convencerse de que su reputación estaba a salvo, deseaba con todas sus fuerzas estar completamente vestida y no sentada allí en ropa interior, cubierta únicamente por una manta.

Tomó otro sorbo del brebaje aguado y torció el gesto. Era espantoso. Pero el hecho de que tuviera algún sabor, por desagradable que fuera, ayudaba a mitigar un poco el hambre. Y, conforme recuperaba el calor, comenzó a invadirla una agradable sensación de somnolencia.

La puerta se abrió y sir Alexander regresó con varios tubérculos y verduras acomodados entre los brazos: unas patatas, algunas zanahorias y varias remolachas.

—Un hallazgo inesperado —dijo con una sonrisa mientras los dejaba sobre la mesa.

Por breve que fuera, aquella sonrisa produjo algo en ella. Resultaba reconfortante saber que era capaz de conservar el buen humor incluso en circunstancias tan extremas. Sacudió la tierra de su abrigo antes de quitárselo y volvió a subirse las mangas. De alguna manera se veía más atractivo y más auténtico así que cuando estaba impecablemente vestido. Parecía un hombre que pertenecía a Lincolnshire.

Por todos los cielos, Christine… ¡basta! ¿Qué te sucede?

—Desde luego —le devolvió la sonrisa mientras apartaba aquellos pensamientos poco útiles. El frío le había afectado la cabeza

—. Si hay algún cuchillo por aquí, puedo ayudarle a prepararlas.

Él la observó durante unos momentos, envuelta en la manta, como si estuviera valorando la propuesta. Finalmente negó con la cabeza.

—No. Yo las pelaré. Usted necesita mantenerse caliente.

—De verdad, sir Alexander, ahora estoy mucho mejor. No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada mientras usted se ocupa de todo —protestó.

Él sostuvo su mirada hasta que ella se sintió casi atravesada por ella y luego arqueó una ceja.

—Tampoco puede sacar los brazos de esa manta y seguir conservando el decoro.

—Oh.

El calor inundó las mejillas de Christine. Aquello había estado muy lejos de sus pensamientos. Solía olvidarse de su apariencia cuando había algo que hacer. Pero, tal como él había señalado, no estaba vestida adecuadamente y quedaría completamente expuesta si intentaba sacar los brazos de la manta para trabajar con las manos. Ojalá pudiera volver a ponerse el vestido. Manteniendo una mano aferrada a la parte superior de la manta, sacó un brazo y tocó la prenda, pero seguía tan húmeda y fría como cinco minutos antes.

Sir Alexander le dio la espalda y comenzó a pelar las remolachas con un pequeño cuchillo. La eficacia de sus movimientos la sorprendió. Era como si supiera cocinar, pero ¿cómo podía ser posible? Sin duda había crecido rodeado de sirvientes. Para un hombre como él no podía haber sido de otra manera. Y, sin embargo, allí estaba, preparándoles la cena con lo que había encontrado. El fuego proyectaba una cálida luminosidad sobre la zona de la cocina, donde trabajaba junto a la mesa con las estanterías de madera detrás de él, componiendo una encantadora escena doméstica.

—He estado preguntándome algo —dijo él, sin volverse—. ¿Dónde aprendió a silbar de esa manera?

—¿De qué manera? —preguntó ella tras una pausa desconcertada.

—La primera vez que la conocí —explicó él. Se volvió para lanzarle una mirada antes de regresar a su tarea—. Cuando llamó a sus perros, soltó un silbido fuerte y ellos acudieron enseguida.

—Oh —una risa escapó de Christine—. Cuando era niña, escuché a Gus y a Philip practicar después de que el mozo de cuadras de Philip les enseñara. Yo practicaba en secreto hasta que también aprendí a hacerlo.

—Hum.

Fue la única respuesta que recibió, pero sonó como si estuviera sonriendo. Christine giró la cabeza para observar nuevamente la habitación. Había una cama en un rincón y una piel de ciervo que servía de alfombra junto a ella. Sobre la repisa de la chimenea descansaba un candelero de peltre para una vela de sebo, y junto a la puerta había varias perchas para colgar capas. La cabaña tenía un aire marcadamente rústico, pero no parecía descuidada. Quizá su propietario se enteraría de la inundación y pensaría en acudir para comprobar si alguien había buscado refugio allí durante la tormenta.

Entonces la asaltó la duda. Hasta aquel momento se había sentido confiada en el buen juicio de la gente de Lincolnshire respecto a su situación. ¿Y si la persona que los encontraba no era alguien comprensivo, capaz de entender cómo habían llegado a verse en semejantes circunstancias, sino alguien dispuesto a asumir lo peor? Ese nuevo y más inquietante escenario comenzó a atormentarla, y los sentimientos optimistas de antes desaparecieron. No quería verse obligada a casarse con un desconocido por culpa de una desgracia, por muy apuesto que fuera ese desconocido.

Miró la manta que la envolvía y tuvo que admitir que, si alguien los encontraba juntos, solo podría llegar a una de dos conclusiones acerca de sir Alexander y de ella: o ya estaban casados, o ella no era una mujer respetable. Ambas posibilidades le revolvían el estómago.

—¿Cómo aprendió a cocinar?

La pregunta escapó de sus labios sin reflexión previa. Él se detuvo en medio de sus preparativos y se desplazó al otro lado de la mesa para poder verla. Un mechón de cabello cayó sobre su frente y enseguida volvió a concentrarse en su tarea.

—Un amigo de Oxford insistía siempre en que debíamos celebrar el final de cada jornada de caza preparando nosotros mismos un estofado. Es una de sus excentricidades. Normalmente tenemos carne de caza para añadirle, pero en esta ocasión las verduras tendrán que bastar.

Sir Alexander terminó de pelar y cortar todas las verduras en cubos y, con movimientos expertos, las recogió y las dejó caer en una olla más grande que había traído del exterior. Luego colocó la olla sobre la rejilla de hierro suspendida encima del fuego, raspó las cáscaras de la mesa y las echó en un cuenco. Después salió al exterior, cerrando la puerta tras de sí. Parecía ser un hombre de pocas palabras. A ella no le importaba. Estaba acostumbrada a hacerse compañía a sí misma.

Era una tontería, pero Christine volvió a extender la mano para tocar su vestido. No parecía estar secándose ni un poco. Suspiró ante su impotencia mientras se envolvía nuevamente en la manta. ¿Qué pensaría Gus cuando descubriera que había desaparecido? No tenía dudas de que había llegado a Fiskerton sin problemas. Era un jinete experimentado y cabalgaba, de modo que no dependía de los caminos. ¿Se preocuparía por ella? Probablemente un poco. No era un hombre sentimental, pero al fin y al cabo ella era toda la familia que le quedaba, aparte de su tío.

La puerta volvió a abrirse y sir Alexander entró. Se agachó junto al fuego para remover las verduras en el agua que ya comenzaba a hervir. Luego se puso de pie y se volvió hacia ella con una mirada evaluadora.

—Si estuviera solo, saldría a caballo para comprobar si los caminos son transitables en alguna dirección. Sin embargo, no me agradaría dejarla aquí.

La mirada que le dirigía era interrogante y, le pareció a Christine, estaba teñida de la esperanza de que ella lo animara a intentar lo que tenía en mente. Pero no podía hacerlo. Era valiente para muchas cosas, pero aceptar quedarse sola en una casa cuyo dueño desconocía y contemplar la posibilidad de pasar allí una noche entera si él no regresaba era algo que hacía desaparecer todo su valor. ¿Y si aparecía alguien que no fuera tan caballeroso como él?

—Le ruego que no lo haga —respondió, alzando la vista hacia la suya—. Apenas nos conocemos, pero al menos sé que usted es un caballero y que me ofrecerá protección. No me gustaría que un extraño me encontrara aquí en su ausencia.

—Pienso exactamente lo mismo. Solo quería darle la opción por si eso significaba ser rescatados más pronto.

Se apartó de ella. Su voz había sonado casi brusca, y eso la hirió más de lo que deseaba admitir. Su petición de que permaneciera allí debía de haberlo irritado. Por supuesto, le desagradaba verse obligado a quedarse con ella, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No estaría tranquila si la dejaba sola. Pareció abandonar la idea, porque se acercó al armario y sacó dos cuencos.

—¡Ah… sal! —exclamó con el primer tono de auténtico entusiasmo que ella le había oído, mientras estiraba la mano detrás de los cuencos para recuperar un pequeño recipiente de porcelana con tapa. A pesar de su incomodidad y de la inquietud que sentía, la alegría de sir Alexander por haber encontrado sal y el hecho de que aquello mejoraría la cena lograron animarla.

Junto a las estanterías había un fregadero de piedra y, después de comprobar con un cuchillo si las patatas y las demás verduras estaban cocidas, cogió un paño y llevó la olla hasta allí. Con cuidado vertió el agua caliente, levantando una nube de vapor, y luego sirvió dos cuencos repletos de verduras, espolvoreando sal sobre cada uno. Después le entregó uno de ellos junto con una cuchara. Christine abrazó aquel plato de coloridas hortalizas de raíz, rodeando el cuenco con las manos y dejando que el calor atravesara la manta.

—Gracias. No esperaba recibir semejante banquete.

—Ni yo.

Él esperó hasta que ella encontró la cuchara entre los pliegues de la manta y probó el primer bocado.

Era una de las cosas más deliciosas que había comido jamás, sazonada con gratitud y con sal. Christine saboreó cada bocado tanto por la sensación de saciedad como por el inesperado regalo de que un caballero cocinara para ella. No había comido nada desde aquella mañana.

—Está bueno —admitió.

Él asintió y continuó comiendo, permitiéndole observarlo discretamente. Las mangas seguían remangadas desde que había preparado el estofado y se había aflojado la corbata. Sus cabellos castaños estaban desordenados y, con la relajación que había adoptado al caer la tarde, parecía mucho más accesible que desde el momento en que se habían conocido. Parecía estar cómodo, a pesar de lo forzada que seguía siendo la mayor parte de su conversación.

Christine recordó cómo la había provocado juguetonamente durante la partida de cartas y unió aquella imagen con la presencia reconfortante que le ofrecía ahora. Puede que al principio la hubiera irritado, pero aquello no había durado mucho. Jamás había sentido tanta familiaridad con un caballero al que apenas conocía, y aquello la sorprendía. Junto con esa sensación llegaba otra, completamente irracional: la impresión de haberlo conocido toda la vida. Él levantó la vista cuando percibió que lo observaba y ella bajó los ojos de inmediato.

Cuando Christine terminó de comer, él cogió el cuenco sin decir palabra y salió al exterior. Escuchó algunos chapoteos provenientes del cubo que estaba fuera. Cuando regresó, alcanzó a ver a través de la puerta la luz del día extinguiéndose en el horizonte. ¿Qué encontrarían para conversar mientras esperaban ser rescatados? ¿Cuánto tiempo tendrían que permanecer allí aquella noche? Reprimió un bostezo mientras la comida se asentaba en su estómago. Al menos ahora estaba caliente y satisfecha. Pero los acontecimientos del día comenzaban a pasarle factura y los párpados le pesaban. Cuando intentó ocultar otro bostezo, él dirigió la mirada hacia la cama.

—Está cansada. ¿Por qué no descansa mientras esperamos que nos encuentren? Yo permaneceré despierto.

Christine sabía que debería protestar y ofrecerse a mantenerse despierta con él, pero no estaba segura de qué podrían conversar si lo hacía. Quizá resultaría más esfuerzo para ambos de lo que valía la pena. Además, realmente estaba cansada. Tal vez… tal vez solo tomaría una breve siesta y después permanecería despierta con él mientras aguardaban a sus rescatadores. Esperaba que su hermano

pensara en los Long Woods tan pronto como encontrara la manera de buscarla.

—Muy bien, descansaré un poco.

Se puso de pie por primera vez desde su llegada y los músculos se le contrajeron de tal manera que las rodillas cedieron bajo su peso.

En un instante, él estuvo a su lado. Le sujetó el brazo y luego pasó el suyo alrededor de su cintura. Sosteniéndola firmemente por el codo, la condujo hasta la cama situada al costado de la habitación, bajo el techo inclinado. Era un sencillo colchón de algodón y ella dudaba de lo limpio o fresco que pudiera estar. Sin embargo, cuando se dejó caer sobre él, utilizando la manta para evitar que su cabello tocara directamente el colchón, se sorprendió gratamente al descubrir que estaba limpio y resultaba cómodo.

Sir Alexander se detuvo de repente, atraído por la visión de algo que sobresalía entre la cama y la pared. Se inclinó para coger otra piel de animal que había sido convertida en manta y la cubrió con ella.

—Ahora que lo pienso —dijo mientras acomodaba la piel alrededor de ella—, es mucho más probable que esta sea la casa de un trampero.

—Tiene sentido —murmuró ella con voz adormilada.

Parpadeó al ver la silueta de sir Alexander mientras él se acercaba al hogar y bloqueaba la vista del fuego al avivarlo. Volvió a bostezar y, poco después, se quedó dormida.

***

Christine despertó cuando la luz del sol comenzó a filtrarse a través de las ramas que se mecían fuera de la ventana frente a ella, haciendo que sombras y destellos luminosos se alternaran sobre sus ojos. Se incorporó apoyándose en un codo para observar la habitación, que aún permanecía en penumbra.

Sir Alexander estaba sentado en una silla, con la cabeza apoyada sobre la mesa, profundamente dormido. Detrás de él, el fuego seguía encendido, lo que significaba que debía de haberse quedado despierto hasta muy entrada la noche o que había interrumpido su descanso para atenderlo. En cuanto a ella, no se

había despertado ni una sola vez. Le dolía todo el cuerpo, pero se sentía descansada.

Con movimientos sigilosos, dejó caer las piernas al borde de la cama y se puso de pie, ajustándose mejor la manta alrededor del cuerpo. Los músculos le dolían terriblemente. Se acercó de puntillas al lugar donde él dormía, cogió su vestido, que ya estaba completamente seco, y lo llevó de vuelta al extremo de la habitación junto a la cama. No había ningún lugar donde pudiera vestirse con privacidad, pero podía aprovechar que él seguía dormido para ponerse el vestido debajo de la manta. Estar adecuadamente vestida facilitaría no solo ayudar en cualquier tarea que fuera necesaria, sino también le permitiría sentirse menos como una víctima y más como la mujer capaz que sabía que era.

La manta resbaló de sus hombros cuando introdujo los pies en la falda del vestido, pero tenía la espalda vuelta hacia sir Alexander. Procuró no hacer ningún ruido mientras subía la prenda y metía los brazos por las mangas. Fue entonces cuando la manta cayó al suelo. Christine soltó una exclamación ahogada y giró de inmediato, sujetando el corpiño del vestido contra el pecho; la parte posterior permanecía completamente abierta. Toda esperanza de que sir Alexander siguiera dormido desapareció al verlo ya de pie. Se pasó las manos por las mejillas sonrojadas y evitó mirarla mientras señalaba el vestido.

—Perdóneme. No pretendía observarla, pero pensé que quizá le resultaría difícil alcanzar los botones de la espalda. Puedo ayudarla si lo desea.

Christine era una persona práctica, y era cierto que los botones de la parte central le resultarían difíciles de alcanzar sola, especialmente con los brazos tan rígidos y doloridos. Fue el rubor incómodo de él lo que terminó de decidirla.

—Permítame abrochar los que pueda alcanzar y luego sí, tenga la amabilidad de cerrar los pocos que no pueda alcanzar.

Sir Alexander se volvió de espaldas a ella, y por eso se sintió agradecida. Esperó mientras ella cerraba los botones inferiores y los superiores, dejando abierta la parte central.

—Ya estoy lista.

Sintió cómo sus propias mejillas se calentaban cuando él se volvió hacia ella, así que inclinó la cabeza para evitar mirarlo. Era incómodo… e íntimo. Pero, de algún modo, no era… desagradable.

Para no dejar al descubierto la ropa interior por la espalda, esperó hasta que él se acercó antes de girarse. Mantuvo los hombros rígidos y sujetó el vestido contra el cuerpo por ambos lados mientras él completaba la tarea con rapidez. Antes de apartarse, levantó la mano y cerró un botón que habían pasado por alto en la parte superior del vestido. Aquello pareció resultarle más difícil, pues no logró hacerlo sin cierta torpeza. El roce de sus dedos era cálido sobre su piel.

Por fin terminaron, y él se alejó para regresar al otro lado de la mesa. Su vestido estaba nuevamente cerrado como correspondía; su fortaleza había sido restaurada.

—Gracias.

Evitando su mirada, se dirigió a la silla junto al fuego donde estaba su capa y se sentó para ponerse las botas, abrocharlas y ajustarlas. El cuero estaba rígido e incómodo, pero al menos estaba seco.

Luego, incapaz tanto de permanecer quieta como de mirar a sir Alexander, fue hacia los armarios y comenzó a revisar todos los lugares donde él había buscado la noche anterior. Tal como había supuesto, no había nada que pudiera convertirse mágicamente en un desayuno.

Cuando sintió que podía enfrentarlo sin revelar su turbación, Christine se volvió hacia él. Una ligera sombra de barba oscurecía su mandíbula, pero lejos de disminuir su atractivo, parecía aumentarlo. De hecho, le despertó el deseo de coger también su capa y ponérsela encima, como una capa adicional de protección. Él la había estado observando, pero apartó la vista en ese momento y se frotó la barbilla.

—Voy a ocuparme de Millie —ante su expresión de desconcierto, añadió—. Mi yegua. Quizá podríamos intentar regresar caminando hasta donde dejé mi tilbury, ahora que la lluvia ha cesado. Con la luz del día podría ser posible encontrar una ruta para rodear las inundaciones.

—Si logramos encontrar un sendero que se dirija hacia el norte, deberíamos llegar a un camino cerca de Stainfield. Al menos así será si existe alguna vía que conecte con el sendero junto al bosque —dijo Christine. Cuando sir Alexander la miró sorprendido, ella arrugó ligeramente la nariz y sonrió—. He vivido aquí casi toda mi vida. Por supuesto que sé algo sobre cómo regresar a casa. Será más fácil sin la lluvia y ahora que hay suficiente luz para ver.

Él asintió y le dirigió una mirada que ella no logró interpretar del todo.

—Muy bien. Intentémoslo.

Abrió la puerta, inundando la pequeña habitación con rayos de sol, y luego volvió a cerrarla, devolviendo la estancia a su tenue penumbra.

CAPÍTULO ONCE

Alex no pudo salir de la cabaña con suficiente rapidez y utilizó la necesidad de revisar a Millie como una excusa. Él y la señorita Grey no habían mantenido una conversación especialmente extensa durante el tiempo que permanecieron atrapados juntos en aquel refugio rudimentario. Debería haber sido incómodo verse arrojados a una situación semejante, pero de alguna manera no lo había sido. Encontraba tranquilizadora su silenciosa presencia.

Sin embargo, haber vislumbrado por segunda vez aquella delicada camisola y la piel de porcelana que asomaba por encima de la tela le había provocado un incómodo calor en el cuello. Había ofrecido su ayuda sin pensar, deseando verla vestida de forma adecuada lo antes posible. Eso la libraría a ella de la vergüenza y a él de algo muy parecido a una tortura. Aquello había sido un error. Como también lo había sido la idea de abrochar el botón superior, un servicio que en realidad no era necesario.

En el instante en que se acercó a ella bajo la suave luz de la mañana, ahora que ya no temblaba de frío y con algunos mechones escapando de su peinado para caer sobre la espalda, comenzó a cuestionar seriamente su propia cordura.

El aire frío del exterior lo ayudó a serenarse y cruzó el terreno embarrado hasta el cobertizo, donde Millie lo recibió con evidente afecto. Observó que el abrevadero estaba vacío, así que salió del refugio y se dirigió hacia el lugar donde había dejado el cubo y las ollas para recoger agua de lluvia.

Fue entonces cuando descubrió una bomba de agua en el interior del claro, casi oculta entre los árboles. No había tenido necesidad alguna de recoger agua de lluvia. Llevó el cubo hasta su yegua y luego bebió él mismo de una de las ollas que había dejado afuera. Cuando estaba a punto de regresar a la cabaña, se detuvo y

cogió la última olla para llevarla dentro. La señorita Grey también debía de tener sed.

—Esto es para usted —dijo al abrir la puerta y entrar.

Ella se volvió desde la ventana y le sonrió. La visión lo dejó inmóvil. La imagen de su figura pequeña y elegante frente a la ventana, con el verde paisaje campestre extendiéndose detrás de ella, poseía una armonía difícil de explicar. Había algo profundamente correcto en aquella escena, como si se hubieran conocido en otra vida. Entonces ella avanzó hacia él y el hechizo se rompió.

—Gracias.

Cogió la olla con ambas manos y bebió hasta saciar su sed. El sonido de un jinete acercándose a caballo hizo que ambos se quedaran inmóviles y se miraran con cautela. No hicieron falta palabras para comprender el posible peligro que representaba aquel recién llegado, y esperaron en silencio para conocer cuál sería su destino. Afuera, el jinete dijo unas pocas palabras a su caballo. Un minuto después, la puerta se abrió y un hombre vestido con una sencilla capa y unas botas remendadas se detuvo en seco al verlos.

—Bueno, bueno… ¿y esto qué significa?

La reservada señorita Grey sorprendió a Alex al hablar primero.

—Buenos días. Tanto él como yo quedamos aislados cuando el río se desbordó y buscamos refugio aquí. Le agradecemos su hospitalidad, aunque no pudimos solicitarla antes de hacer uso de ella.

El hombre recorrió con la mirada el interior de su pequeña vivienda y luego volvió a fijarse en ellos.

—¿*Tanto él como usted*, dice? ¿No os conocíais antes de llegar aquí?

La señorita Grey soltó una risa nerviosa.

—Le aseguro que nos conocemos muy bien, pero nos separamos en el camino.

Alex podía ver que el hombre no estaba convencido y temió que no le quedara más remedio que explicar que estaban casados. Una vez que abandonaran aquel lugar, era poco probable que la noticia de que habían pasado la noche juntos llegara hasta alguien

en Horncastle. Y tampoco tenían por qué revelar sus verdaderos nombres.

—¿Cuáles son vuestros nombres? —preguntó el hombre, como si hubiera leído sus pensamientos.

Antes de que Alex pudiera captar la mirada de Christine, ella respondió:

—Soy la señorita Christine Grey. Y él… él es mi hermano, el señor Augustus Grey.

La solución de fingir que eran hermanos no se le había ocurrido a Alex, pero debía admitir que era más ingeniosa que hacerse pasar por marido y mujer. Al menos permitía conservar cierta distancia, aunque fuera completamente ficticia.

—Ah. Hermano y hermana —el hombre asintió para sí mismo—. Claro —los observó con más detenimiento—. No os parecéis mucho.

—Me parezco a mi madre —respondió Alex, lo cual no era más que la verdad. Pero no le agradaba que continuaran interrogándolos. ¿Había algo en ellos que los hiciera *parecer* culpables?

Necesitaban marcharse antes de que ambos terminaran enredándose con sus propias palabras. Sería una auténtica insensatez darle a aquel hombre motivos para difundir rumores sobre ellos cuando, en realidad, debería ser sencillo salir airosos de algo que había ocurrido únicamente por azar. Si lograban llegar a la mansión Farlow sin que nadie sospechara nada, se ahorrarían cualquier inconveniente.

A Alex se le ocurrió que una muestra de gratitud en forma de dinero quizá no estaría de más.

—Permítame ofrecerle algo de dinero en agradecimiento por su hospitalidad. Comimos algunas de sus verduras y utilizamos sus granos de café.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó unas monedas. El rostro curtido del hombre se iluminó al verlas. Cogió las monedas y se las guardó en el bolsillo.

—Entonces no hay de qué. Mi nombre es Timothy Duncan, aunque todos me llaman Duncan. Me gano el pan como trampero — volvió a colocar las sillas junto a la mesa y les hizo un gesto hacia

ella—. He traído algo de caza para asar. Quedaos y comed conmigo, si os apetece.

—Es usted muy amable —dijo la señorita Grey, adelantándose para recoger su capa del respaldo de la silla—. Pero me temo que no será posible. Hay personas que deben de estar preocupadas por nosotros. Dígame, ¿los caminos hacia Wragby son transitables desde aquí pasando por Stainfield?

El hombre dejó caer sobre la mesa el saco con las piezas de caza, dejando al descubierto las patas de un faisán.

—Creo que sí, aunque no he ido tan lejos. Podríais probar el sendero que bordea Long Wood hacia el norte —luego se volvió hacia Alex—. ¿Es suyo ese tilbury que vi cerca del borde del bosque? —cuando Alex asintió, añadió—. Debí imaginar que tendría visitas. Después de todo, mi casa es la única que hay cerca del camino.

—No pude avanzar más con el carruaje, así que me vi obligado a abandonarlo allí. ¿Cree que ahora los caminos estarán transitables una vez que alcancemos esa ruta?

Duncan reflexionó unos segundos.

—El sendero junto al bosque os llevará hasta allí, aunque apenas hay espacio para que pase un carruaje. Pero deberíais poder arreglároslas. Eso os llevará hasta Apely y, desde allí, a Wragby.

—Excelente.

Alex cruzó la mirada con la señorita Grey.

—Magnífico. ¿Nos vamos entonces… Christine?

Por dentro se estremeció al utilizar su nombre con tanta familiaridad, pero no había otra opción. Ella terminó de anudar la capa por delante.

—Sí. Vámonos, Gus.

A diferencia de él, el nombre salió de sus labios con absoluta naturalidad. Al menos realmente tenía un hermano llamado Gus, aunque no fuera él.

—¿De dónde sois? —preguntó Duncan mientras se dirigían hacia la puerta.

—De Horncastle —respondió la señorita Grey—. Íbamos de camino al Baile de la Lana de Lincoln, aunque evidentemente eso ya no será posible.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Duncan—. Y no llegareis a Lincoln en bastante tiempo. Los daños de la inundación tardarán semanas en repararse —los siguió hasta el exterior y se acercó a su caballo, que estaba atado a un poste junto a la casa—. Bueno, si alguna vez paso por Horncastle, quizá os visite.

La señorita Grey ni siquiera se inmutó ante lo que para ambos debía de sonar como una amenaza a su tranquilidad futura. Simplemente le sonrió.

—Nos alegrará devolverle la hospitalidad, señor Duncan. Que tenga un buen día.

Esperó a que Alex fuera a buscar a Millie, cosa que él hizo tan rápido como pudo. No debía dejarla sola con Duncan más tiempo del necesario.

Guiando a su yegua, regresó junto a Christine y saludó con la mano al trampero mientras emprendían la marcha por el estrecho sendero entre los árboles. Con un poco de suerte, podrían seguir la ruta que Duncan les había indicado y alcanzar algún camino principal situado en terreno más elevado. Y si la suerte seguía de su lado, no se encontrarían con nadie que reconociera a la señorita Grey mientras viajaba junto a él en el tilbury. Era una lástima no disponer de un carruaje cerrado. Aunque, pensándolo bien, uno de esos probablemente ni siquiera habría podido atravesar aquel sendero.

Avanzaron entre los árboles, con Alex guiando a Millie a su izquierda y la señorita Grey caminando a su derecha. Se cuidó de apartar las ramas bajas para que no rebotaran y la golpearan.

—¿Por qué le dijo a ese hombre su verdadero nombre y dónde vive?

Ella avanzaba con pasos ágiles sobre el terreno irregular, como si estuviera perfectamente acostumbrada al bosque. Y seguramente lo estaba. Después de todo, allí había tenido lugar su primer encuentro.

—No sabría decirlo. No acostumbro decir mentiras, aunque probablemente habría sido lo más prudente dadas las circunstancias. Sin embargo, incluso si algún día visita el pueblo, cosa que considero poco probable debido a la diferencia entre nuestras posiciones sociales, no creo que nadie le preste demasiada atención. Confío en

que la gente de Horncastle contemplará la situación con comprensión. Me conocen.

Sonaba completamente convencida.

—A mí no me conocen —replicó él con gravedad—. Por lo que ellos saben, podría haberme aprovechado de usted mientras se encontraba indefensa.

Ella volvió el rostro hacia él con expresión sorprendida.

—Pero no lo hizo.

La confianza que brillaba en sus ojos castaños oscuros y la franqueza de su mirada derritieron algo dentro de él. Precisamente aquello que deseaba mantener firmemente encerrado hasta encontrar en Londres a la mujer con la que se casaría. Por un instante se preguntó si su futura esposa habría mostrado tanta gratitud por aquel refugio temporal y aquella sencilla comida como lo había hecho la señorita Grey.

Reflexionó sobre sus palabras, que demostraban que ella había reconocido la rectitud con la que la había tratado. Era exactamente la clase de confianza que siempre había deseado recibir de la mujer que eligiera como esposa. Sin embargo, no debía dejarse llevar por la ingenuidad. Su propia posición social, especialmente como miembro del Parlamento, aún no era lo bastante sólida, y no podía permitirse errores al escoger esposa.

Aunque uno de los principales atractivos de la señorita Grey era su diligencia -una cualidad que admiraba tanto o incluso más que su belleza-, no era la característica más importante que necesitaba en una esposa. Lo que necesitaba era una dama capaz de desenvolverse en la alta sociedad.

A pesar de haber llegado a esa firme conclusión, Alex se sorprendió deseando, de manera tan repentina como irracional, darse un baño, afeitarse y ponerse ropa limpia para presentarse ante la señorita Grey como un compañero de viaje más digno. Alguien que pareciera dispuesto a hacerle el bien y no daño. Se reprendió severamente en su interior al darse cuenta de la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Aquellas reflexiones eran inútiles. Devolvería a la señorita Grey a su hogar y, después de eso, probablemente solo se encontrarían de manera ocasional. Terminaría

las reformas de su propiedad durante los meses siguientes y luego viajaría a Londres. Y allí encontraría a la candidata más adecuada para convertirse en su esposa. Sin duda debía existir alguna mujer que le pareciera tan atractiva como la señorita Grey y que, además, poseyera muchas otras cualidades que él pudiera valorar.

Iba absorto en esos pensamientos mientras avanzaban en silencio. En algunos tramos sus pasos se hundían en el barro, aunque las hojas habían impedido que la peor parte de la lluvia empapara el suelo bajo los árboles. Sus ojos buscaban constantemente hacia adelante alguna señal de su tilbury.

—¿Cree que lograremos llevarla a casa sin provocar murmuraciones? —preguntó para romper el silencio—. No quisiera comprometer su reputación.

—Ni yo la suya —respondió ella con otra leve sonrisa —bajo aquella apariencia seria comenzaba a descubrir una reserva de humor. Un atractivo adicional, si es que necesitaba más razones para admirarla—. Confieso que me preocupa convertirme en objeto de críticas —admitió ella—, pero solo por parte de personas como la señora Pickering, el ama de llaves del vicario. Es una chismosa reconocida. Ella, o quizá alguna de las matronas del pueblo que no tienen nada mejor que hacer que hablar de los demás, podrían causarme algún perjuicio. Sin embargo, la mayoría de la gente de Horncastle es buena y no se apresurará a pensar lo peor.

—¿Y su hermano? ¿Cree que hará lo mismo?

Se sorprendió al descubrir cuánto le importaba la respuesta. La mayor presión vendría precisamente de su hermano, pues sería Gus Grey quien tendría más que decir acerca de las responsabilidades de Alex si llegaba a considerar comprometida la reputación de su hermana. En ese caso, Alex se vería obligado a proponerle matrimonio por simple sentido del honor.

—No lo creo —respondió ella tras pensarlo un momento—. Mi hermano no suele hacer un escándalo de las cosas si le pido que no les dé demasiada importancia. Después de todo, no ocurrió nada, y tanto usted como yo somos inocentes. Si depende únicamente de él, todo este asunto terminará aquí. Solo debemos evitar que nos vea alguna de las pocas personas que sin duda causarían problemas.

Sus palabras aligeraron una carga que pesaba sobre Alex justo cuando divisó la parte superior de su carruaje.

—Mi tilbury está allí delante, después de esa pequeña curva. Parece mucho más lejos de lo que recordaba cuando lo dejé bajo el aguacero, aunque entonces iba a caballo.

Llegaron al carruaje en silencio. Alex desató la silla de montar, que había sujetado de manera provisional a Millie, la colocó en la parte trasera del tilbury y luego enganchó a la yegua para poner el vehículo nuevamente en posición.

Después ayudó a la señorita Grey a subir.

—No tengo mi capota —dijo ella una vez acomodada—. Me siento extrañamente expuesta sin ella.

Alex cogió las riendas e hizo avanzar a la yegua.

—¿Lo dejó en la cabaña?

No recordaba haberla visto con capota cuando llegó. No, estaba prácticamente seguro de que no la llevaba.

—Me la había quitado dentro del carruaje y probablemente se lo llevó la corriente junto con todas mis demás pertenencias terrenales.

Su tono seco parecía un intento de fingir que aquello no tenía importancia.

—Lo siento. ¿Había algo que no pudiera reemplazar?

No cualquiera habría reaccionado con tanta serenidad a la pérdida de sus posesiones como lo hacía la señorita Grey. Todavía no sabía si aquello era señal de una naturaleza sencilla y desapegada o de una falta de sensibilidad, aunque, si tenía que elegir, se inclinaba por la primera opción. Después de todo, había demostrado tener opiniones bastante contundentes sobre el retrato de su madre.

—Supongo que lo que más lamento es haber perdido mi vestido para el Baile de la Lana. Era de un precioso color violeta y le cosí cuentas decorativas que quedaron realmente hermosas. Pasé muchas horas trabajando en él, especialmente en el bordado de las cuentas, y me disgusta pensar que todo ese trabajo artesanal yace ahora en el fondo del río —ella le lanzó una mirada que él no pudo ver mientras guiaba el carruaje por el sendero—. Pero estoy segura de que no le interesa seguir oyendo hablar de mi vestido.

—Entiendo perfectamente lo que se siente al dedicar tanto esfuerzo a algo y perderlo después —respondió él, pensando en los primeros prototipos que había construido para su máquina de vapor, antes de conseguir uno que funcionara lo bastante bien y fuera suficientemente resistente para realizar el trabajo que había imaginado.

El matorral que tenía delante y que había considerado un obstáculo infranqueable no era más que una maraña de ramas crecidas que podía despejarse sin demasiada dificultad. Se ocupó de ello rápidamente y continuó avanzando con el carruaje. Tal como Duncan había advertido, el camino resultó complicado. Era extremadamente estrecho, con arbustos a ambos lados y un terreno irregular, aunque por el momento seguía siendo transitable.

Avanzaron todo lo que pudieron con el bosque a la izquierda hasta llegar a lo que parecía ser otro callejón sin salida. Alex observó los alrededores.

—Aquí termina. Me pregunto adónde se supone que conduce el sendero desde este punto.

—Por allí, junto al seto —ella señaló hacia delante—. Todavía puede distinguir la hierba aplastada por el paso de unas ruedas. Es un paso estrecho, pero si seguimos por ahí, creo que llegaremos a Apely y después al camino principal que lleva a Wragby.

Él asintió y dirigió el carruaje hacia donde ella indicaba, siguiendo la huella que discurría junto al seto que separaba dos campos. Ahora que el carruaje se alejaba del bosque, sintió por primera vez desde su confinamiento forzado una sensación de libertad. No veía la hora de llegar a casa. Necesitaba un baño y también tiempo para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido.

Les llevó casi una hora abrirse paso. Alex empleó hasta la última reserva de energía para conducir por aquel camino. En una ocasión tuvo que bajar para guiar a Millie a pie, y en otra empujó el tilbury desde atrás para ayudarlo a superar una acumulación de barro y paja. No intercambiaron muchas palabras mientras lo hacía, pero la señorita Grey cogió las riendas sin que él se lo pidiera cuando saltó al suelo para maniobrar el carruaje.

Tras recorrer con esfuerzo una o dos millas, abandonaron por fin el sendero y alcanzaron un camino de tierra compactada. También estaba embarrado, pero una vez sobre él resultó lo bastante firme como para que pudiera retomar el ritmo habitual con el que conducía el tilbury. Aquello mejoró notablemente su ánimo.

—No estoy seguro de dónde nos encontramos exactamente —admitió—. Pero si continuamos hacia el este, tarde o temprano llegaremos a una zona que nos resulte familiar.

—Por allí está Apely —dijo ella señalando—. Me temo que no tendremos más remedio que pasar por Wragby; de hecho, estoy convencida de ello, porque no confío en los caminos secundarios. Aunque desearía que no tuviéramos que viajar por una ruta tan pública. No tengo un aspecto muy presentable en estas condiciones.

—Recuéstese y cúbrase la cabeza con la capucha de la capa —le aconsejó él—. Estoy seguro de que nadie la reconocerá. Solo hay una cosa que me preocupa. ¿Será capaz de continuar el viaje sin detenerse para comer algo o tomar una taza de té? No ha tomado nada más que agua.

Ella asintió con decisión.

—No deseo otra cosa que llegar a casa. Puedo esperar tanto como usted.

Lo observó con cierta incertidumbre. Alex deseaba una jarra de ale incluso más que un baño. Le llenaría el estómago y le quitaría la sed. Pero primero debía dejar sana y salva a la señorita Grey en su hogar y asegurarse de que nadie relacionara sus nombres. No pensaba correr ningún riesgo haciendo una parada.

—No necesito nada.

Encontraron pocos carruajes mientras atravesaban las afueras de Apely, pero al acercarse a Wragby comenzaron a aparecer más viajeros debido a la convergencia de varios caminos procedentes de distintos pueblos. Sintió cómo la señorita Grey se tensaba a su lado y él observó discretamente a cada persona con la que se cruzaban. Podían ser descubiertos en cualquier momento. Sin embargo, no tenía sentido intentar tranquilizarla respecto a algo que escapaba por completo a su control. Lo único que podía hacer era seguir adelante y confiar en que llegarían a casa sin incidentes.

Pasaban carruajes en ambas direcciones, pero nadie les dirigió la palabra, y la señorita Grey tampoco dio señales de reconocer a nadie. Alex mantuvo la vista fija en el camino y ninguno de los dos habló hasta que dejaron atrás Wragby y tomaron la ruta hacia Langton.

—Puede que tengamos suerte.

Exhaló con alivio, pero ella no compartió su optimismo.

—Me gustaría ser tan optimista como usted, pero todavía tendremos que pasar cerca del pueblo antes de llegar a Farlow, y ahí será donde corramos el mayor riesgo. Si hemos de encontrarnos con alguien conocido, solo espero que sea una persona sensata.

El camino los condujo junto a una modesta posada taberna a la que Alex apenas prestó atención.

Sin embargo, una mujer sentada en un carruaje frente al establecimiento lanzó una exclamación y comenzó a agitar la mano frenéticamente, obligándolo a mirar.

—¡Yujú! ¡Yujú! ¡Señorita Grey! ¿Es realmente usted?

El corazón de Alex pareció detenerse por un instante mientras una espiral de inquietud se apoderaba de él. Sintió cómo la sangre abandonaba su rostro. Se negaba a creer que pudieran tener tan mala suerte después de haber superado Wragby sin problemas. A su lado, la señorita Grey dijo en voz baja:

—Sir Alexander, será mejor que se detenga. Ya me ha visto.

Él obedeció y condujo el tilbury hasta donde una mujer sonriente, vivaz y de ojos brillantes parecía deleitarse observándolos a ambos. La mujer dirigió inmediatamente su mirada ansiosa hacia Christine.

—¡*Sí* es usted! El señor Grey ha estado fuera de sí de preocupación, y toda Horncastle ha enviado gente a buscarla por los alrededores. Voy a entrar para avisar a los hombres de que suspendan la búsqueda, ya que la han encontrado. Ha tenido suerte. Los que van a caballo llegarán al pueblo con la buena noticia incluso antes que vosotros.

—Sí. Le agradecería mucho que lo hiciera —la sonrisa de Christine carecía de calidez—. Como puede ver, he sido rescatada.

La mujer trasladó entonces su mirada inquisitiva hacia Alex antes de volver a fijarla en Christine.

—Supongo que su acompañante debe de ser sir Alexander. Pero ¿cómo fue que este… caballero la encontró? ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

Alex quiso intervenir para frenar la avalancha de preguntas, pero no lograba interpretar correctamente la relación que existía entre aquella mujer y la señorita Grey, y temía empeorar las cosas. Christine vaciló apenas un instante antes de responder.

—Había una cabaña de un trampero en el bosque que me sirvió de refugio cuando la inundación arrastró mi carruaje. No fue hasta esta mañana cuando resultó seguro salir de allí.

—¿Y usted, señor?

Ahora Alex ya no podía evitar responder.

—Ayudé a la señorita Grey a regresar a su hogar.

—Oh.

Los ojos de la mujer se iluminaron con una satisfacción que él habría preferido no interpretar demasiado… si no estuviera casi seguro de comprender perfectamente qué estaba pensando.

Como ninguno de los dos añadió nada más, la mujer lanzó una mirada hacia la posada.

—Bueno, como decía, avisaré a *todos* de que ya la han encontrado.

—Gracias —dijo Christine, ofreciendo otra sonrisa rígida. Tenía las manos fuertemente entrelazadas sobre el regazo—. Debemos continuar. Como usted misma ha dicho, mi hermano está preocupado por mí.

—Buen día, sir Alexander. Buen día, señorita Grey.

La mujer los despidió con un alegre gesto de la mano. Alex reanudó la marcha y permaneció en silencio durante un buen trecho. Esperó a que Christine comentara algo sobre el encuentro que acababan de tener. Pero ella guardó silencio. Demasiado silencio. Finalmente no pudo soportarlo más.

—¿Y esa mujer era…?

—Y esa mujer era la señora Pickering —respondió ella.

Sin apartar la vista del camino que se extendía frente a ellos, ella dejó escapar un largo suspiro.

CAPÍTULO DOCE

Sir Alexander hizo avanzar nuevamente el tilbury por el camino desde Langton, y Christine no lograba librarse de la inquietud que se había apoderado de ella desde el instante en que descubrió que quien la llamaba era nada menos que la temida señora Pickering. ¡Qué suerte la suya! De todas las personas que vivían entre aquel lugar y Horncastle, tenía que ser precisamente ella. Los Mercer o los Reid habrían creído de inmediato en su inocencia una vez que ella les explicara que sir Alexander se había comportado como un perfecto caballero. Y sus propias amistades jamás permitirían que se pusiera en duda su reputación, aunque se hubiera visto obligada a pasar una noche entera bajo el mismo techo que él. Gus habría aceptado que todo había sido una desgracia del destino y nada más, siempre y cuando la noticia no se difundiera entre el público. No era que toda esperanza estuviera perdida, pero contener la corriente de rumores ya no sería tan sencillo.

—Hemos tenido una suerte verdaderamente desastrosa —dijo sir Alexander con voz resignada.

Christine lo miró y casi olvidó que él estaba tan implicado en el asunto como ella. *¡Lo que él debe estar sintiendo!*

—Así es. Pero aun así me gustaría intentar resistir el golpe. Todo el mundo sabe que la señora Pickering es una chismosa. Las personas cercanas a mí no creerán una sola palabra de lo que diga.

—Pero los círculos más amplios pueden hacer que la situación resulte incómoda —replicó él con gravedad.

—Le ruego que no se preocupe demasiado hasta que veamos qué puede hacerse. Necesito hablar con Gus.

Christine confiaba en que, pese a todos los defectos de su hermano, él no daría crédito a los rumores ni tomaría medidas innecesarias para proteger una reputación que no había sufrido daño

alguno, una vez que comprendiera lo sucedido. *Mientras yo siga ocupándome de su casa*, pensó con cierto cinismo.

En cuanto a ella, suponía que unos cuantos chismes no tendrían demasiada importancia mientras conservara a sus verdaderos amigos a su alrededor. No frecuentaba tanto el pueblo como para que unas cuantas lenguas indiscretas alteraran su tranquilidad. Y tampoco se le escapaba que sir Alexander debía de estar temiendo que le exigieran responder por algo sobre lo que nunca había tenido control alguno. No pensaba imponerle semejante carga.

Continuaron el trayecto, cada uno absorto en sus propios pensamientos, diciendo poco o nada, aunque el resto del viaje les tomó casi dos horas. Cuando entraron en el camino que conducía a Horncastle, Christine divisó a lo lejos la figura de un hombre a caballo. ¡Gus! Él interrumpió su avance, observó el carruaje en la distancia y, al parecer, la reconoció, porque espoleó a su caballo en un galope desenfrenado hasta alcanzarlos.

—¡Christine!

Saltó de la montura y llegó hasta ella en apenas dos zancadas, con los brazos abiertos.

Lo inesperado de aquella bienvenida hizo que las lágrimas acudieran a sus ojos. Bajó apresuradamente del carruaje y se arrojó a sus brazos. Él la estrechó con fuerza y durante un minuto no dijo nada. Luego la soltó con la misma brusquedad y se pasó una mano por los ojos.

—He estado enfermo de preocupación.

Entonces dirigió la mirada hacia sir Alexander, apoyó un pie en el estribo del tilbury y se inclinó para estrecharle la mano.

—¡Sir Alexander! ¿Cómo la encontró?

—Fue en los Long Woods.

Sir Alexander debió de percibir que aquella explicación resultaba insuficiente, porque Gus siguió esperando más detalles. Christine no podía soportar verlo en una situación tan incómoda.

—Puedo contarte todo con más calma cuando lleguemos a casa, Gus. Lo importante es que estoy bien. ¿Por qué no seguimos hasta Farlow? Tengo una enorme necesidad de bañarme y

cambiarme de ropa, y me imagino que sir Alexander también estará deseando regresar a su hogar para hacer lo mismo.

—Por supuesto.

Gus regresó junto a su caballo, que aguardaba pacientemente, y volvió a montar mientras Christine subía al tilbury. Luego hizo girar a su caballo para avanzar a su lado al paso. Aquel gesto conmovió a Christine. Gus no era precisamente una persona que eligiera avanzar despacio cuando tenía la opción de cabalgar a toda velocidad.

—¿Encontraste a Olsen? —le preguntó mientras reanudaban la marcha.

Se le ocurrió que tendrían suerte si conseguían llegar a casa sin encontrarse con nadie que ya hubiera oído las noticias procedentes del grupo de Langton. Ahora mismo, eso era lo único que deseaba.

—Regresó a Farlow cuando vio que el camino estaba inundado. Dijo que toda la carretera estaba bajo el agua y que no se veía ningún carruaje —la voz de Gus sonó tensa—. Apenas conseguí sacarle unas cuantas palabras. Tropezaba con ellas y estaba casi llorando como un niño. Yo mismo tenía ganas de hacer lo mismo.

Christine extendió una mano y le tocó el brazo.

—Debías de saber que tendría suficiente sentido común como para abandonar el carruaje cuando empezó a inundarse. ¿No se te ocurrió buscarme en el bosque?

—Si he de decir la verdad, no pensaba con claridad. No había relacionado ese tramo del camino con el bosque cuando me enteré de lo ocurrido. No tuve ninguna noticia sobre tu paradero hasta muy entrada la noche. Te esperé en Fiskerton, convencido de que solo habías sufrido algún pequeño retraso. Pero no supe nada de la inundación hasta que llegaron nuevos huéspedes a la posada hablando de cómo habían escapado por poco.

—Entonces fuiste a Farlow —dijo Christine, sin saber muy bien qué sentir ante el hecho de que su hermano hubiera regresado a casa en lugar de pasar toda la noche buscándola. Aunque, pensándolo bien, quizá no hubiera podido hacer otra cosa.

—Sí. Tomé los caminos elevados para volver a casa, convencido de que Olsen habría tenido el buen juicio de darse la vuelta y

llevarte allí. Pero se quedó por la zona, esperando que llegaras caminando a Short Ferry.

—No podía llegar hasta allí —respondió ella, tranquilizada por la explicación de Gus.

Sí se preocupaba por ella. Aquello la llevó a pensar en la reacción emocional de Olsen, lo cual también la conmovió. Había ocasiones en que sentía que nadie notaría su ausencia si desaparecía para siempre, salvo porque ya no habría nadie que llevara la casa.

—¿Dónde pasaste la noche? —preguntó de pronto Gus, sacándola de sus pensamientos. *¡Ah!* La pregunta que esperaba que no hiciera, al menos no hasta que estuvieran en casa.

—Encontré una cabaña de un trampero en el bosque y pude refugiarme allí —respondió brevemente—. ¿Viste a Arabella y a Theo esta mañana? Espero que al final no hayan emprendido el viaje. Hicieron bien en esperar. ¿Y avisaste a los Townsend? Se suponía que debían partir esta mañana.

Gus ignoró por completo sus preguntas.

—¿No había nadie en la cabaña cuando llegaste? —desvió la mirada de ella hacia sir Alexander—. ¿Y usted, señor? ¿Cómo consiguió encontrar a mi hermana?

Christine sintió cómo sir Alexander se tensaba a su lado y, aunque no lograba explicárselo a sí misma, sintió un fuerte deseo de protegerlo. Él había sido un perfecto caballero, y solo ella tenía el poder de sacarlos a ambos de aquella situación. Porque si daba la impresión de que había quedado comprometida de alguna manera, por mínima que fuese, la gente lo creería. Entonces él se vería obligado a pedir su mano. En cambio, si hacía exactamente lo contrario, su palabra debía tener algún peso.

—Bueno, aquello fue una extraordinaria casualidad —dijo con una risa nerviosa—. Sir Alexander se había refugiado en la misma cabaña a la que yo llegué por accidente. Y lo más afortunado de todo fue que ya había encendido un fuego, que ardía alegremente cuando llegué. Estaba empapada hasta los huesos, te lo aseguro.

Su hermano observó entonces a sir Alexander desde la posición elevada que le daba estar a caballo, esperando que añadiera algo.

Sir Alexander levantó la vista del camino y miró a Gus.

—Yo también había quedado atrapado por la inundación. Dejé mi tilbury al borde de los Long Woods, cerca del sendero que conduce a Apely, aunque no sabía adónde llevaba hasta que el trampero nos dio indicaciones esta mañana. Cuando llegó su hermana, me aseguré de que pudiera secarse y entrar en calor.

—Y me preparó la cena —añadió Christine, pensando que aquello impresionaría a su hermano. Después de todo, ¿cuándo había cocinado Gus una cena para alguien?

Solo después comprendió que mencionar aquella cena hacía que sonara casi como una cita clandestina.

—Sir Alexander, confío en que comprende cómo se ve todo esto —dijo Gus con voz severa, más seria de lo que Christine le había oído jamás. Era absurdo. Sonaba igual que su padre.

—Lo comprendo perfectamente —respondió sir Alexander, con el rostro y la voz sombríos.

—Esperad, los dos —Christine levantó las manos para interrumpirlos—. Gus, tú y yo hablaremos de esto cuando lleguemos a casa, pero no quiero que sir Alexander se sienta obligado a nada. Muy bien podría haberme salvado la vida, porque no puedes imaginar el frío que tenía. Me ayudó a quitarme… a entrar en calor.

Se interrumpió horrorizada. ¿*Qué* le había pasado? ¿Cuándo había hablado alguna vez sin pensar? Había estado a punto de admitir que él la había desvestido. Era como si hubiera deseado sabotear la libertad de sir Alexander. ¿Qué estaría pensando él?

Le lanzó una rápida mirada y vio que su rostro seguía marcado por aquellas mismas líneas firmes. No pudo leer nada en su expresión aparte de una sombría resignación.

—Christine, no es necesario que digas nada más. Comprendo perfectamente la situación —miró a sir Alexander con dureza—. Créeme, la comprendo.

Ella no pudo quedarse callada. La culpa se sumó al temor que ya sentía y la hizo responder con brusquedad.

—¡Gus, por el amor del cielo, deja de ser ridículo!

Tanto su hermano como sir Alexander recibieron aquella reprimenda en silencio. Tomaron el camino que seguía el curso del

Waring y conducía hasta la casa. Otro carruaje pasó junto a ellos; dentro iban el panadero y su esposa. Ambos miraron fijamente a Christine antes de continuar su marcha y acercar las cabezas para hablar entre sí. ¡Ni siquiera un saludo!

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo Gus entre dientes—. De algún modo la noticia ya se ha difundido y todos están pensando exactamente lo mismo que yo.

—¿Por qué no esperamos a estar en la privacidad de su hogar? —dijo sir Alexander.

La tensión parecía irradiar de él y su voz sonó extrañamente forzada. Todos guardaron silencio entonces y, aunque Christine deseaba seguir protestando, no pudo hacerlo. Le parecía terrible que sir Alexander tuviera que sufrir bajo la impresión -totalmente equivocada- de que ella estaba intentando atraparlo. Después de todo lo que había dicho sin pensar, sin duda debía creerlo. ¡Pues bien! Tendrían que esperar antes de poder hablar de aquello con serenidad, y no había nada que pudiera hacer por el momento.

Sin embargo, había una idea a la que se aferraba para no distraerse. Una vez que liberara a sir Alexander de cualquier obligación, él comprendería que jamás había intentado atraparlo. Entonces, al menos en eso, la consideraría inocente. Fue esa esperanza futura la que la mantuvo en silencio.

Finalmente atravesaron las puertas de Farlow y, en cuanto el carruaje se detuvo, Christine se dispuso a bajar sin ayuda. Incapaz de sostener la mirada de sir Alexander, hizo una reverencia.

—Tengo con usted una deuda de gratitud por haberme rescatado, señor. Estoy segura de que cualquier consecuencia derivada de nuestra desgracia podrá discutirse de una manera sensata.

Se volvió para entrar en la casa, pero oyó a sir Alexander dirigirse a su hermano.

—Regresaré a mi hogar para asearme y presentarme como es debido. Después pasaré a visitarlo esta tarde, si le parece bien.

—Me parece bien —oyó responder a Gus con sequedad.

Sintió la tentación de dar un portazo por la actitud terca y obstinada de su hermano. En lugar de agradecerle al hombre lo que

había hecho, ya estaba planeando… *Oh*, sabía perfectamente lo que esperaba. Creía que sir Alexander iba a pedir su mano. Pero pronto descubriría cuán equivocado estaba cuando ella lo rechazara. Aunque no deseaba otra cosa que sumergirse en un baño caliente y disfrutar de un abundante desayuno en completo silencio, esperó a Gus en el salón, sabiendo que él querría hablar.

Beatrice pasó por la entrada de la estancia y, al ver a Christine, soltó un grito antes de correr hacia ella para abrazarla. Guinea entró trotando en la habitación al oír el alboroto y comenzó a ladrar y a saltar alrededor de sus pies. La criada sollozaba palabras ininteligibles, y Christine le acarició la espalda para tranquilizarla.

No había tenido tiempo de pensar en Beatrice, salvo por preguntarse brevemente si al final le habían extraído la muela y si ya se había librado de aquel sufrimiento. Había sido providencial que el dolor de muelas le impidiera acompañarla a Lincoln, aunque, por otra parte, su presencia habría evitado que Christine quedara a solas con sir Alexander. Pero ¿y si su doncella no hubiera logrado salir del carruaje inundado y trepar hasta un lugar seguro por la ribera? Así que, después de todo, había sido para bien.

—Estoy bien, como puedes ver, Beatrice.

Una vez más se sintió conmovida por aquellas muestras de cariño y bienvenida. Se inclinó para coger a Guinea en brazos, mientras la perrita se retorcía de entusiasmo intentando lamerle el rostro por todas partes.

—¿Podrías preparar un baño caliente para mí? Y haz el favor de decirle a Olsen que estoy sana y salva. Querrá saberlo. También pide a la cocinera y a Mary que preparen algo de comer. Gus seguramente también tendrá hambre.

—Sí, señorita.

La doncella se secó las lágrimas con el delantal y se apresuró hacia la cocina para cumplir los encargos de Christine. Gus entró en la habitación justo cuando Christine dejaba a Guinea en el suelo. Petunia ya se enroscaba entre los pliegues de su falda, y ella la levantó a su vez, hundiendo el rostro en su suave pelaje.

—Tenemos que hablar. Quiero saber exactamente qué ocurrió.

—Y hablaremos. Pero antes voy a darme un baño que necesito con urgencia y a cambiarme de ropa. Beatrice se está encargando de que ambos tengamos algo que comer. Dejemos esta conversación para después de eso —y añadió para sus adentros: *o te volverás insoportable, querido hermano.*

Él gruñó algo que Christine interpretó como un sí. Sabía que no podría evitar aquella conversación, ni tampoco quería hacerlo. Pero también conocía a Gus lo bastante bien como para saber que sería más indulgente con el estómago lleno. Y, en esta ocasión, ella misma tendría mucho más control sobre su temperamento si también había comido.

El baño fue una auténtica bendición, aunque llevó tiempo que Beatrice y Jimmy subieran suficiente agua caliente para llenar la bañera hasta el nivel que a ella le gustaba. Por una vez no intentó ayudarlos ni buscó alguna otra tarea para ocupar el tiempo mientras esperaba. Permaneció sentada con el vestido y los zapatos aún sucios hasta que Jimmy se retiró, y entonces permitió que Beatrice la ayudara a quitarse la ropa.

—Saca mi vestido amarillo de cambrai. Y, por favor, lleva todo ese montón a lavar. Espero poder volver a usarlo, aunque hará falta bastante trabajo para quitar todas las manchas.

—Sí, señorita.

Beatrice se acercó, le tendió la mano para ayudarla y la acompañó hasta la bañera. En cuanto la doncella salió y Christine quedó sola, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, fruto del agotamiento y de la maravillosa sensación de hallarse sumergida en agua limpia y caliente. Cogió el jabón que descansaba en la repisa junto a ella y comenzó a desprenderse de la suciedad, pero también del frío y de los recuerdos de su angustiosa experiencia.

Mientras sumergía la cabeza bajo el agua y luego enjabonaba su cabello, no pudo evitar pensar que todo podría haber sido mucho peor. Tal vez habría pasado de largo junto a la cabaña sin verla y probablemente habría terminado medio congelada en el bosque. Tal vez la habría encontrado vacía, sin nadie que pudiera recibirla y

ayudarla. O quizá quien estuviera allí habría sido otro hombre, uno sin principios.

Christine suponía que, al reflexionar sobre todas las desgracias que podrían haber sucedido, debería sentirse horrorizada. Sin embargo, solo podía pensar en lo que realmente había ocurrido. La Providencia la había tratado con bondad.

El agua ya estaba sucia y comenzaba a enfriarse con rapidez. Se puso de pie, dejando que el agua resbalara por su cuerpo, y cogió la toalla para secarse. Beatrice debía de haber estado rondando cerca, porque llamó a la puerta y entró enseguida, apresurándose a ayudarla con una camisola limpia y con el vestido. Después comenzó a secarle el cabello con una toalla. Separó cuidadosamente los mechones para que se secaran lo mejor posible, pero Christine le pidió que simplemente se lo recogiera húmedo. Apenas se notaría mientras los rizos que enmarcaban su rostro estuvieran secos.

—Su desayuno está listo, señorita. El señor Grey la espera en el comedor.

Beatrice dio un paso atrás y recogió la toalla mojada que había caído al suelo.

—¿Ya te duele menos la muela? —preguntó Christine.

—Oh, no se preocupe por mí, señorita. Estoy como nueva. La que debe de estar muriéndose de hambre es usted.

Beatrice le dedicó una sonrisa, y Christine se dirigió hacia la puerta. Estaba famélica. Gus la esperaba en el comedor y, en cuanto tomó asiento, le sirvió una taza de té. Luego le llenó el plato con arenques ahumados y pan tostado con queso, colocándolo delante de ella. También acercó la cesta de fruta para que la tuviera al alcance.

—Gracias.

Después de aquel abrazo, aquel nuevo gesto le confirmó cuánto se había preocupado por ella. No recordaba que alguna vez le hubiera servido comida con sus propias manos. Dio un sorbo al té endulzado y sus ojos se iluminaron. Después tomó un bocado de tostada. Gus se concentró en su propia comida, tomándose muy en

serio su sugerencia de comer antes de hablar. ¡Bien! Ella lo necesitaba tanto como él.

Su apetito era considerable, y cada bocado resultaba tan delicioso como el anterior. Comía más despacio que él, pero ya había calmado lo peor de su hambre cuando Gus dejó el tenedor sobre el plato. Empujó este hacia adelante y entrelazó las manos sobre la mesa.

—Ahora —dijo, clavando la mirada en ella—. Cuéntamelo todo. La historia completa. No omitas nada, si eres tan amable.

Christine renunció a seguir comiendo y dejó el tenedor sobre la mesa. Comenzó con la rueda rota y la carretera que se inundó con rapidez, describiendo lo deprisa que se vio obligada a abandonar el carruaje. Él se recostó en la silla y cruzó los brazos cuando oyó cómo había trepado por la pendiente que bordeaba el camino, utilizando las raíces como apoyo. Cuando ella hizo una pausa, Gus se cubrió el rostro con las manos.

—Lo siento. Nunca debí dejarte sola —exhaló profundamente y parpadeó varias veces—. Fue una estupidez por mi parte. Jamás me lo habría perdonado si te hubiera pasado algo.

—Gus… —la voz de Christine se suavizó y una oleada de afecto la inundó—. No le des más vueltas. Estoy bien. No podemos evitar todas las desgracias de la vida. Y debes recordar que ya no soy una niña.

—Tampoco eres una solterona anciana —replicó él, recuperando su tono habitual—. Continúa.

Christine se debatía entre el afecto persistente que le inspiraban todas aquellas muestras de preocupación y la frustración habitual que le provocaba el carácter irritable de su hermano. Retomó el relato de su caminata por el bosque y del frío insoportable que había sentido, así como de la inmensa gratitud que experimentó al divisar la cabaña.

—Vi humo saliendo de la chimenea y supe que había alguien dentro. En ese momento ya no importaba quién fuera ni que yo estuviera sola, porque tenía demasiado frío para permanecer más tiempo al aire libre. Hacía bastante rato que había dejado de sentir

los dedos de las manos y de los pies. Llamé a la puerta y sir Alexander abrió.

Cuando Gus esperó a que continuara, Christine le contó cómo él le había preguntado por qué estaba sola, observando al mismo tiempo el destello de una emoción que cruzó fugazmente el rostro de su hermano. Luego le explicó cómo la había ayudado a entrar en calor colaborando para que pudiera quitarse el vestido mojado.

—¡Por supuesto que lo hizo! —espetó Gus.

Christine sintió que la irritación la invadía.

—¿Alguna vez has terminado empapado hasta los huesos en pleno frío otoñal? —él reflexionó un instante y negó con la cabeza, así que ella continuó—. Pues déjame asegurarte que es imposible entrar en calor en esas condiciones. Sir Alexander debía saberlo, porque me envolvió en una manta y solo se ofreció a desabrocharme el vestido cuando yo no podía… —se interrumpió al ver que él abría la boca, indignado, y lo atajó antes de que pudiera decir nada—. Permíteme recordarte que las mujeres no pueden vestirse ni desvestirse con facilidad sin ayuda. Y en cuanto me ayudó, se volvió de espaldas mientras yo me quitaba el vestido debajo de la manta para que él pudiera ponerlo a secar. Me sentó junto al fuego, me quitó las botas empapadas y luego me cubrió con otra manta *y* con su abrigo.

Christine hablaba con vehemencia, y aquella constatación la sorprendió. Estaba tan acostumbrada a expresarse con calma y mesura cuando trataba con personas difíciles, que había olvidado que aún quedaba pasión dentro de ella. Incluso la discusión que había tenido con sir Alexander por sus perros había sido algo completamente fuera de lo común, provocada únicamente por el miedo extremo que sintió en aquel momento. Desde que su madre enfermó, se había impuesto no mostrar nada más allá de su habitual serenidad. Pero la insistencia de Gus en atribuir segundas intenciones a la amable ayuda de sir Alexander había terminado por colmar su paciencia.

El recuerdo de las yemas de los dedos de sir Alexander rozando su piel acudió a su mente como un relámpago, dificultándole la

respiración*. No significó nada para él. Está claro que tiene en mente otro tipo de mujer para casarse*.

Gus escuchó su defensa con mucha más atención de la que solía prestarle, y aquello le dio esperanzas de que, por una vez, realmente la estuviera escuchando. Pero entonces él suspiró, cogió la servilleta que había sobre la mesa, se limpió la boca con ella y la dejó caer.

—Christine, debes comprender que tu reputación ha quedado comprometida. Si yo hubiera estado allí… si hubiera llegado aquella misma mañana, aunque hubieras pasado la noche con él, habríamos podido fingir que yo había estado contigo todo el tiempo.

—Pues no estabas allí, porque me dejaste sola. No descargues las consecuencias de tu error de juicio sobre sir Alexander.

Él soltó el aire con brusquedad, se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación.

—Dijiste que el trampero regresó a su casa. ¿Quién más os vio?

Los labios de Christine se torcieron en una mueca y dirigió la vista hacia la pared opuesta.

—La señora Pickering.

—¿La señora P…? —Gus levantó las manos al cielo—. Con razón el panadero y su esposa te hicieron el vacío. Debían de saberlo incluso antes de que llegaras a casa, aunque no entiendo cómo pudo…

Se quedó pensativo, y Christine le dio la respuesta.

—Algunos de los hombres que participaban en la búsqueda iban a caballo, así que llegaron al pueblo antes que nosotros. Pudieron tomar un camino más directo.

Gus la miró con expresión compasiva.

—Comprendes lo que esto significa, ¿verdad? Si sir Alexander es un caballero, tendrá que pedirte matrimonio. Yo espero que lo haga y tendré mucho que decir si no lo hace —alzó las cejas y le lanzó una mirada cargada de significado—. Y *tú* tendrás que aceptar.

Gus se volvió antes de que pudiera ver el gesto obstinado con que Christine levantó la barbilla, una expresión que decía mucho por sí sola a cualquiera que la conociera bien.

CAPÍTULO TRECE

Alex se sentía parcialmente recuperado después de haber comido y tomado un baño, pero no conseguía librarse del peso que le producía pensar en lo que tendría que hacer a continuación. Tendría que ir a la mansión Farlow y pedir la mano de la señorita Grey. Cuando en el pasado pensaba en el matrimonio -si es que pensaba en ello-, naturalmente había esperado encontrar una mujer que le resultara atractiva. Alguien aventurera y bondadosa, que pudiera ser su compañera de vida. Debía ocupar una posición elevada en la sociedad; siempre había sabido que ese aspecto era esencial. Pero también eran importantes sus demás cualidades. Y, por encima de todo, debía poder elegir.

La señorita Grey poseía muchas virtudes admirables, pero además de carecer de aquella cualidad indispensable para ayudarlo en su carrera política, el hecho de pedirle matrimonio no era una decisión que él hubiera tomado por voluntad propia. Casarse de manera sensata pero sin amor era algo que podía aceptar por el bien del apellido familiar. O incluso casarse por amor, aunque la decisión no fuera la más prudente, era algo que podría contemplar. Pero en este caso, la unión carecía tanto de amor como de sensatez.

¡Qué suerte tan miserable! Si tan solo él no hubiera buscado refugio allí… o si la señorita Grey no hubiera dado con aquella misma cabaña. Pero entonces ella podría haber seguido vagando sola por el bosque helado hasta morir. La imagen acudió de inmediato a su mente: Christine desplomada sobre el suelo del bosque, tendida sobre un lecho de hojas en descomposición, el rostro mortalmente pálido e imposible de devolver a la vida. Aquello despertó en él una oleada de horror. No. No podía desear algo así.

Deambuló por su despacho, una de las habitaciones que no había mostrado ni a la señorita Grey ni a la señora Townsend. Los tapices habían sido retirados y los nuevos aún no se habían

colocado. Se detuvo y contempló el cuarto donde pasaba la mayor parte de su tiempo, unas paredes desnudas que nunca antes le habían molestado.

La casa Gracefield es un montón de ladrillos deprimente de principio a fin.

Era la primera vez desde que había adquirido la propiedad que no sentía ninguna satisfacción al pensar que le pertenecía. No se arrepentía de haberla comprado, desde luego, pero en aquel momento le costaba encontrar algo esperanzador en lo que concentrar sus pensamientos.

Se acercó al escritorio y cogió la carta que había recibido de su hermano, recorriendo rápidamente sus líneas. Si Leonard le había escrito tan pronto después de su visita, era porque deseaba recordarle, de manera sutil, lo necesaria que era una boda estratégica. Volvía a hablarle de la futura presentación en sociedad de sus dos sobrinas y de cómo toda su educación estaba orientada a prepararlas para ese momento. Leonard le aconsejaba no perder tiempo en buscar esposa, especialmente una mujer de buena cuna y elevada posición social, para que los planes de la familia Thorne pudieran prosperar. Una sincronía impecable para semejante recordatorio.

Dejó caer la carta sobre el escritorio y se dirigió a la ventana con las manos enlazadas a la espalda. ¿A qué hora debía ir a la mansión Farlow para encontrarse con su destino? Casi se echó a reír por lo dramático del pensamiento, excepto porque apenas exageraba la realidad. Su hermano no lo entendería. Se enfurecería al verlo incumplir su parte del acuerdo, considerando que Alex había obtenido una porción del molino por la que no había tenido que trabajar y que, en gran medida, le había permitido comprar la propiedad.

Y, sin embargo, ¿qué otra opción tenía? ¿Debía ir ahora mismo y terminar de una vez con aquello? ¿Permitir que el señor Grey creyera que existía algo de verdad en sus sospechas por haberse presentado a la primera oportunidad? ¿O debía retrasarlo hasta el último instante posible? No, eso tampoco podía hacerlo. Porque

entonces la señorita Grey podría pensar que él no iba a acudir, y no deseaba que soportara un solo momento más de ansiedad.

Alex se acercó a la pequeña mesa auxiliar junto a la puerta -uno de los pocos muebles de la casa que realmente le gustaban- y cogió su sombrero y sus guantes. Era tan buen momento como cualquier otro.

Llegó a la residencia de los Grey, donde un lacayo abrió la puerta y lo hizo pasar con una reverencia y todas las formalidades propias de un invitado en la mansión. Esta vez no fue una despeinada señorita Grey quien salió a recibirlo. Recordar aquella imagen casi le arrancó una sonrisa, de no ser por la terrible situación en la que ambos se encontraban ahora. El señor Grey entró en la habitación, le estrechó la mano y le indicó un asiento.

—Dentro de un momento mandaré traer un poco de clarete. Pero antes pensé que podríamos ir directamente al motivo de su visita. Mi hermana ha visto comprometida su reputación, aunque le concederé el beneficio de creer que jamás fue esa su intención.

—Muy generoso por su parte —respondió Alex con tono seco.

—Sin embargo, los hechos siguen siendo los hechos. Y bien…

El señor Grey abrió las manos y aguardó. Aquel gesto no hizo más que aumentar la irritación de Alex, pero había sido educado como un caballero, aunque no hubiera nacido como tal. Cumpliría con lo que debía hacer.

—He venido dispuesto a hacer una oferta de matrimonio a su hermana. Puede estar tranquilo a ese respecto —una vena comenzó a palpitarle en la sien—. Antes de hablar de cuestiones económicas, sin embargo, creo que debería asegurarme de que eso es lo que desea la señorita Grey. Después de todo, apenas nos conocemos.

Los ojos del señor Grey se abrieron de par en par y tartamudeó antes de completar su primera frase.

—Eso no puede importar. Sabe perfectamente lo delicada que es su situación. Por supuesto que aceptará.

Alex no estaba manejando aquello de la mejor manera. El discurso que había preparado estaba saliendo rígido y poco generoso. Tendría que hacerlo mejor cuando hablara con la señorita Grey.

—Y tendrá mi propuesta, se lo aseguro. Pero creo que deberíamos empezar por ahí, si se me permite hablar con ella en privado.

Tras una breve pausa, el señor Grey asintió y se puso de pie.

—Iré a buscarla. Después podremos hablar de los detalles.

Abandonó la habitación, dejando a Alex con el ánimo más abatido que había sentido desde aquel día de su infancia en que comprendió que su madre había muerto y no volvería jamás.

Lo que estaba experimentando se parecía mucho al duelo, comprendió de pronto. Renunciar al futuro que uno siempre había imaginado equivalía a ver morir esas esperanzas. Y era natural llorar su pérdida. Si lograba superar aquella reunión, ya se preocuparía después por lo que tendría que decirle a su hermano.

Dejó que la mirada recorriera el salón y advirtió por primera vez lo agradable que era la estancia. La última vez que había estado allí se había sentido demasiado distraído por aquel extraño hogar, por la animada conversación de la señorita Pasley y por los deliciosos pasteles como para prestar atención al entorno.

Los tapices eran luminosos, como si acabaran de colocarlos. Los muebles relucían de tan bien pulidos. Había delicados adornos de papel maché enmarcados y recubiertos con pan de oro, y los objetos distribuidos sobre mesas y estantes combinaban la sencillez rústica con la elegancia de la porcelana fina. Era evidente que la señorita Grey era perfectamente capaz de dirigir una casa bien organizada, por mucho que él hubiera pensado lo contrario durante su primera visita. Gracefield se beneficiaría enormemente de ese talento. ¡Pero no era por razones semejantes por las que un hombre deseaba pedir matrimonio!

La puerta se abrió y él se volvió para ver a la señorita Grey detenida justo dentro de la habitación. Se puso en pie de inmediato, y su presencia desordenó todos sus pensamientos. Era consciente de la extraña familiaridad que compartían después del tiempo que habían pasado juntos. También era dolorosamente consciente de su belleza, ya estuviera vestida con elegancia y perfectamente peinada o cubierta de barro y envuelta en una manta.

De algún modo era aún más hermosa que durante la partida de cartas, porque ahora sabía algo de ella. La señorita Grey elegía cuidadosamente sus palabras. Poseía un sentido del humor oculto. Y aquellas escasas ocasiones en que mostraba vulnerabilidad despertaban en él un instinto protector que no le agradaba reconocer.

El hecho de que tuviera que pedirle matrimonio cuando ni siquiera existía suficiente intimidad entre ellos como para cogerle la mano, unido al torbellino de emociones sobre cómo debía hacerlo, expulsó toda lógica de su mente.

La señorita Grey hizo una reverencia.

—Sir Alexander, espero que haya tenido tiempo de recuperarse de su aventura.

Sonrió y avanzó hacia él como si tuviera la situación completamente bajo control. Cierto. Había ido allí para pedir su mano. Alex respondió con una inclinación.

—Espero lo mismo de usted. Sin duda fue una experiencia mucho más difícil para usted, señorita Grey, y confío en que se encuentre ya camino de recuperarse por completo.

Ella asintió y luego le indicó con un gesto que volviera a sentarse, cosa que él hizo. Sentada frente a él, se mordió los labios y los apretó como si intentara contener unas palabras que amenazaban con escapársele. Aquello le recordó el verdadero motivo de su visita, y se apresuró a comenzar el discurso que había preparado. No era necesario que la situación resultara más incómoda de lo que ya era para ninguno de los dos.

—Creo que sabe por qué estoy aquí, señorita Grey —se aclaró la garganta—. Y quiero asegurarle que he venido sin la menor vacilación por mi parte.

Aquella pequeña falsedad salió de sus labios para sorpresa suya. No era un hombre dado a adornar sus palabras, salvo cuando preparaba discursos para el Parlamento. Sin embargo, no beneficiaría a ninguno de los dos detenerse a considerar cómo las circunstancias lo habían obligado a hacer lo correcto.

Bajó la mirada hacia sus manos, unió las puntas de los dedos y luego volvió a alzar los ojos hacia ella. Aunque su postura y sus

facciones parecían relajadas, su rostro era imposible de interpretar. No había señales de inquietud ni de alivio. Y, sin embargo, ella no podía estar más complacida con aquella necesidad que él mismo.

—Espero que me haga el honor de aceptar mi mano en matrimonio.

¡Ya estaba dicho! Puesto que no podía hablarle de tiernos sentimientos ni de afecto mutuo cuando apenas habían tenido tiempo de conocerse, aquello era lo mejor que podía ofrecer. La señorita Grey se acomodó en el asiento y apoyó los codos en los reposabrazos. Solo sus dedos entrelazados revelaban algún indicio de tensión.

—Le agradezco su propuesta. Comprendo por qué la ha hecho y lo honro por ello. Yo… —tragó saliva rápidamente, dejando ver algo más de su inquietud—. Tendré que rechazar su amable ofrecimiento. A diferencia de mi hermano, no creo que la desgracia de nuestras circunstancias deba conducirnos a esto. Mis amigos me apoyarán y los rumores terminarán por apagarse.

Alex tardó unos instantes en asimilar sus palabras. Cuando la impresión inicial de verse liberado de aquella obligación finalmente penetró en su conciencia, sintió un alivio tan extraordinario que casi le faltó el aire. El sentimiento se manifestó en una risa temblorosa que reprimió de inmediato. Ella no debía saber cuán aliviado estaba, porque aquello solo la ofendería. Ahora bien, ¿cuál era la mejor manera de responder? No podía exactamente darle las gracias, aunque eso fuera lo que más deseaba hacer. Optó por la prudencia.

—Respeto su decisión, pero me siento obligado a advertirle que los rumores podrían resultar más dañinos de lo que imagina. Quizá debería tomarse uno o dos días para reflexionarlo con calma antes de darme una respuesta definitiva. Ha pasado por mucho durante las últimas veinticuatro horas.

Ella ya estaba negando con la cabeza antes de que él terminara aquella muestra de caballerosidad.

—No. De verdad, no es necesario. Ha sido usted sumamente amable y caballeroso. Pero estoy segura de que puedo afrontar esto por mi cuenta —se puso de pie y le dedicó otra sonrisa—. Mandaré llamar a Gus para que hable con usted, pero no permita que lo

intimide. Puede enviarlo de regreso conmigo y le repetiré mi respuesta. Tendrá que aceptarla, porque ya soy mayor de edad —hizo una reverencia y comenzó a alejarse, pero se volvió antes de llegar a la puerta—. Por favor, recuerde que ha hecho lo correcto. Es decisión mía no aceptar su generosa propuesta, y si sufro las consecuencias de ello, será únicamente responsabilidad mía.

Salió de la habitación sin darle oportunidad de responder. Alex no habría sabido qué decir aunque se la hubiera dado. Exhaló lenta y silenciosamente mientras su mente comenzaba a girar con toda clase de pensamientos.

¿Por qué me rechazó? ¿Lo hizo por mi bien o por el suyo? ¿No me considera un candidato adecuado para esposo? Entonces otra idea lo golpeó. *¿Habrá alguien más a quien ama?* Este último pensamiento le produjo una punzada de decepción, aunque no lograba explicarse por qué.

Cuando la señorita Grey se levantó para marcharse, él también se había puesto en pie y permanecía ahora allí, incómodo, esperando el regreso de su hermano. Que ella rechazara su propuesta era una posibilidad que jamás había contemplado. Estaba aliviado, sí. Pero tras ese alivio quedaba una extraña sensación de vacío que no lograba identificar.

Quizá… ¿Sería porque, en el fondo, había esperado resolver de una vez por todas el asunto de encontrar esposa? ¿Porque la búsqueda de la mujer adecuada no era una empresa que le entusiasmara especialmente? No. No podía ser eso. Deseaba tener libertad para elegir a su futura esposa, y ahora la tenía.

La puerta se abrió y entró Gus. Su expresión afable y la botella de clarete que llevaba en las manos le dieron a Alex una pista inmediata de que aún no había sido informado de la decisión de su hermana.

—¿Y bien? ¿Todo arreglado ya? Imagino que Christine estará aliviada. Para ser sincero, nunca estuve seguro de que llegara a casarse algún día. Apenas tiene oportunidad de conocer hombres adecuados aquí en Horncastle, y ninguno de los que ha conocido le ha despertado jamás interés. Pero convertirse en esposa y madre de una buena prole de hijos es precisamente lo que más le gustaría.

El señor Grey dejó la botella y dos copas sobre la mesa frente al sofá. La expresión incómoda de Alex pareció pasar completamente inadvertida para él, de modo que se vio obligado a hablar.

—Me temo que está usted equivocado. Sí le propuse matrimonio a la señorita Grey, pero ella me rechazó.

La noticia fue recibida con un largo silencio. Y después…

—¿Lo rechazó?

Las cejas del señor Grey casi se perdieron en la línea del cabello. Su rostro adquirió un tono rojizo apagado, como si estuviera a punto de explotar.

—Así pues —continuó Alex—, estoy seguro de que comprenderá que no quiera abusar más tiempo de su hospitalidad.

De pronto necesitaba abandonar aquella casa cuanto antes. Huir era una cobardía, pero no le importaba. Cogió su sombrero y sus guantes.

—Sabe dónde encontrarme si me necesita. No tengo intención de abandonar Lincolnshire próximamente.

—¿Qué significa esto? No… espere. Debo hacerla entrar en razón.

El señor Grey avanzó tras él, pero Alex ya estaba cerca de la puerta. Llegó hasta ella e hizo una inclinación.

—Esto es algo que tendrá que hablar en privado con su hermana. No creo que mi presencia vaya a ser útil ni bienvenida para ella.

Se apartó a un lado y aguardó a que el dueño de la casa abriera la puerta. Después de todo, era su propia casa.

—En eso no estoy de acuerdo. *Entrará* en razón. No debería marcharse hasta que todo quede resuelto entre vosotros.

El señor Grey se dirigió hacia el extremo opuesto de la habitación, donde un arco conducía al interior de la casa.

—La señorita Grey parecía muy decidida —le dijo Alex alzando la voz. Como su anfitrión no se volvió, añadió—. Comprenderá que deba retirarme. Quizá tengamos el placer de volver a encontrarnos pronto.

No había rastro del lacayo. Alex abrió la puerta por sí mismo y salió al exterior, aspirando profundamente el aire fresco y frío. Cruzó

el patio a grandes zancadas en dirección a los establos, con la esperanza de que ensillaran su caballo antes de que el señor Grey apareciera corriendo para insistir una vez más en que se quedara.

Mientras atravesaba el patio, levantó la vista hacia el segundo piso. La señorita Grey estaba sentada junto a una ventana, mirando hacia afuera. No sonreía. Cuando lo vio, apartó la mirada y dejó caer la cortina, ocultándose de su vista. Aquella breve visión de su rostro hizo que Alex se detuviera en seco. ¿Qué estaba haciendo? Estaba huyendo de su deber, eso era lo que estaba haciendo.

¿Y si ella solo estaba aparentando fortaleza y en realidad deseaba que él insistiera un poco más para convencerla de aceptar el matrimonio? ¡Pero aquello era absurdo! Sería como declarar un amor que jamás había tenido tiempo de sentir.

Aun así permaneció inmóvil un instante más, vacilante, con la mirada fija en la ventana. Había algo en toda aquella situación que no terminaba de encajar. Y el alivio que había sentido al verse libre se evaporó En su lugar apareció un peso sordo que se parecía mucho a la culpa.

Volvió a echar a andar, aunque ahora más despacio y con menos ganas de marcharse. Sin embargo, el hecho seguía siendo el mismo. Ella había dicho que no. Y nada bueno podía resultar de quedarse para presenciar una disputa familiar mientras su hermano intentaba obligarla a decir que sí. La decisión debía ser únicamente de ella. Después de todo, cuando se trataba de matrimonio, los únicos que tenían derecho a decidir su futuro eran la novia y el novio. Tal vez no todo el mundo compartiera esa opinión, pero era una convicción que él sostenía firmemente.

Y aun así, aunque no deseaba casarse con la señorita Grey, le habría gustado saber qué la había llevado a rechazarlo. Le habría gustado conocerla mejor para poder adivinar qué pasaba por su mente. Algunos enigmas merecían ser resueltos.

CAPÍTULO CATORCE

Gus irrumpió en la habitación de Christine sin siquiera llamar a la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo, Christine? Que el cielo me ayude… ¿rechazar al hombre? ¿Es que no tienes el menor instinto de conservación?

Christine se puso de pie y caminó con calma hacia el tocador, ocultando la agitación que llevaba por dentro. Sir Alexander la había sorprendido mirando hacia el patio desde la ventana, y se había detenido en seco. A ella le había parecido que había vacilado. Por supuesto, no debía sacrificarse por ella, pero la idea de que insistiera resultaba más tentadora de lo que quería admitir. No se le escapaba que estaba renunciando a la posibilidad de ser señora de su propio hogar, casada con el hombre más atractivo que había conocido jamás, cuyas cualidades irritantes iniciales habían quedado recientemente eclipsadas por otras mucho más cautivadoras. Sin embargo, era preferible estar sola que unida a alguien que acabaría resentido con ella. Sin saber muy bien qué hacía, comenzó a acomodar los frascos colocados sobre la bandeja de plata.

—Estoy firmemente decidida, Gus. He tenido toda la mañana para pensarlo y creo que te precipitaste al presionar a sir Alexander de esa manera. Tienes muy poca fe en la bondad de la gente que vive aquí y que me conoce. Yo sí creo que son mejores que eso —se volvió hacia él y entrelazó las manos delante de sí—. Estoy convencida de que la señora Mercer vendrá en cuanto se entere, y jamás sería tan cruel como para hacerme el vacío. Utilizará su influencia para bien, ya lo verás. Mis amistades me apoyaran y, entre todas, encontraremos la manera de superar esta situación. Simplemente organizaré una visita al pueblo acompañada de ellas y dejaré que todos nos vean desenvolviéndonos como siempre. Eso bastará para acallar los chismes.

—¿De verdad lo crees? ¿Que tú sola, entre todas las jóvenes inocentes de Inglaterra, vas a escapar a las críticas? —Gus se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos—. Es una esperanza terriblemente ingenua. Una esperanza infantil. Lo único que demuestra es lo poco que conoces el mundo.

Christine levantó el mentón.

—No pretendo conocer el mundo. Lo único que afirmo es que creo lo mejor de las personas que viven en Lincolnshire. No pertenecemos a la sociedad londinense, que se alimenta de rumores. Formamos parte de una comunidad más cercana, donde procuramos ver lo bueno en nuestros vecinos —pensó en la señora Pickering, y después en el panadero y su esposa, y rectificó—. Al menos, aquellos que realmente importan.

Gus negó con la cabeza.

—Cambiarás de opinión en cuanto pruebes el sabor de su censura. O al menos lo harás si tienes algo de sentido común.

—No la cambiaré. Así que más vale que lo aceptes. Y quizá deberías buscar algo más que hacer antes de que terminemos discutiendo y dejemos de hablarnos durante una semana —al ver que él seguía mostrándose tan obstinado, se quedó inmóvil y añadió en voz baja—. Por favor, déjame en paz.

Él soltó un suspiro áspero, dio media vuelta y cerró la puerta de un portazo.

Christine se sentó en la cama y escondió las manos entre las rodillas. Permaneció allí, inmóvil, perdida en sus pensamientos. La situación en la que se encontraba era mucho más delicada de lo que estaba dispuesta a admitir, incluso ante sí misma, y mucho menos ante Gus. Pero el matrimonio era algo definitivo. ¿No sería mejor intentar apaciguar las cosas por algún otro medio? Había algo profundamente desagradable en obligar a un hombre a llegar hasta el altar, que era exactamente lo que ocurriría en el caso de sir Alexander. La forma en que prácticamente había salido huyendo después de que ella enviara a Gus a hablar con él decía bastante por sí sola. Difícilmente podía culpársele de que el destino lo hubiera llevado a refugiarse en la misma cabaña donde ella se había visto obligada a buscar amparo.

Por lo general, el silencio de su habitación tenía un efecto calmante sobre Christine, pero ahora le resultaba opresivo. Las sombras de la tarde iban oscureciendo el cuarto, y ella no hizo el menor movimiento para encender una vela ni para acomodarse en el sillón junto al fuego, mucho más confortable.

Sus pensamientos regresaron a los acontecimientos recientes y al trato considerado que sir Alexander le había dispensado. La había envuelto en una manta. Sus dedos se habían movido con eficiencia mientras desabrochaba suficientes botones de su vestido para que ella pudiera quitárselo por sí misma; luego se había vuelto de espaldas para darle privacidad mientras quedaba parcialmente expuesta. Después la cubrió mejor, se arrodilló frente a ella para desatarle las botas y quitárselas, y finalmente envolvió sus pies entre los pliegues de la manta para calentarlos. Había avivado el fuego, preparado una bebida caliente y cocinado un estofado con los pocos ingredientes que encontró. Y, por último, le había cedido la cama mientras él se quedaba dormido con la cabeza apoyada sobre la mesa.

Y aquel mismo día, sin mostrar la menor vacilación -al menos ninguna que ella hubiera podido percibir-, había acudido a ofrecer la protección de su nombre a una mujer a la que apenas conocía. Sin mencionar que se trataba de una mujer que primero lo había reprendido, luego lo había recibido cubierta de barro de la cabeza a los pies, después había insultado a su madre y, finalmente, le había derramado encima una taza entera de té caliente en uno de sus momentos de torpeza. Un hombre así difícilmente merecía ser obligado a nada.

Christine sabía que debía bajar para dar instrucciones a los sirvientes sobre la cena, pero no encontraba fuerzas para hacerlo. Probablemente prepararían algo sin su ayuda y, si no lo hacían, Gus podía pedir una comida por sí mismo. Después de todo, eso era precisamente lo que tendría que hacer si algún día la casaba y ella se marchaba.

Se quitó los zapatos de una patada y levantó el cubrecama bordado antes de deslizarse bajo él con una profunda sensación de alivio. Si iba a quedarse en la cama, debería llamar a una criada y

ponerse una camisola. Pero probablemente solo descansaría una o dos horas, porque nunca había soportado permanecer inactiva durante mucho tiempo.

Bien. Solo cerraré los ojos y me olvidaré de todo por un rato.

***

A primera hora de la tarde del día siguiente, alguien llamó a la puerta, un sonido que Christine alcanzó a oír incluso desde el jardín, donde estaba acariciando a Hunter y a Artemis. El corazón le dio un vuelco por una esperanza irracional: que el visitante fuera sir Alexander, decidido a insistir para que cambiara de opinión. Se sacudió las manos y entró en la casa, donde Jimmy ya estaba abriendo la puerta a Sarah Pasley.

—Sarah.

Christine la saludó obligándose a sonreír. No estaba preparada para recibir visitas y debería haber dado instrucciones para que nadie la molestara. Se volvió hacia el lacayo.

—Por favor, dile a Mary que nos traiga una bandeja con té y, quizá, algunos de los pastelitos de grosella.

Le indicó a Sarah una silla y luego tomó asiento frente a ella. Después de haber dormido de un tirón toda la noche anterior, sin siquiera despertarse para la cena, Christine se había levantado con el canto del gallo aquella mañana y se había mantenido ocupada hasta el mediodía. De ese modo no tenía que pensar.

—¿Cómo has estado? —preguntó cortésmente a Sarah, preguntándose cuánto tiempo tendría que soportar la visita—. Supongo que tú y tu hermano tampoco lograron llegar a Lincoln para el baile.

—Salimos de camino, pero varias horas después de que tú partieras. Cuando llegamos a Short Ferry ya sabíamos que la carretera estaba inundada y abandonamos el viaje.

Sarah volvió la cabeza al percibir movimiento en la puerta. Gus entró en la sala y fue a sentarse en una de las sillas.

—Ah, Sarah. Pensé que eras tú.

Christine se quedó mirando el modo en que había usado el nombre de pila de Sarah, y pareció que él mismo se dio cuenta de ello. Frunció el ceño al verla.

—¿Has pedido algo de tomar?

—Sí.

Christine había logrado evitar a Gus durante la mayor parte de la mañana. Había desayunado antes que él y había pasado casi todo el tiempo en la cocina o en el jardín; o tranquilizando a Olsen, asegurándole que el incidente había sido simple mala suerte, que no había sido culpa suya y que, por supuesto, estaba perdonado. En algún momento durante todo aquello, Gus había salido a cabalgar y había estado fuera durante bastante tiempo.

—Bien, bien —se removió incómodo, lanzó una o dos miradas hacia Sarah y luego se levantó de la silla—. Supongo que os dejaré conversar a solas.

Se dirigió hacia la puerta y Christine volvió la vista hacia Sarah, cuyo rostro mostraba una expresión divertida.

—Eso ha sido extraño. Preguntó por los refrigerios y se marchó antes de que llegaran. ¿Qué se supone que significa eso?

Soltó una pequeña risa y bajó la mirada. A Christine le pareció ver un leve rubor ascender hacia los rizos rubios de Sarah, y sus sospechas aumentaron, aunque aún era demasiado pronto para interrogarla al respecto. Además, estaba demasiado abatida para intentarlo. Sarah se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

—Creo que es justo decirte que Gus vino a visitarnos a Martin y a mí dos veces ayer, y volvió otra vez esta mañana —alzó la vista y la miró directamente—. Me contó lo que ocurrió con sir Alexander.

—Oh —Christine inhaló con suavidad. No sabía qué pensar de aquello. Desde luego confiaba en Sarah, pero le parecía una traición que su hermano estuviera hablando de su vida privada con alguien ajeno a la familia—. ¿Te lo contó ayer?

—Sí. Vino porque estaba preocupado y no sabía qué había sido de ti, y le pidió a mi hermano que se uniera a la búsqueda —sonrió y ladeó la cabeza—. Después regresó para contarnos la buena fortuna que había tenido al encontrarte. Pero Martin ya se había enterado de tu… rescate en Langton. Sabía que te habías visto obligada a buscar refugio y que no estabas sola.

—Sir Alexander ya se encontraba allí refugiado cuando llegué —dijo Christine en voz baja.

—Ya veo. Cuando Gus volvió esta mañana fue para hablar conmigo —Sarah bajó la voz y lanzó una mirada hacia la puerta abierta que comunicaba con el pasillo—. Pensó que quizá yo podría convencerte de reconsiderar la propuesta de matrimonio de sir Alexander, y me pidió que lo intentara.

Christine sintió cómo la tensión se instalaba en sus hombros. ¡De modo que la traición de su hermano había llegado hasta ese extremo! ¡Estaba pidiendo a una persona que apenas conocía que interfiriera en su vida! Bueno, quizá no fuera una completa desconocida, porque Sarah realmente le agradaba, pero no tenían la intimidad que compartía con Honoria. Incluso Arabella estaba más cerca de ella que Sarah, aunque se hubiera incorporado más tarde a su círculo de amistades. Le costó sostenerle la mirada mientras luchaba contra la indignación que sentía.

—Le dije que no podía hacer semejante cosa —continuó Sarah. Esperó a que aquellas palabras surtieran efecto y a que Christine levantara de nuevo la vista, esta vez sorprendida—. Y también le dije que jamás sería tan impertinente como para intentarlo.

Ahora sus hoyuelos estaban plenamente visibles, y una risa escapó de los labios de Christine al sentir que parte de la tensión que la oprimía comenzaba a disiparse. Quizá Sarah era una amiga mejor de lo que ella había creído.

—Supongo que no se lo tomó muy bien —dijo Christine.

Sarah se encogió ligeramente de hombros.

—Oh, él ya sabe qué puede esperar de mí. Así que, si te preguntas por qué he venido, es únicamente para tomar el té contigo y escuchar cualquier cosa que desees confiarme después de tu experiencia. O para hablar de cualquier asunto inofensivo, como cuántos frascos de tomates lograste conservar para el invierno.

Christine se tomó un momento para reflexionar sobre cuánto deseaba revelar. Por lo general, muy poco, y si se sinceraba con Honoria era porque aquella amistad se había construido durante toda una vida. La cercanía que compartía con Arabella había surgido a raíz del acontecimiento extraordinario que las había unido. Se había forjado cuando viajaron a Londres para rescatar a David, el hijo de Arabella, de las garras de su tío. Ellas eran las únicas dos

amigas a quienes Christine había permitido entrar realmente en su intimidad. Hasta entonces, se había sentido satisfecha manteniendo con Sarah conversaciones sobre asuntos más ligeros. ¿Estaba preparada para que eso cambiara?

La criada entró llevando la bandeja del té, y Christine se acercó al aparador para sacar las hojas de té.

—Gracias, Mary. Eso será todo.

Aprovechó el tiempo que tardó en mezclar las hojas con el agua caliente para ordenar sus pensamientos. Cuando hubo servido una porción de pastel a Sarah y les hubo servido té a ambas, volvió a sentarse.

—Valoro mucho tu amistad, Sarah —dijo Christine, ahora más serena.

Había tomado la decisión de explicarle al menos parte de las razones por las que había rechazado a sir Alexander. Sin embargo, no tuvo oportunidad de continuar, porque otro golpe en la puerta la interrumpió.

Honoria estaba asomándose por el cristal lateral al otro extremo de la habitación y captó la mirada de Christine. Jimmy se dirigió a abrir la puerta, pero Christine le hizo una señal para que se apartara y fue ella misma a recibir a las visitas. En el umbral no solo estaba Honoria, sino también Arabella, cuyo avanzado embarazo ensanchaba los pliegues de su capa. Su parto estaba previsto para algún momento de diciembre.

—Entrad, entrad —Christine saludó a ambas con un beso—. Sarah Pasley está aquí.

Arabella y Honoria saludaron a Sarah mientras se quitaban las capas y los sombreros. Mary era eficiente, pues ya regresaba con dos platos y dos tazas más. Las recién llegadas ocuparon dos de las sillas vacías, formando un acogedor círculo.

No conocían a Sarah tan bien como Christine, pero todas compartían algo en común. Martin, el hermano de Sarah, había ayudado a resolver el misterio que vinculaba al antiguo cuñado de Arabella con sus actividades criminales y había contribuido a liberarla de su dominio. Aquello había creado entre ellas un grado de familiaridad que de otro modo quizá nunca habría existido.

Christine sirvió el té y se contentó con escuchar mientras intercambiaban comentarios de cortesía. Cuando aquellos temas se agotaron, se instaló un silencio prolongado, como si todas estuvieran esperando que alguna otra iniciara la conversación sobre el asunto verdaderamente importante. Christine jugueteó con los flecos del pequeño bolso que descansaba a su lado, sin querer ser quien rompiera el silencio. Honoria recorrió la habitación con una exagerada mirada teatral.

—¿Gus no está aquí? Y hay pastel.

Sarah se atragantó con el té, y todas estallaron en risas, rompiendo la tensión. Christine sonrió.

—Es un misterio imposible de explicar.

Cuando volvió a caer un breve silencio, Honoria dejó cuidadosamente su taza sobre la mesa.

—Supongo que nos ha dejado solas con la esperanza de que hablemos contigo. Ya sabes que fue a visitarme a mí y a Arabella.

—¿A vosotras también?

Christine estaba lista para ir a buscar a Gus y decirle cuán poco apreciaba su intromisión, pero decidió esperar a escuchar lo que Honoria tenía que decir. Era poco probable que su amiga hubiera acudido por insistencia de su hermano, igual que Sarah. Honoria la miró, luego volvió la vista hacia Sarah.

—Solo saco el tema delante de la señorita Pasley porque Gus me dijo que ya había hablado contigo. Sarah asintió.

—Me gustaría que me llamara Sarah, si no le parece demasiado atrevido.

—Sarah, entonces —respondió Honoria con una sonrisa antes de volver a mirar a Christine—. Eso significa que todas conocemos la delicada situación en la que te encuentras, y no tiene sentido fingir que no existe, aunque preferirías que lo hiciéramos.

Christine dirigió entonces la mirada hacia Arabella, que era incluso más tímida que ella. Bueno, no es que Christine fuera tímida. Lo suyo era más bien una naturaleza reservada. Pero se preguntó qué pensaría Arabella de todo aquello. Quizá lo mejor era ir directamente al asunto y averiguar lo que cada una opinaba realmente.

—¿Qué están diciendo de mí? En el pueblo, entre los criados… Quiero saberlo todo.

Se preparó para escuchar sus respuestas.

—Yo tengo pocas noticias que darte —dijo Arabella—, porque no he salido de casa. Pero Theo oyó a algunos criados mencionando tu nombre de aquí para allá, y les advirtió que los despediría de inmediato si volvía a escuchar semejantes tonterías dentro de nuestra casa. *Y* añadió que, si llegaba a descubrir que alguien fuera de nuestro hogar había oído el rumor por boca de uno de nuestros sirvientes, despediría a esa persona sin darle referencias. Nunca lo había visto tan enfadado —sus suaves facciones adquirieron una expresión resuelta al añadir—. Y yo les hice saber a todos nuestros criados que lo apoyaba por completo.

—Gracias, Arabella —dijo Christine en voz baja, agradecida por su lealtad.

Sin embargo, una inquietud comenzó a abrirse paso en su interior al saber que los criados de los Dawson hablaban del asunto, aun sabiendo que sus señores eran amigos íntimos de ella. O bien el chisme era un bocado demasiado apetitoso para resistirse, o consideraban que su reputación era un tema digno de discusión en las dependencias del servicio.

Volvió la mirada hacia Honoria, quien sostuvo sus ojos y se inclinó para apretar suavemente su mano sobre el brazo de la silla. Le ofreció una sonrisa alentadora antes de acomodarse nuevamente. Como no añadió nada más, Christine se vio obligada a insistir.

—¿Y tú, Honoria?

Su amiga tomó un sorbo de té y dejó la taza con cuidado antes de volver a mirarla.

—No he oído a mis criados hablar de ti. Te respetan tanto que no creo que se atrevieran siquiera a intentarlo —aquella noticia la reconfortó, hasta que Honoria continuó—. Sin embargo, Samuel y Barbara vinieron a visitarnos porque necesitaban averiguar *si era verdad.*

Las últimas palabras estuvieron cargadas de una ironía evidente. Christine abrió los ojos con asombro. No era especialmente cercana al hermano de Honoria, pero había creído que entre ella y

Barbara había surgido cierto afecto. Incluso había invitado varias veces a Barbara a tomar el té para ayudarla a sentirse más integrada en el círculo social de la zona. Honoria hizo una mueca.

—Lo sé. Me repugnó profundamente el motivo de su visita, y no tuve el menor reparo en hacérselo saber. Supongo que terminarán recapacitando y comprenderán que no se obtiene nada bueno esperando la caída de otra persona —resopló suavemente—. Al menos aprenderán que no van a encontrar apoyo en mí.

Christine miró a Sarah, que había permanecido callada.

—¿Y tú? Tú vives en el pueblo.

Sarah apartó la vista y apretó los labios. Después de unos instantes volvió a mirarla.

—Se habla de ello. Por desgracia, mi cuñada Helen ha estado diciendo cosas, y parece estar influyendo en la opinión de mi hermano contra tu familia con sus críticas. Esta mañana se mostró frío con Gus cuando vino a pedirme que te visitara.

—Oh, no —murmuró Christine, pensando en Gus.

Él podía defenderse solo, pero ¿afectaría aquello al cortejo que parecía estar intentando llevar adelante? Sarah se irguió entonces en su asiento, como si reuniera valor para decir el resto.

—Y… la señora Reid vino a verme para preguntarme qué había oído. Cuando fingí no saber nada, se encogió de hombros y comentó algo acerca de tener cuidado con las personas con las que paso mi tiempo, considerando que aún no estoy casada.

—¿La señora Reid? —exclamó Honoria, con auténtica sorpresa en la voz—. La conocemos de toda la vida. No puedo imaginar que adopte esa postura cuando *conoce* a Christine. Debe saber que es inocente.

¿La señora Reid sospecha de mí?

La noticia dejó a Christine aturdida. Ya era bastante doloroso descubrir que la gente hablaba de ella y estaba dispuesta a pensar lo peor, pero resultaba especialmente duro cuando se trataba de alguien en quien había confiado y a quien había admirado. La señora Reid era la respetable esposa de un granjero, y Christine siempre había considerado tanto a ella como al señor Reid amigos de la familia.

Parpadeó varias veces con rapidez, y tanto Honoria como Sarah se inclinaron hacia ella desde cada lado. Arabella entrelazó las manos y se inclinó hacia delante.

—Yo estaré a tu lado —dijo Sarah en voz baja—. Si tienes que sufrir una caída ante los ojos de los chismosos sin haber hecho nada malo, entonces caeré contigo. ¿Qué me importa la opinión de los demás?

—Y yo también —declaró Honoria con firmeza—. Pero eso ya lo sabías.

—Y yo —añadió Arabella—. Después de todo, tú estuviste a mi lado en mis peores momentos. Nunca olvidaré…

Se llevó los dedos a la boca cuando los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas.

—Gracias —la voz de Christine salió entrecortada. Se sentía abrumada por la bondad de sus amigas, y su emoción nacía tanto de aquel apoyo como de la decepción que sentía hacia personas que creía conocer—. Quizá, con vuestro apoyo, podamos cambiar la opinión de los demás.

Christine miró a cada una por turno, pero ninguna parecía especialmente optimista. Tendría que afrontar aquello con valentía, pero no pudo evitar recordar las palabras de Sarah: *Si tienes que sufrir una caída ante los ojos de los chismosos sin haber hecho nada malo, entonces caeré contigo.*

No tenía ninguna duda de que no solo Sarah, sino también Arabella y Honoria, la respaldarían. Pero ¿era justo? Lo que quizá ella pudiera soportar, no estaba tan segura de tener derecho a imponérselo a ninguna amiga, y mucho menos a una que todavía no había encontrado marido, tal como la señora Reid había insinuado sin el menor reparo.

Las personas podían verse arruinadas por simple asociación, y si de verdad estaba decidida a rechazar a sir Alexander, entonces tal vez debería empezar a distanciarse de todos aquellos a quienes más quería.

Ojalá no fuera tan difícil soportar la idea de mantener a Honoria y a Arabella a distancia. Incluso su amistad con Sarah, que era una amiga más reciente, requería una seria reflexión. ¿Y si

realmente había algo entre Sarah y Gus? ¿Y si Martin Pasley prohibía el matrimonio debido a la relación de su hermana con la familia de Gus? Aquello era otro asunto completamente distinto que debía considerar.

¿Tenía realmente elección? Tendría que tomar una decisión, pero parecía que, ocurriera lo que ocurriera, alguien iba a salir perjudicado. Su hermano podría perder a la mujer que era perfecta para él por culpa de ella. O sir Alexander podría quedar atado para toda la vida a una mujer a la que no amaba. Ninguna de las dos opciones era satisfactoria. Ninguna le producía otra cosa que desconsuelo.

CAPÍTULO QUINCE

El sonido de un jinete aproximándose a Gracefield llegó hasta el estudio donde Alex estaba sentado y lo sacó de sus cavilaciones. Habían pasado dos días desde que, por sentido del honor, había ofrecido su mano en matrimonio a la señorita Grey, oferta que había sido rechazada. No era exactamente así como había imaginado que sería su primera propuesta de matrimonio.

Sorprendentemente, aún no lograba disfrutar de la inesperada libertad que había obtenido al escapar de una unión que no deseaba. Gus no había aparecido golpeando su puerta para exigirle que regresara. Tampoco había llegado ninguna carta escrita por la señorita Grey comunicándole que había cambiado de opinión. Todo indicaba que estaba completamente fuera del asunto, y debería haberse sentido aliviado por ello. Sin embargo, se sentía… insatisfecho.

Por un lado, no podía evitar pensar que la señorita Grey había actuado con precipitación y, quizá… ¿con ingratitud? Después de todo, él no había vacilado ni un instante antes de apresurarse a proteger su reputación.

Su única visita al pueblo desde la inundación había resultado perturbadora. Una oleada de susurros y miradas -algunas furtivas, otras descaradamente abiertas- lo siguió mientras caminaba por High Street, expandiéndose a su paso como las ondulaciones que deja una barca al avanzar sobre el agua.

Incluso una dependienta de la lechería de la señora Reid había tenido el descaro de preguntarle si pensaba pedir la mano de la señorita Grey o si estaba decidido a arruinar a todas las damas de Lincolnshire antes de huir a Londres para escapar de las consecuencias. Cuando salió de la tienda sin comprar nada, la oyó comentar en voz suficientemente alta para que él la escuchara que

aquella no era forma de comportarse para un hombre que aspiraba a ser elegido para el Parlamento.

La insolencia de aquella mujer seguía quemándole cada vez que lo recordaba. Ni siquiera en Eton, donde había tenido que demostrar constantemente su valía debido a sus orígenes comerciales, se había encontrado con semejante atrevimiento. Durante sus años escolares había aprendido rápidamente a proyectar la imagen adecuada para ser aceptado, y finalmente había conseguido lo que deseaba. Pero si aquella comerciante tenía razón, podía perderlo todo en un instante, incluida la elección que esperaba ganar.

Por fin sonó un golpe en la puerta principal, y Alex se puso de pie a la espera de que anunciaran al visitante. No tenía ningún deseo de recibir a nadie y probablemente despacharía a la persona tan pronto como hubiera llegado. Las consecuencias de aquel desafortunado asunto comenzaban a hacerse evidentes para él y lo envolvían como una capa de fracaso, pues podían dañar irremediablemente su posición social en Lincolnshire.

¿Y por qué? ¿Por haber hecho lo correcto? ¿Por haberse comportado como un caballero? Era absurdo. E injusto. Y tampoco era como si él y la señorita Grey pudieran coincidir ahora en sociedad; aquello resultaría insoportable para ambos. Eso significaba apartarse de todas las personas que le habían ofrecido su amistad. La buena sociedad local no era lo bastante amplia como para permitirle formar un nuevo círculo de relaciones, de modo que probablemente tendría que vender su nueva casa. Apenas acababa de adquirir Gracefield Park y ya se veía obligado a renunciar a la propiedad que representaba la culminación de todos sus sueños.

—¡Alex!

Una voz alegre resonó desde el vestíbulo. La reconoció al instante, aunque sus pensamientos sombríos le hicieron dudar por un momento de que realmente pudiera ser quien creía.

Un hombre de rizos rubios desordenados y una amplia sonrisa entró en el estudio sin ceremonia alguna, mientras el mayordomo de Alex se apresuraba detrás de él con expresión preocupada y culpable. El asombro de Alex se transformó de inmediato en alegría.

—¡Roger! —avanzó hacia él y le estrechó la mano antes de volverse hacia el mayordomo—. No te preocupes por él. El señor Garrick es amigo mío y ha venido de visita —se detuvo y volvió a mirar a Roger con cierta incertidumbre—. Te vas a quedar, ¿verdad? No recibí ninguna carta tuya, así que no he preparado nada para tu visita.

El mayordomo sostenía el sombrero de Roger y en ese momento cogió también sus guantes mientras este observaba la habitación.

—No escribí. Pero aunque hubieras tenido tiempo de prepararte, dudo mucho que hubieras podido mejorar este lugar. ¡Las decoraciones deben de tener un siglo de antigüedad! Si esta fuera mi casa, habría empezado por esta habitación.

Alex le indicó que tomara asiento y él mismo se sentó en una silla con un cojín algo abultado frente a él.

—Davies, ¿serías tan amable de traernos un poco de borgoña? —cruzó una pierna sobre la otra, animado por la inesperada visita—. Precisamente estoy empezando por esta habitación. ¿No ves que los tapices están siendo reemplazados?

Roger soltó una carcajada y arqueó las cejas.

—Entonces no me atrevo a imaginar cómo estará el resto de la casa. Aunque, por lo que he visto desde fuera, debo decir que es una magnífica propiedad… siempre y cuando el techo no esté a punto de venirse abajo, cosa que espero tenga la cortesía de no hacer mientras yo me encuentre debajo. Mis felicitaciones.

Roger Garrick era el amigo más cercano de Alex desde sus días en Oxford, y se habían conocido durante la primera semana en la universidad. Nunca lo había menospreciado a pesar de que él era hijo de un caballero con vínculos nobiliarios y Alex no podía reclamar nada parecido. Poseía un carácter alegre y desenfadado que equilibraba la naturaleza seria y trabajadora de Alex.

Por alguna razón, Roger había simpatizado con él desde el principio, aunque Alex siempre sospechó que al inicio su motivación había sido intentar corromperlo de alguna manera; ver si conseguía apartarlo de los estudios para arrastrarlo a sus travesuras. Al final, sin embargo, fue Roger quien descubrió una notable aptitud

académica, acompañada de un interés particular por la ingeniería, aunque nunca necesitaría ganarse la vida con ello. Aquello fortaleció aún más una amistad que ya se beneficiaba de compartir el mismo sentido del humor y las mismas aficiones.

—Bien, ¿qué has estado haciendo desde la última vez que te vi en Londres? —preguntó Roger cuando Davies regresó con el borgoña y dos copas.

Alex sirvió vino para ambos, manteniendo la vista fija en lo que hacía. Se le ocurrió que una respuesta completamente sincera sería bastante difícil de explicar. Eso tendría que esperar.

—La verdad, no mucho. He estado intentando poner la casa en orden, aunque está resultando bastante más complicado de lo que imaginaba, como tan amablemente te has encargado de señalar.

Quizá Roger no llegaría a enterarse de nada sobre su encuentro con la señorita Grey si él tenía cuidado de no mencionarlo. Roger bebió un sorbo y observó el contenido de su copa.

—*Ah*, esto es excelente. Tendrás que enseñarme tu bodega. Me sorprende que haya algo en ella. ¿Tienes cocinera?

Alex asintió.

—La tengo, y al menos puedo prometerte buenas cenas, que es más de lo que mereces después de aparecer sin previo aviso.

—¿Y qué tal es la sociedad local? ¿Habrá reuniones? ¿Invitaciones? —Roger le lanzó una sonrisa, ignorando por completo el comentario anterior—. Incluso he traído mis pantalones de vestir por si tenemos que cenar con algún caballero rígido y anticuado que considere los pantalones largos inapropiados para la mesa. He oído que todavía quedan algunos de esos escondidos por el campo.

La idea de organizar reuniones sociales hizo aparecer una sonrisa incómoda en el rostro de Alex. ¿Cómo podía explicarle que no había prácticamente nadie a quien se atreviera a invitar? Empezaba a comprender que difícilmente escaparía a las preguntas de Roger si aquella visita se prolongaba.

—Bueno, en cuanto terminemos aquí puedo enseñarte la casa. Será mejor que no te cambies la ropa de viaje, porque hay habitaciones por las que apenas se puede caminar. Mañana podremos recorrer la finca a caballo.

—Y también debemos visitar el pueblo, por supuesto —añadió Roger—. Después de eso, espero que tengas alguna diversión que proponer. Solo estaré aquí dos semanas, ya sabes.

—Pues yo no lo sabía —respondió Alex con ironía—. Una vez más, porque nunca escribiste.

Roger sonrió con picardía y se terminó el vino de un solo trago.

***

Aquella noche, la cena que Alex compartió con Roger fue necesariamente sencilla, pero sus risas resonaron por toda la casa mientras recordaban sus días en Oxford, lo que animó enormemente a Alex. Por una parte, logró olvidar momentáneamente sus preocupaciones. Además, era exactamente así como siempre había imaginado que sonaría aquella casa. No tenía ninguna ventaja comprar una mansión tan grande si iba a permanecer vacía. Algún día, si todo salía conforme a sus deseos, estaría llena de las voces y las risas de los niños.

Por extraño que parezca, cuando pensaba en niños, ahora se imaginaba a la señorita Grey dormida y envuelta en una manta. Y, por supuesto, *ahora* todo el sueño que había construido sobre lo que deseaba hacer de Gracefield Park estaba en peligro, porque podría verse obligado a venderlo y empezar de nuevo en otro lugar.

A la mañana siguiente, después del desayuno -que tomaron mientras Roger se burlaba de él por las sábanas húmedas y el moho que trepaba por las paredes de la mejor habitación de huéspedes de Gracefield-, ensillaron los caballos y recorrieron juntos la finca. Aquello le recordó a Alex cuánto había llegado a amar su propiedad en el poco tiempo que llevaba siendo su dueño. Los comentarios de admiración de Roger contribuyeron aún más a levantarle el ánimo. Era agradable que su mejor amigo -y además un caballero- tuviera tan buena opinión de ella.

Más tarde, después de terminar una comida fría, Roger echó la silla hacia atrás y se dio unas palmadas en las rodillas.

—¿Una visita al pueblo, entonces?

—¿Por qué no? —respondió Alex, sintiendo cómo se le hundía el corazón.

No sabía qué encontrarían allí, pero era poco probable que fuera algo bueno. Mandó enganchar a su faetón la pareja de caballos alazanes grisáceos y esperó mientras Roger subía a sentarse a su lado. Tocó suavemente las riendas y el carruaje comenzó a avanzar.

—¿Sabías que mi propiedad está a solo tres días de viaje desde aquí? —preguntó Roger.

—¿Tan cerca?

Alex no se había molestado en calcular la distancia y era incapaz de mostrar interés por el dato teniendo en mente el destino que les esperaba.

—Bueno, al menos está más cerca que Londres. Así que… —Roger se examinó la manga y retiró una pelusa imaginaria— cuando me case, ya no tendrás excusa para no visitarnos.

Una declaración semejante, viniendo de Roger, hizo que Alex girara la cabeza hacia él con sorpresa.

—¿Casarte? ¿Entonces ya has encontrado a la dama destinada a ocupar el puesto de esposa?

—La he encontrado —la sonrisa de Roger era autosuficiente, pero Alex percibió tras ella una vulnerabilidad que su amigo rara vez mostraba ante los demás—. Nos estamos escribiendo.

Alex sonrió mientras observaba el camino. Aquello consiguió apartar momentáneamente de su mente la visita al pueblo.

—Bueno, si has encontrado a la mujer con la que deseas casarte, más vale que me digas cómo se llama y algo sobre ella.

—Con mucho gusto. Es la señorita Mary Corning. Su padre y su hermano ocupan escaños en el Parlamento.

Roger le lanzó una mirada significativa, y no se equivocaba. Alex los conocía.

—William y Frank Corning. Ambos whigs y ambos con narices bastante prominentes. Claro que los conozco. Espero que ella se parezca a su madre.

Contuvo una risa al ver el destello de irritación que cruzó el rostro de Roger.

—Su madre ha muerto, pero espero que sí, porque es la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo Roger con tono tajante.

—Estoy seguro de que lo es. Acepta mis mejores deseos para vuestra felicidad —Alex hablaba con total sinceridad y dejó a un lado las bromas—. ¿Tendré ocasión de conocerla?

Roger cruzó los brazos y alzó ligeramente la barbilla.

—No hasta que haya asegurado su mano. Eres demasiado apuesto para tu propio bien.

Alex soltó una carcajada. Su amigo estaba siendo ridículo, pero por una vez resultaba agradable verlo desconcertado. Jamás habría imaginado que el amor pudiera causarle semejante efecto.

Ya se acercaban a Horncastle y, al divisar la corta hilera de edificios al otro lado del río, Alex comenzó a sentirse incómodo. No había encontrado una buena razón para negar a Roger el deseo de conocer el pueblo, y temía que aquello significara el fin de su anonimato. Atravesar las calles iba a provocar inevitablemente cierta conmoción, aunque suponía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ello.

—¿Hay alguna posada centenaria que debamos visitar? —preguntó Roger mientras observaba los indicios de vida urbana al cruzar el río Waring.

—Ninguna que yo conozca. Quizá en Lincoln —respondió Alex, recorriendo el camino con la mirada en busca de alguna presencia indeseable que pudiera reconocerlo.

Llegaron a las caballerizas situadas en las afueras del pueblo, donde Alex dejó el carruaje y, con él, la sensación de protección que este le proporcionaba. Ir a pie lo exponía mucho más y hacía menos probable una retirada rápida. Se hundió el sombrero hasta casi cubrirse los ojos.

Al salir de las caballerizas, giraron hacia High Street y comenzaron a pasear por ella. Primero pasaron frente a una sombrerería con pequeños cristales en los escaparates y varios sombreros expuestos. Junto a ella estaba la botica y, al otro lado de la calle, una taberna. Más adelante se encontraba la lechería de la señora Reid, lugar que pensaba evitar. Mientras Roger observaba todo cuanto los rodeaba, los pensamientos de Alex regresaron a la desagradable escena con la insolente dependienta.

—Qué pintoresco —comentó Roger, levantando el sombrero ante una joven atractiva de la clase comerciante, quien le respondió con un guiño descarado.

—Lo es.

Alex continuó caminando con cada movimiento perfectamente controlado, aunque seguía lanzando discretas miradas a ambos lados de la calle. Era exactamente como había temido. Los susurros no habían cesado. Sintió cómo el ánimo se le hundía.

No podía faltar mucho para que Roger también los advirtiera, y el asunto era demasiado reciente y doloroso como para soportar bromas al respecto, incluso viniendo de un buen amigo.

—Espera.

Roger lo sujetó del brazo y lo obligó a detenerse. Alex aguardó lo inevitable. Roger por fin había notado los murmullos. Pero en lugar de eso señaló al otro lado de la calle.

—¿Es una confitería?

Alex tardó un instante en comprender que no estaba a punto de verse obligado a hacer una confesión para la que aún no estaba preparado. Relajó los hombros.

—Lo es. ¿Entramos a comprar algo? Siempre has tenido debilidad por los dulces.

—Desde luego que sí —respondió Roger, encaminándose hacia allí.

La calle estaba llena de actividad gracias al buen tiempo y a la hora avanzada de la tarde, cuando gran parte de las tareas del día ya habían concluido. Alex reconoció varios rostros que se habían vuelto familiares durante el mes que llevaba viviendo en Horncastle. Continuaban lanzándole miradas, pero decidió que iba a mantenerse firme e ignorarlas.

De ese modo, pensó, lograría que los chismes se extinguieran por sí solos. Tomada esa decisión, volvió a dirigir la vista hacia delante. Y se quedó inmóvil. Caminando directamente hacia ellos venía la señorita Grey, del brazo de la señora Townsend, inclinándose ligeramente para escuchar algo que esta le estaba diciendo. Roger también se detuvo y miró alternativamente a la

señorita Grey y a Alex mientras una expresión de curiosidad comenzaba a extenderse por su rostro.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó en voz baja, alargando las palabras con una sonrisa burlona.

—Nada —murmuró Alex.

No tenía sentido intentar escapar de la situación. Tarde o temprano tendría que afrontarla. Se acercó a las dos damas y realizó una profunda reverencia.

—Buenas tardes, señora Townsend —y luego, tras una brevísima pausa—. Buenas tardes, señorita Grey.

Hizo todo lo posible por mirarla a los ojos, pero aquello no resultó fácil, especialmente cuando ella parecía dolorosamente consciente de todo cuanto sucedía a su alrededor.

La gente comenzó a disminuir el paso en ambas direcciones de la calle, incapaz de resistirse a la oportunidad de presenciar el encuentro e intentar captar alguna palabra. No le cabía duda de que aquella escena sería tema de conversación en las mesas de la cena de toda esa parte del condado.

—Sir Alexander, ¿no va a presentarnos a su amigo? —preguntó la señora Townsend con voz alegre. La pregunta obligó a Alex a concentrarse.

—Sí, por supuesto. Este es mi amigo de la época escolar, el señor Garrick. Roger, permíteme presentarte a la señora Townsend y a la señorita Grey.

—A vuestro servicio —dijo Roger con una amplia sonrisa mientras hacía una reverencia ante ambas. Las dos damas respondieron con una inclinación.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en el pueblo? —continuó la señora Townsend.

Su voz se oía claramente y Alex comenzó a comprender que estaba intentando crear una apariencia de normalidad en la conversación para demostrar a los curiosos que todo marchaba bien.

—Solo dos semanas. Pero espero que tengamos ocasión de volver a encontrarnos —respondió Roger.

Su mirada inquisitiva se volvió hacia la señorita Grey y permaneció fija en ella.

—Qué maravilloso. El señor Townsend y yo nos aseguraremos de enviaros una invitación para cenar antes de que tenga que marcharse —luego se volvió hacia Alex—. Haré que la envíen a su casa y espero tener el placer de veros a ambos allí.

—Sí, por supuesto… será un placer —murmuró Alex.

Apenas sabía lo que estaba diciendo. La señorita Grey miraba a cualquier parte excepto a él. Tenía el rostro sonrojado y la mirada apagada. Eso por sí solo le indicó cuánto le estaba costando encontrarse en público bajo aquellas circunstancias. Movido por un impulso, volvió a inclinarse. Y esta vez fue ante ella.

—Señorita Grey, espero que nos encontremos en esa cena.

Ella le lanzó una rápida mirada y respondió algo ininteligible. Con una despedida apresurada, la señora Townsend continuó avanzando, llevándose a Christine del brazo. Sin duda había comprendido que prolongar aquella representación solo causaría más angustia a su amiga de la que podía soportar.

Como si acabara de liberarse de un hechizo, Alex reanudó la marcha. Sin embargo, la tristeza que había visto en la señorita Grey seguía perturbándolo.

—¿La confitería?

—Un momento, hombre —Roger volvió a posar una mano sobre su brazo, aunque siguieron caminando—. ¿Por qué todo el mundo te está mirando? ¿Qué ocurre entre la señorita Grey y tú? Y no me digas que nada, porque no te creeré.

Alex mantuvo la vista fija al frente y entonces divisó el desafortunado espectáculo de la señora Pickering, que reanudó sus cuchicheos en cuanto lo vio. Se asomó por encima del hombro de otra persona en dirección a donde había desaparecido la señorita Grey, lo que significaba que también la había visto a ella.

Aquello era intolerable. Durante toda su vida se había comportado de manera irreprochable. Siempre. Había demostrado al barón Winton que jamás tendría motivos para arrepentirse de haberlo apoyado. Había trabajado duro para imitar a los caballeros de la escuela y evitar cualquier conducta que pudiera dañar su reputación. Se había esforzado por pasar desapercibido para que la gente olvidara de dónde provenía.

Y ahora, *un* solo acontecimiento desafortunado lo había cambiado todo. Y ni siquiera podía soportar el desprecio con la cabeza bien alta, porque había una parte de verdad en los rumores. *Había* estado a solas con ella. Y ahora todos lo veían como el hombre que arruinaba a las jóvenes y las dejaba cargar solas con la deshonra.

No pudo evitar preguntarse por qué la señorita Grey había dicho que no. Seguramente no podía soportar convertirse en el blanco de tantas miradas, comentarios y especulaciones ociosas. Por difícil que aquello fuera para él, no era como si ella pudiera moverse en sociedad con la misma libertad que un hombre. Los hombres nunca sufrían una censura tan severa como las mujeres. ¿No comprendía acaso que, en realidad, no tenía otra opción que aceptar su propuesta? Los rumores seguirían existiendo, sí, pero no sería apartada de la sociedad de aquella manera. Y además, si hubiera dicho que sí, nadie se habría atrevido a mirarlo como si fuera un hombre dispuesto a jugar con una dama respetable sin ofrecerle después una propuesta honrosa.

—Ha surgido una complicación —respondió por fin, mientras abría la puerta acristalada de la confitería—. Pero no hablaremos de ello aquí. Te lo contaré todo cuando regresemos a Gracefield.

Roger aceptó la respuesta sin decir palabra, y su estancia en Horncastle no se prolongó mucho más después de eso. Aunque mantuvo una conversación constante y habló sin parar sobre qué dulces debían comprar, parecía percibir la incomodidad de Alex y, por una vez, se abstuvo de molestarlo con preguntas. No fue hasta que cruzaban el puente a la salida del pueblo cuando pidió una explicación, la cual Alex le ofreció de manera breve y concisa.

—¿Así que, después de todo eso, le propusiste matrimonio y ella te rechazó? —preguntó Roger, frunciendo el ceño.

—Así fue.

Su amigo bajó la mirada hacia sus brazos cruzados.

—Fue una situación extraordinariamente desafortunada en la que verse atrapado, y actuaste correctamente. Quizá al final comprenda que debe aceptar tu oferta. Y debo decir que, si termina haciéndolo, parece que has tenido suerte con tu compañera de

infortunio. La señorita Grey es una joven atractiva y, además, parece modesta. La situación podría haber sido mucho peor.

Le lanzó una mirada de reojo para observar cómo recibía el comentario.

—Estoy de acuerdo. Uno podría encontrar una esposa mucho menos adecuada que la señorita Grey.

Una rápida sucesión de imágenes atravesó la mente de Alex: la pequeña furia en el bosque, la dueña de casa despeinada y desordenada, la anfitriona torpe, la pobre criatura congelada a punto de desplomarse en el umbral. Después llegaron otros recuerdos: la dulce sonrisa con la que le había dado las gracias, la dignidad con la que rechazó su propuesta, la imagen de ella observando desde la ventana de su dormitorio…

Resultaba sorprendente que compartiera tantos recuerdos con una mujer a la que apenas acababa de conocer. Todos eran tan vívidos como el primero.

—Sin embargo —continuó Alex—, por ahora me ha rechazado. Y, como estoy seguro de haberte dicho antes, mi intención es casarme con una mujer capaz de desenvolverse en la sociedad londinense. Y la señorita Grey, desde luego, no es esa mujer.

—Sí, por tus sobrinas, a las que debes presentar en sociedad —reflexionó Roger—. Pero una vida entera parece un precio muy alto por el beneficio de dos temporadas.

Y ciertamente lo era, aunque nunca se lo había parecido antes de verse envuelto en aquel drama con la señorita Grey. No era que hubiera cambiado de opinión y deseara casarse con ella. Seguía necesitando ser práctico respecto a su futuro. Pero algo en su situación había cambiado.

Ya no podía contemplar con serenidad la idea de dejar a la señorita Grey en Horncastle para que se las arreglara sola mientras él quedaba libre para regresar a Londres. Y, de forma aún más extraña, tampoco podía imaginarse cortejando de inmediato a otra mujer.

—Ah, supongo que no importa —concluyó finalmente—. Después de todo, ella dijo que no.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—Eso no ha sido fácil —admitió Honoria tan pronto como dejaron atrás Horncastle.

Regresaban a la mansión Farlow por el camino arbolado que seguía el curso del río.

—No, no lo ha sido —convino Christine, encontrando difícil incluso levantar la vista del sendero que tenía delante. No se había sentido tan abatida desde la muerte de su madre—. Y te agradezco que no hayas intentado hacerme sentir mejor. No habría funcionado.

—Lo sé —Honoria estiró la mano y apretó suavemente su brazo —. Ay, amiga mía… Jamás habría esperado algo así de algunas de nuestras amistades. ¿Cómo puede la señora Reid permitir semejantes chismes? ¿O incluso contribuir a ellos? Mi madre tendrá algo que decir al respecto, y no carece precisamente de influencia.

La señora Bassett y su esposo se habían trasladado recientemente a la casa más pequeña situada cerca del molino, dejando la residencia principal a Samuel y a su esposa. Ese cambio permitía a la señora Bassett acudir con más facilidad al pueblo, incluso pese a sus problemas reumáticos, y participar en la vida social local.

—Estoy agradecida a tu madre —dijo Christine en voz baja.

Al menos no todo el mundo le había dado la espalda. Honoria cambió la cesta de mano y enlazó el brazo libre con el de su amiga.

—Debo admitir que empiezo a dudar de lo rápido que esto vaya a desaparecer. Pensé que para estas alturas los rumores ya se habrían apagado un poco, pero la gente parece decidida a pensar lo peor. No lo entiendo —de repente se detuvo y miró a Christine—. *¡Ah!* Pero escucha esto… ¿Sabes lo que hizo Arabella Dawson? Entró directamente en el establecimiento de la señora Reid y le dijo exactamente lo que pensaba de sus empleados por difundir rumores

sobre una de las nuestras —soltó una carcajada y negó con la cabeza—. Es impresionante cuando presencia una injusticia.

—¿De verdad hizo eso?

Christine sonrió pese a sí misma. La tímida Arabella acudiendo en su defensa. Era conmovedor pensarlo.

Mucho menos agradable había sido contemplar la reacción de Martin Pasley y de su esposa cuando entró en la botica junto a Honoria. Sarah las había recibido con la cordialidad de siempre, por supuesto, pero Martin se comportó exactamente como Sarah le había advertido que podría hacerlo. Desde que se casó con Helen el año anterior, se había vuelto rígido y excesivamente preocupado por las apariencias y por lo que consideraba correcto, en consonancia con los estrictos principios metodistas de su esposa.

Martin saludó a Christine con una inclinación fría y formal antes de retirarse a la trastienda, donde ella pudo oír una conversación en voz baja. Apenas había tenido tiempo de intercambiar unas palabras con Sarah cuando él llamó a su hermana para que acudiera al fondo del local, alegando que la necesitaba.

En el rostro de Sarah apareció primero un destello de irritación y luego de resignación. Se disculpó y fue hacia él. Christine no tuvo deseos de quedarse más tiempo.

—Creo que Gus y Sarah Pasley sienten algo el uno por el otro —dijo, incapaz de guardar por más tiempo aquella nueva sospecha a su mejor amiga.

Honoria asintió sin mostrar sorpresa.

—Yo también lo había pensado. Creo que están hechos el uno para el otro. Sarah no lo idolatra ni se deja intimidar por sus asperezas. Necesita una mujer así.

—Desde luego sabe cómo mantenerlo alerta —una sonrisa asomó a los labios de Christine—. Pero la reacción de Martin hoy me preocupa. ¿Viste lo poco amable que estuvo? Parecía incapaz de alejarse de mí con suficiente rapidez.

Miró a Honoria, que respondió con un asentimiento resignado.

—Su comportamiento es tan injusto como desagradable. Y eso que le diste parte de tus hierbas cuando la inundación arruinó su huerto medicinal —permanecieron un rato en silencio mientras sus

pasos crujían sobre las hojas otoñales—. Todo es influencia de su esposa —continuó Honoria finalmente—. Pero Sarah no es de las que obedecen ciegamente a su hermano. Aunque él desapruebe el matrimonio, no creo que vaya a dejarse gobernar por él, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo. Pero Sarah y yo compartimos algo en común. Martin es la única familia que le queda. Y por mucho que Gus consiga sacarme de quicio, sería muy desgraciada si terminara distanciada de él. No soportaría una ruptura permanente entre nosotros, y eso podría sucederle a Sarah si se casa en contra de la voluntad de su hermano.

—Supongo que tienes razón —el cielo sobre ellas se oscureció cuando una nube pasó delante del sol—. ¿En qué piensas? —preguntó Honoria mientras tomaban la bifurcación que conducía a Farlow.

Christine suspiró. Últimamente parecía hacerlo a todas horas.

—Estoy pensando que mi negativa a considerar la propuesta de sir Alexander está perjudicando a más personas que a mí misma.

Honoria chasqueó la lengua con simpatía.

—Tal vez, pero todas esas personas son adultas y pueden cuidar de sí mismas. Todos podemos. La que me preocupa eres tú —el aire permanecía inmóvil. Durante unos instantes reinó el silencio antes de que continuara—. Sir Alexander parece un hombre bondadoso. Y desde luego es muy apuesto. ¿Estás completamente segura de que no podrías llegar a sentir algo por él si se les diera tiempo a esos sentimientos para crecer?

—Mis sentimientos no importan. La idea de obligar a un hombre a llegar hasta el altar es insoportable —había reflexionado sobre ello una y otra vez durante los últimos días, y cuanto más lo pensaba, más repulsiva le parecía la idea. Apretó los labios y negó con la cabeza—. Sé que sir Alexander es un buen hombre y que yo no sufriría en ese matrimonio. Al fin y al cabo, obtendría una gran casa y una independencia que jamás podría tener como mujer soltera. Tendría hijos.

Se interrumpió bruscamente, incapaz de continuar. Honoria alzó la vista hacia las altas rejas de hierro de la mansión Farlow, tras las

cuales se acumulaban las nubes grises. Detuvo a Christine sujetándola suavemente.

—Obtendrías todas esas cosas. Y entonces… ¿qué?

Dejó la pregunta suspendida en el aire.

—No podría soportar que mi marido me despreciara cada vez que me mirara simplemente porque nunca tuvo la oportunidad de elegirme por voluntad propia —no se atrevió a mirar a Honoria—. No podría soportar saber que lo obligué a llegar al altar. Eso sería peor que cualquier otra cosa. Peor incluso que las miradas de lástima, los susurros o las sonrisas burlonas; peor que el vacío social. Esas cosas tendría que soportarlas fuera de casa. Pero su desprecio tendría que soportarlo dentro de ella, cada minuto de cada día, durante el resto de mi vida.

Se cubrió los ojos con una mano, y Honoria se apresuró a conducirla hacia el patio interior, fuera de la vista de cualquier mirada curiosa que pudiera pasar por el camino. Una vez dentro del patio, Christine se secó los ojos, esforzándose por contener sus emociones. Jimmy apareció rodeando la casa, pero al verla llorar desvió el rostro, apartándose discretamente de aquella escena privada. Christine se sintió agradecida por la lealtad y la bondad de sus sirvientes. Ninguno de ellos permitiría que se dijera un solo chisme sobre ella.

—Entra —dijo Honoria, guiándola hacia la parte delantera de la casa—. La salida ha sido angustiosa y necesitas descansar. Y probablemente también comer algo para recuperarte.

Las voces les llegaron desde el interior incluso antes de abrir la puerta. Era Philip hablando con Gus mientras observaba los progresos de Matthew, que avanzaba tambaleándose entre los muebles.

—¿Dónde está la niñera? —preguntó Honoria apenas entraron.

—En la cocina. Está lo bastante cerca como para oírme si la necesito.

Philip miró a Christine y luego a su esposa con expresión interrogante. Honoria hizo un pequeño movimiento negativo con la cabeza, pero Gus alcanzó a verlo. Se puso de pie y saludó a Honoria con una inclinación, esperando a que ella tomara asiento.

—Por supuesto que su primera salida al pueblo no iba a resultar bien, aun teniéndote a ti para acompañarla, Honoria —dijo, lanzándole a Christine una mirada sombría—. Es inocente en todos los sentidos y necesitaba vivirlo por sí misma para creerlo.

—Si soy inocente, entonces no debería verme obligada a soportar críticas ni expectativas como si no lo fuera —replicó Christine con aspereza —ya había tenido suficiente de su hermano. Sin embargo, recordó a Sarah en la botica y una punzada de culpa la atravesó. Tal vez ella fuera, sin quererlo, la causa de la infelicidad de Gus—. Vimos a Sarah y a Martin.

No estaba segura de por qué lo mencionaba, salvo quizá para provocar alguna reacción. Nunca habían hablado abiertamente de los sentimientos que él pudiera albergar hacia Sarah.

Honoria se acercó a su hijo y lo sostuvo por la espalda de su vestido mientras el pequeño avanzaba dando pasos inseguros.

—Martin se mostró distante con nosotras, y no me gustó nada su actitud.

—¿De veras? —preguntó Philip, volviendo a sentarse ahora que Matthew tenía a su madre cerca.

—¿Ah, sí? Bueno… —Gus frunció el ceño. Pasó un momento antes de continuar—. Si fue así, se está dando demasiadas ínfulas. No debería pensar que puede despreciar a mi hermana, que después de todo es hija de un caballero. ¿Y él qué es?

—No importa, Gus —dijo Christine con cansancio.

—También vimos a sir Alexander —continuó Honoria, revelando una información que Christine no tenía intención de compartir—. Estaba en el pueblo con un amigo suyo de la escuela. Philip, le prometí que les enviaríamos una invitación a cenar a ambos. Quizá podríamos reunirnos todos para cenar. Todos nosotros —añadió, lanzando una mirada significativa a Christine.

—No.

Christine apartó la vista.

—No puedes evitar al hombre para siempre —dijo Gus.

—Pero sí puedo hacerlo hasta que regrese a Londres. Lo que ocurra dentro de un año será algo completamente distinto. Para entonces las habladurías ya habrán desaparecido.

La verdad era que Christine no podía imaginar la tortura que supondría cenar con sir Alexander fingiendo que nada había ocurrido, y le sorprendía que Honoria siquiera hubiera sugerido algo así. Creía que su amiga la conocía mejor.

—¿Y a quién más invitarías a esa cena? —preguntó Gus.

¡Lo estaba considerando seriamente! Seguramente pensaba utilizar aquella cena para empujarla hacia un compromiso, pero descubriría cuán equivocado estaba.

—Bueno, a vosotros dos y a los Dawson, por supuesto… y a Sarah. Sir Alexander y su amigo, el señor Garrick, aunque necesitaremos a otra dama para equilibrar el número de invitados. Creo que sería una buena idea invitar a Martin y a su esposa para que vean que él está exagerando y que ninguna persona sensata comparte su opinión. Y ya que hablamos de eso, quizá también deberíamos invitar a Sam y a Barbara por la misma razón.

Cada nuevo nombre que se añadía a la lista de invitados provocaba un dolor en la cabeza de Christine.

—Te das cuenta de que yo no podría asistir a una cena así, ¿verdad?

Se levantó y se acercó a Honoria, mientras Matthew le hacía señas desde su lugar junto al sofá. Ella le devolvió el gesto, aunque con una sonrisa triste.

—No puedo agradeceros lo suficiente su apoyo, y sé que vuestras intenciones son las mejores. Pero jamás podría soportar una reunión tan grande sabiendo que hay personas que no siempre han creído en mí.

—Eso es precisamente en lo que debes pensar —dijo Gus con firmeza—. ¿Dónde está Mary cuando uno necesita una taza de té?

—Sí, ya te estás poniendo irritable. Se podría poner el reloj en hora según tu estómago —respondió Christine con un afecto resignado.

Cualquier molestia que normalmente habría sentido hacia él se veía empequeñecida por la idea de que su propia obstinación pudiera detener el naciente cortejo entre Gus y Sarah y arrebatarles también sus esperanzas de futuro.

Mary ya había preparado una bandeja de té y la llevó al salón. Era tan abundante como si la propia Christine hubiera supervisado cada detalle. Una pequeña satisfacción la invadió al contemplar aquella muestra del buen orden de su hogar, por escaso consuelo que fuera.

Mientras comían -Christine alimentando a Matthew con pequeños trozos de pastel- la conversación derivó hacia temas más ligeros. El simple hecho de tener a sus amigos allí, hablando de asuntos cotidianos, ayudó a Christine a comer más de lo que había conseguido en los últimos días. Aquella comida le devolvió algo de energía para volver a reflexionar sobre su situación, aunque seguía sin acercarse a ninguna solución.

Cuando los Townsend se marcharon, prometiendo enviar la invitación para la cena, Christine volvió a sentarse y cogió su bordado. En parte esperaba tener la oportunidad de hablar con Gus acerca de sus sentimientos, una idea intimidante, ya que la mayor parte del tiempo ambos fingían que él no tenía ninguno. Ni siquiera cuando murió su madre habían sido abiertos o vulnerables el uno con el otro.

Pero empezaba a resultar necesario averiguar si Sarah era realmente tan importante para él como ella sospechaba. Gus parecía no tener nada urgente que hacer. Se acercó al fuego, removió las brasas con inquietud y luego se sentó para servirse el último trozo de pastel.

—Gus, quisiera preguntarte algo —comenzó Christine, decidiéndose al fin. Dejó el bordado a un lado y sostuvo su mirada.

—Has adelgazado —dijo él al mismo tiempo—, y tienes ojeras. Necesitas comer más y dormir —aquellas palabras críticas eran, probablemente, de las cosas más amables que él le había dicho jamás. La había *notado*. Una cálida sensación se acomodó en su corazón—. ¿Qué sucede? —añadió, un poco menos gentil.

Ella mantuvo la mirada fija en él.

—¿Por qué fuiste a ver a Sarah Pasley cuando yo había desaparecido?

Los ojos de Gus se abrieron de par en par y permaneció inmóvil durante un instante antes de responder.

—Fui a ver a Martin. Lo necesitaba para la búsqueda.

—Entonces, ¿por qué volviste después para decirle a Sarah que me habían encontrado? —insistió ella.

Él cruzó los brazos y, aunque seguía pareciendo a la defensiva, tardó menos en responder.

—Bueno, claro que Martin necesitaba saber que te habían encontrado y que ya no hacía falta seguir buscándote.

—Pero para entonces Martin ya se había marchado, ¿no es así? Y se habría enterado igual que todos los demás, gracias a la lengua indiscreta de la señora Pickering.

Lo observó fijamente, preguntándose si lo admitiría, si tendría el valor de hacerlo. A Gus le había gustado Arabella y nunca lo había ocultado, pero jamás había existido entre ellos una verdadera conexión. Había alentado la admiración infantil de Honoria, pero nunca se sintió tentado a cortejarla. Con Sarah era diferente.

Sí, discutían. Pero tenían muchas cosas en común y, sobre todo, parecían sentirse atraídos el uno por el otro con la misma intensidad. Cualquier mujer sería afortunada de tener un marido que correspondiera a sus sentimientos y no vacilara en ellos.

—¿A qué vienen todas estas preguntas? —preguntó él al fin.

Christine decidió decirlo claramente.

—Creo que fuiste a ver a Sarah porque tienes sentimientos por ella.

—¡Las cosas que se te ocurren! —Gus frunció el ceño y se puso de pie, regresando junto al fuego—. Lo siguiente será imaginar que pienso pedirle matrimonio.

—Podrías hacer cosas peores —insistió Christine, girándose para mirarlo cuando él se volvió de pronto con intención de salir de la habitación. Ella se levantó y fue tras él—. Creo que, si tienes sentimientos por Sarah, deberías dejar de perder el tiempo y pedírselo.

Gus se detuvo y se volvió.

—Ella no es hija de un caballero.

Seguía frunciendo el ceño.

—Se acerca bastante a serlo, teniendo en cuenta la fortuna que les dejó su tío. Además, fue educada por una institutriz y posee una

dote. De todos modos, eso no debería importar. Comparten los mismos intereses. Y ella no se siente intimidada por ti —Gus se volvió y apoyó una mano en el arco que conducía al corredor. Permaneció allí unos instantes y luego se dispuso a salir sin responder, pero Christine lo detuvo—. Gus, pocas veces te he pedido algo. Pero ahora quiero saber una cosa. ¿Tienes sentimientos por Sarah Pasley? ¿Te imaginas un futuro junto a ella? ¿Podrías, solo por esta vez, confiarme algo de tu corazón?

Él se volvió hacia ella, y Christine quedó atrapada por la expresión que vio en sus ojos. Había vulnerabilidad allí y, pensó ella, también miedo.

—La admiro, pero no estoy seguro de que sea la esposa adecuada para mí. Como tú misma dijiste, discutimos con frecuencia, y siempre he pensado que me iría mejor con alguien de carácter más dócil —se interrumpió, manteniendo la vista fija en las tablas del suelo, antes de añadir—. Pero… por más que intento convencerme de lo contrario, no consigo sacarla de mi cabeza —le dirigió una sonrisa sombría—. Ahí tienes tu confidencia. Ahora déjame en paz.

CAPÍTULO DIECISIETE

La espesa niebla que cubría los bosques de Gracefield Park no impidió que Alex y Roger salieran a cazar aquella mañana, e incluso lograron abatir dos aves gracias a una afortunada abertura entre las nubes que permitió que un rayo de sol les diera algo de visibilidad. A ese éxito deportivo le siguió un abundante desayuno y varias horas en las que cada uno se dedicó a leer el periódico y ponerse al día con su correspondencia. Los esfuerzos de Roger consistieron únicamente en una carta dirigida a la señorita Corning, la cual escribió con una deliberación tan sorprendente como el simple hecho de que estuviera escribiéndole a alguien.

Mientras Alex revisaba sus cuentas o respondía cartas, se libraba de tener que pensar en su reciente enredo con la señorita Grey. *Enredo* no era exactamente la palabra adecuada para describir su situación, pero no encontraba otra mejor. Desde luego, no podía llamarlo una decepción, aunque la forma pesada y apagada en que su corazón parecía avanzar se le asemejaba bastante.

Por la tarde estaban sentados en la biblioteca jugando a las cartas cuando llamaron a la puerta. Como no había recibido una sola visita desde la inundación y todo lo que había ocurrido después, Alex frunció el ceño, incapaz de imaginar quién podía ser. Pocos minutos después, el mayordomo anunció que el señor Mercer había venido a visitarlo. Alex le indicó a Davies que lo condujera a la biblioteca y explicó a Roger:

—Es un vecino mío. Un hombre decente —el señor Mercer entró, y ambos se pusieron de pie. Alex hizo una reverencia de saludo y señaló a Roger—. Señor Mercer, permítame presentarle a un amigo que se encuentra de visita, el señor Roger Garrick —luego hizo una señal al mayordomo—. Tráenos una botella de whisky escocés y algunos vasos.

Roger y el señor Mercer intercambiaron algunas cortesías, y el señor Mercer reparó en la partida de cartas olvidada sobre la mesa.

—Me temo que he interrumpido vuestro juego.

—No piense tal cosa. Nos honra con su visita.

Las buenas maneras de Alex surgían de forma natural, pero no por ello eran menos sinceras. Había algo en su vecino mayor que le inspiraba afecto y respeto. Desde la cena en casa de los Mercer había sentido una cierta amistad hacia él. Ahora, a la luz de todo lo sucedido, apreciaba especialmente aquella visita.

—Señor Garrick, ¿de dónde es usted? —preguntó el señor Mercer mientras Alex les indicaba que tomaran asiento.

—De Wolverhampton, en Staffordshire.

La puerta se abrió y Davies entró con tres vasos y la botella de whisky, que Alex se encargó de servir.

—No puedo decir que conozca esa región —el señor Mercer bebió un sorbo y se acomodó en el asiento—. ¿Está disfrutando de su estancia en Lincolnshire?

—Es un condado muy hermoso y toda la gente ha sido sumamente amable. ¿Hace mucho que vive usted aquí?

Alex permitió que su mente divagara mientras Roger y el señor Mercer conversaban sobre pequeños detalles personales que él ya conocía. Una parte de él se preguntaba qué había llevado al señor Mercer a visitarlo, y no estaba del todo seguro de qué esperaba. Era evidente que el caballero había acudido con intenciones amistosas, y Alex se alegraba de comprobar que no se había dejado arrastrar por los rumores del pueblo. Sin embargo, no podía evitar preguntarse si el señor Mercer acabaría aludiendo al tema que estaba en boca de todos. Él y su esposa conocían bien a la señorita Grey. Quizá encontraría la manera de sacar el asunto y Alex descubriría lo que realmente pensaba. Aunque, con Roger presente, difícilmente podría hacerlo.

—Señor Garrick, espero que me disculpe si le pido hablar un momento en privado con sir Alexander.

El rostro del señor Mercer conservaba la misma expresión bondadosa, y Alex no pudo extraer ninguna conclusión de ella. Debía

de tratarse de algo serio si solicitaba una conversación privada. Roger comprendió la indirecta y se puso de pie, inclinando la cabeza.

—Por supuesto. Alex, me encontrarás en la sala de billar. Creo que practicaré algunos tiros.

—Pide al lacayo que te enseñe dónde están las bolas. El armario está deformado y no es fácil abrirlo —respondió Alex.

Luego volvió la atención hacia su invitado. El señor Mercer tomó otro sorbo de whisky y dejó el vaso sobre la mesa, aunque mantuvo los dedos alrededor de él.

—Mi visita llega más tarde de lo que me habría gustado, pero quería venir personalmente a agradecerle por haber rescatado a la señorita Grey. Para nosotros es casi como una hija.

El silencio que siguió impulsó a Alex a responder.

—Me alegré simplemente de haber estado en posición de prestarle ese servicio.

El señor Mercer pareció asimilar sus palabras mientras jugueteaba distraídamente con el vaso. Daba la impresión de estar escogiendo con cuidado lo que iba a decir.

—Entiendo que las consecuencias de todo esto no han sido fáciles para vosotros. Sin duda, el rescate ha tenido consecuencias para la señorita Grey, pero también las ha tenido para usted —su sonrisa era comprensiva—. Philip Townsend vino a verme y me puso al corriente de la situación. Sé que no tomará a mal que lo hiciera, pues su intención no era entrometerse. Tampoco lo es la mía —añadió rápidamente el señor Mercer para tranquilizarlo. Dejó que el silencio se instalara nuevamente, y esta vez Alex tampoco lo rompió. Esperó a que el señor Mercer llegara al verdadero motivo de la conversación—. Philip sabe que la señorita Grey nos es tan querida como Honoria. Conocemos a ambas jóvenes desde que nacieron. Pero, verá, la señorita Grey ya no tiene padre ni madre que velen por ella, y Philip pensó que quizá desearíamos tener noticias, puesto que no habíamos sabido nada. Mi esposa había estado enferma, comprenderá, y por eso no hacíamos visitas —levantó la vista hacia Alex—. Cuando Philip vino, me informó de que usted le había ofrecido matrimonio después de que los chismosos del pueblo comenzaran a causar problemas, y que ella lo rechazó.

A pesar del respeto que sentía por el señor Mercer, Alex no estaba acostumbrado a que sus asuntos personales se comentaran tan abiertamente, ni le agradaba en absoluto. Y apenas podía decidir qué era peor: que la gente creyera que él no estaba dispuesto a ofrecer matrimonio a la señorita Grey, o que supieran que sí lo había hecho y que su propuesta no había sido considerada digna de aceptación.

Sin embargo, el recordatorio de que el padre de la señorita Grey ya no estaba vivo para ayudarla lo llevó a contemplar aquella invasión de su intimidad con cierta indulgencia.

—Tiene usted razón, señor —dijo.

—Aunque considero que los asuntos de la señorita Grey son, en cierta medida, asunto mío, soy muy consciente de que los suyos no lo son. Por lo tanto, le ahorraré la impertinencia de preguntarle cómo recibió su rechazo. Sin embargo, debo decirle que, de haberlo aceptado, ella habría sido una excelente esposa —alzó una ceja poblada mientras observaba a Alex—. Por si acaso se hubiera sentido inclinado a considerar su negativa como una afortunada escapatoria.

El comentario hizo que Alex se moviera incómodo en su asiento y se aclarara la garganta. Era irracional, pero de pronto sintió cierta antipatía hacia el señor Mercer. No sabía de dónde provenía aquel desagrado. Su vecino no hacía más que expresar una verdad que Alex apenas se había permitido reconocer.

También había un leve tono de reproche en sus palabras, aunque quizá no hubiera sido intencionado. Pero Alex no había considerado aquello una afortunada escapatoria; bueno, al menos si lo había hecho, la sensación había sido muy breve. Y, después de todo, él *había* hecho la propuesta. Había hecho todo cuanto estaba en su mano. La sucesión de justificaciones que se formó en su mente le impidió responder. Tras unos instantes, el señor Mercer añadió:

—En fin, como he dicho, no voy a exigirle una confidencia, y sí quiero agradecerle que haya evitado que nuestra Christine muriera congelada.

Aquello suavizó a Alex, y entonces formuló la pregunta que más había ocupado su mente desde que comenzó aquella conversación privada.

—Aunque comprendo su gratitud, me pregunto si existe alguna otra razón por la que deseaba hablar conmigo.

—Ah —el señor Mercer bebió otro sorbo y dejó el vaso con cuidado antes de responder—. Confesaré que fue la señora Mercer quien me pidió que viniera a visitarlo. Está preocupada por Christine, verá. No ha hablado con ella directamente debido a su convalecencia, pero Honoria le contó a mi esposa que Christine ha recibido varios desaires directos por parte de algunos miembros de la sociedad local. Apenas sale ya de casa.

El señor Mercer hizo una pausa, pero Alex ya tenía una idea bastante clara de hacia dónde se dirigía la conversación. Su vecino había venido a interceder por la señorita Grey y a pedirle que volviera a ofrecerle matrimonio.

Debería haberse sentido indignado por aquella intromisión o quizá alarmado por sus implicaciones, pero la sensación predominante fue el alivio. Tal vez, por fin, aquel asunto podría resolverse. Aun así, sería prudente actuar con cautela y asegurarse de comprender plenamente aquello que todavía no se había dicho.

—¿Qué es exactamente lo que está diciendo? ¿Qué me está pidiendo? —cuando llegó el turno del señor Mercer de sentirse incómodo, Alex no pudo contener el argumento que siempre se interponía cada vez que pensaba en cambiar la situación—. Ella me rechazó. Difícilmente puedo volver a pedirle matrimonio cuando la idea de casarse conmigo no le resulta de su agrado.

El señor Mercer hizo un gesto conciliador con las manos.

—Lo sé. Le dije a la señora Mercer que era altamente impropio que interviniera de esta manera. Es solo que a mi esposa le duele ver sufrir a Christine, y a mí también, especialmente por culpa de personas malintencionadas como la señora Pickering.

—Si la señora Mercer no ha hablado con la señorita Grey, solo puedo suponer que no tiene idea de si una nueva propuesta sería bien recibida.

Alex dejó sin decir el resto. Después de todo, aquello no era una historia de amor. Él no iba a suplicar.

—No pretendo conocer la mente de Christine —admitió el señor Mercer. Golpeó suavemente con los dedos el borde del apoyabrazos —. ¿Me haría el honor de confiarme si estaría dispuesto a ofrecer nuevamente matrimonio a la señorita Grey en el caso de que ella haya llegado a lamentar su precipitada negativa? Quizá el tiempo le haya dado una perspectiva diferente.

Más de una vez Alex había pensado exactamente lo mismo, pero siempre terminaba llegando a la misma conclusión insatisfactoria: no podía hacer nada más. Difícilmente podía acercarse a ella otra vez cuando su rechazo había sido tan definitivo, y ni siquiera la conocía lo suficiente como para hacerle una visita social. Pero aquella posibilidad lo mantenía inmóvil, incapaz de avanzar. Si ella había cambiado de opinión, tal vez podrían resolver aquello de una vez por todas. Pensó detenidamente cuál debía ser su respuesta.

—Creo que es justo que a la señorita Grey se le conceda una segunda oportunidad para salvar su buen nombre, si así lo desea — las palabras de Alex salieron desprovistas de emoción, ocultando la agitación que llevaba por dentro—. Volveré a pedirle matrimonio, pero solo si tengo la seguridad de que la respuesta será afirmativa.

Aquello produjo un cambio inmediato en la expresión de su visitante.

—Me alegra oírlo, y lo honro por la nobleza de sus intenciones —le sonrió ampliamente—. ¿Asistirá mañana por la noche a la cena de los Townsend? —cuando Alex respondió que sí, el señor Mercer añadió—. Entonces quizá pueda servir también como anuncio del compromiso, si todo sale como esperamos.

Alex lo miró sorprendido.

—Resulta un poco precipitado cuando no sé nada de lo que piensa la dama.

—La señora Mercer está esperando conocer el resultado de mi visita. Si es favorable, irá hoy mismo a ver a Christine. Esta misma noche podría enviarle noticias en cuanto conozca su decisión.

Alex se cubrió los ojos con una mano. Todo aquello era demasiado. Había pasado de una resolución poco entusiasta, aunque firme, de pedir la mano de la señorita Grey el día en que regresaron a Horncastle; después había sentido alivio, y luego decepción, ante su negativa; más tarde había experimentado la extraña sensación de haber perdido el rumbo cuando ella dijo que no. ¿Y ahora, después de expresar su disposición a volver a proponérselo, se esperaba que lo hiciera de inmediato y que además anunciaran el compromiso en una reunión al día siguiente? Aquello era pedirle demasiado.

—La señorita Grey ha sufrido mucho a causa de todo esto —la mirada serena del señor Mercer no le concedió tregua a Alex—. No es necesario hacer un gran anuncio, pero si tuviera ese gesto, podría contribuir enormemente a devolverle su lugar en la sociedad. Tal vez precipitar un anuncio semejante implique cierto sacrificio, pero sin duda sería un acto de bondad. Alex no pudo evitar dejar escapar un suspiro.

—Envíeme noticias tan pronto como conozca la decisión de la señorita Grey. Iré a visitarla mañana si su respuesta es favorable.

—Excelente. Le prometo que vendré esta misma noche si así sucede —el señor Mercer se puso de pie y le tendió la mano, que Alex estrechó. No lograba decidir si la repentina conclusión de la visita se debía a que el señor Mercer se sentía aliviado ante la posibilidad de que la señorita Grey se librara de unas críticas que no merecía, o simplemente a que había cumplido su misión y ya no tenía motivo para quedarse. Apenas había dado unos pasos cuando se volvió—. Es usted, en verdad, todo un caballero, sir Alexander.

Alex hizo una inclinación. No era algo a lo que pudiera responder, pero aquellas palabras lo conmovieron. Suponía que, a esas alturas, ciertamente calificaba como un caballero, puesto que había recibido la educación propia de uno y poseía un título y una propiedad, aunque todavía necesitara trabajar para mantener sus ingresos.

Pero el señor Mercer lo había llamado caballero por su comportamiento. Aquello le dejó una cálida sensación que permaneció con él mientras acompañaba a su visitante hasta la puerta y luego se reunía con Roger en la sala de billar. A su amigo le

habló de la gratitud de su vecino por haber salvado a la señorita Grey, pero no mencionó la posibilidad de una nueva propuesta de matrimonio. Después de todo, quizá no llegara a ocurrir nada.

Sin embargo, conforme transcurrió el día, se permitió reflexionar con mayor seriedad sobre la posibilidad de casarse con ella. A pesar de todas las razones que tenía para no unirse a la señorita Grey -ninguna de las cuales había olvidado-, se descubrió pensando en todos los motivos por los cuales aquel matrimonio podría resultar beneficioso.

Era hija de un caballero, aunque Leonard seguramente se opondría al hecho de que ella no pudiera favorecer la presentación de sus hijas en la sociedad londinense. Era trabajadora, algo que Alex admiraba profundamente. Tenía unos rasgos muy hermosos, que se verían aún más favorecidos si sonriera con mayor frecuencia. Y tenía una piel semejante al alabastro, cosa en la que Alex no pensaba en absoluto.

Después de todo, la mayoría de las mujeres se lanzarían encantadas a la oportunidad de atrapar a un hombre rico y con título, al menos aquellas que poseyeran una mínima dosis de sentido mundano. Pero la señorita Grey no parecía pertenecer a esa clase de mujeres. Hasta que ella demostrara estar dispuesta a considerar su propuesta, lo más prudente sería que él la considerara poco más que una extraña, una extraña cuya piel, por tanto, estaba completamente fuera de sus pensamientos. Además, ella todavía no había dado una respuesta favorable, y no existía ninguna garantía de que lo hiciera.

***

Christine estaba sentada en la penumbra del cuarto del ama de llaves, completamente inmóvil, escuchando la actividad de la cocina cercana mientras la señora Bunting preparaba la cena de aquella noche. No habían tenido ama de llaves desde antes de partir a Bath años atrás, cuando albergaron la esperanza de encontrar una cura para la enfermedad de su madre. Al regresar, Christine había asumido de inmediato el papel de ama de llaves y señora de la casa, como una manera de apartar su mente de la reciente pérdida. Aquello había funcionado, pues era una persona naturalmente

trabajadora y encontraba placer en sus deberes domésticos. Pero, por primera vez, no podía pensar en ninguna actividad en la que volcar el corazón.

Había pasado ya más de una semana desde que rechazó la propuesta de matrimonio de sir Alexander, y su vida se había trastornado por completo. Nadie había ido a visitarla, salvo sus amigos más cercanos, y había perdido el ánimo necesario para intentar ir a la ciudad por tercera vez, incluso acompañada. Los susurros y las miradas eran demasiado difíciles de soportar, así como también la frialdad de los comerciantes, que siempre habían sido tan respetuosos como amables con ella.

Había comprendido con claridad que, aunque había escapado de una muerte helada en el río, la vida que siempre había conocido no había sobrevivido. Había sido arrastrada por la corriente junto con el carruaje y había encontrado su propia muerte.

El carruaje apareció finalmente, roto y cubierto de barro, varado en la orilla del río Witham, cerca del pueblo de Fiskerton. Sin embargo, su baúl y el de su hermano habían desaparecido. Nunca volvería a usar su hermoso vestido violeta, aquel al que había dedicado tantas horas cosiendo diminutas cuentas decorativas. Había sido la prenda más hermosa que jamás había creado o poseído. Christine apoyó los brazos sobre el sencillo escritorio, entrelazó las manos delante de ella y permaneció mirando la nada.

De todos modos, ya no tendría dónde usarlo, pensó. El Baile de la Lana se había celebrado según lo previsto, incluso sin aquellos que se habían visto impedidos de asistir. Y probablemente ella jamás volvería a asistir a un baile, ahora que había perdido su buen nombre.

A lo lejos se oyó llamar a la puerta principal, y ella permaneció sentada, sin curiosidad alguna, dejando que otra persona respondiera. No tenía sentido preguntarse quién sería ni esperar una visita que pudiera traerle alguna alegría. Si *era* para ella, solo podía tratarse de Honoria o Arabella -Sarah había dejado de acudir-, y ya no quedaba nada que sus amigas pudieran decirle que prometiera un futuro más alentador. Jimmy llamó suavemente a la puerta del cuarto del ama de llaves.

—Señorita, tiene una visita. La señora Mercer.

Christine levantó la vista con sorpresa. La señora Mercer no había acudido antes, y la única conclusión que había podido sacar era que la veía de la misma manera que la señora Reid: como un objeto de deshonra. Había sido una amarga realidad que aceptar, y había derramado muchas lágrimas por ello.

A pesar de lo esperanzador que resultaba ver a la señora Mercer en su puerta, sería prudente averiguar primero qué deseaba su vecina. Quizá solo hubiera venido a pronunciar una severa condena sobre su carácter y a romper definitivamente toda relación. Se puso de pie, alisándose la falda del vestido.

—Dile que enseguida iré.

Jimmy asintió y se marchó. Christine permaneció unos instantes con los dedos apoyados sobre la lisa superficie de madera de la mesa, tratando de controlar su respiración. Cuando se sintió preparada, fue hacia la cocina para pedirle a la cocinera que preparara una bandeja con té y pasteles, pero se detuvo. Tal vez no hiciera falta si la señora Mercer no pensaba quedarse, y sería humillante que llevaran la bandeja a una sala ya vacía de visitantes.

En lugar de ello, pasó junto a la cocina y la despensa y recorrió el corredor hasta llegar al salón, donde permaneció fuera de la vista. Lo mejor sería terminar de una vez con aquello, pero por alguna razón sus piernas se negaban a avanzar.

Aquella visita podía significar el final de todo. Descubriría lo que la señora Mercer pensaba realmente de ella y quizá tendría que despedirse de una relación que había creído destinada a durar toda la vida. La sola idea era más de lo que podía soportar en su estado actual. Jimmy salió del comedor de camino a la cocina y se detuvo al verla inmóvil.

—La señora Mercer está… es decir, ya le dije que vendría, señorita.

Christine asintió, reunió todo su valor y entró en el salón. Cuando la señora Mercer la vio, se puso de pie y abrió los brazos, acercándose a ella sin vacilar.

—Querida mía —durante la última semana Christine se había entrenado para ocultar sus emociones y mostrar únicamente una

actitud serena, pero no pudo permanecer indiferente ante una muestra de afecto tan generosa. Se derrumbó en los brazos de la señora Mercer. A pesar de sus esfuerzos, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus hombros comenzaron a temblar mientras su bondadosa vecina le acariciaba la espalda y la consolaba con palabras apenas murmuradas—. Ven, sentémonos —la condujo hasta una silla—. Sécate las lágrimas y yo iré a hablar con la señora Bunting. Creo que puedo permitirme prescindir de las formalidades en tu casa, ya que fui amiga de tu madre.

Christine solo pudo asentir e intentar contener el llanto. Había ocultado aquella debilidad a sus sirvientes y no deseaba que ninguno de ellos viera ahora las huellas de sus lágrimas. Quizá su rostro recuperara su color habitual antes de que la criada entrara con la bandeja del té. La señora Mercer se ausentó por unos minutos y, cuando regresó, tomó la silla más cercana a Christine y apoyó una mano sobre su brazo.

—Debes perdonarme por no haber venido antes. Tuve un resfriado bastante fuerte y me ha llevado una semana recuperarme lo suficiente para volver a levantarme y salir de casa. Aunque el señor Mercer me evitó la preocupación al no decirme que habías desaparecido, no pudo ocultarme tu dramático rescate ni las dificultades que vinieron después. Ni siquiera me permitió tener papel y pluma para escribirte hasta que me recuperé, pues decía que la emoción sería perjudicial para mi salud. Y para entonces, ya deseaba venir a verte personalmente —la observó detenidamente. Christine no dijo nada, y ella continuó—. Sé que no lo has pasado nada bien. He oído que los rumores se han extendido por toda la comarca.

Sus labios se tensaron con evidente desagrado.

—La señora Pickering nos vio —dijo Christine—. Así que, naturalmente, comenzaron las habladurías… y luego la señora Reid…

No pudo continuar, y la señora Mercer se limitó a darle unas palmaditas en la mano y asentir. Guinea, que había estado durmiendo en la despensa, entró trotando en la habitación y se acercó a la visitante, quien se inclinó para acariciarle el cuello.

—Los tiempos difíciles revelan la verdadera naturaleza de las personas. Sin duda le diré unas cuantas verdades a la señora Reid, pero no creo que quienes se empeñan en el chisme puedan entrar en razón.

Christine negó con la cabeza.

—Nunca lo habría esperado de ella, pero creo que tiene razón.

Mary entró con la bandeja del té, y Christine sospechó que la bondadosa cocinera había comenzado a prepararla en cuanto oyó llamar a la puerta. La señora Bunting se negaba a creer que alguien pudiera sospechar que Christine se comportara de una manera distinta a la más propia de una dama, o llegar al extremo de romper relaciones con ella. Para la cocinera, algo semejante era sencillamente impensable tratándose de su señora.

Cuando Mary terminó de colocar todo, Christine se dirigió al armario del té y sacó la pequeña llave para abrirlo. Había descubierto que, en tiempos de aflicción, las costumbres imponían ciertos rituales. En silencio, preparó el té y lo sirvió, ofreciendo a la señora Mercer un plato con pastelillos de limón. Ambas bebieron un poco, y la señora Mercer dejó la taza sobre la mesa antes de volverse hacia ella.

—Me gustaría verte comer algo. El vestido te queda demasiado holgado.

Puso algunos pastelillos en un plato y se lo entregó a Christine, quien obedeció, aunque apenas percibía el sabor de lo que comía.

—Tengo entendido que sir Alexander te pidió matrimonio y tú lo rechazaste —preguntó la señora Mercer después de un momento. No se dejó desalentar por el silencio de Christine y continuó—. Honoria vino a verme cuando ya me encontraba lo bastante recuperada y me contó todo. Nos ha invitado a nosotros y a sus padres a la cena que celebrará mañana por la noche. Se está convirtiendo en un acontecimiento bastante concurrido. La risa de la señora Mercer fue suave como un suspiro—. Ella cree que nuestra presencia ayudará a restablecer tu posición en la sociedad, sobre todo porque la señora Reid siente un gran respeto por la señora Bassett. Y aunque la señora Reid no será invitada, quizá deje de

difundir sus maliciosos comentarios cuando vea que su propia posición tal vez no sea tan segura como cree.

Christine logró esbozar una pequeña sonrisa. Aunque prácticamente la habían obligado a asistir, todo el esfuerzo que estaban haciendo por ella merecía, al menos, una muestra de gratitud.

—Es muy bondadoso por parte de Honoria y de su familia tomar mi causa como propia.

—Sir Alexander ha confirmado su asistencia a la cena. El señor Mercer fue a visitarlo antes de que yo viniera aquí para averiguar cuál era su postura respecto a toda esta situación.

Christine frunció el ceño al escuchar aquella noticia. ¿Por qué habría tomado el señor Mercer la iniciativa de hacer algo así? No es que pudiera resentirlo, pues la señora Mercer tenía razón. Habían sido amigos de la familia durante muchos años y, en ciertos aspectos, cumplían para ella y para Gus funciones que sus difuntos padres ya no podían desempeñar.

—¿Con qué propósito fue a verlo?

Le pareció la pregunta más segura que podía hacer. La señora Mercer cambió ligeramente de posición mientras Guinea, cansado de esperar más caricias, se subía al sofá junto a ella.

—No, tú no puedes comer pastel. Sospecho que no te hace ningún bien —reprendió al pug antes de volver a dirigirse a Christine —. Fue a hablar de ti, querida. Su amigo, el señor Garrick, se encontraba en la casa, pero el señor Mercer pidió hablar a solas con sir Alexander.

El corazón de Christine comenzó a latir más deprisa ante la idea de una conversación que la involucraba a ella y a sir Alexander, aunque no podía decir qué era exactamente lo que deseaba.

Durante la semana transcurrida desde la inundación, había tenido mucho tiempo para pensar, para reflexionar y para arrepentirse. No se arrepentía de haberlo rechazado… no exactamente. Pero su traicionera mente se detenía una y otra vez en todo aquello que admiraba de él y en todo lo que había perdido al decirle que no. Era orgulloso, ciertamente, pero no era un hombre perezoso. Poseía un hogar que necesitaba una señora. Y, en el

rincón más profundo y secreto de su corazón, él había asumido el papel del ideal masculino.

—¿De qué hablaron exactamente?

Las palabras apenas salieron de sus labios en un susurro. Los ojos de la señora Mercer estudiaron su rostro.

—El señor Mercer le agradeció a sir Alexander haber salvado a una persona tan querida para nosotros y luego abordó el delicado asunto de tu precaria posición en la sociedad. Finalmente, le preguntó si estaría dispuesto a pedirte matrimonio nuevamente.

—Es tan humillante… —ocultó el rostro entre las manos. *¡Que hubiera sido necesario rogarle a un hombre que la tomara por esposa!*

—Dijo que volvería a proponértelo —continuó la señora Mercer, como si ella no hubiera hablado—, siempre que tú le aseguraras que, esta vez, su propuesta recibiría una respuesta favorable.

La señora Mercer anunció aquello con aire triunfal, como si se tratara de la mejor noticia imaginable. Pero Christine se encontraba hundida en la humillación de pensar que alguien hubiera tenido que ir a suplicar a un caballero para que le pidiera matrimonio. Incapaz de responder, permaneció varios minutos retorciéndose las manos. La señora Mercer insistió:

—¿Y bien? ¿Qué dices? El señor Mercer aseguró que sir Alexander estaba muy dispuesto… incluso parecía sinceramente interesado.

Sencillamente, Christine no se sentía capaz de responder de inmediato. No era una persona impulsiva, y aquello era el *matrimonio*. Era algo permanente.

—Necesito tiempo para pensar —dijo.

Desde el primer momento se había sentido atraída por sir Alexander, pero fue solo al conocerlo mejor cuando comenzó a admirar verdaderamente su carácter. Le resultaba profundamente perturbador verse obligada a atrapar a un hombre como él.

Al mismo tiempo, necesitaba considerar las esperanzas de su hermano y la posibilidad de que estas fracasaran por culpa suya. Quizá Gus nunca encontrara una esposa mejor que Sarah. Tenía los

ojos fijos en su regazo, pero finalmente levantó la vista para encontrarse con la mirada bondadosa de su vecina.

—Le ruego que no le diga nada a Gus sobre esto. Mañana le daré mi respuesta.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Christine sabía que aceptaría la propuesta de sir Alexander, a pesar de haber pedido más tiempo. Sin embargo, tomó la resolución de darle su respuesta personalmente y no permitir que esta llegara a él a través de los Mercer. Al menos conservaría esa pequeña independencia.

Una de las cosas que la impulsaron a aceptar fue ver cómo Gus se volvía cada vez más infeliz conforme pasaban los días sin ver a Sarah. La otra razón decisiva fue haber experimentado durante una semana cómo sería su vida si continuaba siendo rechazada y apartada por la sociedad, sola salvo por la bondad y la lealtad de unos pocos amigos.

Aquello le había mostrado el triste futuro que la esperaba si no hacía ningún cambio.

Se sentía agradecida de que sir Alexander estuviera dispuesto a pedirle matrimonio por segunda vez. Y, al menos, encontraba cierto consuelo en pensar que aceptar su propuesta quizá no fuera un acto completamente egoísta. A Gus se le había escapado algún comentario acerca de la rápida pérdida de popularidad de sir Alexander en la ciudad, diciendo que aquello seguramente le costaría las elecciones al Parlamento. Aquello era tan injusto para él como lo habían sido para ella las críticas y el rechazo. Pero su aceptación seguramente cambiaría la situación y le daría la oportunidad de obtener su escaño. Al menos, ella podía ofrecerle ese beneficio.

Sin embargo, ese conocimiento no impedía que lamentara la pérdida de una vida en la que pudiera ser dueña de su propio destino. Si sir Alexander era amable con ella -y había visto indicios de ello-, le concedería libertad dentro de su hogar. Pero parecía muy poco probable que le entregara también su corazón, puesto que no se le había dado otra opción que unirse a ella.

¿Cómo podría sentir algo distinto a un resentimiento que durara toda la vida después de un comienzo semejante? Sin embargo, si realmente había sido sincero en su propuesta de matrimonio… si aquello no le resultaba tan terrible como ella imaginaba… entonces, quizá podría aceptarlo incluso con cierta alegría. Tal vez pudiera leer algo en su rostro cuando él fuera a verla.

Aunque su decisión ya estaba tomada, se quedó dormida en las primeras horas de la madrugada y solo consiguió descansar unas pocas horas inquietas antes de tener que levantarse de la cama. Por una vez, no estuvo preparada para recibir a la señora Mercer cuando esta llegó en busca de su respuesta y tuvo que vestirse apresuradamente, colocándose sus sencillos pendientes y su collar mientras Beatrice le arreglaba el cabello.

—Le pido disculpas por haberla hecho esperar —dijo Christine en cuanto entró en la habitación.

La señora Mercer inclinó ligeramente la cabeza y la examinó con ojo crítico, aunque no hizo comentario alguno sobre el aspecto fatigado que presentaba. Esperó a que Christine se sentara a su lado antes de cogerle la mano.

—¿Y bien? ¿Has tomado una decisión? El señor Mercer le había prometido a sir Alexander que iría ayer mismo a verlo si tenía noticias de tu aceptación.

Aquello hizo que el corazón de Christine se acelerara una vez más. ¿Sir Alexander había estado esperando conocer su respuesta desde el día anterior? ¿Y si esa mañana se creía ya libre de toda la situación, solo para verse nuevamente arrastrado a la decepción al enterarse de que, después de todo, debía volver a pedirle matrimonio? No pudo alzar la vista cuando respondió.

—Me gustaría darle mi respuesta directamente a sir Alexander.

—¿De veras? —la señora Mercer se echó un poco hacia atrás y frunció el ceño—. Pero comprendes que él expresó su determinación de venir únicamente si tenía la seguridad de que sería recibido favorablemente.

—Lo sé —respondió Christine—. El señor Mercer puede decirle que su visita no le ocasionará ninguna molestia.

Era lo más cerca que estaría de hacer una promesa a los Mercer. Resultaba fácil interpretar lo que sus palabras dejaban sin decir, pero era su último gesto de orgullo. Y era plenamente consciente de que sus palabras contenían una promesa falsa. De ningún modo podía garantizar que él no sufriría ninguna incomodidad al venir a pedirle matrimonio. Porque ¿quién podía asegurar que él realmente deseara hacerlo?

La señora Mercer debió leer la decisión que Christine no se atrevía a expresar, porque su voz se volvió más animada mientras apretaba su mano.

—¡Pues eso es exactamente lo que esperaba oír! No perderé tiempo en decírselo al señor Mercer para que pueda visitar a sir Alexander e informarle de inmediato.

Aunque aquello no debería haberle sorprendido, la idea de que tantas personas estuvieran discutiendo asuntos tan íntimos de su vida le produjo una nueva mortificación. Christine no pudo evitar expresar sus temores.

—Sir Alexander esperaba conocer mi respuesta ayer.

—Es un caballero. Si da su palabra, no se echará atrás —dio un último apretón a su mano y se puso de pie—. Sé que comprenderás que no me demore, pues deseo regresar cuanto antes para comunicarle tu respuesta al señor Mercer. Quizá podrías pedirle a Beatrice que te dé un poco de color en las mejillas, querida. No demasiado, desde luego. Sé que no es tu estilo, pero no querrás recibir a tu pretendiente con un aspecto tan pálido.

Christine acompañó a la señora Mercer hasta la puerta, que abrió ella misma en lugar de llamar a un criado.

—Gracias por toda su bondad hacia mí.

Era todo lo que podía decir, aunque ni siquiera sabía exactamente por qué le daba las gracias.

—No digas tonterías. No podría hacer menos por una muchacha a la que conozco desde la cuna. Tu madre lo habría esperado de mí, y con toda razón.

La señora Mercer le dedicó una sonrisa reconfortante y salió al exterior, donde soplaba un penetrante viento otoñal. Christine permaneció junto al ventanal lateral observando cómo el cochero de

la señora Mercer abría la puerta del carruaje. Evidentemente no esperaba quedarse mucho tiempo, pues el coche seguía aguardando frente a la entrada.

Así que ya estaba hecho. Había dado su aceptación, la cual sería transmitida a sir Alexander, quien presumiblemente acudiría en algún momento para pedirle matrimonio por segunda vez. Gus se alegraría de ello, pensó con abatimiento.

No había visto mucho a su hermano desde su reciente confesión acerca de sus sentimientos por Sarah. Quizá aquella admisión había sido demasiado para él, especialmente porque Sarah no había vuelto a visitarlos durante varios días y Christine tampoco creía que él hubiera ido a verla. Aquello no presagiaba nada bueno para sus pretensiones.

Después de permanecer largo rato mirando por la ventana sin fijarse realmente en nada, se volvió para buscar la intimidad de su habitación. A pesar del consejo de la señora Mercer, no pensaba añadir color alguno a sus mejillas. Él la recibiría tal como era, no como una muñeca pintada. Además, nada de eso importaba. No existía nada que pudiera hacer con su aspecto que despertara sentimientos románticos en el corazón de sir Alexander.

***

Alex estaba sentado con Roger en la biblioteca, cada uno con un libro delante, una rutina que complacía a ambos. Habían adquirido la costumbre de salir a cabalgar o a cazar por las mañanas antes del desayuno y dedicar después varias horas al ocio. No habían vuelto a la ciudad desde aquel primer y desagradable episodio.

Roger levantó la vista del periódico matutino que había llegado de Londres.

—Esta noche es la cena en casa de los Townsend, ¿verdad?

Alex asintió. Ahora se alegraba de no haber hablado del verdadero propósito de la visita del día anterior. El señor Mercer no había regresado la noche anterior con una respuesta favorable, lo que significaba que la señorita Grey no había cambiado de opinión respecto a rechazarlo. Debería alegrarse por ello, pero no podía evitar preguntarse qué había de malo en él para que ella continuara

tan resueltamente opuesta al matrimonio incluso cuando su reputación estaba sufriendo las consecuencias.

Y había algo más en aquella obstinación de ella que lo irritaba y que no lograba identificar del todo; era precisamente eso lo que le había impedido dormir. Intentaba comprender por qué le molestaba tanto su constante negativa cuando, en realidad, aquello no hacía sino devolverle la libertad. Pero no encontraba una explicación racional.

—Bien —dijo Roger alegremente—. Por fin tendré ocasión de disfrutar de una conversación animada. Empiezo a sentir que me he unido a una procesión fúnebre en lugar de participar en unas agradables vacaciones.

Alex levantó la vista, sorprendido.

—¿Estoy tan insoportable? Te pido disculpas. Mi mente está en otra parte.

Roger le sonrió.

—Lo estás, pero no te preocupes. Estoy acostumbrado a esa expresión sombría tuya cuando algo te preocupa. Solo puedo aventurar una suposición acerca de lo que ocupa ahora tus pensamientos.

—Te equivocarías —replicó Alex, aunque sonrió de mala gana —. Lo siento. ¿Qué haremos esta tarde antes de tener que vestirnos para la cena?

—Podríamos ir a la ciudad —propuso Roger—. No hemos vuelto desde aquella vez.

Alex se libró de tener que inventar una excusa para explicar por qué aquella era una pésima idea gracias a unos golpes en la puerta que anunciaron una visita. A pesar de sí mismo, su corazón comenzó a latir con más fuerza. Todavía podía tratarse del señor Mercer, trayéndole un destino diferente del que él había planeado para sí mismo, aunque ya no estaba seguro de cuál deseaba realmente. Se encontró incapaz de continuar la conversación hasta que el mayordomo abrió la puerta.

—Es el señor Mercer, señor.

—Yo me retiraré —dijo Roger con un guiño, y puso sus palabras en práctica mientras Alex le indicaba a Davies que hiciera pasar al

visitante.

El señor Mercer y Roger se saludaron cortésmente al cruzarse, y Alex salió al encuentro de su vecino en mitad de la habitación mientras se estrechaban la mano.

—Como ya sabrá, me fue imposible venir anoche —dijo el señor Mercer tan pronto como quedaron sentados y a solas—. Pensé que quizá se habría preguntado qué debía interpretar de ello. Creo recordar que le dije que acudiría ayer mismo si recibía una respuesta favorable.

—Así fue.

—Sin embargo, anoche no tenía ninguna respuesta. La señora Mercer regresó con la noticia de que la señorita Grey necesitaba tiempo para reflexionar.

Así que no habrá anuncio alguno durante la cena de esta noche, pensó Alex. *¿Pero asistirá ella? ¿Cómo será volver a verla?* Su mente comenzó a correr de una implicación a otra, pero resultaba inútil intentar ordenar lo que sentía.

—La señora Mercer fue a verla esta mañana para conocer su respuesta, y la señorita Grey ha expresado su disposición a recibirlo.

—¿Qué? —Alex fue incapaz de contener aquella única palabra —. ¿Está diciendo que esta vez aceptará mi propuesta?

El señor Mercer inspiró profundamente y levantó la vista hacia el techo, apartando la mirada.

—No dijo exactamente eso. Dijo que lo recibiría, pero yo creo que no lo haría si estuviera decidida a rechazar nuevamente su proposición. Aunque tiene el aspecto de una criatura tímida y apacible, Christine es una mujer fuerte, y pienso que lo que realmente le desagrada es que otros decidan su futuro por ella — Alex nunca había considerado a la señorita Grey una criatura tímida y apacible. El señor Mercer lo observó con atención durante unos instantes—. Permítame recordarle lo que le dije ayer. Aunque quizá ella no sea la mujer que usted habría elegido, estoy convencido de que lo hará feliz, si usted se lo permite.

—Sí, por supuesto.

Alex murmuró aquellas palabras. Tenía deseos de cubrirse el rostro con las manos. Necesitaba tiempo a solas para adaptarse, una

vez más, a aquel repentino cambio de destino.

Su vida, siempre tan ordenada, había estado sumida en el caos desde que él y la señorita Grey se habían visto arrastrados a aquella situación. En realidad, desde el momento mismo en que la conoció.

—Estoy seguro de que tiene muchas cosas que hacer antes de esta noche —dijo el señor Mercer—. No pretendo aconsejarlo, aunque le doblo la edad. Pero, por consideración hacia Christine, le pediré que piense en visitarla sin demora, para que ambos puedan ponerse de acuerdo acerca de su futuro. La tranquilidad de ella durante la cena de esta noche depende del paso que usted dé ahora —hizo una pausa antes de añadir—. ¿Llegará esta noche como una mujer comprometida o como una joven cuya reputación ha quedado manchada sin culpa alguna por su parte?

Con poco más que decir después de aquellas palabras tan trascendentales, el señor Mercer se despidió de Alex poco después. Él fue incapaz de levantarse de su silla y agradeció que Roger se mantuviera alejado para darle tiempo de pensar. Al parecer, iba a pedir matrimonio por segunda vez. Iba a casarse. Eso significaba escribirle a Leonard acerca del repentino cambio en los planes de los que habían hablado durante años. Bueno, planes en los que Leonard había insistido y a los que Alex nunca había encontrado objeción alguna. ¿Debía fingir que se trataba de un matrimonio por amor o contarle los detalles de cómo las circunstancias lo habían empujado a ello para apaciguar a su hermano? No lograba decidir cuál de las dos opciones era la mejor.

Finalmente fue a buscar a Roger, y uno de los lacayos le informó que se encontraba fuera, jugando una partida solitaria de croquet. Alex se dirigió hacia la extensión de césped donde su amigo jugaba, cogiendo otro mazo por el camino. Dejó una bola en medio del juego y comenzó a jugar desde donde Roger lo había dejado.

—Voy a convertirme en un hombre casado. Probablemente antes que tú.

Alex golpeó la bola y la hizo pasar a través de los arcos clavados en el césped.

—¿Ah, sí? —Roger golpeó la suya, chocando la de Alex y enviándola rodando lejos. Volvió a golpear y falló el arco—. ¿Has ido

ya a ver a la señorita Grey para preguntárselo? No creía haber estado jugando el tiempo suficiente para eso.

—Todavía no, aunque debo hacerlo.

Alex se concentró en su siguiente golpe, sin sorprenderse de que su amigo supiera exactamente de quién estaba hablando. Roger le arrebató el mazo de la mano y lo miró fijamente.

—Ve a cambiarte la chaqueta y hazlo ahora mismo. No hagas esperar a la pobre muchacha. Todos tenemos una cena a la que asistir esta noche y yo, por mi parte, estoy desesperado por disfrutar de una distracción decente antes de dejarte.

—¿Ah, sí? ¿Vas a dejarme?

—Por supuesto. Todo este abatimiento tuyo me ha terminado deprimiendo —la sonrisa despreocupada de Roger había regresado —. Por fin le escribí al señor Corning para pedirle permiso para cortejar a su hija, y esta mañana he recibido su respuesta. Así que veremos quién de los dos se casa primero.

—No todo es una competencia —gruñó Alex.

—No, no lo es. Pero si no aprovechas la ventaja que te han puesto en las manos, perderé todo el respeto que te tengo —Roger volvió a colocarse en posición y apuntó hacia su bola desviada. Después levantó la vista, sonrió a Alex y arqueó las cejas—. Ahora ve.

Menos de una hora después, Alex se encontraba en la puerta de la mansión Farlow y se detuvo un instante para serenarse antes de llamar. La sola visión del marco blanco de la entrada, encajado entre los ladrillos, despertó en él emociones intensas. Nada de sus visitas a aquella casa había sido alguna vez algo ordinario. La puerta se abrió antes de que llegara a levantar la mano para llamar, y Gus, que estaba a punto de salir, se detuvo en seco al verlo.

—¡Sir Alexander!

Parecía desconcertado y Alex comprendió de inmediato que Gus no tenía la menor idea de que había venido a pedir nuevamente la mano de su hermana. Evidentemente, ella no le había confiado nada a su hermano. La situación era incómoda, pero tampoco sentía que le correspondiera revelar que habían existido negociaciones a sus espaldas respecto a la señorita Grey y sin su conocimiento.

—He venido a hablar con su hermana, si me lo permite.

Gus frunció el ceño y retrocedió para dejarlo entrar.

—Por supuesto que puede, aunque debo admitir que me sorprende verlo aquí. Christine me hizo creer que su decisión era definitiva.

—Le doy mi palabra de que respetaré su decisión, pero aun así deseo hablar con ella, si está dispuesta a recibirme.

—Desde luego.

La expresión de desconcierto de Gus no había cambiado, pero cerró la puerta detrás de Alex y se dirigió al corredor.

—Enviaré a un criado para avisarle. Por favor, tome asiento.

Alex no tuvo que esperar mucho, y el ligero temor que albergaba de que Gus regresara y se instalara junto a su hermana mientras él intentaba proponerle matrimonio por segunda vez no llegó a materializarse.

Ella entró sola en la habitación. Llevaba un vestido apagado del color de su apellido y tenía la tez tan pálida como la nieve de un día anterior. No era que fuera poco atractiva. Algo así no podía decirse de una mujer dotada de una belleza tan sencilla. Pero parecía agotada. Él se puso de pie e hizo una reverencia.

—Señorita Grey, su servidor.

Qué idiota. ¡Qué cosa tan absurda decirle a una mujer a la que uno está a punto de pedir matrimonio! Pero tampoco podía comenzar a pronunciar discursos floridos. Parecía que su primer intento de propuesta no había servido de nada para hacer que el segundo resultara más sencillo.

—Sir Alexander.

Ella hizo una reverencia, tan solemne y formal como él. Y luego ambos permanecieron en silencio, mirándose.

—Iré directamente al asunto —Alex se aclaró la garganta. Estuvo a punto de decir que sospechaba que ahora ella estaba dispuesta a aceptarlo, pero le pareció impropio. Todo aquello era un asunto miserable. Se lanzó de nuevo—. No he perdido la esperanza de que reconsiderara mi oferta de matrimonio, y he venido a preguntarle otra vez si me haría el honor de convertirse en mi esposa.

Una tenue sonrisa pasó por sus labios, aunque no alcanzó sus ojos.

—Me honra con su propuesta y le agradezco que me la haya hecho de nuevo. Acepto.

Las palabras resonaron en el silencio como el tañido de grandes campanas. Apenas podía creer lo que estaba oyendo. ¡Habría una boda! *Su* boda. Realmente iba a casarse con la señorita Grey. Solo unos instantes después comprendió que debía reaccionar, y obligó a sus facciones, lentas y rígidas, a adoptar algo parecido a una sonrisa.

—Me alegra oírlo. Creo que nos entenderemos muy bien.

—Haré todo lo posible para que así sea —respondió ella. Su sonrisa seguía siendo forzada, y entonces se le ocurrió que quizá temiera que él hubiera hecho la propuesta completamente en contra de su voluntad—. Imagino que querrá hablar con Gus.

A pesar de haberse encontrado con Gus antes que con su hermana, no había pensado en el hecho de que, naturalmente, debían discutir las condiciones. La señorita Grey y él habían compartido tantas cosas sin su intervención que aquella cortesía sencilla y necesaria se le había pasado por alto. Se inclinó.

—Sí, debo hablar con su hermano —ella se volvió para marcharse, pero él levantó una mano—. Espere, por favor. Esta noche es la cena en casa de los Townsend. Sería una buena ocasión para anunciar nuestro compromiso, si usted no se opone.

Cuando ella volvió la mirada hacia él, vio la duda en sus ojos y ahora estuvo seguro de que temía que él hubiera propuesto matrimonio contra su voluntad y que no deseara realmente aquel enlace.

Necesitaba tiempo para pensar en lo que aquello significaba y en cómo podría tranquilizarla haciéndole entender que sucedía lo contrario, cuando ni siquiera él mismo estaba completamente seguro de ello.

—No tengo ninguna objeción.

La señorita Grey permaneció un instante más, como si quisiera decir algo adicional, pero finalmente solo hizo una reverencia y salió de la habitación. Alex caminó de un extremo al otro del salón,

reflexionando sobre aquella mirada de incertidumbre. Sí, él se había visto obligado a ello. Pero ¿acaso ella no también?

No estaba del todo seguro de que la señorita Grey lo considerara su pareja ideal, aunque ciertamente esperaba que llegara a verlo de esa manera. Seguía siendo un enigma. ¿Estaba aceptándolo contra su voluntad? No, eso no podía ser, porque su hermano ignoraba por completo su segunda propuesta. Así que lo aceptaba por decisión propia. Y, sin embargo, parecía infeliz. ¿Era simplemente porque no podía soportar la censura que había recibido y sentía que no tenía más remedio que aceptar a un hombre al que no admiraba? Aquello era un pensamiento humillante. Pero no, también había habido duda.

Gus entró en la habitación con expresión desconcertada y, junto a ella, una chispa de algo parecido a la esperanza.

—¿Christine dijo que deseaba hablar conmigo?

—Sí. Le he hecho a la señorita Grey una nueva propuesta de matrimonio y ella la ha aceptado. Pensé que podríamos discutir los detalles. Tenemos la intención de anunciar nuestro compromiso esta noche durante la cena en casa de los Townsend.

Gus soltó una larga exhalación y luego se echó a reír.

—Me deja usted asombrado, señor. Pero debo decir cuánto me alegra escuchar esta noticia. Mi hermana puede ser muy obstinada, y yo creía que toda esperanza para este matrimonio estaba perdida. Vamos, vamos. Entremos en mi despacho, donde podremos negociar los detalles con comodidad. Haré que mi abogado redacte el contrato una vez que hayamos llegado a un acuerdo.

Cuando Alex abandonó finalmente la mansión Farlow y volvió a montar a Gypsy, el crepúsculo ya había caído. No tendría mucho tiempo para cambiarse antes de la cena de aquella noche. Debía darse prisa, aunque temiera la velada que tenía por delante. Sería difícil hacer público su compromiso, pero por primera vez estaba convencido de haber hecho lo correcto. Y junto con esa convicción nació también una determinación respecto a su recién prometida. Quería borrar de sus ojos aquella expresión de incertidumbre. Le entregaría a la señorita Grey no solo su mano en matrimonio, sino también su corazón.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Christine subió a su habitación para cambiarse para la cena mientras su hermano y sir Alexander negociaban el contrato. Ahora era una mujer comprometida. Después de todo lo ocurrido, aquello representaba un giro sorprendente de los acontecimientos, pero, a pesar del semblante sombrío que le había mostrado antes a él, sintió que su corazón se aligeraba ante el cambio de sus circunstancias. Por qué habría de sentirse mejor desafiaba toda lógica. No era como si conociera mejor a sir Alexander, ni como si la vida que la esperaba a su lado prometiera más de lo que prometía antes. Pero aquella horrible sensación de encontrarse suspendida entre dos estados había terminado. Ya no era la persona que había sido antes, establecida y respetada en la ciudad como una joven soltera sin planes concretos de matrimonio, ni tampoco la sombra de sí misma en la que se había convertido durante las dos últimas semanas, apartada y recluida por el rechazo de los demás.

Beatrice acudió cuando la llamó, y Christine se acercó al guardarropa para examinar sus vestidos, lo que además le ofrecía algo más en qué fijar la vista en lugar de mirar a su doncella.

—Sir Alexander y yo anunciaremos nuestro compromiso esta noche en casa de los Townsend, así que llevaré mi vestido de seda color marfil con bordados dorados. Y… creo que usaré los peinetones de perlas para el cabello.

El corazón le revoloteó al pronunciar aquellas palabras en voz alta, pero tenía que comenzar de alguna manera.

—Ay, señorita. Cuánto me alegro por usted, de verdad que sí.

Beatrice, con el rostro redondo encendido de satisfacción, se acercó a Christine, sacó el vestido que ella había pedido y lo extendió sobre la cama.

—Gracias. Puedes decírselo a los demás sirvientes después de que nos hayamos marchado a casa de los Townsend.

Christine se sentó para que le arreglaran el cabello y sonrió a su doncella a través del espejo. Aquello le evitaría tener que repetir la noticia a cada uno de los criados, aunque igualmente tendría que escuchar sus felicitaciones.

—Sí, señorita. Se alegrarán tanto como yo cuando lo sepan.

Beatrice comenzó a deshacer el sencillo peinado y a peinarle los rizos, entreteniéndola con observaciones ligeras, más acordes con su carácter habitual. Últimamente había permanecido callada, percibiendo el abatimiento de su señora y concediéndole el espacio que necesitaba.

Después de vestirse y aplicarse un perfume suave con notas de ámbar, Christine bajó las escaleras y encontró a su hermano esperándola con ropa de etiqueta. Él se acercó y la besó en la mejilla.

—Sir Alexander y yo hemos dejado todo arreglado a satisfacción de ambos. Hiciste bien en aceptarlo.

La sonrisa de Gus era sincera, y había desaparecido por completo aquella actitud despreocupada que lo caracterizaba. Eso la hizo sentirse insegura.

Había sido amable con ella desde la inundación y todo lo que siguió. Eso ya era bastante inusual, pero que continuara comportándose así sin jactarse de que ella hubiera terminado haciendo lo que él consideraba correcto era algo digno de notarse… y completamente inexplicable.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

Él asintió.

—Jimmy ya hizo enganchar los caballos. ¿Te sientes capaz de afrontar el anuncio? Sé que no te gusta ser el centro de atención, y esta noche habrá muchos ojos puestos sobre ti.

Christine se volvió para mirarlo, sorprendida. A pesar de sus nervios, se echó a reír.

—Gus, ¿te encuentras bien? Siento que apenas te conozco. Voy a morir de la impresión ante tanta consideración.

—Muy bien —respondió él—. Dejaré de hacerlo si te resulta tan desagradable.

—No dejes de hacerlo, hermano. Es agradable.

Christine enlazó su brazo con el suyo y salió con él al exterior. Era bueno llegar temprano. Prefería que ellos fueran los primeros en llegar para no tener que hacer una entrada demasiado llamativa.

A pesar de la hora temprana, los Dawson ya habían llegado a la reunión, al igual que los padres de Honoria, los Bassett, y su hermano Sam con su esposa. La respiración de Christine se aceleró al ver que ya se había reunido un grupo considerable. Había comenzado. Ninguno de ellos conocía todavía el cambio de sus circunstancias, y Barbara no la había aprobado cuando la había considerado una mujer comprometida de manera impropia. Temía aquel primer encuentro y tuvo que admitir que sentía cierto alivio por estar comprometida. Aquello le proporcionaba una protección que era tan bienvenida como novedosa.

Se produjo cierto movimiento al entrar, y Gus comenzó a conversar con Theo, Samuel y Philip, dejando a Christine de pie, insegura. Barbara, la cuñada de Honoria, permanecía junto a Samuel y no hizo el menor intento de acercarse a ella. La señora Bassett llamó a Christine con un pequeño gesto de la mano desde el lugar donde se encontraba sentada junto a su esposo.

—Christine, te ruego que tengas compasión de una inválida y te sientes un momento a mi lado.

Aquel gesto amistoso la reconfortó, y fue a sentarse al otro lado de la madre de Honoria, justo cuando Honoria y Arabella llegaban desde la cocina.

—¡Christine, ya has llegado! ¡Excelente!

Honoria lanzó una mirada a su cuñada, que seguía de pie junto a su marido.

—Barbara, ¿no quieres acompañarnos? Los hombres parecen estar hablando de cacería y no les queda un solo pensamiento para nadie más.

—Veo que aquí no se me quiere —dijo el señor Bassett guiñándole un ojo a su hija.

Apoyó una mano sobre el hombro de su esposa y se reunió con los hombres. Finalmente Barbara se acercó y ocupó una de las sillas, de modo que las cinco mujeres quedaron sentadas formando un círculo que incluía a todas las presentes. Christine comprendió lo que

Honoria estaba haciendo. Se estaba asegurando de que, al menos, su familia y sus amigos más cercanos respaldaran a Christine antes de que comenzara la reunión.

—No tenemos mucho tiempo antes de que lleguen los demás invitados. Christine…

Las palabras de Honoria fueron interrumpidas por una exclamación procedente del grupo de los hombres, algo parecido a un vítores. Ella levantó las cejas hacia su marido, y Philip abandonó a los demás y se acercó a ellas, con la mirada fija en Christine.

—Permíteme felicitarte por tu compromiso, Christine. ¿Debo entender que anunciaremos la buena noticia esta noche?

—¿Qué?

Arabella se volvió hacia Christine con los labios entreabiertos. La sorpresa se transformó rápidamente en una sonrisa.

—¿Es cierto? —exclamó Honoria con júbilo—. ¡Qué noticia tan *maravillosa*! Tenemos aquí a suficientes miembros de la sociedad de Horncastle como para que el resto de la ciudad se entere incluso sin la amable colaboración de la señora Pickering.

Christine se sonrojó ante la efusión de alegría de sus amigas; sentía el calor subir por sus mejillas, y se ruborizó aún más porque no pudo evitar la sonrisa que asomó a sus labios. Aquella sonrisa revelaba sentimientos que habría preferido mantener ocultos, ya que no estaba segura de tener derecho a sentirse feliz por un matrimonio que había sido impuesto a ambos. Sin embargo, no era frecuente que ella fuera objeto de felicitaciones, y no pudo evitar disfrutar de ellas.

Solo esperaba que sir Alexander no pareciera demasiado desgraciado cuando anunciaran su compromiso aquella noche. Se había mostrado rígido y formal cuando le propuso matrimonio en ambas ocasiones, de modo que no podía estar experimentando ningún placer ante aquel cambio de fortuna. Que mostrara públicamente su falta de entusiasmo sería humillante.

—Debo esperar a que llegue sir Alexander, pero creo que, efectivamente, anunciaremos nuestro compromiso esta noche —respondió en cuanto tuvo ocasión.

Miró hacia Gus, y él le dedicó una sonrisa alentadora. Recordó las palabras de su hermano, cuando le había dicho que sabía lo difícil que era todo aquello para ella, y se sintió conmovida por su consideración. Incluso el hecho de haber dado la noticia antes de la llegada de sir Alexander demostraba que él la conocía mejor de lo que ella había imaginado, porque necesitaba acostumbrarse poco a poco a semejante anuncio.

Llamaron a la puerta, y su corazón comenzó a agitarse dentro de su pecho como un pez que se debatiera fuera del agua. El criado abrió, pero solo eran los Pasley quienes entraban.

Sarah, su hermano Martin y su esposa Helen, quien apenas vio a Christine frunció el ceño y se echó ligeramente hacia atrás. Honoria no le dio tiempo para hacer ningún comentario desagradable, sino que se apresuró hacia Helen con una amplia sonrisa y una breve reverencia para los recién llegados.

—Bienvenidos a la casa Boden. Como es la primera vez que vienes aquí, Helen, permíteme enseñarte algunas habitaciones antes de que lleguen más invitados.

Enlazó su brazo con el de Helen, que no pudo mantenerse fría ante una atención tan distinguida, y se la llevó.

Cualquier incomodidad que Christine hubiera podido sentir, o cualquier vacilación que todavía conservara respecto a su decisión, desapareció cuando vio a su hermano sonreír tímidamente a Sarah y acercarse a ella, intentando sin éxito conservar algo de su habitual aire de seguridad. Sarah salió a su encuentro y le hizo algún comentario burlón que provocó en él una respuesta parecida a la de sus viejos tiempos. Aquello era una consecuencia feliz de la aceptación de Christine, porque ella jamás destruiría conscientemente la felicidad de su hermano si podía evitarlo. Incluso Martin parecía haberse relajado en ausencia de su esposa desaprobadora, participando en la conversación de los hombres y sin hacer ningún gesto de protesta por la presencia de Christine.

Volvieron a llamar a la puerta y, esta vez, el lacayo anunció a los Mercer, acompañados por sir Alexander y el señor Garrick. En cuanto sir Alexander entró en la habitación, buscó su mirada con plena conciencia. Las comisuras de sus labios se elevaron

ligeramente y ella le devolvió la sonrisa, escondiendo las manos detrás de la espalda para evitar juguetear nerviosamente con ellas. Su corazón dio un pequeño salto de felicidad. No parecía disgustado. Arabella se sentó junto a Christine y el señor Garrick se acercó a ellas, deteniéndose a su lado.

—Buenas noches, señorita Grey —e inclinó ligeramente hacia ella y murmuró—. Permítame felicitarla. Tengo entendido que le ha hecho a mi amigo el honor de aceptar su propuesta.

Christine forzó una sonrisa tensa y esperó que él no la considerara poco amable. Con los nervios tan tensos como los tenía, le resultaba imposible responder a aquello.

—¿Conoce usted a la señora Dawson? —preguntó en cambio, señalando a Arabella.

—No he tenido ese placer. Encantado de conocerla, señora.

Sir Alexander se separó de la conversación que mantenía con Theo y se acercó, inclinándose ante ambas.

—Buenas noches, señora Dawson —permaneció un instante en silencio antes de añadir—. Señorita Grey, ¿quisiera dar un paseo conmigo? Philip me ha dicho que usted conoce bien la casa y que quizá estaría dispuesta a enseñármela.

—Por supuesto, sir Alexander.

Christine se levantó rápidamente, intentando dominar sus nervios y esperando que algún día recuperara su habitual serenidad y dejara de vivir en aquel constante estado de agitación. Apoyó la mano en el brazo de él y permitió que la condujera lejos de los invitados, hacia el silencio del corredor. Señaló la habitación situada a su derecha, iluminada por velas que proporcionaban una cálida sensación de intimidad.

—Esta es la biblioteca.

Entraron en ella, y sus pasos los condujeron hasta la estantería, donde fingieron examinar los libros que allí se encontraban.

—¿Se encuentra bien esta noche? —preguntó él, volviéndose hacia ella—. ¿Está cómoda?

A Christine la habían educado para guardar sus verdaderos pensamientos para sí misma, salvo en las raras ocasiones en que estos lograban escapar de sus defensas. Pero iba a casarse con

aquel hombre. Y él había sido lo bastante considerado como para preguntárselo. Si algo así era posible, su deseo era que pudieran ser sinceros el uno con el otro, que llegaran a conocerse realmente. Fue esa esperanza la que la impulsó a dar un salto de fe y hablar con franqueza.

—Estoy casi paralizada de los nervios —confesó.

Él se volvió completamente hacia ella, y una luz de interés brilló en sus ojos mientras la iluminación de las velas proyectaba sombras sobre su rostro. Su mirada solo resultaba inquietante por su intensidad y porque era la primera vez que un hombre la observaba de una manera tan abierta. Trató de sostenerle la mirada, pero enseguida bajó los ojos.

—Da la casualidad de que yo también lo estoy —dijo por fin—. Verá, es la primera vez que anuncio un compromiso.

Aquello sonó a broma en sus oídos, así que se atrevió a levantar la vista y descubrió que aquella misma media sonrisa volvía a iluminarle el rostro.

Las voces de Honoria y Helen Pasley se acercaban a través del pequeño corredor que conducía a la biblioteca. Debían de haber comenzado por el comedor y se dirigían hacia allí. Christine no quería encontrarse en aquella habitación cuando la esposa de Martin entrara, pues temía quedar expuesta a sus ataques.

—¿Quiere que le muestre la escalera principal y el comedor? Aunque, por supuesto, dentro de poco veremos este último de todos modos.

No esperó su respuesta, sino que lo condujo hacia la puerta, donde se vieron obligados a detenerse cuando Honoria y Helen entraron en la estancia. Helen dejó de hablar, y sus ojos se entrecerraron al ver a Christine y a sir Alexander tan descaradamente juntos, solos en una habitación. Christine sintió deseos de que la tierra se la tragara. Una vez más, Honoria acudió al rescate.

—Helen, sé que puedo confiar en ti para que guardes este pequeño secreto durante una hora más o menos. Sir Alexander y Christine están a punto de anunciar su compromiso, y queríamos

ofrecer una cena en su honor —se apartó con una dulce sonrisa, esperando la reacción de Helen. Esta llegó de inmediato.

—¡Pero qué noticia tan maravillosa! —exclamó dirigiéndose a Honoria.

En aquellas circunstancias, la esposa de Martin no tenía más remedio que manifestar su alegría si no quería parecer completamente descortés. Sin embargo, la sorpresa de Helen parecía contener también un sincero matiz de aprobación. Christine la observó discretamente para asegurarse y encontró calidez en su expresión. Quizá simplemente tenía una conciencia sensible y se sentía aliviada de poder aprobar a Christine ahora que su reputación se hallaba fuera de toda duda.

—Permitidme ofreceros mis felicitaciones —dijo Helen, dirigiéndose ahora a sir Alexander y a Christine—. Por supuesto, podéis confiar en que guardaré el secreto hasta que vosotros mismos tengáis ocasión de anunciarlo.

—Le agradecemos mucho su discreción —respondió sir Alexander.

Christine había pensado que ya había recibido suficientes sorpresas por un día, pero se equivocaba. Era la primera vez que alguien respondía en su nombre, y aquella sensación tan nueva la dejó desconcertada. Volvió los ojos hacia sir Alexander, pero él parecía completamente inconsciente de haber hecho algo fuera de lo común. Cuando volvió a mirar a Helen, su sonrisa surgió con mayor naturalidad mientras le daba las gracias en voz baja. Sir Alexander la condujo fuera de la biblioteca diciendo:

—Si nos lo permite, señora Townsend, íbamos a visitar las demás habitaciones de esta planta que están abiertas a los invitados antes de que nos llamen a cenar.

—Se lo permitiré, sir Alexander, siempre y cuando tenga la bondad de llamarme Honoria. Después de todo, va a casarse con mi mejor amiga —apoyó una mano en la cadera en un gesto de juguetón desafío.

—Entonces será Honoria —respondió él con una inclinación y otra de sus atractivas sonrisas.

Continuaron avanzando y dejaron atrás el pequeño corredor hasta llegar a un tramo de escaleras que conducía a una de las alas de la casa.

—Esta es la escalera, como puede ver.

Christine señaló la amplia escalera de madera, sobre cuya parte central se había colocado recientemente una nueva alfombra sujeta con varillas.

Mientras le mostraba la casa, era consciente de un deseo completamente nuevo de agradarle, de mostrarse amable e interesante. Deseaba que él no fuera… infeliz por casarse con ella, especialmente después de todo lo que había hecho para proteger su nombre. Ahora le correspondía a ella esforzarse por él.

—Muy bonita —observó él—. Espero que encuentre mi escalera tan hermosa como esta una vez que termine de colgar los grabados de Merian.

Ella le dedicó una sonrisa tímida, complacida al saber que había seguido su consejo, especialmente porque no todo lo que ella le había dicho había sido expresado con demasiada amabilidad. Recordó con pesar su comentario acerca del retrato de su madre.

Sir Alexander la siguió mientras ella lo guiaba a través de las puertas del comedor. Había retirado la mano de su brazo cuando se quedaron contemplando la estantería, pero él la había cogido de nuevo al regresar al corredor. De su lado emanaban calor y un ligero aroma a bosque. Comprendió que aquel perfume le sentaba perfectamente, especialmente porque la mayoría de sus encuentros con él habían tenido lugar precisamente entre los árboles.

—El comedor es una de las grandes características de la casa Boden —dijo ella, intentando adoptar un tono de normalidad—. Puede ver lo amplio que es y lo útil que resulta para recibir invitados. La platería y parte de la vajilla pertenecieron a los propietarios originales de la casa.

—Sabe mucho acerca de la casa Boden.

Él se volvió para mirarla. Una sonrisa apareció en sus labios y desapareció casi de inmediato por culpa de los nervios.

—Ayudé a Honoria a redecorar algunas habitaciones y a elegir las telas para retapizar los muebles antiguos.

—Ah, de ahí proviene su experiencia —su sonrisa tenía un matiz burlón—. Como bien sabe, Gracefield necesita desesperadamente reparaciones. Es una suerte que ya esté al tanto de ello, porque de otro modo quizá habría desesperado ante la idea de mostrarle la casa por temor a que cambiara de opinión.

Ella se echó a reír, más como una vía de escape para sus nervios que por cualquier otra razón. Pero también estaba aquella prometedora señal de humor que volvía a aparecer y que le daba tantas esperanzas. Se sintió más cercana a él y respondió con un entusiasmo juguetón.

—Oh, ningún proyecto es demasiado difícil para mí. Decorar es lo que más me gusta hacer en el mundo. Bueno, quizá solo lo supera la repostería. Solo puedo trabajar adecuadamente con una cocinera que esté dispuesta a compartir conmigo su cocina.

—Puesto que he probado sus bizcochos de semillas —dijo sir Alexander—, solo puedo afirmar que cualquier cocinera con un mínimo de sensibilidad debería hacerse a un lado para que usted pueda hornear cuanto desee.

Christine sintió que el calor le subía aún más al rostro y bajó la cabeza para ocultar la sonrisa complacida que se dibujó en sus labios mientras daba otro paso hacia el extremo del comedor. Nunca en su vida se había sonrojado, sonreído y salido tanto de su habitual compostura. Pero tampoco había conocido jamás a un hombre capaz de alterar su serenidad con tanta facilidad.

—Es usted demasiado amable —tomó entonces una decisión repentina y se detuvo para enfrentarlo antes de que pudiera arrepentirse—. Sir Alexander —se humedeció los labios antes de continuar—. Quiero darle las gracias por el sacrificio que está haciendo al ofrecerse a casarse conmigo. Usted es un hombre honorable; de lo contrario, jamás habría hecho algo así. Me esforzaré por ser una buena esposa para que nunca tenga motivo de lamentar su decisión.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, casi resonando en el vacío del comedor. En el silencio que siguió, él la contempló durante un largo instante. Ella temió haber dicho demasiado, haberse mostrado demasiado vulnerable, hasta que la ligera presión

de la mano de él sobre su brazo la acercó un poco más, y su rostro quedó suspendido sobre el suyo.

Durante varios segundos interminables, en los que su corazón latía con fuerza, intentó sostenerle la mirada mientras se preguntaba si pensaba besarla. Y luego trató de contener las frenéticas ideas que acudían a su mente sobre cómo sería corresponderle aquel beso. Todo ello la hizo parpadear rápidamente y sentir cómo el rubor se extendía por sus mejillas.

—Le propuse matrimonio porque deseaba casarme con usted —dijo él en voz baja. Soltándole el brazo, añadió—. Y creo que, cuando estemos a solas, podríamos llamarnos por nuestros nombres de pila, ¿no le parece? Mi hermano y mis amigos más cercanos me llaman Alex. Espero que usted también lo haga con toda confianza.

—Yo soy Christine —respondió ella.

Qué tontería, pensó. El hombre sabía perfectamente cómo se llamaba. Su mente era un torbellino después de aquella confesión y de la manera en que él la había hecho. Su corazón se negaba a recuperar la calma.

—Entonces, Christine, me alegra que se nos haya concedido un momento de privacidad para encontrarnos en un ambiente más informal antes de hacer cualquier anuncio público. Aunque —murmuró— no me disgustaría disponer de aún más privacidad —por el tono despreocupado con que lo dijo, ella solo pudo concluir que aquella cercanía no lo había afectado en absoluto, y comprendió lo inexperta que era. ¿Y por qué deseaba más intimidad? ¿*Quería* besarla? Él la estudió durante unos momentos mientras sus pensamientos daban vueltas sin cesar y luego preguntó—. ¿Hay algo que desees que diga cuando hagamos el anuncio?

Ella le lanzó una rápida mirada, intentando seguir la conversación a pesar de su turbación.

—Supongo que puede decir lo que quiera, siempre que tú… Espero que no hagas referencia a…

La vergüenza le impidió terminar la frase. Tras un instante de vacilación, él dijo:

—Creo que sé lo que intentas decir, Christine, pero no quisiera dar nada por supuesto. Todavía no te conozco lo bastante bien como

para leerte la mente. ¿Podrías terminar la frase?

Por supuesto, tendría que expresarse con mayor claridad. Era lo justo, y hablaba muy bien de él que no diera por sentado conocer sus deseos sin que ella los manifestara. Reuniendo todo su valor, lo miró de frente.

—Creo que esta noche deberíamos anunciar nuestro compromiso de la manera más sencilla posible. Naturalmente, no podemos hablar de sentimientos. Pero si pudiéramos evitar mencionar el carácter forzado de nuestro compromiso, te lo agradecería.

—Ya veo —Alex guardó silencio un instante antes de añadir—. Procuraré no sentirme ofendido por la baja opinión que tienes de mí, hasta el punto de creerme capaz de anunciar nuestro compromiso de una forma tan torpe y de tan mal gusto.

Ella lo miró con inquietud, pero vio que sonreía, suavizando cualquier posible dureza de sus palabras.

—Lo siento.

—Perdonada —la condujo de regreso hacia el salón, donde el aumento del ruido indicaba que probablemente todos los invitados ya habían llegado—. Y no tienes por qué temerlo. Jamás se me ocurriría insultar a mi prometida de semejante manera.

Por alguna razón, Christine se sintió reprendida, aunque no tenía la impresión de que Alex intentara menospreciarla. Seguramente él debía comprender de dónde provenían sus temores. Apenas lo conocía, así que ¿cómo podía adivinar lo que pensaba decir? Aquello la llevó a preguntarse si sería el tipo de hombre que corrige o menosprecia constantemente a los demás. Pero no, eso no podía ser cierto, porque había sonreído. Y le había preguntado qué quería decir sin asumir que conocía sus pensamientos. Un hombre así no podía cambiar de carácter de un instante a otro de manera tan radical.

Habían llegado a la entrada del salón, donde los invitados se agrupaban en pequeños corrillos repartidos por la estancia. Él se detuvo y la miró desde arriba.

—Bien, Christine. ¿Estás lista?

Sus temores se disiparon ante la sinceridad de su expresión y la intimidad con la que pronunció su nombre. Estaban a punto de anunciar su futuro ante las personas que ella había conocido toda su vida, y por un instante *casi* pudo creer que ambos se habían elegido libremente; no por amor, ni siquiera por conveniencia, sino como dos personas cuyas mentes encajarían muy bien la una con la otra. Le sonrió.

—Lo estoy.

CAPÍTULO VEINTE

Alex condujo a su prometida hacia el salón, procurando soltarle el brazo antes de que los vieran, para que su entrada no revelara la noticia antes de tiempo. Samuel Bassett se dio cuenta, pero apartó la mirada cuando Alex dirigió la vista hacia él.

La confesión sincera de Christine acerca de lo nerviosa que se sentía había acomodado algo dentro de él. Había pensado que, si durante su matrimonio ella siempre pudiera decir lo que pensaba en lugar de obligarlo a adivinarlo, podrían llevarse bastante bien. Y comenzaba a creer que realmente se sentirían cómodos juntos. Tal vez incluso podrían ser felices.

El recuerdo de ella mirándolo desde debajo de sus largas pestañas mientras él se inclinaba lo bastante como para besarla acudió a su mente. En aquel momento había sentido la tentación de besarla, por descabellada que hubiera sido la idea. ¿Quién habría imaginado que alguien tan reservada como ella pudiera recibir de buen grado algo así? Y, sin embargo, no había mostrado la menor intención de apartarse. La atracción había sido intensa, pero afortunadamente la prudencia terminó imponiéndose. Su primer beso sería mucho más agradable sin el riesgo de que alguien los interrumpiera.

Siguió a su prometida con la mirada mientras ella se dirigía al lado de Arabella, permitiéndose admirar la elegancia de su figura. Sabía cuán afortunado era al verse obligado a comprometerse con una mujer que le resultaba atractiva. Cuando había elogiado sus pasteles de semillas, había podido contemplar por un instante su sonrisa tímida y la forma en que transformaba aquella belleza fría en algo cercano e íntimo. No sabía si simplemente tenía pocos motivos para sonreír o si reservaba esas sonrisas únicamente para las personas con quienes tenía confianza, pero se propuso en privado hacerla sonreír con mayor frecuencia.

Sus pensamientos se encontraban agradablemente ocupados cuando la realidad de su situación lo golpeó y una repentina oleada de temor lo atravesó. Quedarían unidos para siempre… y ni siquiera le había contado todavía a su propio hermano.

Philip Townsend recorrió la habitación con la mirada y captó la atención de Honoria antes de dar unas ligeras palmadas para llamar la atención de todos. Poco a poco, los invitados comprendieron que su anfitrión deseaba dirigirse a ellos, y las conversaciones se fueron apagando mientras se volvían hacia él. El señor y la señora Mercer se colocaron al frente del grupo y se situaron a la derecha de Alex.

—Gracias a todos por asistir a nuestra cena, la más concurrida desde nuestra boda. Además de las razones habituales por las que los hemos invitado —continuó, mirando de nuevo a su esposa como si buscara su aprobación—, hay un anuncio que hacer y que, estoy seguro, dará mucha alegría a varios de vosotros.

—Honoria está esperando un hijo —exclamó Samuel Bassett, dirigiéndole a su hermana una sonrisa provocadora.

Su esposa le lanzó una mirada severa y la señora Bassett pronunció su nombre en tono de reproche, aunque era evidente que tanto su esposa como su madre estaban acostumbradas a su humor mordaz.

—¿De verdad? —preguntó Philip, volviéndose hacia su esposa con fingida sorpresa. Todos rieron, incluso Honoria, que se sonrojó y dijo:

—Samuel, tu sentido del humor tan poco decoroso apenas es apropiado para una reunión distinguida.

Philip se aclaró la garganta.

—Mi anuncio es de una naturaleza muy distinta. De hecho, no me corresponde a mí hacerlo, así que dejaré la palabra a quienes realmente concierne. Probablemente sea lo mejor, considerando el rumbo que ha tomado la conversación.

Mientras Philip hablaba, Gus avanzó hasta colocarse al frente del grupo y tomó su lugar junto a Alex y los Mercer. Alex miró hacia atrás a tiempo para ver cómo las cejas de Martin Pasley se fruncían de golpe. Comprendió entonces que el boticario temía que Gus fuera a anunciar su propio compromiso.

—¿Sir Alexander? —los ojos de Philip estaban fijos en él.

Alex se colocó junto a Philip para dirigirse a los presentes, y sus ojos se posaron en Christine, cuyo rostro pálido permanecía casi inexpresivo. Empezaba a comprender que, aunque su natural reserva le daba un aire de indiferencia, en realidad era una mujer profundamente sensible. Volvió entonces la mirada hacia el grupo reunido.

—Buenas noches, damas y caballeros. Creo que la mayoría de vosotros ya me conocéis, pero para aquellos con quienes aún no he sido presentado, soy sir Alexander Thorne y vengo de Derbyshire. Permitidme presentaros a mi amigo, el señor Roger Garrick, que se encuentra de visita y que, lamentablemente, deberá partir mañana —Roger hizo una reverencia general a todos los presentes, y Alex continuó—. Como muchos de vosotros sabéis, compré Gracefield Park hace un año, aunque no me instalé allí hasta el mes pasado. Eso me concede ahora el honor de ser vuestro vecino. Y hace muy poco —hizo una pausa, encontrando la mirada de Christine y sosteniéndola— he pedido la mano de la señorita Grey, y ella me ha hecho el honor de aceptar —se detuvo mientras la sala se llenaba de exclamaciones de sorpresa y alegría. Honoria sonrió y se inclinó para decir algo a la mujer que él suponía era su cuñada. Alex alzó la voz por encima del bullicio—. Gracefield Park tendrá una señora, y será una hija de Lincolnshire.

El murmullo se elevó aún más en la habitación, y los invitados comenzaron a rodearlos a ambos. Del lado de Alex llegaron palmadas en la espalda y felicitaciones pronunciadas con una familiaridad que hacía parecer que hubiera crecido entre aquellas personas. Sonrió a quienes le deseaban felicidad, invadido por la extraña sensación de haber anunciado realmente su compromiso con una mujer a la que había cortejado por amor.

Miró hacia Christine. Ella seguía pálida, rodeada por tantas personas que reclamaban su atención. Sin embargo, tenía los ojos puestos en la esposa de Samuel Bassett y estaba sonriendo, de modo que supo que su prometida estaba siendo tratada con amabilidad. De alguna manera, haber realizado un enlace que producía tanta alegría entre quienes lo rodeaban y que además

salvaba la reputación de la señorita Grey —no, de *Christine*, como ahora sería para él— le hacía sentir que no podría haber hecho una elección mejor para sí mismo. Como si la hubiera pretendido desde el principio.

Volvió la cabeza y encontró la mirada de Roger por encima de la multitud. Alguien le había servido una copa de vino, y la levantó en señal de saludo. Alex le devolvió la sonrisa y alzó la mano vacía a modo de respuesta. Al menos tenía allí a un amigo para compartir aquel momento trascendental. Tendría que pedirle a Roger que regresara dentro de un mes para la boda, especialmente si Leonard no podía -o no quería- asistir. Esperaba que Roger pudiera venir.

Antes, cuando Alex y Gus habían discutido los términos del acuerdo, Gus había considerado prudente celebrar la ceremonia tan pronto como fuera posible. Así pues, publicarían las amonestaciones durante las tres semanas siguientes y la boda tendría lugar dentro de un mes. Ya se preocuparía entonces de quién lo acompañaría en calidad de padrino. Por ahora, en medio de la alegría que llenaba la reunión de aquella noche, no había nada en el anuncio que pareciera un matrimonio forzado. Se sentía, sencillamente, como una celebración.

***

Alex y Roger se reunieron para desayunar a la mañana siguiente. Habían acordado tomar el desayuno temprano para que Roger pudiera emprender su viaje a primera hora. Alex había comido lo suficiente la noche anterior, de modo que se conformó con café y un panecillo, pero Roger comentó entre bocado y bocado que la larga jornada de cabalgata que tenía por delante no le permitía desayunar de una manera tan moderada.

Cuando ambos terminaron de comer, Alex dejó su taza sobre la mesa y miró a su amigo.

—¿Volverías para mi boda dentro de un mes? Me gustaría que estuvieras allí.

—Por supuesto. Puedes contar con ello. Y si tengo éxito en mi misión, tú deberás acompañarme en mi propia boda. Ya ves que no tengo hermano —Roger sonrió, aunque Alex percibió cierta tensión detrás de aquella expresión.

—Puedes contar conmigo —Alex frunció el ceño—. Hablando de eso, quizá también necesite que tú me acompañes a mí. No hay ninguna garantía de que mi hermano reciba bien la noticia o de que considere el acontecimiento lo bastante importante como para abandonar la fábrica durante el tiempo necesario para venir.

Roger arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Leonard se perdería la boda de su propio hermano?

—Muy bien podría hacerlo —Alex se encogió de hombros y añadió con ironía—. Era más fácil llevarse con él antes de que ascendiera socialmente gracias a su matrimonio.

Roger soltó una carcajada.

—Siempre son los que están trepando por la escala social quienes se muestran más exigentes con las convenciones —se interrumpió de repente al darse cuenta de lo que acababa de decir —. Mis disculpas. No tenía intención de ofenderte.

—No me ofendo. Y tienes mucha razón. Nadie está más preocupado por lo que es correcto dentro de la buena sociedad que mi hermano, que creció sin tener la menor idea de ella.

Alex se rio, aunque fue una risa débil. No le agradaba en absoluto la idea de recibir la respuesta de su hermano a la carta que debía escribir aquel mismo día. No deseaba ver confirmados sus temores de que Leonard se sintiera tratado injustamente. Habría sido mucho más agradable que simplemente se alegrara por él.

Alex acompañó a Roger en su partida y luego se sentó a escribir la carta a su hermano, una tarea que ya no podía seguir posponiendo. Necesitó varios borradores antes de quedar medianamente satisfecho, especialmente porque había decidido no informar a Leonard de la naturaleza forzada de su compromiso y permitirle creer que se trataba de un matrimonio por amor. Si todo salía como él esperaba, así sería.

Después se ocupó de otra correspondencia urgente: dio instrucciones a su abogado respecto al contrato matrimonial y a la publicación de las amonestaciones, además de escribir al encargado del proyecto en Boston, donde estaban utilizando su bomba de vapor para drenar parte de los pantanos.

Lamentablemente, había descuidado su proyecto. Los acontecimientos de las últimas semanas casi se lo habían borrado de la mente. No podía evitarse; tendría que aplazarlo un poco más y concentrarse en sus próximas nupcias. Por fortuna, su administrador era competente e incluso poseía una aptitud natural para comprender el funcionamiento de la bomba, lo que le permitía hacer pequeñas modificaciones cuando dejaba de funcionar.

Cuando terminó con todo aquello y el mayordomo envió al lacayo con las cartas, Alex comenzó a deambular por la casa, intentando resistir la tentación de visitar a Christine para verla de nuevo. La noche anterior no habían hablado de cuándo volverían a encontrarse al despedirse, y él no quería parecer desesperado, como si fuera incapaz de pasar un solo día sin contemplar su rostro.

Se paseó de un lado a otro por el salón, imaginando cómo se vería una vez que ella diera instrucciones para redecorarlo. El corazón se le aligeró al imaginar la casa en sus manos capaces.

Después de varias horas de soledad, la tentación de verla se volvió demasiado fuerte para resistirla. Tras caminar de un lado a otro un poco más, finalmente se convenció de que tenían muchas cosas que discutir: la ceremonia, el desayuno de bodas y otros asuntos semejantes. Por tanto, visitarla era, en realidad, lo más sensato. Sin duda ella lo estaría esperando y preguntándose por qué aún no había ido.

Cuando fue recibido en la residencia de los Grey, descubrió que Honoria ya se encontraba allí. No estaba seguro de si aquello era bueno o malo. Por un lado, la visita sería probablemente menos incómoda; por otro, no tendría ocasión de estar a solas con Christine, que era precisamente el motivo por el que había ido.

Una vez intercambiados los saludos, Christine volvió a refugiarse detrás de su reserva habitual -tendría que encontrar alguna excusa para quedarse a solas con ella y lograr atravesar aquella barrera- y se sentaron a esperar que trajeran el té. Con Honoria presente, Alex no sabía cómo sacar a relucir ninguno de los detalles de la boda que había pensado durante el trayecto. Después de un momento de silencio, Honoria se volvió hacia él.

—Olvidé preguntarle por sus arrendatarios cuando visitamos la casa Gracefield. He atendido las enfermedades de algunas de las personas que viven en su propiedad incluso antes de que usted la comprara. ¿Ha tenido oportunidad de conocerlos a todos?

Alex sabía que había descuidado su deber en ese aspecto y respondió con cierta vergüenza.

—Lamento decir que no. Los he dejado en manos de mi administrador y hasta ahora únicamente he tratado con él.

Lo que no añadió fue que resultaba muy fácil fingir que aquella parte de la propiedad no existía, ya que las casas de los arrendatarios se encontraban al otro extremo de los campos. Podía recorrer la mayor parte de sus tierras sin necesidad de encontrarse con ninguno de ellos. De hecho, eso era exactamente lo que había hecho, porque no había sabido qué decirles.

—Estoy segura de que se alegrarán de conocerte —dijo Christine—. Cualquier arrendatario desea saludar al nuevo propietario de la finca y descubrir qué clase de hombre es.

Él miró a su prometida, animado por su participación en la conversación.

—Confiaré en tu palabra. Quizá podríamos visitarlos juntos.

Ella sonrió y asintió. En ese momento trajeron la bandeja del té, y Alex disfrutó observando cómo Christine lo preparaba y servía a todos. La bandeja estaba dispuesta con mucho gusto, algo que sospechó era obra de ella y no de la cocinera. Y el pastel de limón que probó era tan delicioso que estuvo a punto de hacerle llorar de placer. Su vida estaba a punto de cambiar en más de un sentido. Christine lo observó mientras comía y sonrió al ver la expresión de su rostro.

—Te gustan los pasteles de limón.

—Estoy convencido de que me gustará todo lo que tú me sirvas —respondió sinceramente, lo que hizo que la sonrisa de ella se ampliara aún más.

—¿Cuántos sirvientes tienes? —preguntó ella mientras le servía una segunda porción de pastel.

Por supuesto que deseaba saberlo, puesto que también serían sus sirvientes, y muchos de ellos estarían bajo su dirección.

—Tengo una cocinera, una ayudante de cocina, una fregona, una criada para todo servicio, además de la doncella principal —dijo, contándolos con los dedos—; dos lacayos, dos mozos de cuadra, un mayordomo y un cochero. Ah, y también un jardinero —ella asintió, aparentemente satisfecha, y él añadió—. Necesitaré una ama de llaves, aunque la doncella principal se ha encargado tan admirablemente de esas tareas que no he visto una necesidad urgente.

—Entonces muy bien podría desempeñar ese cargo —dijo Christine—. Me gustaría conocerla.

—Espero que así sea. Ven cuando quiera. Ven mañana.

Apenas pronunció aquellas palabras, cerró brevemente los ojos ante aquella frase impulsiva que sonaba tan propia de un colegial. Aunque se había vuelto hábil en las convenciones sociales y sabía ocultar cualquier inseguridad que pudiera sentir, nunca daba lo mejor de sí cuando se encontraba cerca de una mujer a la que admiraba. Tras un momento de sorpresa, ella respondió:

—Iré —de pronto se produjo un fuerte estrépito en el exterior. Christine se volvió sobresaltada hacia el ruido y luego regresó la mirada a ellos con el ceño fruncido—. Por favor, permaneced sentados. Iré a ver qué ha sucedido, si me disculpáis.

Salió apresuradamente de la habitación en dirección al origen del ruido, y Honoria dejó su taza sobre la mesa.

—Sir Alexander…

—Alex, por favor.

—Muy bien, Alex —respondió Honoria con una sonrisa mientras entrelazaba las manos sobre el regazo—. Quisiera hablar contigo de algo mientras Christine no está aquí.

La ligera vacilación que siguió a aquellas palabras hizo que la mente de Alex se llenara de toda clase de inquietudes. ¿Se trataba de una gran confesión? ¿De algún profundo secreto que necesitara conocer acerca de su futura esposa? La forma en que Honoria se mordió el labio y le dirigió una mirada especulativa pareció confirmar sus peores temores.

—Por favor, continúe.

—He visto las partes de tu casa que son aptas para recibir visitas, y no sería tan atrevida como para sacar este tema si no fuera porque tú mismo ha admitido abiertamente que no tienes gusto para la decoración…

Al hacer una pausa, él se relajó, ya bastante convencido de que no iba a revelarle nada terrible acerca de su prometida.

—Es cierto. ¿Qué propone?

—Bueno, me preguntaba si tu dormitorio ha sido preparado adecuadamente y si… si el dormitorio contiguo, el que pertenecerá a tu esposa, ha recibido alguna atención.

Se detuvo mientras él la miraba con un horror creciente, expresión que hizo que los ojos de Honoria se arrugaran con amabilidad.

—No tengas miedo, Alex. Precisamente por eso te lo pregunto. Como mejor amiga de Christine, permíteme encargarme de su habitación durante el mes que nos queda. Dejaré que Arabella supervise el desayuno de bodas, pues ella está más próxima al parto que yo, y sé que no aceptará quedarse sin hacer nada.

El alivio que sintió estuvo acompañado por cierta culpa.

—Aceptaría encantado, pero ¿está segura de encontrarse en condiciones de hacer algo semejante? No estoy seguro de que su esposo esté de acuerdo.

—Te prometo que no me excederé. Si me permites dirigir a algunos de tus sirvientes, yo simplemente supervisaré el proyecto —le aseguró.

Los pasos que llegaban desde la cocina anunciaron el regreso de Christine, y apenas tuvo tiempo de murmurar unas palabras de agradecimiento antes de que la conversación se interrumpiera.

—Espero que me perdonéis —dijo Christine entrando apresuradamente—, pero tendré que dejaros a ambos. Y Alex, quizá me vea obligada a posponer para mañana mi visita a tus sirvientes. Parte del invernadero se ha derrumbado sobre mi jardín de invierno y tendré que supervisar las reparaciones y el traslado de las plantas.

—Por supuesto —la tranquilizó él, ocultando tanto su decepción como la sensación de injusticia que le producía pensar que fuera ella quien debiera encargarse de aquello.

Le habría gustado preguntarle si su hermano estaría igualmente ocupado con el proyecto, pero no podía hacerlo. Cuando fuera su esposa, se aseguraría de que ella no llevara sobre sus delicados hombros toda la carga del mantenimiento de una propiedad.

Se despidieron de Christine y salieron juntos al exterior. Honoria le aseguró que su cochero la llevaría a casa y le pidió que la esperara en Gracefield al día siguiente.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Fiel a su palabra, Honoria llegó la tarde siguiente, acompañada por uno de sus propios lacayos, de quien aseguraba que tenía habilidad para las reparaciones. Cuando Alex la condujo hasta el dormitorio, ella no pareció desanimarse en absoluto por el estado en que se encontraba. Animado por la ausencia de cualquier juicio respecto al futuro dormitorio de su esposa, la invitó a ella y al lacayo a ver también la habitación principal. Él no había hecho absolutamente nada allí, aunque al menos su aspecto sombrío resultaba más apropiado para el sexo masculino. Honoria no vaciló en acercarse a examinar el colchón con un sencillo:

—¿Te importa? —aunque, en realidad, ni siquiera esperó la respuesta. Después de revisar todo lo que había en la habitación, se volvió hacia él—. Si me lo permites, daré instrucciones a tus sirvientes sobre cómo reemplazar el colchón, ya que no son de Horncastle y quizá no sepan cómo hacerlo. Bien podrían ocuparse del tuyo al mismo tiempo que del otro dormitorio, aunque este se encuentra en mejores condiciones. Él asintió y la siguió de regreso a lo que sería la habitación de Christine, donde Honoria se acercó a la ventana para contemplar la vista—. Las ventanas solo necesitan una buena limpieza para que entre más luz en la habitación — permaneció un momento mirando hacia afuera con expresión satisfecha—. Creo que Christine estará contenta con esta vista.

Continuó recomendando dónde encargar las sábanas y los cubrecamas, y sugirió alegres colores azul pálido y blanco para la decoración, consultando con su propio lacayo y con uno de los sirvientes de Alex, que se había unido a ellos, acerca de por dónde comenzar.

Alex aceptó agradecido todas las sugerencias de Honoria. Era un alivio que alguien se hiciera cargo de aquella tarea colosal, y esperaba que Christine quedara satisfecha con el resultado. Una

imagen espantosa acudió a su mente al imaginar a su esposa descubriendo aquella habitación lúgubre e inacabada en la noche de bodas. Sin la intervención de Honoria, no estaba seguro de que se le hubiera ocurrido arreglarla a tiempo para tenerla lista antes del enlace.

Dio instrucciones a los sirvientes para que obedecieran a la señora Townsend en todo. Y después de ofrecer su ayuda -aunque no contaba ni con la ropa adecuada ni con la habilidad necesaria para realizar aquel trabajo-, Honoria terminó por suplicarle entre risas que saliera a cabalgar y la dejara encargarse del asunto. Él accedió agradecido y declaró entonces su intención de visitar a Philip, idea que ella aprobó con entusiasmo.

Antes de despedirse, Alex no pudo resistirse a preguntar por su prometida, ya que Honoria no había mencionado nada acerca de ella desde su llegada.

—Espero que Christine no esté demasiado agobiada por el derrumbe del invernadero. ¿Sabe cómo lleva los preparativos de la boda? ¿Está… tranquila?

Honoria le dirigió una sonrisa alegre mientras se detenía para ayudar a retirar un tapiz de pared con el que el sirviente parecía tener dificultades.

—Puesto que Arabella y yo nos estamos ocupando de muchos de los detalles de la boda, como el desayuno nupcial, el proyecto principal de Christine será confeccionar el vestido que llevará el día en que camine hacia el altar para reunirse contigo —el pensamiento le produjo un escalofrío de nervios… y también de placer—. Su única decepción —continuó Honoria— es que no ha podido encontrar unas cuentas semejantes a las que utilizó para el vestido que había preparado para el Baile de la Lana, el que se perdió en la inundación. Tenía la esperanza de crear algo igualmente hermoso para la boda —se apartó mientras el lacayo de Alex introducía una escalera en la habitación—. Debo decir que aquel vestido era realmente magnífico por la manera en que lo había adornado con aquellas diminutas cuentas de vidrio. Nunca había visto nada parecido. De algún modo, el brillo de las cuentas hacía que pareciera un cielo nocturno lleno de constelaciones resplandecientes.

—Ya veo —respondió Alex, intentando imaginar lo que ella describía.

Con una risita algo avergonzada, Honoria restó importancia a sus propias palabras.

—No sé muy bien cómo explicarlo, pero el efecto era precioso. Encontró aquellas cuentas en la mercería de Grantham, y debieron de ser una rareza, porque la siguiente vez que fue ya no volvió a verlas. Eran cuentas muy pequeñas que tenían un cierto resplandor.

—Lamento oírlo —respondió Alex, un poco perdido en medio de aquella conversación sobre vestidos y cuentas—. Sin embargo, estoy convencido de que no necesitará ningún adorno para ser una novia hermosa.

Honoria le sonrió con viveza.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —Alex se volvió para marcharse, pero ella lo llamó—. Mantengamos entre nosotros mi participación en la habitación de Christine, ¿le parece? Quiero decir que no pienso decírselo, y espero que usted tampoco lo haga, para que sea una sorpresa.

Alex le dio su palabra y, tras hacer una reverencia, se despidió. Poco tiempo después, cuando Alex llegó cabalgando a Boden House, el mozo de los Townsend conducía un caballo pura sangre hacia Philip, que se encontraba frente a la puerta.

—Eres la última persona que esperaba ver —dijo Philip al reconocer a Alex. Su sonrisa fue sustituida rápidamente por una expresión de alarma—. ¿Honoria no está herida?

—¡Por el cielo, no! No pensé en cómo podría interpretarse mi visita, pero se encuentra perfectamente bien. De hecho, prácticamente me echó de mi propia casa sugiriéndome que saliera a cabalgar —Alex sonrió—. Cuando dije que deseaba venir a verte, aprobó la idea con tanta rapidez que comprendí enseguida que estaba estorbando.

Philip soltó una carcajada.

—Eso suena exactamente a ella cuando está haciendo lo que más le gusta. Allí estará perfectamente. Yo precisamente me disponía a visitar el balneario.

—De hecho, esa es la razón por la que he venido —respondió Alex—. ¿Podría acompañarte? He querido verlo desde la primera vez que oí hablar de él.

Las mejillas de Philip ya estaban enrojecidas por el frío cuando montó en la silla.

—No seré yo quien desanime a alguien de visitar mi balneario.

Alex hizo girar su caballo y ambos cabalgaron en dirección al camino principal.

—¿Recuerdas la bomba de vapor de la que te hablé? —Philip emitió un sonido afirmativo, y Alex levantó la vista hacia un grupo de gansos que volaban en formación de V en busca de un clima más cálido—. No he tenido mucho tiempo para supervisar mi proyecto en Boston y no debería estar pensando en añadir otro. Sin embargo, cuando supe de tus baños termales, se me ocurrió que quizá una excavadora impulsada por vapor podría abrirse paso a través de la roca para ampliar el lugar, y que una pala de vapor podría retirar la tierra.

Philip asimiló la idea antes de decir:

—Continúa.

—Puede que encuentres una excavadora de alquiler, pero he estado trabajando en un prototipo de pala de vapor que podría utilizarse en espacios reducidos. Todavía no he tenido ocasión de probarla, y pensé que quizá podríamos hacerlo en los baños termales a modo de experimento —al ver el brillo de entusiasmo en el rostro de Philip, Alex consideró necesario moderar las expectativas —. No sería un proyecto para emprender de inmediato, pero me agrada la idea de poder probar mi pala de vapor más cerca de casa.

—La boda debe ser la prioridad, lo comprendo —dijo Philip—. Pero me alegraría intentarlo. Debo confesar que cuando mencionó la bomba durante la cena en casa de los Mercer, me pregunté si podría resultarme útil —soltó una risa seca—. Habría sido de enorme valor cuando inundé mi campo, y también el camino público, con un proyecto de irrigación que salió mal. Tardamos semanas en solucionarlo.

—Puedo imaginarlo.

Alex sonrió con simpatía. Se sentía orgulloso de sus prototipos de vapor y estaba convencido de que representaban el futuro. Las máquinas de vapor ayudarían a reducir el tiempo y el esfuerzo necesarios para proyectos precisamente como aquellos.

Continuaron conversando sobre el asunto, aunque decidieron dejar el resto de la discusión para cuando llegaran al balneario y Alex pudiera verlo por sí mismo. Después pasó a elogiar la ayuda de Honoria con el dormitorio de su futura esposa, admitiendo con cierta vergüenza el lamentable estado de la casa.

—Debo disculparme por ocupar el tiempo de tu esposa —dijo —, especialmente en su delicado estado. Le he suplicado que no haga ningún esfuerzo. Sin embargo, no puedo obligarme a rechazar una ayuda ofrecida con tanta generosidad, porque yo solo no podría realizar ni una cuarta parte del trabajo.

—No tienes por qué disculparte —le aseguró Philip—. Mi casa también se encontraba en un estado deplorable, y no fue hasta que me casé con Honoria cuando todo empezó a ponerse en orden.

Aquello alivió parte de la culpa que Alex había estado sintiendo.

—Me habría horrorizado que Christine se encontrara con una habitación así el día de nuestra boda. Que esa fuera su primera impresión de la vida matrimonial —sacudió la cabeza con una risa seca—. Con todo lo que tengo en la cabeza, no puedo decir que se me hubiera ocurrido hacer algo al respecto hasta que llegaran sus baúles y me viera obligado a reconocer que era imposible que se alojara allí. Estoy verdaderamente en deuda con tu esposa.

—No pienses más en ello —dijo Philip—. No creo que pudiera detener a Honoria aunque lo intentara. Por fortuna, su primer embarazo transcurrió muy bien, salvo algunas náuseas al principio, y este parece seguir el mismo camino. Tienes ante ti a un hombre tranquilo, ahora que he comprobado que ella no se rompe por mantenerse ocupada. En cualquier caso, es lo que le gusta hacer.

—Me dejas mucho más tranquilo.

—Además —añadió Philip—, conozco a Christine desde que era un muchacho. Honoria no es la única que desea verla felizmente establecida.

***

Gus entró en la sala, y Christine dejó a un lado el vestido en el que estaba trabajando. De todas formas, necesitaba descansar la vista. Él se movía con la misma energía inquieta que había mostrado últimamente, pero ya no era la agitación abatida que había exhibido cuando él y Sarah se encontraban distanciados. Ahora era una energía nerviosa, como si estuviera al borde de realizar un cambio permanente en su vida. No hacía falta ser un erudito para imaginar de qué podía tratarse.

—¿Cómo está Sarah? —preguntó ella, cogiendo nuevamente el vestido y fingiendo examinarlo. Sintió la mirada sorprendida de su hermano posarse sobre ella.

—¿Cómo sabes que estuve visitando a Sarah?

—Puedo notarlo. Siempre estás así cuando regresas de verla. Ella despierta algo en ti.

Christine se contuvo antes de decir algo más y miró a su hermano de reojo. Había querido bromear y decirle que se preguntaba si aquello era realmente algo bueno, considerando cuánto discutían, pero no deseaba sembrar ninguna semilla de desaliento. Sarah le hacía bien; de eso Christine estaba ahora convencida, y cuantos menos obstáculos encontrara Gus en su camino, mejor. Después de todo, un hombre que seguía soltero después de tantos años no era precisamente alguien que llegara fácilmente al punto.

—He pensado en ir a Gracefield —dijo él, llevando la conversación en una dirección inesperada—. ¿Por qué no vamos juntos?

Christine le lanzó una mirada rápida e intentó mantener el pulso tranquilo ante la sugerencia. No se había atrevido a ir, ni siquiera después de que el invernadero hubiera sido reparado.

—¿Por qué quieres ir a Gracefield?

Lo que no estaba dispuesta a admitir era que la idea de colocar el retrato de la madre de Alex en un marco más apropiado se había apoderado de ella. Si lograba llevar una cinta de medir y encontraba la manera de tomar las medidas sin que nadie la observara, podría hacer un marco en secreto y ofrecérselo como regalo de bodas. Era lo menos que podía hacer después de haberlo herido con sus

comentarios sobre el retrato. Incluso cuando todavía no estaba segura de si él le agradaba, sabía perfectamente que aquella observación había sido de pésimo gusto.

Además de ese propósito, existía el deseo de volver a ver la casa. Nunca antes se había abierto ante ella una perspectiva tan emocionante. Habitación por habitación, podría llevar cada estancia hacia una hermosa armonía y un orden perfecto. La idea resultaba irresistible.

Cualquier deseo de ver a Alex por algo distinto a eso lo reprimió con dureza. Él parecía estar mostrándose cada vez más amable con ella, pero no debía exhibir abiertamente su anhelo ni permitirse salir herida. Después de todo, él no la habría elegido si hubiera tenido otra opción.

Pero una casa no podía hacerle daño. Tener su propio hogar del cual ocuparse no podía traerle ninguna decepción. ¿Qué más podía desear en la vida?

Para cuando Gus respondió a su pregunta, casi había olvidado que la había formulado.

—He oído que Alex tiene unos caballos en sus establos que vale la pena ver. Vamos cabalgando hasta allí. Podemos llevar a Hunter y a Artemis para que hagan ejercicio.

—Es una excelente idea —respondió ella, doblando la tela de su vestido por la mitad.

No le sorprendía en absoluto que Gus se hubiera encariñado con los perros. Siempre había sabido que sucedería. Guinea roncaba sobre el sofá junto a ella, pero cuando se puso de pie, el pug levantó la vista con expresión lastimera.

—No tardaré mucho, Guinsey —le dijo con dulzura, inclinándose para besarlo.

Había olvidado preguntarle a Alex si podría llevar consigo a sus animales cuando se mudara allí, aunque de alguna manera no le preocupaba que él pudiera negarse.

Christine había olvidado cuánto le gustaba montar a caballo. Solía caminar a la mayoría de los lugares, pero cabalgar le ofrecía una visión renovada del campo. A lo largo del límite lejano del bosque permanecía la escarcha que el sol del mediodía aún no había

alcanzado, y los perros corrían hacia ella a través del prado, con sus pelajes brillando bajo la luz.

Al llegar a Gracefield, Gus entabló inmediatamente conversación con el mozo de cuadras y dejó a Christine encontrar su propio camino hacia la casa. Sabía que, si lo esperaba, él se olvidaría por completo de ella. Podría pasar tanto tiempo que quizá ni siquiera llegaría a ver a Alex. No pensaba permitir que eso ocurriera.

Un lacayo acudió a responder a su llamada y la condujo hasta el salón, donde Alex la esperaba. Él avanzó para recibirla y cogió ambas manos entre las suyas. Era un saludo mucho más cálido y afectuoso de lo que ella había esperado de él, incluso en su imaginación, y le sonrió.

—No pienses que he venido sola. Dejé a Gus en los establos con tu mozo, de donde no pude apartarlo. Fue idea suya que viniéramos.

—Me alegra muchísimo que lo hayáis hecho —dijo Alex—. No necesitáis invitación alguna. ¿Qué te gustaría hacer? ¿Pido que traigan té?

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo iba a entrar al desayunador y medir el marco sin que Alex sospechara algo? Debía encontrar una manera.

—¿Podrías mostrarme otra vez las habitaciones de esta planta?

Él pareció sorprendido por un instante, pero respondió:

—Por supuesto.

En lugar de conducirla a través del salón, como había hecho la primera vez que estuvo allí, la llevó al corredor, ahora vacío de sirvientes, y señaló la escalera que se veía a cierta distancia.

—Pero antes debes ver…

Sus palabras se apagaron, y ella siguió la dirección de su mirada hasta descubrir la colección de grabados perfectamente colocada en la pared de la escalera. Iluminaban el espacio y hacían que la escalera pareciera moderna y habitada.

—Aceptaste mi sugerencia —dijo ella sonriendo.

Subió tres escalones para observar mejor los grabados.

Él la siguió hasta el escalón inmediatamente inferior y aguardó mientras ella se tomaba su tiempo para examinarlos. El efecto era

exactamente el que había imaginado.

—Debo decirle cuánto me alegra la idea de convertir Gracefield en un hogar para ti —dijo Se volvió y descubrió que él estaba exactamente a la altura de sus ojos. Al ver la expresión de Alex, se sintió de inmediato avergonzada. Qué atrevimiento por su parte hablar de transformar su casa cuando él solo se casaba con ella porque se había visto obligado. Apartó la mirada y se mordió el labio —. Es decir, no me refería a…

Antes de que siquiera se diera cuenta de que se había movido, los brazos de él la rodearon. La atrajo hacia sí y la besó en los labios. El gesto fue tan inesperado que ella no reaccionó de inmediato. Permaneció inmóvil mientras él depositaba un beso suave sobre sus labios y luego se apartaba apenas unos centímetros para mirarla, sin dejar de rodearla con los brazos.

Entonces la sensación y el consuelo de aquel abrazo lograron finalmente atravesar la sorpresa. Ella levantó la mirada y la dejó descansar sobre los labios de él. La expresión de Alex era sincera, casi como si estuviera enamorado, aunque una cosa así difícilmente podía ser cierta. La intensidad de su mirada derritió algo dentro de ella. En algún rincón de su mente supo que era la armadura que mantenía firmemente alrededor de su corazón.

Aquello -la forma en que él la miraba y el hecho de que permaneciera allí sin apartar los ojos de los suyos- la atrajo nuevamente hacia él, y ella le devolvió el beso. La respuesta apasionada de Alex estuvo a punto de hacerle fallar las piernas, y ella se aferró a la espalda de su chaqueta para no caer.

El sonido de una puerta abriéndose a lo lejos hizo que él la soltara y retrocediera. Sus mejillas estaban teñidas de un rojo apagado, y sus ojos buscaron los de ella mientras le dedicaba una sonrisa tímida.

—Espero que no te haya molestado la libertad que me tomé.

Ella negó con la cabeza, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa, y alcanzó a ver un destello de júbilo en la expresión de él. El lacayo se acercaba, y Alex hizo un gesto hacia delante mientras decía en voz más alta:

—Ahora visitemos el estudio, pues la última vez que vino con la señora Townsend no tuve oportunidad de mostrártelo.

Dentro del estudio de Alex, que era amplio y parecía una pequeña biblioteca en sí mismo, ella pudo ver que ya se habían intentado algunas renovaciones, y en su mayor parte se limitó a escucharlo mientras describía lo que esperaba conseguir en aquella habitación. Pasaron poco tiempo en la biblioteca, que necesitaba más que nada una buena limpieza, antes de regresar nuevamente atravesando el salón.

No sintió ningún deseo de detenerse en aquel proyecto, el mayor de todos, y permitió que él la condujera al salón pequeño, al comedor y, finalmente, al desayunador. Los grabados ya no estaban sobre el aparador, por supuesto, pero las pinturas seguían apiladas sobre el suelo. Sin embargo, el retrato de la madre de Alex ya no se encontraba allí. Esperó que simplemente hubiera sido trasladado a algún otro lugar dentro del montón.

—¿Te importaría pedir algo de té después de todo? —preguntó, mirándolo con cierta ansiedad—. Sé que es muy atrevido de mi parte pedírselo, pero pensé en revisar estas pinturas para ver si los marcos están listos para colgarlas. Sería agradable tomar algo, y estoy casi segura de que Gus también querrá una taza de té.

Solo el deseo de poner las manos sobre el retrato de la madre de Alex pudo arrancarle aquellas palabras tan poco naturales para ella. Era una petición atrevida, incluso para una mujer comprometida con él, y le producía vergüenza. Pero Alex únicamente pareció complacido.

—Nada me gustaría más que mandar traer el té. Después de todo, como tu esposo, será mi deseo cuidar de ti de esta manera y de muchas otras semejantes.

Christine volvió hacia él una mirada atónita. ¿*Él* pensaba cuidar de *ella*? No resistió el impulso de levantar la mano y apoyarla con ternura sobre su mejilla. La intimidad de aquel gesto no resultó difícil, no después de haberse besado. No cuando iban a casarse. Y ciertamente no cuando él parecía tan deseoso de velar por su bienestar. Alex sonrió con mayor amplitud y apoyó la mejilla contra su mano durante un breve instante.

Tan pronto como él salió de la habitación, explicando que el cordón de la campanilla seguía roto -hecho por el cual ella elevó una silenciosa oración de agradecimiento-, Christine cayó de rodillas y comenzó a revisar las pinturas. Apoyó el primer grupo de cuadros contra su pecho y fue apartándolos uno por uno, hojeándolos con rapidez en busca del retrato de la madre de Alex.

Lo encontró hacia el fondo de uno de los montones, pero la alegría inicial de haberlo descubierto se transformó enseguida en una punzada de tristeza cuando comprendió lo que aquello significaba. Él había colocado el retrato al fondo de la pila debido a su comentario despectivo, porque ella le había dicho que no tenía ningún valor.

Ella se cubrió el rostro con las manos. *Debo tener cuidado. Muchísimo cuidado*. Las palabras de una esposa podían herir a un esposo con la misma facilidad con la que podían alentarlo.

Sintió cómo las lágrimas le picaban en los ojos y se los frotó. Pero no tenía tiempo que perder, así que sacó de su reticule la cinta de medir, un pequeño lápiz y un trozo de papel. Tomó rápidamente las medidas del cuadro y luego volvió a apoyarlo con cuidado en su lugar antes de acercarse al otro montón, para que Alex no sospechara cuál era realmente su propósito cuando regresara. Comenzó a examinar aquellos marcos y estaba ocupada en ello cuando él volvió.

—No esperaste a tomar el té antes de comenzar la tarea —dijo él con un suave reproche—. ¿Por qué no nos detenemos primero a tomar algo y después podrás revisar estas pinturas todo el tiempo que desees? Aunque esta vez seré yo quien las sostenga para ti —la miró con afecto—. Lamento decirlo, pero parece que los marcos han ensuciado tu vestido.

—¡Oh, no! ¿De verdad? —Christine volvió a apoyar el montón de marcos contra la pared y se puso de pie—. Muy bien. Tomemos el té, aunque quizá podría enviarse a un lacayo a buscar a Gus. Sé que no querrá perdérselo.

—Mandaré a alguien de inmediato.

Regresaron sobre sus pasos hacia el salón, y cuando llegaron, oyeron que llamaban a la puerta principal.

—Parece que después de todo no tendremos que ir a buscar a Gus —dijo Alex, mirándola con el ceño ligeramente fruncido—. Me temo que no estará muy complacido conmigo cuando vea el estado en que te encuentras.

Los sonidos de la puerta abriéndose, seguidos de voces apagadas, llegaron hasta ellos. Christine negó con la cabeza y sonrió.

—No debes preocuparte. Gus está acostumbrado a verme así cuando estoy ocupada en algún proyecto.

—Oh, no es solamente eso —Alex metió la mano en el bolsillo de su chaleco y sacó un pañuelo—. Es solo que también te has ensuciado la cara. Dudé en decírtelo, pero si me lo permites…

Le acercó el pañuelo al rostro justo cuando la puerta se abría. Y en el instante en que él se inclinaba para limpiar suavemente la suciedad de su mejilla, Christine escuchó la voz severa de un visitante que no era Gus.

—¡Alex! ¿Qué demonios significa la carta que me enviaste? Vine tan pronto como me fue posible. Seguramente aún no es demasiado tarde para echarse atrás de un matrimonio tan imprudente.

Christine había permanecido oculta a la vista del recién llegado debido a que la espalda de Alex le impedía verla, pero ahora dio un paso hacia un lado y vio al señor Thorne, el hermano de Alex. Él también se detuvo y la miró fijamente, y la sorpresa inicial de su rostro se transformó en una expresión de incredulidad.

Ante aquella evidente señal de desaprobación, ella volvió hacia su prometido un rostro vacilante y temeroso. El hermano de Alex no aprobaba su elección. Resultaba tan evidente por su expresión como por sus palabras.

—Leonard, esto no te concierne.

Alex se volvió y se colocó parcialmente delante de ella, de manera que su hombro se convirtió en una barrera entre su hermano y Christine.

Pero ella no podía soportar el escrutinio crítico del miembro más cercano de la familia de Alex, y le tocó suavemente el brazo.

—Gus todavía está en los establos. Le explicaré que has recibido una visita inesperada y que no es un momento conveniente.

Antes de que Alex pudiera responderle, ella salió apresuradamente de la habitación y se internó en el corredor, ansiosa por poner la mayor distancia posible entre el señor Thorne y ella.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Alex volvió unos ojos llenos de furia hacia Leonard mientras Christine huía de la habitación, y enseguida corrió tras ella hasta alcanzarla en el corredor y sujetarle el brazo.

—No, espera.

Ella se volvió hacia él con ojos suplicantes.

—Espero que vengas a verme en un momento más oportuno. Te ruego que me dejes ir ahora.

Después de una breve lucha interior, comprendió que debía dejarla marchar. Levantó la cabeza e hizo una señal a Davies para que se acercara.

—Por favor, acompaña a la señorita Grey hasta los establos, donde se encuentra su hermano, y entrégala sana y salva a su cuidado.

Aunque aquella tarea correspondía más bien a un lacayo, Davies asintió y fue a abrir la puerta.

—Después de usted, señorita Grey.

La puerta se cerró tras ellos y Alex regresó al salón con la firme intención de decirle unas cuantas verdades a su hermano. Pero Leonard se adelantó.

—¡Tuve que abandonar mis asuntos en el molino para venir aquí a arreglar este desastre tuyo! ¿En qué estabas pensando? ¿No tienes ningún sentido de lealtad familiar?

—Con quién me caso es asunto mío…

Pero Leonard volvió a interrumpirlo.

—Estaría de acuerdo contigo si no hubiéramos tenido un entendimiento claro *durante años*: yo me encargaría del molino, incluida tu parte del trabajo, y tú te ocuparías de asegurar nuestra posición dentro de la sociedad londinense. Tengo grandes esperanzas para mis hijas, y Martha también.

Alex tragó saliva, sabiendo que su hermano decía la verdad. Cuando redactó la carta, había considerado explicarle qué circunstancias habían provocado aquella decisión repentina, que todo había sucedido por causas fuera de su control, pero había decidido que era mejor mantener en secreto las verdaderas razones del compromiso para proteger a Christine.

Para protegerla, sí, pero también porque comenzaba a convencerse de que ella sería la esposa ideal para él, aunque ello implicara participar menos en el Parlamento o incluso no participar en absoluto. Aquello representaría un sacrificio, pues la idea de renunciar a dejar una huella en el futuro del país le producía una punzada de pesar. Pero ella valía ese precio, y estaba dispuesto a renunciar incluso a eso por ella. Su postura se volvió rígida por el peso de ocultarle todo aquello a Leonard.

—Si necesitas que te devuelva cualquier dinero que hayas invertido en el molino por mi parte, ciertamente lo haré.

—No existe una forma de poner precio al trabajo que he dedicado al molino para convertirlo en un negocio rentable —replicó su hermano—. No puedo calcular algo así. Y además, un hombre de honor cumple su palabra —cuando Alex no respondió, Leonard lanzó una mirada hacia la puerta abierta por la que Christine había escapado—. ¿Y qué es exactamente lo que ves en ella? ¿No te diste cuenta de que estaba cubierta de suciedad de pies a cabeza? Permíteme asegurarte que *mi* esposa jamás permitiría que la vieran en semejante estado. Martha se quedará horrorizada cuando se entere de que has decidido echarlo todo a perder. Estaba visitando a su madre cuando recibí tu noticia, pero puedes estar seguro de que le dejé una carta informándole de este acontecimiento.

Un observador imparcial habría admitido que Christine no lucía precisamente en su mejor momento y que, en efecto, estaba cubierta de polvo y suciedad. Sin embargo, considerando que aquella suciedad provenía de revisar los marcos de *su* propia casa para ver cuáles estaban listos para colgarse, Alex no encontraba nada censurable en ello.

Además, las pequeñas manchas de suciedad sobre su rostro le habían parecido encantadoras, especialmente porque le habían dado

una excusa más para acercarse y limpiárselas, aunque no había logrado completar aquella agradable tarea antes de que Leonard los interrumpiera. El recuerdo de ella inclinándose hacia él y devolviéndole el beso despertó en él todos sus instintos de protección.

—Leonard, me llevas seis años y siempre te he admirado. Siempre he hecho lo que me has pedido. El hecho de que yo recibiera la educación en lugar de ti nunca me cambió. No puedes acusarme de haberte mirado jamás por encima del hombro por esa razón —Alex sostuvo la mirada de su hermano, quien finalmente respondió con un asentimiento reacio. Continuó—. Estuve dispuesto a aceptar tu idea del matrimonio cuando mi corazón no estaba comprometido. Pero tendrás que aceptar el hecho de que esta es mi elección, por poco que te agrade. Haré cualquier otra reparación que me pidas, pero no retiraré una propuesta de matrimonio a una mujer que ya la ha aceptado. Seguramente no imaginas que podría hacer algo así.

El rostro de Leonard reflejó distintas emociones mientras luchaba con sus pensamientos, pero finalmente dijo de mala gana:

—No, supongo que ya no puedes echarte atrás. Su hermano te demandaría por incumplimiento de promesa matrimonial.

Alex propuso tomar algún refrigerio. Había pedido una bandeja de té para Christine, pero compartirla con Leonard permitiría que su hermano se calmara y contemplara las cosas con mayor sensatez. Poco después, una criada y un lacayo llevaron la bandeja al salón, y Alex se aseguró de que el plato de Leonard estuviera bien servido.

Al parecer había dado resultado, porque cuando su hermano hubo comido y bebido algo, seguía molesto, pero ya no resultaba irrazonable. Alex decidió aprovechar aquel momento de mayor disposición.

—Creo que le debes una disculpa a la señorita Grey. Las palabras que pronunciaste delante de ella no se olvidarán fácilmente, y no me gustaría que surgiera una ruptura entre nuestras dos familias por ese motivo.

Leonard cruzó los brazos sobre el pecho.

—No diré que le debo una disculpa. No, no lo diré. Los hechos son los hechos. Pero supongo que será mejor que vea dónde vive y qué clase de familia es aquella en la que piensas emparentar.

Aquello despertó la propia lucha interior de Alex. Intentaba decidir si valía la pena insistir para que Leonard comprendiera que, por supuesto, debía disculparse, mientras al mismo tiempo deseaba mostrarle exactamente qué clase de familia estaba a punto de incorporar a la suya.

Aunque la finca Farlow no era tan grande como Gracefield, seguía siendo una propiedad respetable. Además, se encontraba situada a las afueras del pueblo, con las tierras arrendadas unidas a ella mediante una estrecha franja de terreno situada detrás de la casa, en lugar de la disposición tradicional en la que la mansión ocupa el centro de la propiedad. Pero aquellos eran detalles menores. Y después de una sola mirada a la casa elegantemente decorada y a la refinada bandeja que Christine preparaba para el té, Leonard no podría acusarla de ser menos que una verdadera dama.

—Enviaré un mensaje a la señorita Grey para preguntarle si estará dispuesta a recibirnos mañana —Alex sostuvo la mirada de su hermano—. Desearía que te disculparas, pero si no estás dispuesto a hacerlo, entonces espero, al menos, que la trates con la cortesía que merece mi futura esposa.

Leonard masculló una respuesta evasiva, y Alex llamó a la criada para que preparara una habitación para su hermano.

Al día siguiente, el ánimo de Leonard no había mejorado mucho, y cabalgaron hacia Farlow casi en silencio. A medida que se acercaban, Leonard recorrió con la vista el ancho camino bordeado de árboles que conducía a la mansión y el muro de piedra que se extendía más allá. Cuando llegaron a la reja de hierro, desde la cual se veía la casa al fondo, emitió un sonido gutural que parecía expresar aprobación. Alex condujo su carruaje hasta el patio y luego hacia los establos, donde entregó las riendas al jefe de cuadras.

—Tiene unos establos respetables —observó Leonard, señalando los compartimientos ocupados por caballos de pura sangre.

Los perros de caza que habían acompañado a Christine en su primer encuentro abandonaron el lecho de paja donde descansaban y corrieron ladrando hacia Alex, saludándolo con evidente afecto. El recuerdo de aquella primera vez que había conocido a Christine le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Gus siente una verdadera pasión por los caballos y la caza.

Se incorporó y se sacudió la paja de las manos antes de indicar a su hermano el camino hacia la casa.

—Entonces tenéis algo en común —dijo Leonard.

Alex no estaba seguro de si su hermano sentía cierta envidia por el hecho de no haber aprendido nunca a montar por placer ni a participar en una cacería. Aquella era una de las ventajas que su educación y sus relaciones sociales le habían proporcionado.

—Es una de las cosas que tenemos en común, aunque no hemos hablado mucho de ello —respondió.

Fueron conducidos al salón, y Leonard miró a su alrededor con sorpresa.

—Vaya, a pesar del tamaño de la casa, no tiene vestíbulo. Uno entra directamente en la sala de estar. Es una disposición bastante informal para una residencia distinguida.

—Lo es —respondió Alex, sin intentar explicar que aquello no implicaba que la casa tuviera menos valor.

Deseó que su hermano advirtiera la amplitud de la estancia, las obras de arte, los hermosos jarrones y el impecable estado de cada objeto, todo lo cual revelaba el refinado gusto de sus propietarios.

Gus entró desde el corredor y se acercó para estrecharles la mano. Evidentemente no sabía nada de los insultos que su hermana había recibido el día anterior. Su actitud fue perfectamente cordial mientras preguntaba por el viaje de Leonard y por su opinión acerca de la próxima boda. Por una vez, Leonard no dijo exactamente lo que pensaba.

Pasó algún tiempo antes de que Christine se reuniera con ellos, y Alex supuso que se había demorado debido al dolor que le habían causado las palabras de su hermano, lo cual lo inquietaba. No podía reprochársele, pero deseaba haber podido protegerla de aquello.

Cuando por fin apareció, Christine hizo una reverencia ante Leonard, ocultando cuidadosamente cualquier señal de cercanía o confianza.

—Bienvenido a nuestra casa, señor Thorne. ¿Quiere tomar asiento?

Dirigió una mirada a Alex, y él trató de tranquilizarla con una sonrisa que le hiciera comprender que podía contar con su apoyo. Ella le devolvió la sonrisa, aunque apenas por un instante.

A los pocos minutos, un lacayo entró con una bandeja, seguido de una criada que traía la tetera; todo se realizó con perfecta corrección.

Alex observó que su prometida se estaba esforzando por dejar de lado el placer que normalmente encontraba en hacer las cosas y por demostrar a Leonard que nada faltaba en su educación como dama.

Preparó el té según el gusto de cada uno y lo sirvió en hermosas tazas de porcelana acompañadas de cucharillas de plata con monograma. Aunque Leonard probablemente nunca lo admitiría, no había absolutamente nada que criticar en la conducta de Christine. Y por mucho afecto que Alex sintiera por Martha, su cuñada no era ni la mitad de amable ni de refinada.

Leonard probó el primer bocado del pastel y emitió un gruñido de satisfacción.

—Tenéis una buena cocinera.

Gus se encontraba recostado en su silla. Cruzó una pierna sobre la otra y equilibró el plato sobre su regazo.

—Esos pasteles los hace Christine. Los echaré de menos cuando se marche.

—Así que hornea y también limpia…

El tono de Leonard no tenía nada de admiración, y dejó el resto sin decir. Alex sintió palpitar las venas de su cuello. Si aquello continuaba, Leonard no sería invitado a la boda. Si seguía por ese camino, tampoco conservaría todos sus dientes.

Llamaron a la puerta, y Christine, cuyas mejillas se habían teñido de rosa, permaneció sentada mientras un lacayo cruzaba la habitación para abrir. Ella estaba haciendo todo lo posible por representar la imagen que suponía que el hermano de Alex exigía de

una esposa, y la irritación de Alex no hizo sino aumentar. ¿Por qué debía ella demostrarle nada a Leonard?

—Creo que se ha equivocado de puerta —dijo el lacayo a alguien en el exterior—. La entrada de los comerciantes está al doblar a la izquierda.

El visitante asomó la cabeza al interior y miró hacia el salón, completamente ajeno a cualquier incomodidad.

—No, no vengo a vender nada. Mi nombre es Duncan. Le dije a la señora que quizá pasaría por aquí. Como andaba por Horncastle, aproveché la ocasión para asegurarme de que el señor y la señorita Grey hubieran llegado bien a casa.

Poco a poco, Alex comenzó a comprender lo que estaba ocurriendo. Gus se puso de pie y observó al hombre con desconcierto. Por puro instinto, Alex también se levantó. Quizá debería empujar a Duncan de nuevo hacia la puerta antes de que pudiera causar algún daño. Pero Gus se adelantó y se acercó al visitante.

—Perdone, ¿quién es usted? —preguntó.

—Duncan, para servirle. Solo vine a presentar mis respetos al señor y a la señorita Grey —en una mano sostenía un saco de arpillera y con la otra señaló a Alex y a Christine—. Les traje un faisán. Es un regalo, ya que no se quedaron a comer conmigo.

—¿Quiere decir sir Alexander y la señorita Grey? —preguntó Gus, mirando alternativamente al visitante y a su hermana.

Christine finalmente se levantó y se acercó a la puerta.

—Es muy amable de su parte haberse preocupado por nuestro bienestar y traernos un regalo. Lamentablemente nos ha encontrado mientras recibimos visitas. ¿Podría aceptarlo en nuestro nombre y agradecerle sinceramente?

—¿Cómo es que él te conoce? —preguntó Gus, desconcertado.

—Ella y su hermano —dijo Duncan, señalando con la cabeza a Christine y a Alex— se alojaron en mi casa cuando quedaron atrapados por la inundación.

—¿Hermano? —exclamaron al mismo tiempo Gus y Leonard.

Gus negó con la cabeza.

—Quiere decir sir Alexander. Él es el prometido de mi hermana.

En cuanto las palabras salieron de su boca, debió comprender la mentira que su hermana había contado a Duncan para proteger su reputación. Pero ya era demasiado tarde. Las palabras habían sido pronunciadas. Leonard no tardó mucho en comprenderlo también.

—Te viste obligado a casarte con ella —dijo lentamente mientras la verdad se abría paso en su mente. Llevó la mirada de Alex a Christine y luego volvió a Alex—. Decidiste que debías casarte con ella cuando todo esto podría haberse quedado simplemente en una aventura. ¿Por qué? Si dijiste que eran hermano y hermana y no ocurrió nada más, ¿por qué seguir adelante con esta farsa de matrimonio? Eso arruinará todo lo que has planeado para tu futuro. ¿Qué hay de esas cenas políticas que pensabas organizar? ¿Cómo se supone que *ella* podrá desempeñar ese papel?

Gus escuchó los insultos de Leonard con una indignación creciente, y Alex no sabía si tendría que sujetar a Gus o si sería él quien terminaría golpeando a su hermano. Para su sorpresa, ninguna de las dos cosas sucedió. Con una contención que Alex no sabía que Gus poseía, se acercó a Duncan y le puso una mano sobre el hombro.

—Le agradezco su hospitalidad al permitir que mi hermana y su prometido encontraran refugio en su casa. Y también le agradecemos el faisán. Permítame ofrecerle una compensación por sus molestias.

Sacó su bolsa de monedas mientras acompañaba al cazador hacia la puerta. Por la respuesta apagada de Duncan, parecía que la oferta no sería rechazada. Alex, sin embargo, no había olvidado las palabras de su hermano.

—Permíteme dejar algo perfectamente claro —dijo, reprendiendo a Leonard entre dientes—. El carruaje de la señorita Grey fue arrastrado por la corriente durante la inundación. Gracias a su fuerza y a su valentía, logró escapar del carruaje y alcanzar un lugar seguro en terreno elevado. Después de caminar una gran distancia y de estar a punto de morir congelada, llegó *por casualidad* a la misma cabaña donde yo me refugiaba. Esto no fue una aventura —las últimas palabras estaban impregnadas de una fría furia, pero

aún no había terminado—. Y sí, acordamos comprometernos para acallar los rumores que amenazaban no solo su reputación, sino también mi carrera política. Pero no te equivoques. Me caso con la señorita Grey porque es la única mujer que deseo tener por esposa.

Su respiración permanecía controlada únicamente por el esfuerzo de mantener los puños a los costados en lugar de levantarlos contra el rostro de su hermano. Christine había mantenido la vista fija en algún punto lejano frente a ella, pero al escuchar aquellas palabras finalmente volvió sus ojos hacia Alex. La calidez que encontró en su mirada no hizo sino intensificar sus sentimientos. Ella no le debía nada. Él se casaba con ella porque realmente lo deseaba.

Gus regresó a la habitación y pareció evaluar el ambiente que reinaba en ella. Alex estaba bastante seguro de que había escuchado al menos una parte de lo que acababa de decir.

El lacayo se acercó para cerrar la puerta, pero aquel intento fue detenido por el brazo de otro visitante que buscaba entrar. El hombre abrió la puerta con mayor amplitud y Martin Pasley cruzó el umbral. Prescindió por completo de las formalidades.

—Grey, quisiera hablar unas palabras contigo.

Gus apartó su atención de la escena que había alcanzado a presenciar solo en parte y se volvió hacia Martin. Ensanchó la postura y cruzó los brazos a la defensiva.

—¿De qué se trata?

—Quizá deberíamos buscar un lugar más privado —sugirió el señor Pasley, pero por la expresión de Gus resultaba evidente que estaba demasiado alterado para pensar con lógica. Christine dio un paso adelante, pero Gus extendió una mano para detenerla.

—Lo que tengas que decir, puedes decirlo aquí.

—Muy bien —respondió el señor Pasley, mirando a Gus con determinación—. Aunque la reputación de tu hermana ha sido restaurada gracias a su compromiso con sir Alexander, he venido a decirte que no he cambiado de opinión respecto al matrimonio de *mi* hermana con esta familia. De hecho, me opongo a ello.

Alex lanzó una mirada interrogante a Christine. ¿Su hermano le había propuesto matrimonio a Sarah Pasley? Suponía que era algo

que tarde o temprano iba a ocurrir, pero le resultaba difícil pensar en otra boda que no fuera la suya.

Cuando había imaginado aquella visita, no había ido más allá de esperar una disculpa de Leonard y de albergar el vago deseo de que todo volviera a la armonía. Lo último que había esperado era una objeción matrimonial procedente de otro frente. Bueno, quizá no era exactamente lo último que habría esperado. Ese honor correspondía sin duda a la inesperada aparición del cazador.

—¿Lo ves? —susurró Leonard en voz suficientemente alta para que se oyera—. No soy el único que se opone a la idea de emparentar con esta familia.

Alex no estaba seguro de que Gus lo hubiera escuchado, pero la respuesta que dio al señor Pasley servía igualmente como respuesta para Leonard.

—Eso sí que tiene gracia. Tú te opones a que Sarah se case con alguien de nuestra familia, y sin embargo yo soy un caballero, y mi hermana es hija de un caballero. ¿Y tú qué eres? ¿Cuál es tu posición en la sociedad? No eres más que un boticario que debe trabajar para ganarse la vida. Difícilmente creo que seas la persona indicada para protestar por una falta de conveniencia en un matrimonio.

A su lado, Leonard comenzaba a enrojecer alrededor del cuello. Aunque Alex agradecía que su hermano hubiera escuchado la réplica de Gus, que devolvía a Christine al lugar de honor que merecía, le agradó mucho menos que Leonard decidiera intervenir en una discusión que no le concernía.

—Es muy propio de un caballero pensar que un título hace al hombre —dijo Leonard—. Existen otras razones por las que un matrimonio puede resultar poco conveniente. Una unión con la familia equivocada puede impedirte alcanzar la posición que deseas. O la familia puede ser inferior en riqueza, que sospecho es precisamente su caso, señor Grey.

El señor Pasley no tardó en sumarse.

—O uno puede oponerse debido al carácter del hombre con quien su hermana desea casarse —se cuadró frente a Gus, hinchando el pecho como un gallo dispuesto a pelear.

—Sarah pasará sus días soportando tu falta de sensibilidad y probablemente terminará arrastrada de un lado a otro del campo en una de tus preciadas cacerías. Te importan más esas cacerías de lo que jamás te importará ella.

—Basta —Christine rompió su silencio con aquella sola palabra. Alex nunca la había oído hablar de ese modo, y se volvió hacia ella lleno de admiración—. Martin, aunque la relación que tienes con tu hermana no es asunto mío, sí sé que Sarah es mayor de edad. Y lamento ser yo quien tenga que decírtelo, porque muy a menudo los hermanos son las últimas personas en comprender a sus hermanas, pero Sarah es perfectamente adecuada para Gus, a pesar de todo lo que tú hubieras deseado para ella. Puede que no formen la pareja más convencional, pero serán muy felices juntos porque comparten las mismas pasiones —luego se volvió hacia Leonard—. Señor Thorne, lamento mucho no contar con su aprobación como candidata para la mano de su hermano. Pero su hermano y yo también somos mayores de edad, y hemos decidido casarnos. Las razones que nos llevaron a ello no importan. Lo único que importa es nuestra propia felicidad, y eso es un asunto que nos concierne únicamente a nosotros dos.

Alex dio un paso adelante y cogió su mano para besarla. Su pequeña y valiente prometida. El hecho de que ella hubiera expresado exactamente aquello que él mismo se había repetido una y otra vez no hizo sino reforzar su convicción de que estaban hechos el uno para el otro. Y verla alzar la voz sin temblar cuando sabía que tenía la razón despertó en él el deseo de llevarla al exterior, a algún rincón apartado, y besarla allí mismo.

Sin importar lo que pensara su hermano, ella era la esposa destinada para él. Eran perfectamente compatibles y serían felices. Serían inmensamente felices.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El regreso de Alex y Leonard a casa transcurrió bajo una tregua cautelosa. Leonard dio su palabra de no volver a pronunciar ninguna crítica contra la señorita Grey, y Alex prometió seguir haciendo todo cuanto estuviera en su mano para favorecer el éxito de sus dos sobrinas en su futura presentación en sociedad en Londres.

Poco después de regresar a Gracefield, se sentaron a cenar temprano, tratando de sostener una conversación forzada y poco natural.

Apenas se había servido el primer plato cuando llegó hasta ellos el sonido distante de un carruaje que se acercaba. Alex no esperaba visitas y, debido a lo inusual de la hora, solo esperaba que aquella llegada no trajera malas noticias.

Continuaron comiendo como si nada hubiera interrumpido la velada, mientras el mayordomo se dirigía a averiguar quién había llegado. Se escucharon voces apagadas en el vestíbulo y, poco después, la puerta del comedor volvió a abrirse. Entró Davies.

—La señora Martha Thorne, la señorita Anna Thorne y la señorita Clara Thorne.

—¡Pero qué significa esto! —exclamó Leonard, casi derribando la silla en su apresuramiento por ir a recibir a su esposa y a sus hijas.

Había que atravesar tres amplias habitaciones para llegar al vestíbulo principal, y Leonard prácticamente corría. Alex no iba muy detrás de él.

—¡Martha! —exclamó Leonard en cuanto la vio—. Me dejas completamente sorprendido al encontrarte aquí. No me avisaste que vendrías.

—No me diste oportunidad de hacerlo —respondió su esposa con tranquilidad, permitiendo que él le besara la mejilla—. Te

marchaste antes de que pudiera decirte que yo también deseaba conocer a mi futura cuñada.

Aquella revelación dejó a Leonard sin palabras, y Alex aprovechó para acercarse y hacer una reverencia sobre la mano de su cuñada. Había algo en su actitud y en su manera de responder que le resultaba profundamente comprensivo, y eso lo animó a atreverse a besarla en la mejilla, cosa que nunca antes había hecho. Empezaba a sospechar que encontraría en Martha una aliada. Luego saludó también a sus dos sobrinas, inclinándose sobre sus manos, mientras ellas respondían con reverencias llenas de timidez.

—Por favor, acompañadnos al comedor, donde acabábamos de sentarnos a cenar —dijo Alex a su cuñada—. Estoy seguro de que mi cocinera podrá preparar algunos platos adicionales, y espero que aceptéis esta sencilla comida.

—No soy una persona exigente —le aseguró Martha.

Alex se volvió hacia el mayordomo para dar instrucciones.

—Haz que el lacayo añada tres cubiertos más a la mesa. Y dile a la señora Mulhouse que tenemos invitados adicionales. Si queda algo de la sopa blanca de la comida de ayer, puede traerla. Y dile a la criada… —se interrumpió de repente, angustiado al recordar que tendría que encontrar tres habitaciones más para alojar a sus nuevas visitantes cuando sabía perfectamente que ninguna estaba realmente en condiciones de ser utilizada. Volvió la mirada hacia Martha con cierta vacilación—. Temo no poder recibiros de la manera que habría deseado. La casa Gracefield ha permanecido vacía durante más de diez años y todavía se encuentra en un estado deplorable. Pasará algún tiempo antes de que mi esposa y yo podamos ofreceros el alojamiento que merecéis.

Martha sonrió y negó con la cabeza.

—Le ruego que no se preocupe por ello. Compartiré la habitación de Leonard con mucho gusto por comodidad, y las niñas también pueden compartir una habitación. Y espero que esto no le ofenda, pero he traído suficiente ropa de cama para nuestra familia, además de algunas otras comodidades, ya que llegamos sin haber anunciado nuestra visita.

Alex le dio las gracias. Estaba agradecido tanto por su amabilidad como por su sentido práctico.

—Me alegra mucho que lo haya hecho. Por aquí, por favor.

Lo dijo por encima del hombro mientras los guiaba de regreso al comedor. Leonard caminaba junto a su esposa, seguido por sus dos hijas, y Alex escuchaba las preguntas nerviosas de su hermano acerca de la comodidad y la seguridad del viaje que habían realizado.

Alex nunca había llegado a conocer bien a su cuñada. Mientras su padre vivió, siempre se hospedaba con él en la casa familiar y, por lo tanto, solo coincidía con Martha de vez en cuando durante alguna cena familiar. Después de la muerte de su padre, Leonard nunca se esforzó por invitar a Alex a quedarse en su casa; por el contrario, buscaba oportunidades para visitar a Alex. Él jamás supo la razón, aunque sospechaba que su hermano no veía utilidad alguna en fomentar una mayor cercanía entre una esposa, cuya relación consideraba de naturaleza sentimental, y un hermano, cuya relación veía como algo práctico. Se preguntó si aquello estaba a punto de cambiar, a pesar de Leonard.

El lacayo añadió los cubiertos y los lugares necesarios en la mesa, y todos tomaron asiento en el comedor. Pronto llevaron varios platillos adicionales, incluida la sopa blanca, lo que demostraba que la señora Mulhouse -bendita mujer- era perfectamente capaz de enfrentar los imprevistos.

—Espero que me cuente más acerca de la esposa que ha elegido —dijo Martha mientras hundía la gran cuchara de plata en la sopa y bebía de ella sin hacer el menor ruido—. No tengo hermanas y siempre he pensado que debe de ser agradable tener una. Espero con ilusión conocerla.

No podría haber dicho nada que complaciera más a Alex.

—Estoy seguro de que ella se sentirá igualmente complacida de conocerla. Enviaré un mensaje para saber si podría venir a visitarnos mañana.

Aunque durante la cena sus dos sobrinas apenas hablaron y Leonard permaneció más callado de lo habitual -Alex supuso que se sentía avergonzado por haber interpretado tan mal los pensamientos

de su esposa respecto al próximo matrimonio-, Alex fue apreciando cada vez más a su cuñada. Era una mujer llena de sorpresas y mostraba tal bondad y tan buen carácter que, para cuando todos se desearon las buenas noches, él ya estaba dispuesto a considerarla una amiga.

Al día siguiente, Alex recibió una respuesta de su prometida diciendo que iría y que podían esperarla a las dos en punto. Exactamente a la hora acordada, el sonido de la aldaba hizo que Alex se pusiera de pie y se dirigiera al corredor para recibir personalmente a Christine una vez que Davies abrió la puerta. Ella entró y comenzó a desatarse las cintas del sombrero, sonriéndole tímidamente.

—Me alegró recibir tu nota, porque dejamos las cosas un tanto inconclusas —dijo.

Aquello era mucho más de lo que él merecía, considerando los insultos que su hermano había seguido lanzando desde su llegada y que ella finalmente se había visto obligada a detener por sí misma. Alex deslizó la mano bajo su brazo y la atrajo hacia él.

—Después de la escena que dio mi hermano ayer, por la cual te ofrezco mis más sinceras disculpas, recibimos la inesperada llegada de mi cuñada y de mis dos sobrinas.

—Sí, tu nota me lo contó.

Ella alzó ligeramente el rostro y él percibió la cautela en su mirada. Se apresuró a tranquilizarla.

—Anoche descubrí algo muy agradable acerca de mi cuñada. No creo que vayas a sufrir el mismo trato de su parte, porque parece muy deseosa de conocerte —ya se encontraban junto a la puerta y él se inclinó para susurrarle—. Siempre había supuesto que ella era todavía más esnob que mi hermano, pero parece que estaba equivocado.

Entraron en el salón, donde se realizaron las presentaciones. Leonard se mostró completamente cortés, algo que no sorprendió a Alex, pues sospechaba que Martha tendría algo que decir si no fuera así. Su cuñada recibió a Christine con cordialidad. Y Christine, a su vez, preguntó a Martha por el viaje antes de volverse hacia las dos niñas.

—Anna, si tuviera que adivinar, diría que tienes trece años. ¿Qué tan cerca estoy?

—Sí, señora. Ha acertado exactamente —la muchacha se ruborizó, y Christine le sonrió antes de mirar a su hermana.

—Y Clara, yo diría que tienes doce años.

—Once, señora.

—¿Once? —repitió Christine—. Pareces mayor. ¿A alguna de las dos os gustan los animales?

La menor de sus sobrinas levantó el rostro con una sonrisa radiante que Alex jamás había tenido ocasión de presenciar.

—Los adoro. Una gata tuvo cinco gatitos en nuestro establo. El mozo nos permitió jugar con ellos hasta que tuvieron que regalarlos porque eran demasiados para conservarlos.

Sus labios se curvaron hacia abajo al recordar su ausencia.

Christine le dedicó una sonrisa comprensiva.

—A mí también me encantan los gatos. Tengo tres —cuando ambas niñas la miraron con expresiones de envidia, ella les lanzó una mirada conspiradora antes de dirigir fugazmente los ojos hacia Alex—. He temido mucho preguntarle a su tío si me permitirá llevar mis tres gatos y a mi pequeño pug, Guinea, a su casa cuando nos casemos. ¿Creéis que me lo permitirá?

Mientras hacía la pregunta, sus ojos estaban puestos en él, aunque la sonrisa seguía flotando en sus labios.

—¡Oh, pero claro que debe hacerlo, tío! —exclamó Anna, mientras Clara se unía inmediatamente a ella.

—Bueno, sí, supongo que debo hacerlo —aseguró a sus sobrinas, fingiendo reflexionar sobre ello—. Después de todo, la casa es lo bastante grande como para encerrarlos en un ala vacía y no tener que verlos nunca.

Sus dos sobrinas protestaron la idea con gran energía, y él se sintió complacido al ver a Christine reír suavemente.

Se sentaron a tomar el té, y Christine demostró poseer el don de involucrar en la conversación no solo a Martha, sino también a ambas sobrinas. Alex jamás habría imaginado que fuera tan hábil en el arte de conversar, aunque empezaba a sospechar que solo hacía el esfuerzo cuando consideraba que su participación era necesaria.

Alex también supuso que la cálida atención que ella dedicaba a las mujeres de la familia de Leonard había contribuido en gran medida a suavizar a su hermano. Cuando la visita llegaba a su fin, observó a Christine y a Martha junto a la puerta, compartiendo una conversación confidencial. Sus sobrinas parecían una caja de rompecabezas que por fin se hubiera abierto. Se habían vuelto mucho más habladoras y charlaban con su padre como dos urracas, de una manera que él jamás habría imaginado. Y aquello también le permitió ver a Leonard bajo su mejor luz: la de un padre verdaderamente devoto.

Cuando Christine finalmente se despidió -él la acompañó hasta el carruaje, aunque no pudo robarle un beso porque tanto el mozo de ella como su propio lacayo estaban presentes-, Alex regresó al salón donde permanecían Leonard y su familia. Martha sugirió, con una voz que no admitía discusión, que sus hijas fueran a su habitación a trabajar en sus bordados.

—Es encantadora —afirmó Martha una vez que los tres quedaron solos—. No podría haber deseado una mejor cuñada, y estoy segura de que será una excelente esposa para ti, Alex.

Leonard no era hombre que abandonara fácilmente una batalla.

—Espero que tengas razón, Martha. Pero no olvidemos que ella no podrá introducir a nuestras hijas en la flor y nata de la sociedad londinense, porque no conoce a nadie allí.

Alex no pudo evitar salir en defensa de su prometida.

—Leonard, ya te dije que estaré encantado de presentar a tus hijas en sociedad cuando llegue el momento y, aunque todavía no he tenido oportunidad de hablar de ello con Christine, estoy seguro de que ella también estará feliz de hacerlo.

—Debes comprender que no es lo mismo que tener relaciones e influencias —insistió su hermano.

Martha se sentó y acomodó cuidadosamente las faldas.

—Nuestras niñas son tímidas y tendremos que llevarlas a los bailes locales cuando tengan edad suficiente para que puedan adquirir práctica antes de su temporada en Londres. Siempre he pensado que la sociedad londinense podría resultar un poco intimidante para que nuestras hijas se enfrenten a ella directamente

—Leonard se preparó para protestar, pero ella continuó sin darle oportunidad de hablar—. Estoy convencida de que una mujer como la señorita Grey será capaz de sacarlas de su timidez y presentarlas de la mejor manera posible en la sociedad londinense cuando llegue el momento —sus hoyuelos aparecieron al sonreírle a su esposo mientras le daba unas suaves palmaditas en el brazo—. Aunque sé muy bien lo difícil que resulta cuando te empeñas en una idea.

Alex tuvo que esforzarse mucho para contener la sonrisa.

Los días siguientes fueron más agradables de lo que jamás habría imaginado que pudiera ser una visita prolongada de su hermano. Leonard y su familia permanecerían hasta la boda y él se encargaría de sus asuntos por correspondencia. Además, Martha fue presentada a Honoria cuando esta volvió para revisar cómo avanzaban las renovaciones de la habitación de la futura novia. Las dos mujeres simpatizaron de inmediato, y Martha aprobó los cambios que se estaban realizando con tanto entusiasmo como le permitía su temperamento naturalmente reservado.

Cuando Alex se aseguró de que la familia de su hermano se encontraba cómodamente instalada en Gracefield, se excusó para realizar un viaje de dos días que había estado planeando y que ya no podía seguir posponiendo.

Antes de la inesperada visita de Leonard, había hecho planes para ir a Grantham. Desde que Honoria le habló del vestido adornado con cuentas que Christine había lamentado perder en la inundación, se le había ocurrido la idea de regalarle algo. No sabía absolutamente nada sobre la compra de vestidos, pero pensó que quizá podría encontrar unas cuentas semejantes a las que ella había perdido. Estaba dispuesto a apostar los dos días de viaje hasta Grantham a que las encontraría allí, incluso cuando ella misma no había tenido éxito en su última visita.

Las cuentas podrían servir como regalo de bodas; al menos como un pequeño obsequio, dado lo poco que faltaba para la ceremonia. Había otras cosas que deseaba regalarle, como joyas, pero tendría toda una vida para ello.

Los kilómetros parecieron pasar rápidamente durante el viaje, y los dedicó a agradables reflexiones. Pensó en el día en que

finalmente se casaría con Christine, por quien comenzaba a sentir los primeros brotes del amor. Imaginó la expresión de alegría en su rostro cuando le entregara las cuentas. Entonces ella comprendería la fuerza de su afecto. Vería hasta dónde estaba dispuesto a llegar para conseguirlas.

Por desgracia, la imagen idílica que había construido terminó en Grantham, porque su búsqueda en la mercería no produjo ningún resultado. Quizá había sido ingenuo, pero se había mostrado optimista al pensar que el simple deseo de ofrecerle aquel regalo sentimental bastaría para asegurar el éxito de la misión. Buscó a su alrededor alguna otra cosa que pudiera servir como obsequio, pero no encontró nada especial, nada que no pudiera conseguirse en cualquier otra ciudad.

Al día siguiente, cuando se aproximaba a su hogar, decidió impulsivamente continuar más allá de su casa y dirigirse a Horncastle para buscar allí. No podía imaginarse dándose por vencido tan pronto y recordaba que había una mercería en la ciudad. Tal vez incluso había dos. Había dejado su carruaje en las caballerizas públicas y se dirigía a pie hacia la tienda cuando se cruzó con la señora Reid y la señora Pickering.

Siguió caminando, esperando que lo ignoraran o que susurraran a sus espaldas, tal como habían hecho anteriormente, por lo que se sorprendió cuando lo llamaron por su nombre. Estuvo a punto de no responderles, pero mantuvo firmemente bajo control su antipatía y se detuvo para escuchar lo que deseaban decirle.

—Sir Alexander, hemos oído que va a contraer matrimonio. Permítanos felicitarlo —dijo la señora Reid—. Hace tiempo que no lo vemos por la lechería. Quizá el señor Reid y yo podríamos extenderle una invitación a cenar, pues acostumbramos a relacionarnos con las mismas familias de Horncastle que usted.

La señora Pickering permanecía al lado de la señora Reid, luciendo una sonrisa amable, como si nunca hubiera ocurrido nada desagradable entre ellos. Alex pensó en todo lo que podría decirles, pero desechó aquellas palabras antes de preguntar, con una voz cuidadosamente neutral:

—¿Habéis ido entonces a disculparos con la señorita Grey?

—¿Disculparnos? —respondió la señora Pickering, reclamando su parte en la conversación—. ¿Y por qué habríamos de hacerlo? Todo lo que *hice* fue mencionar las circunstancias en las que fue encontrada, lo cual no era más que la verdad.

Él inclinó ligeramente la cabeza, todavía esforzándose por no mostrar el desagrado que sentía, aunque le resultaba difícil contenerlo.

—Vamos, vamos, señora Pickering. Usted no es una mujer ingenua —dijo—. Sabía perfectamente, cuando divulgó a los cuatro vientos que nos había visto juntos, cuáles serían las implicaciones de ello, así como el daño que causaría a su reputación —se detuvo un momento para permitir que aquellas palabras surtieran efecto y añadió—. Pensaría uno que una mujer que sirve como ama de llaves a un hombre de la Iglesia sería cuidadosa al evitar los chismes, o al menos la última en arrojar piedras contra sus propios feligreses — ella no respondió, pero el rubor que había subido a sus mejillas le dejó claro que lo que predominaba en su interior era el orgullo herido y no la conciencia. Entonces se volvió hacia la señora Reid—. Y sé que usted también ha estado muy ocupada en nuestro asunto, porque la mujer que trabaja en su tienda se mostró muy generosa al compartir su opinión sobre mi carácter cuando fui allí. No lo habría hecho si usted no se lo hubiera permitido —la señora Reid tampoco respondió, y él dijo—. Me encantará volver a la lechería cuando hayáis presentado vuestras disculpas a mi prometida —les dirigió una fría inclinación de cabeza—. En cuanto a la invitación a cenar, dejaré que sea ella quien decida.

Alex reanudó su camino y oyó a la señora Pickering murmurar algo acerca de sus escasas posibilidades de obtener un escaño en el Parlamento si iba a mostrarse tan altivo, pero no le prestó atención. En aquel momento había conseguido algo mucho más valioso. Había defendido el honor de Christine, y ella no merecía menos que eso. Por ello, se sentía victorioso.

Su primera visita a la mercería de High Street no produjo ningún resultado, pero el dueño de la tienda admitió de mala gana que tenía un competidor cuyo establecimiento se encontraba en

Church Lane. Alex le dio las gracias, prometiéndole su futura clientela, y salió en busca del segundo local.

Aquella tienda era mucho menos apropiada para la sociedad distinguida, con su revoltijo de cajas y montones de cintas esparcidos sin orden alguno. Entró y saludó al hombre que se encontraba detrás del mostrador.

—Buenos días. Busco cuentas para coser en un vestido. Deben ser muy pequeñas, aunque no necesariamente del mismo tamaño. Lo más importante es que sean de vidrio y que tengan cierto brillo.

—¿De qué color? —preguntó el hombre, volviéndose hacia los estantes que había detrás de él, abarrotados de una cantidad imposible de cajas.

Alex se quedó desconcertado un instante, pues no se le había ocurrido preguntar aquello ni tampoco le había contado a Honoria lo que pensaba hacer.

—No lo sé, aunque supongo que transparentes servirían.

El hombre había estado rebuscando entre las cajas y se volvió sosteniendo una en la mano.

—Transparentes no tengo. Parece que sólo me quedan éstas amarillas. Por lo demás, son justo lo que busca.

Alex cogió la caja, vertió algunas cuentas en la palma de su mano y se acercó a la ventana. Bajo la luz del sol, realmente parecían brillar como estrellas. Por poco que entendiera de aquellas cosas, pensó que debían de ser precisamente las que Christine había estado buscando. Se sintió exultante ante aquel éxito inesperado y se volvió hacia el comerciante.

—Me las llevo todas.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Christine dio los últimos retoques al marco que había construido para el retrato de la madre de Alex. Había descartado la tradicional pintura dorada porque no armonizaba con los colores del cuadro; el marco necesitaba ser mucho más sencillo.

Como no era una tallista experta en madera, elaboró el marco aplicando columnas de papel maché sobre una sencilla estructura de madera y modeló enredaderas y hojas para adornarlo. Una vez seco el pegamento, lo pintó de un tono verde claro que esperaba estuviera en perfecta armonía con la vegetación del retrato, suponiendo, claro está, que la hubiera recordado correctamente. Aparte del tiempo que dedicaba a coser su vestido de novia, empleó todas las horas restantes de vigilia en aquel marco, trabajando en él hasta quedar satisfecha.

El día en que ella y Martha se conocieron por primera vez, habían acordado que Martha le enviaría una señal cuando Alex se encontrara fuera de la casa. Con un poco de suerte, tendría tiempo suficiente para colocar el retrato en el nuevo marco y quizá incluso colgarlo en un lugar de honor mientras él estuviera ausente. Cuando finalmente Martha le hizo llegar el aviso, Christine descubrió que tendría mucho más que suerte. Alex estaría fuera durante *dos* días.

A esta primera buena noticia le siguió una segunda, mucho menos agradable. Alex no le había informado que iba a salir de la ciudad. Le habría gustado que se lo hubiera dicho, e intentó no pensar en lo que aquello podría significar para su futuro si él no lo hacía. ¿Se marcharía con frecuencia sin avisarle?

No terminó el marco hasta el segundo día de su ausencia y, tan pronto como pudo, lo llevó a Gracefield. Martha la recibió en la entrada y juntas se dirigieron al desayunador, donde Christine sacó el retrato de donde había estado guardado. Retiró cuidadosamente la pintura de su elaborado marco dorado y la colocó dentro del

nuevo que ella misma había hecho. Una vez que el retrato quedó bien sujeto, lo giró para contemplarlo.

—Oh… —susurró, deteniéndose un momento para admirar el efecto.

Aunque el falso fondo de estilo griego no podía remediarse, la pintura lucía ahora mucho mejor, pues los colores del nuevo marco realzaban los hermosos ojos verdes de la madre de Alex y el vestido que llevaba puesto.

—Ha mejorado muchísimo —convino Martha.

Llevaron el retrato al salón principal, donde discutieron cuál sería el mejor lugar para colgarlo.

—Creo que deberíamos colocarlo aquí —dijo Christine, señalando un hueco vacío entre dos ventanas que carecía de cualquier adorno—. Sé que la habitación aún no ha sido redecorada y que el retrato no se verá necesariamente favorecido por este antiguo color de las paredes. Pero sí quiero que Alex lo vea cuando regrese.

—Es una excelente idea. A esa pared le hace falta algo de este tamaño —aprobó Martha—. Permíteme llamar al ayuda de cámara para que lo cuelgue por nosotras.

—Oh, no, no es necesario. Sé hacerlo yo misma.

Christine había llevado consigo una pequeña bolsa que contenía un martillo y algunos clavos por si las herramientas no podían encontrarse cuando las necesitaran. No podía estar completamente segura de qué tan preparados estaban los sirvientes de Alex.

Se subió a una silla para colgar el cuadro, mientras Martha permanecía cerca observando con cierta ansiedad, y después retrocedió para admirar su trabajo. El retrato y el marco tenían las dimensiones perfectas para aquel nicho. Y aunque el color de la habitación todavía no era el adecuado, la pintura ya iluminaba aquella parte de la pared.

Permaneció contemplándola, satisfecha, y ofreció un silencioso agradecimiento a la mujer que había dado a luz a Alex.

La puerta se abrió a sus espaldas y el señor Thorne entró en la habitación. Se acercó a ellas y se detuvo bruscamente al ver la

pintura.

—Vaya, ése es un hermoso retrato de mi madre —se inclinó para observarlo más de cerca—. Quizá debería estar en nuestra casa, después de todo. El retrato que nosotros tenemos de mamá tiene un aspecto más tradicional y seguramente sería más apropiado para esta casa. Le propondré a Alex que los intercambiemos.

Martha puso una mano sobre el brazo de su esposo.

—No, Leonard. Este cuadro le pertenece a Alex, y Christine acaba de hacer un marco verdaderamente hermoso para él. Es su regalo de bodas. No permitiré que se lo quites.

—Ah, está bien —refunfuñó él—. Supongo que estoy acostumbrado al otro retrato que tenemos en la fábrica.

La puerta principal volvió a abrirse y oyeron los sonidos del mayordomo saludando a su amo. El corazón de Christine comenzó a latir frenéticamente.

Así que esto es enamorarse de alguien, pensó. Parecía que las emociones de una persona estaban destinadas a volar en todas direcciones. Mantuvo la vista fija en la puerta hasta que ésta se abrió. Alex entró en el salón.

—Davies me dijo que estabas aquí —su mirada pasó por encima de Martha y de su esposo y fue a posarse en Christine. Sonriendo, se acercó, cogió ambas manos entre las suyas y depositó un beso sobre ellas. —No esperaba tener la dicha de verte tan pronto después de mi regreso. He estado fuera, ya ves —explicó. Ella le devolvió la sonrisa, deseando que levantara la vista por encima de ella. Detrás de su espalda se encontraba el retrato, perfectamente alineado con su campo de visión. Vio el instante exacto en que sus ojos se posaron sobre él, porque su boca quedó entreabierta. Soltó las manos de Christine y se acercó al cuadro—. Pero si le has comprado un marco —exclamó con asombro.

—Ella *hizo* el marco —lo corrigió Martha.

—Es… —no pudo terminar la frase y parecía estar conteniendo la emoción.

Christine se colocó a su lado y enlazó su brazo con el de él. Detrás de ellos, Martha le comentó a Leonard que deseaba enseñarle uno de los libros que había encontrado en la biblioteca y

consiguió conducirlo fuera de la habitación. Ahora estaban solos. Se volvieron el uno hacia el otro—. Christine —su voz estaba llena de afecto. Comenzó a levantar una mano hacia el rostro de ella, pero se detuvo y cogió sus manos entre las suyas—. No me atrevo a besarte, porque estoy cubierto de polvo. Pero de verdad te agradezco este regalo. Lo atesoraré siempre.

Ella tragó el nudo que se había formado en su garganta.

—Por favor, perdóname por el comentario tan cruel que hice acerca del retrato de tu madre.

—Te perdono. Y ahora lo has mejorado más allá de todo lo imaginable —respondió él, moviendo la cabeza—. Me siento orgulloso de exhibirlo. Cuando pienso en las horas que has dedicado a esto… Quizá sea el acto más bondadoso que alguien haya tenido jamás conmigo.

Entonces ella le sonrió, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas que rápidamente se esforzó por contener.

—Espero que haya muchas más oportunidades de hacer cosas buenas por ti. Sin duda las buscaré.

La sonrisa de Alex se desvaneció y su expresión se volvió vacilante.

—Nunca hemos hablado de nuestro futuro ni del tiempo que pasaremos entre Lincolnshire y Londres, y debemos hacerlo en algún momento. Aún no te he contado esto, pero desde hace mucho tiempo prometí a mi hermano que presentaría a sus hijas en la sociedad londinense. Tendremos que ocuparnos de ellas durante al menos dos temporadas, y es algo que no puedo hacer sin tu ayuda —mientras Christine reflexionaba sobre aquello, él añadió—. Por supuesto, podemos hablar de esto después de nuestra boda.

Ella apoyó una mano sobre su brazo y lo miró.

—Amo profundamente Lincolnshire y podría pasar aquí el resto de mis días —Alex asintió; eso ya lo sabía. Ella hizo una pausa, escogiendo cuidadosamente sus palabras antes de levantar la vista hacia él—. Sin embargo, por mucho que desee continuar nuestra vida aquí, que es algo que me hace feliz, tengo un deseo igualmente fuerte, como tu esposa, de acompañarte en la vida que te hace feliz a ti. Quiero seguirte en las cosas a las que aspiras. Y si eso significa

aprender a organizar reuniones en Londres, incluso en los años en que no sea necesario presentar a tus sobrinas, entonces estoy dispuesta a hacerlo.

Alex se apartó ligeramente para estudiar su rostro, con el ceño fruncido.

—No esperaba tanto… ni siquiera me atrevía a esperar tanto. Pensaba proponerte que permanecieras aquí durante los meses en que yo debiera estar en Londres, salvo quizá suplicarte que fueras a visitarme para no echarte demasiado de menos.

Ella le sonrió.

—Tendremos muchas más ocasiones para hablar de esto cuando llegue el momento adecuado, pero yo he llegado a una conclusión semejante. Empiezo a temer que me acostumbraré tanto a ti que también te echaré de menos. Son cosas que tendré que considerar al decidir dónde pasar esos meses durante las sesiones del Parlamento.

Al oír aquellas palabras, Alex atrajo a Christine hacia sus brazos y la besó, olvidándose por completo de las reservas que había mostrado unos instantes antes por acabar de regresar de viaje. Al principio fue un beso impulsivo y romántico, como si hubiera actuado por instinto y deseara continuar aquella conversación de una manera que no necesitara palabras. Cuando ella le devolvió el beso, sus labios deleitándose en la novedad de explorar los de él, el beso se volvió más suave y más íntimo. Christine se inclinó hacia él, deseando más, hasta que unos ruidos procedentes de alguna parte de la casa les recordaron a ambos dónde se encontraban. Él se apartó y la miró.

—Mi querida Christine. En poco más de dos semanas te convertirás en mi esposa.

Ella le sonrió radiante. Parecía haber perdido también las palabras. Alex pareció recordar algo y comenzó a buscar en los bolsillos de su chaleco.

—Fui a Grantham porque Honoria me habló de las cuentas que habías cosido en tu vestido para el Baile de la Lana y que lamentabas haber perdido. Quería encontrarte otras, aunque sólo contaba con una descripción.

Christine lo miró con ternura.

—Podrías haberte ahorrado la molestia. Ya sabía que no estaban allí, porque yo misma busqué más en Grantham incluso antes de terminar el vestido.

—Tenías razón; se habían agotado —Alex sacó un paquete de su abrigo y sonrió—. Sin embargo, decidí probar suerte en las tiendas de aquí, en Horncastle. No en la de High Street, sino en la pequeña tienda de Church Lane.

Sin decir palabra, le entregó el paquete envuelto en papel marrón. Su boca formó un pequeño círculo de sorpresa mientras desenvolvía el paquete. En su interior había unas hermosas cuentas amarillas que efectivamente eran las que había estado buscando y muy parecidas a las que había perdido, salvo por el color.

—Puede que sea demasiado tarde para esto —dijo Alex—, pero pensé que quizá podrías coserlas en tu vestido de novia… claro, si así lo deseas.

—Oh, Alex —dijo ella suavemente, sonriendo ante su consideración—. Me encantan y sin duda encontraré la manera de utilizarlas —le sostuvo la mirada, aunque su sonrisa se volvió un poco incierta—. Sin embargo, el vestido que estoy cosiendo para nuestra boda es verde.

Ella soltó una pequeña risa mientras observaba el rostro de él cuando finalmente comprendió.

—Entonces estas cuentas no servirán en absoluto para la boda, ¿verdad? —dijo.

—En absoluto —se puso de puntillas y lo besó suavemente en los labios—. Pero encontraré el uso perfecto para ellas, ya lo verás. Gracias.

—No hay nada que agradecer —respondió él—. Espero poder hacerte más regalos en el futuro, con la esperanza de hacerlo mejor.

Christine pensó que aquello le había hecho merecedor de otro beso y se puso de puntillas para pagar la deuda.

***

Los días que quedaban hasta la boda pasaron volando, trayendo consigo muchas tareas y dos sorpresas.

La primera fue un decidido golpe en la puerta principal que Christine se vio obligada a atender personalmente, pues su doncella se encontraba arriba con todo el guardarropa de Christine ordenado en pulcras pilas, y el lacayo estaba subiendo los baúles.

Abrió la puerta y, al otro lado, se encontraba la señora Reid, con expresión desafiante. La baja mujer enderezó su robusta figura. Christine no podía imaginar qué la había llevado hasta allí.

—Bueno, señorita Grey, como puede ver, he venido.

Christine miró detrás de ella, como si el patio vacío pudiera resolver el misterio de por qué la señora Reid había decidido presentarse precisamente ahora. Apoyó una mano sobre la puerta.

—Ya lo veo.

—¿Piensa invitarme a entrar? —preguntó la señora Reid con tono aún más beligerante, inclinando su corpulenta figura hacia adelante como si ello diera mayor fuerza a sus palabras.

—No me siento particularmente inclinada a hacerlo en este momento —respondió Christine con cuidado—. Habría recibido con mucho gusto su visita en los días posteriores a mi escape de la muerte.

Utilizó deliberadamente aquella imagen tan fuerte, aunque rara vez se permitía pensar en el peligro que había corrido aquel día.

—Bueno —la señora Reid la miró con incomodidad—. No dudo que le habría gustado, pero no está de más ser prudente, ya sabe.

—Que tenga buen día, señora Reid.

Christine comenzó a cerrar la puerta.

—¡Espere! —Christine no supo qué fue lo que le impidió cerrarle la puerta en las narices, pero quizá fue el tono suplicante de su voz. Volvió a abrirla y esperó—. Tiene usted razón. Debí haber ido después de su rescate para comprobar por mí misma que aquello no era una cita secreta entre usted y sir Alexander. Es sólo que las pruebas eran difíciles de refutar.

Christine exhaló lentamente mientras pensaba cuál sería la mejor respuesta. No había nada que pudiera decirse para convencer a una persona que no deseaba ser convencida, pero aun así lo dijo.

—Para los puros, todas las cosas son puras, señora Reid. Me habría gustado que hubiera creído en mi inocencia, a pesar de las

pruebas que pensaba tener, simplemente por el conocimiento que tenía de mi carácter.

Al instante, la señora Reid perdió toda su actitud desafiante.

—Sí, sí. Debí haberlo hecho. Después de todo, conocí a sus padres, que el Señor lo tenga en su gloria —aquella muestra de emoción conmovió a Christine y la hizo suavizarse. Extendió una mano y le tocó suavemente el brazo. Pero la señora Reid aún no había terminado—. Y ahora cada vez vienen menos clientes a mi tienda, y eso me tiene muy afligida.

Unas gruesas lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de la señora Reid, y la boca de Christine quedó entreabierta mientras asimilaba sus palabras. Justo se preguntaba qué iba a hacer con ella cuando su salvación apareció en la figura de Sarah Pasley, que corría hacia ella desde las caballerizas.

—¡Christine, ven! Brown Birch está a punto de parir. Gus dijo que querrás ver esto. Oh. Buenos días, señora Reid.

Christine sabía que no sería una espectadora tan interesada en el acontecimiento como lo serían Gus o Sarah, pero aquello la libraba de tener que pensar cómo deshacerse de su visitante.

—Iré enseguida —le dijo a Sarah.

—Diga que me perdona —insistió la señora Reid—. Admitiré mi culpa ante cualquiera que me lo pregunte.

—La perdono —respondió Christine de inmediato—. Gracias por su visita. Estoy segura de que comprenderá que ahora debo marcharme.

—Oh, sí, por supuesto —la señora Reid parecía aliviada—. Espero verla pronto en la lechería. Podrá decirles a todos que nos hemos reconciliado por completo.

Christine asintió y le ofreció una sonrisa cortés.

—Sin duda lo haré, tan pronto como sir Alexander y yo regresemos de nuestra luna de miel.

No tenía idea de si realmente habría una luna de miel, pero prefería permanecer encerrada en un sótano de Gracefield Park antes que permitir que alguien pensara que no se había planeado una.

La señora Reid emprendió el regreso hacia el pueblo, satisfecha por el éxito de su misión, mientras Sarah aguardaba a que Christine se pusiera el abrigo. Luego ambas echaron a andar una junto a la otra en dirección a los establos.

—Esa mujer —exclamó Sarah, arrugando la nariz—. Supongo que vino a disculparse. Yo no la habría perdonado tan fácilmente. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque… —Christine apenas lo sabía. Sí la perdonaba, aunque probablemente nunca volvería a confiar plenamente en la señora Reid—. Porque supongo que todos cometemos errores y todos necesitamos ser perdonados.

—No estoy tan convencida de que ella viniera en busca de perdón —respondió Sarah con sequedad—. Está preocupada porque la gente ya no la recibe en sus casas ni compra sus productos. ¿Sabías que muchos habitantes del pueblo han dejado de comprar su mantequilla, aunque sea la mejor de toda la región?

Christine no lo sabía. Tampoco se había dejado engañar respecto a las verdaderas motivaciones de la señora Reid, pero eso no habría cambiado su respuesta.

—Quizá se disculpó por las razones equivocadas, pero o bien mi perdón la enternecerá y ella cambiará, o bien —se encogió de hombros— seguirá siendo exactamente la misma. Pero no hay nada que yo pueda hacer acerca de *eso*. Además —añadió—, el pueblo es demasiado pequeño como para tener enemigos.

—Es verdad. No debemos convertir a la señora Reid en una enemiga —convino Sarah. Entonces, con una sonrisa traviesa, añadió—. Simplemente seremos *extraordinariamente* cordiales.

La otra sorpresa de Christine llegó el día en que sus baúles fueron llevados a Gracefield Park. Faltaban tres días para la boda y, aunque Alex le había insinuado durante una de sus visitas que preferiría que no viera su habitación antes del matrimonio, ella le pidió que hiciera una excepción. Le tranquilizaría poder deshacer ella misma su equipaje y acostumbrarse a la habitación que pronto sería suya. Le aseguró que no pronunciaría ni una sola queja acerca de ella, aunque todavía quedara mucho trabajo por hacer.

Alex la retuvo en el salón mientras su lacayo y el de ella subían los baúles al dormitorio que sería suyo. Solo cuando terminaron la condujo escaleras arriba. Abrió la puerta de la habitación y se hizo a un lado para que pudiera verla.

Para su asombro, el cuarto había sido completamente renovado. Estaba recién pintado, tenía un colchón nuevo y unas cortinas nuevas recogidas a ambos lados de las ventanas de cristales relucientes, que dejaban ver el paisaje exterior. Sus baúles descansaban junto a la pared, pero aun así quedaba mucho espacio para caminar alrededor de ellos. Incluso podría colocar una mesa de costura en uno de los lados de la habitación, si así lo deseaba.

—¡Alex, es absolutamente maravilloso! —exclamó, entrando y girando sobre sí misma para contemplarlo todo.

—Me alegra muchísimo que te guste —respondió él con expresión satisfecha. Le cogió la mano y la condujo hacia un amplio vestidor situado en una esquina. Después señaló la puerta que comunicaba su habitación con la de él—. Y aquí es donde duermo yo, aunque eso te lo enseñaré en otra ocasión. Mi habitación no ha sido renovada, pero eso no importa.

—Pronto haremos la tuya —prometió ella, sonriéndole.

—Pero no demasiado pronto —repuso él—. No olvides que antes está la luna de miel.

—¿De verdad *habrá* una? —preguntó ella, juntando las manos delante del pecho—. No me había atrevido a preguntar.

Él la miró con fingida indignación.

—*Por supuesto* que habrá una luna de miel. Haré la vista gorda ante esta nueva prueba de tu falta de fe en mí.

Al ver que aquella broma la hacía vacilar, la atrajo hacia él hasta tenerla lo bastante cerca para rodearla con los brazos.

—No pienso cambiar por ninguna otra cosa las semanas que deben estar dedicadas a conocer a mi nueva esposa. En cuanto a la luna de miel, recorreremos Lincolnshire. Espero que eso sea de tu agrado —ella asintió, sonriéndole radiante, y él añadió—. Después de todo, este es tu condado favorito de toda Inglaterra. Creo que es justo que recorramos cada rincón de él durante nuestra luna de

miel, si voy a pedirte que sacrifiques parte de tu tiempo para pasarlo en Londres durante los años venideros.

—Supongo que sí —respondió ella, rebosante de felicidad.

Jamás había sonreído tanto en toda su vida. Se estaba convirtiendo en la criatura más tonta del mundo, enamorada de aquel hombre.

***

El día de la boda llegó y Christine estaba completamente vestida con su traje de seda verde pálido, cuyo escote había sido bordado con hilo verde oscuro. Se contemplaba en el espejo, observando el efecto que producía el vestido, cuando se volvió al entrar Gus.

Se veía muy apuesto. Se había cortado el cabello y llevaba el traje nuevo que se había mandado hacer, aunque él le había dicho que era más bien para su propia boda, pero que bien podía tenerlo listo para la de ella. Si en algún momento Christine había albergado la duda de que realmente recordaría su boda, ahora que se encontraba tan absorbido por los preparativos de la suya, se alegró de haberse equivocado cuando él llegó para acompañarla hasta la iglesia.

Honoria y Arabella aguardaban fuera de la iglesia envueltas en capas ribeteadas de piel, y ambas se acercaron a ella con amplias sonrisas cuando descendió del carruaje.

—No podíamos entrar sin echarte primero un vistazo —dijo Honoria—. Hay un novio muy nervioso esperando junto al altar. Sabrá que has llegado en cuanto nos vea regresar y ocupar nuestros asientos.

—Entonces id, ¡id! —dijo Christine entre risas, antes de corregirse—. No, no os apresuréis. Ambas estáis esperando un hijo y, al fin y al cabo, no hay nada que no pueda esperar.

Arabella hizo un pequeño gesto con la mano y las dos se apresuraron a entrar en la iglesia sin hacer caso a su recomendación de prudencia. Sin aliento, Christine se humedeció los labios y sonrió a su hermano.

—Ha llegado el momento, Gus. Una nueva vida para ambos.

—Así es.

Él le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí para abrazarla.

—¿Quién habría pensado que todo terminaría tan felizmente para nosotros?

Christine inclinó la cabeza y reflexionó un momento.

—Supongo que, en el fondo, siempre tuve la esperanza de que fuera así, aunque intentara proteger mi corazón convenciéndome de lo contrario. Pero la esperanza es algo presuntuoso, ¿no crees? —preguntó a Gus con una sonrisa luminosa—. No se la puede domesticar.

EPÍLOGO

Dos años después

Gracefield Park había sido completamente decorado para la Navidad. Tanto el salón como la mesa del comedor resplandecían adornados con ramas de hoja perenne, alegres bayas rojas, velas blancas y lazos rojos y verdes.

Los invitados ya habían terminado la cena navideña y ahora se encontraban reunidos alrededor de los sillones y sofás del salón, donde la intención había sido jugar a las charadas. Por el momento, sin embargo, todos estaban demasiado cómodos y demasiado satisfechos después de la comida como para desear comenzar.

Christine dejó que su mirada se encontrara con la de su esposo y él acudió a su lado, apoyando una mano en la parte baja de su espalda y dejando que el calor y la tranquilidad de aquel contacto se asentaran allí.

Al otro lado de la habitación, Arabella y Honoria se hallaban sentadas en el sofá más bajo, permitiendo que sus hijos, Amelia y Henry, de edades muy cercanas, permanecieran a sus pies jugando con aros de madera.

David, el hijo mayor de Arabella, perseguía al gato atigrado entre las sillas, seguido por un entusiasmado Matthew que lo animaba constantemente. Pero Ichabod siempre lograba mover la cola en el último instante y escapar de su perseguidor.

Theo y Philip permanecían a un lado de la habitación conversando, cada uno con una copa de oporto en la mano. De vez en cuando lanzaban alguna advertencia a sus hijos para que no derribaran nada.

Era una escena doméstica, y no lo era menos por el hecho de que Sarah Grey y Barbara Bassett discutieran con gran seriedad la importancia de proporcionar a los bebés amuletos que llevaran puestos para contrarrestar los terribles efectos de la dentición.

Después de un período inicial de infertilidad, Barbara había dado a luz a un niño sano durante el verano y se había convertido en una experta en todo lo relacionado con la crianza de los bebés. Mientras tanto, Gus y Samuel intentaban superarse mutuamente al presumir de sus respectivas hazañas durante la cacería del año anterior, que ambos consideraban muy superior a la de aquel año.

Roger Garrick y su esposa permanecían junto a la chimenea, donde ardía un fuego alegre y reconfortante. Mary captó la mirada de Christine y enlazó su brazo con el de su esposo para llevarlo hasta donde ella estaba. Roger y Alex se apartaron unos pasos para iniciar una conversación.

—Habéis hecho grandes progresos en la casa desde la última vez que vinimos a visitaros —comentó Mary con una sonrisa alentadora—. Y todo está decorado de una manera verdaderamente espléndida. Ha sido una Navidad muy feliz, ¿no es así? —sin esperar una respuesta, dejó que su mirada recorriera lentamente la estancia —. Tenéis vosotros las relaciones más encantadoras. Hay tanta bondad entre los amigos y familiares reunidos aquí.

Christine le agradeció el cumplido y estuvo de acuerdo con ella. De verdad era así.

Dirigió la vista hacia Gus y Samuel, que ya tenían el rostro enrojecido mientras comenzaban a discutir, y pensó que también había una buena dosis de necedad entre todos ellos. Pero, después de todo, ¿para qué existía la familia sino para valorar lo bueno y soportar con paciencia lo disparatado? Volviéndose de nuevo hacia Mary, dijo:

—Debo darle las gracias por haber prometido ayudarme cuando lleguemos a Londres este próximo febrero. Sé que al principio me sentiré completamente perdida, y deseo de verdad poder ser un apoyo para la carrera política de Alex.

Habían decidido comprar una casa en Londres, situada en un barrio un poco menos elegante -aunque perfectamente respetable-, para poder disponer de una vivienda más amplia con un pequeño salón de baile. Christine estaba nerviosa ante la idea de establecerse en Londres para su primera temporada social, pero había decidido que no retrocedería ante el desafío.

—Puede contar conmigo —le aseguró Mary—. Crecí rodeada de la política, con mi padre y mi hermano mayor formando parte del Parlamento, así que estaré allí para orientarla. Alex ya ha demostrado su valía al obtener el escaño por South Lindsey, y estoy convencida de que usted no hará más que brillar a su lado.

Mary era una mujer vivaz y menuda, de cabello rojo y sonrisa acogedora. Ella y Christine tenían prácticamente la misma estatura y, aunque Christine prefería las tareas domésticas a la vida social -siendo en ese aspecto el complemento perfecto de Mary-, habían descubierto muchos intereses en común y ya mantenían una correspondencia frecuente.

—Tendrás que ver los baños termales con tus propios ojos —le decía Alex a Roger, a poca distancia de ellas—. Una vez que la excavadora hizo su parte, lo único que tuve que resolver fue la manera de conseguir que mi pala retirara la roca y la tierra para que la nueva cavidad pudiera llenarse de agua…

—¡Bah! Ingeniería… —interrumpió Mary con una sonrisa de fingido fastidio mientras volvía a girarse hacia Christine—. El pobre Roger siempre se alegra muchísimo de ver a Alex. Es el único que comparte su interés por esas cosas.

Christine soltó una risita y enlazó su brazo con el de Mary, conduciéndola hasta donde estaban sentadas Honoria y Arabella, ocupando las dos sillas que quedaban libres. Guinea dejó de olfatear a los pequeños y corrió hasta Christine para que la cogiera en brazos. Honoria y Arabella se volvieron enseguida para incluirlas en la conversación.

—¿No pudieron venir el hermano de Alex y su familia? —preguntó Honoria.

—Por desgracia, no —respondió Christine—. La madre de Martha ha enfermado. No creo que sea nada grave, pero prefirieron viajar para verla. Me hacía ilusión que sus hijas conocieran a los Garrick, porque estoy segura de que me ayudarán a presentarlas en sociedad cuando llegue el momento —añadió con una sonrisa dirigida a Mary.

—Todavía falta tiempo para eso —respondió Mary—. La mayor no hará su presentación en sociedad hasta dentro de dos años.

La conversación fue pasando con naturalidad de un tema ligero a otro, y Christine supo que había llegado el momento de dar la noticia que llevaba guardándose. Sin embargo, ahora que ese instante había llegado, le resultó difícil encontrar la manera de empezar. Debía hacerlo antes de que se perdiera aquella oportunidad de tener reunidas en un mismo lugar a las cuatro mujeres con quienes más deseaba compartirlo. Aprovechó un breve silencio para decir:

—Tengo un anuncio que hacer.

Por desgracia, su voz se oyó más de lo que pretendía y todos, excepto Gus y Samuel, que seguían enfrascados en su discusión en un rincón, dejaron de hablar y volvieron la mirada hacia ella. Christine sintió que el rostro se le encendía de vergüenza. Buscó a Alex con la vista; él negó con la cabeza mientras se reía suavemente y le sonreía como si hubiera adivinado exactamente lo que le ocurría. Cruzó la habitación, se colocó detrás de ella y apoyó una mano sobre su hombro.

—Será mejor que lo digas, ya que todos están escuchando —dijo.

Christine solo había pensado contárselo a las mujeres, pero ahora parecía inevitable anunciar la noticia a toda la habitación.

—*Hum…*

Se mordió los labios y sonrió. No tenía la menor idea de cómo comenzar. Había esperado que Alex acudiera en su ayuda, pero cuando levantó la vista hacia él, la sonrisa avergonzada de su esposo reveló que él tampoco sabía cómo salir del paso.

—Estás esperando un hijo —declaró Honoria con toda naturalidad —como Christine no lo negó, Honoria se levantó y fue a besarla en la mejilla—. Me alegro muchísimo por vosotros.

Las felicitaciones comenzaron a llegar de inmediato, y hasta Gus y Samuel abandonaron su discusión para acercarse a averiguar qué sucedía. Cuando por fin lograron explicárselo a Gus, este exclamó:

—¡Voy a ser tío y ni siquiera me lo dijiste antes que a nadie!

—Es perfectamente comprensible —comentó Samuel—. Honoria jamás ha pensado en decírmelo primero a mí.

—Estoy esperando otro bebé, Sam —anunció Honoria —luego dirigió una mirada llena de picardía hacia Philip—. Y ahora tú eres el primero en enterarte.

—¡Por el amor del cielo, Honoria! —respondió su cariñoso hermano después de cerrar la boca, que se le había quedado abierta por la sorpresa—. ¿Estás intentando reforzar el ejército de Wellington? No hace falta. Napoleón ya ha abdicado.

Christine se unió a las risas, sin molestarse en absoluto porque la atención hubiera dejado de centrarse en ella. Sin embargo, aquel breve anonimato duró muy poco, porque Gus volvió a intervenir.

—Esto es exactamente con lo que todas vosotras soñáis. ¡Pensad en la cantidad de matrimonios concertados que podríais organizar! Amelia con Henry, Tom con Jane… —entonces volvió la vista hacia Christine y añadió—. Y si Christine y Honoria no tienen bebés del mismo sexo, también podrán arreglar otro matrimonio… ¡desde que todavía estén en la cuna!

—En cuanto a mí, ya no quiero saber nada de matrimonios concertados, muchas gracias —respondió Christine sin pensar en el alcance de sus palabras.

Las bromas que siguieron, aunque hicieron que el rubor cubriera por completo su rostro, demostraban que ninguno de los presentes tenía la menor duda de que el matrimonio entre ella y Alex era un matrimonio por amor, aunque no hubiera comenzado de esa manera.

—¡Esposa mía! ¡Mi corazón! —protestó Alex con dramatismo, haciendo que ella rompiera a reír mientras se ponía de pie.

—Mi querido, no tengo el menor motivo para lamentar *nuestro* matrimonio, pero sí deseo de todo corazón que nuestros hijos puedan elegir por sí mismos.

Christine permitió que Alex le rodeara la cintura con un brazo. En lugar de responderle, él pidió a los sirvientes que sirvieran una copa a todos los presentes para poder hacer un brindis. Cuando todos tuvieron ya su vaso en la mano, levantó el suyo y esperó a que los demás hicieran lo mismo.

—En lo que a mí respecta, no puedo decir una sola palabra en contra de los matrimonios concertados. Aunque la novia que me fue

destinada era la última mujer que habría imaginado escoger por mí mismo, la providencia, en su infinita bondad, tenía un plan mucho mejor —inclinó la cabeza para mirar a Christine, y la ternura suavizó por completo su expresión—. Y esa ha sido la mayor fortuna de toda mi vida —después levantó la copa bien alto—. ¡Por los finales felices! —exclamó antes de vaciarla de un solo trago.

—¡Por los finales felices! —respondieron al unísono todos los invitados, imitando su gesto.

Alex volvió la mirada hacia Christine y esperó hasta que ella levantó los ojos y le sonrió.

—¿Feliz? —le preguntó.

Ella asintió con una sonrisa luminosa.

—Hasta el final.

Queridos lectores:

Con mucha nostalgia llego al final de este pequeño vistazo a la vida de nuestras familias de Lincolnshire. He llegado a encariñarme con todos ellos... sí, incluso con Gus. Honoria siempre fue una mujer capaz y leal, pero pasó de ser una joven inexperta que no comprendía su propio corazón a convertirse en una mujer madura, con una profunda comprensión de la naturaleza humana. Arabella consiguió dejar atrás una infancia y unos primeros años de vida adulta marcados por la pobreza emocional, para convertirse en una mujer rodeada del amor de su familia y de sus amigos, y dispuesta a defender con valentía a quienes ama. Christine tuvo que aceptar que los anhelos de su corazón eran legítimos y reunir el valor necesario para perseguirlos. Cuando finalmente lo hizo, la recompensa fue inmensa. Nuestros héroes no experimentaron una transformación tan profunda, porque estas historias trataban menos sobre ellos; pero baste decir que todos salieron considerablemente mejorados gracias a las mujeres que eligieron como compañeras de vida.

Hay algunas pequeñas discrepancias históricas en este libro que debo mencionar. El tilbury no fue inventado hasta 1815, aproximadamente un año después de la época en que transcurre esta novela, pero necesitaba un carruaje abierto, tirado por un solo caballo, que pudiera utilizarse para un viaje corto con una noche fuera de casa. En cuanto al aspecto de la ingeniería -que, debo admitir, no es mi especialidad-, la máquina de vapor fue desarrollada a finales del siglo XVII, así que hice que nuestro héroe trabajara únicamente en mejorar su rendimiento. La excavadora de vapor fue inventada en 1796 y la pala mecánica de vapor en 1836; digamos que los prototipos de Alex constituyen el precedente de esa invención posterior. Después de todo, esto sigue siendo una obra de ficción.

No soy una gran admiradora de los epílogos, pero sí creo que uno resulta necesario cuando se trata de poner punto final a una serie. Espero que la gran cantidad de nombres que aparecen -prácticamente todo un pueblo- no les haya causado demasiada confusión. Pero ahora ya saben qué futuro les espera a todos ellos. Y

sí, hay una buena dosis de disparates (estoy pensando en ti, Gus… y también en Samuel, y en ocasiones en Barbara), pero también hay muchísima bondad.

Mi mayor agradecimiento es para Rod Stormes, quien -como quizá recuerden por los agradecimientos anteriores- fue quien me dio la idea de ambientar una serie en Lincolnshire y, además, compartió conmigo una enorme cantidad de detalles, sin olvidar que leyó mi primer borrador completo, todavía bastante desordenado, para señalarme aquellas cosas que resultaban poco plausibles para la época y el lugar.

Un inmenso agradecimiento también para Emma Le Noan, mi otra lectora inglesa y querida amiga, por todas sus valiosas observaciones. No puedo dejar de mencionar a mi compañera de crítica literaria, la autora Jess Heileman, sin cuya ayuda probablemente todavía estaría perdida en el pantano de la complicada parte central de la novela. Y, por último, un enorme gracias a mis editoras: Jolene Perry, de Waypoint Academy, por la edición de desarrollo, y Theresa Schultz, de Marginalia Editing, por su extraordinario ojo para las comas y los usos incorrectos de las palabras. Vosotras siempre consiguen que mi trabajo luzca mucho mejor. Las ilustraciones de esta serie son obra de la talentosa Sally Dunne, y espero tener la fortuna de volver a contar con su trabajo en futuros proyectos.

Y ahora ha llegado el momento de pasar a otras series y a otras historias. Espero que volvamos a encontrarnos allí.

***